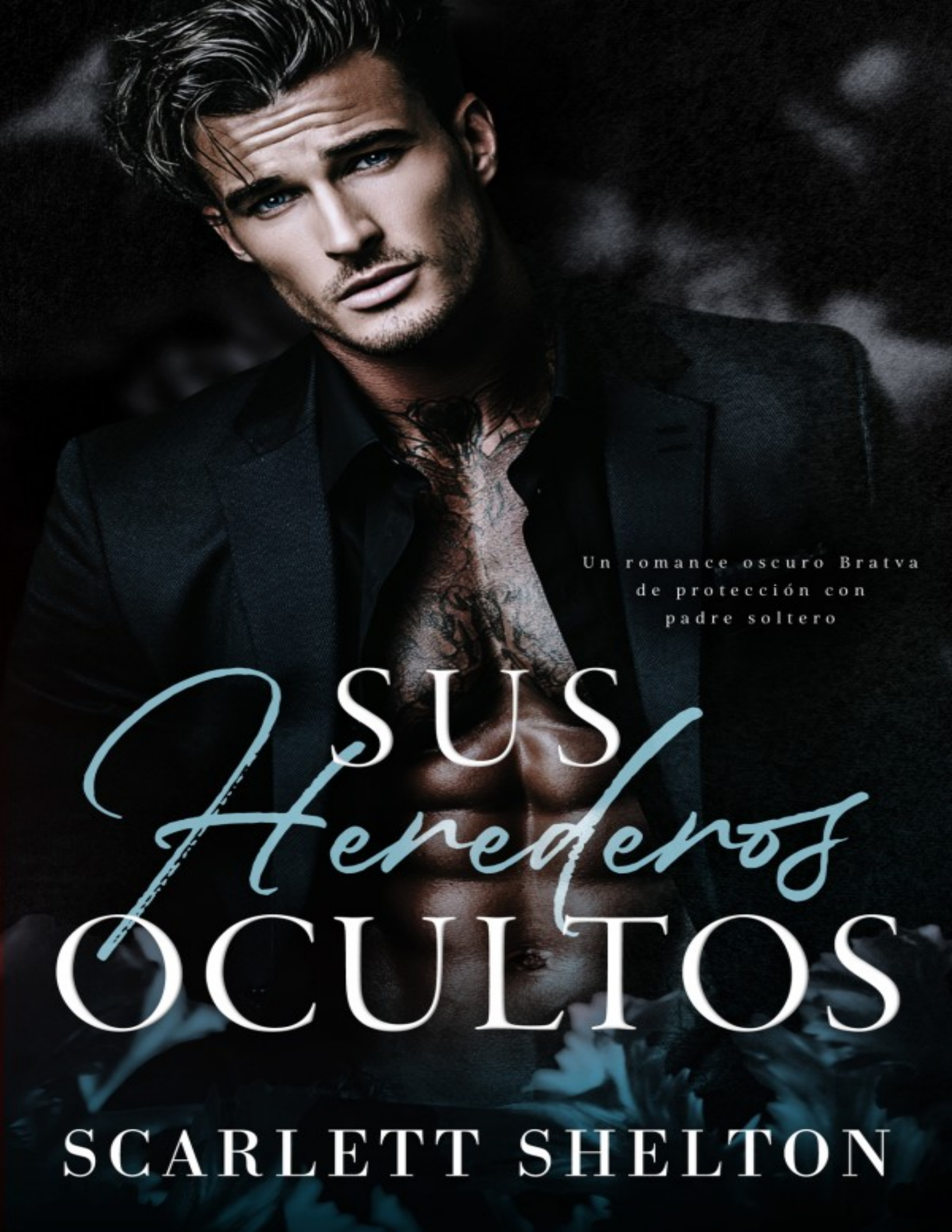

Un romance oscuro Bratva
de protección con
padre soltero
SUS
Herederos
OCULTOS
SCARLETT SHELTON

SUS HEREDEROS OCULTOS

SCARLETT SHELTON

Derechos de autor © 2026 por Scarlett Shelton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en una reseña de libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Roman
2. Ámbar
3. Roman
4. Ámbar
5. Roman
6. Ámbar
7. Roman
8. Ámbar
9. Roman
10. Ámbar
11. Roman
12. Ámbar
13. Roman
14. Ámbar
15. Roman
16. Ámbar
17. Roman
18. Ámbar
19. Roman
20. Ámbar
21. Roman
22. Ámbar
23. Roman
24. Ámbar
25. Roman
26. Ámbar
27. Roman
28. Ámbar
29. Roman
30. Ámbar

31. Roman
32. Ámbar
33. Roman
34. Ámbar
35. Roman
36. Ámbar
37. Roman
38. Ámbar
39. Roman
40. Ámbar

También por Scarlett Shelton

SINOPSIS

Escapé de un monstruo.

Y me escondí en la casa de uno más peligroso.

Roman Orlov.

Heredero de la Bratva.

El hombre que soluciona los problemas con **sangre y silencio**.

Acudí a él en busca de un trabajo.

Para desaparecer.

Para sobrevivir.

Él no ofrece consuelo.

Ofrece **control**, envuelto en mármol y hombres armados.

En su mundo, hasta la seguridad tiene un precio.

Entonces descubro lo que ha estado protegiendo.

Lo de los bebés.

Lo de los **herederos** que mantiene ocultos al mundo.

La casa cambia.

Y yo también.

Me digo a mí misma que solo soy la niñera.

Él se dice a sí mismo que solo soy una distracción.

Ambos mentimos.

Cuando el peligro acecha, se vuelve **implacable**.

Cuando me toca, olvido cómo tener miedo.

El hampa quiere su punto débil.

Sus enemigos quieren su sangre.

Y cuando vengan a por sus hijos…

Él no promete piedad.

Promete la **guerra**.

Me enjaula en su fortaleza.

Y luego me reclama como si fuera algo ya decidido.

Debería temer a un hombre que quemaría ciudades enteras por su familia.

Porque cuando sus enemigos se den cuenta de que no soy solo un refugio…

cuando se den cuenta de que no soy solo un secreto…

Mi cuerpo me traiciona.

Y me doy cuenta de que llevo dentro algo que lo cambiará todo.

Algo que le pertenece.

Un romance oscuro, intenso y emocional de la Bratva con un despiadado padre soltero, una heroína herida, herederos secretos, enemigos peligrosos y un **embarazo sorpresa** que lo cambia todo. Sin continuación. Final feliz garantizado.

1

ROMAN

El camarero se acercó a mi mesa y sonrió. —¿Necesita algo más, señor Orlov?

Terminado con el delicioso almuerzo gourmet, me limpié la boca con mi servilleta de lino y la dejé sobre la mesa. Meneando la cabeza y sonriendo, le dije: —No, gracias. Estoy bien. Excelente servicio. Transmítale mis cumplidos al chef.

Se marchó después de hacer un leve gesto con la cabeza, y dudo que volviera hasta que yo me fuera de la mesa. Como uno de los líderes de más alto rango de la Familia Orlov, informando directamente al jefe, no iba a recibir una cuenta que pagar. Era cortesía de la casa. Porque esta era nuestra "casa". Aunque la mayor parte de nuestra riqueza y poder venía de medios ilegales de comercio, este hotel y el famoso restaurante que albergaba eran nuestros.

El tío Mikhail parecía cada vez más abierto a diversificarse en ramas más limpias y legítimas de negocio. Entre mi hermano mayor, Sergei, y yo, ese cambio de los métodos ilícitos para ganar millones se debía a Claire. Desde que Mikhail se casó con Claire, las cosas habían cambiado en la familia. Ya no era un club de hombres. Las mujeres

se habían infiltrado. En realidad, todo comenzó cuando mi prima Anya, de la que estaba distanciado, apareció. Eso marcó el comienzo de Mikhail siendo no solo un jefe mafioso despiadado, sino también más un hombre de familia.

No se había detenido ahí. Mi primo Andre se casó con Sofía hace un mes, y ella estaba embarazada. La hija de cinco meses de Sergei y Natalie seguía siendo una fuente de celos para Maisie, la hija de siete años de Natalie de su primer matrimonio. Por supuesto, también estaba Owen, el hijo de Mikhail y Claire.

—Estuvo bueno —dijo Lorne, mi asistente de toda la vida, mientras terminaba su plato, sentado a mi lado—. Y tranquilo.

Le lancé una mirada irónica de acuerdo.

Lorne sonrió antes de coger su bebida. —Sin sobornar a Maisie para que se coma una verdura.

—Sin que te tiren comida de Owen resistiéndose a cualquier cosa saludable que Claire quisiera que probara —añadí.

—Me pregunto si Anya estará dispuesta a ayudar en el almuerzo de nuevo —murmuró—. Después del incidente del guisante.

Me reí, meneando la cabeza al recordar a mi prima de diecinueve años quedarse paralizada cuando Owen golpeó una cucharada de comida la semana pasada. Cayó en un chapoteo en el ojo de Anya mientras intentaba darle el biberón a Rose. Aunque estábamos conectados como un negocio, todos pertenecíamos a la organización Orlov bajo el liderazgo de Mikhail, éramos una familia primero. Todos estos bebés significaban que nos uniríamos y ayudaríamos. Se necesitaba un pueblo. Las comidas familiares eran desordenadas y ruidosas, pero era agradable tener un descanso del caos por una vez. Nadie podría acusarme de no gustarme los niños. Me encantaba ser el "tío" divertido para todos ellos. Pero los negocios aún tenían que ser atendidos. La vida nunca era aburrida. No con los tres expandiendo sus familias tan rápidamente.

Por eso había venido a este hotel a almorzar, sin embargo. Para escapar. Un cambio de ritmo... y también para ocuparme de la mierda que Mikhail esperaba que supervisara. Me había delegado a cargo de todos los negocios legítimos, y hasta ahora, con nuestra exitosa incursión en la industria hotelera, las cosas iban bien. Siempre habíamos tenido los clubes y restaurantes, pero este hotel que estaba revisando era uno de los primeros que habíamos comprado.

Las cosas iban bien porque sabía no microgestionar. Contraté a lo mejor de lo mejor para asegurar que nuestra nueva cadena de hoteles prosperara. Ya me había reunido con el gerente en el lugar antes del almuerzo. Luego manejé algunas llamadas, negociando nuevos contratos para los resorts que queríamos construir, uno en Hawái y otro cerca de Miami. De nuevo—la vida nunca era aburrida como miembro de la Familia Orlov.

Y no lo tendría de otra manera.

Equilibrar la vida familiar con los negocios era un desafío probado y comprobado que todos enfrentábamos, pero ahora que solo estábamos Lorne y yo sentados aquí, me di cuenta de que echaba de menos el caos y el ruido. Había planeado comer solo, revisar más correos electrónicos, pero era demasiado tranquilo. Demasiado aburrido. Le pedí a Lorne que comiera conmigo para tener compañía. Su compañía no era nada fuera de lo ordinario, de todos modos. El viejo bromista parecía más un abuelo algunos días que un asistente.

—Bueno, ¿y ahora qué, chaval¿ Quieres que llame a Lou para que traiga el coche y puedas volver a casa? —preguntó Lorne, recostándose y suspirando, con el estómago lleno.

Me encogí de hombros. —Quizás dentro de un rato.

Él rió. —Aquí es tranquilo. No es tan abrumador como con todos esos bebés alrededor.

Sabía que lo decía con cariño. —Es abrumador lo rápido que crece la familia. En el lapso de qué, ¿dos años y cuántos son ya?

—Nunca pensé que llegaría el día de ver a Mikhail, Sergei, *y* Andre estableciéndose como padres y maridos. —Arqueó una de sus pobladas cejas hacia mí.

Sacudí la cabeza. —No. Eso no va a pasar.

—Adoras a esos pequeños.

Era cierto. —Como el tío o primo divertido. Dudo que alguna vez me abra al concepto de un compromiso permanente con una mujer.

Él puso los ojos en blanco. —¿Qué demonios te pasa? Pensé que te habías cansado de andar de juerga y follar con cualquier cosa que tuviera vagina.

Había pasado un tiempo desde que me apetecía salir de fiesta. O salir mucho. Y mucho menos, acostarme con alguien. Nunca me molestó que mi hermano, primo y tío me etiquetaran como el ligón, el fiestero. Lo era. O al menos, eso es lo que solía ser. —Ese estilo de vida ya no me atrae. —Le señalé mientras abría la boca para responder. —Pero eso no significa que tenga prisa por establecerme con alguien.

—¿Por qué? —preguntó. —Maldita sea. Sabía que ese pesto me iba a dar reflujo. —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta en busca de antiácidos, sin dejar de mirarme. —¿Por Olga?

No me molestaría en negarlo. El tío Mikhail había sido comprometido con Olga, la madre de Andre y Anya, y ella nunca pasó tiempo siendo una tía. Alejada y sin querer tener nada que ver con nosotros, ella fue la primera impresión que tuve para entender qué papel tenían las mujeres en mi mundo. Así, asumí que no tenían ninguno. Que las mujeres no importaban, salvo para los orgasmos. Mi madre había sido asesinada cuando era demasiado joven para recordarla, y al crecer, veía a las mujeres como placer. Nada más.

—Mi tío todavía está resentido por cómo lo rechazó Olga.

Lorne se metió un par de antiácidos en la boca y me sonrió con complicidad.

—Vale. Bien. Él es feliz ahora. Claire es buena para él —admití.

Pero, ¿cómo demonios se supone que alguien pueda conseguirlo?

¿Encontrar a la persona adecuada?

Como si fuera una señal, mi teléfono vibró con un mensaje. El de Lorne también. Frunció el ceño y llamó a alguien.

Mikhail: **Hazte un favor y no vuelvas a casa.**

Parpadeé sorprendido.

Mikhail: **Hay algo en el maldito aire.**

Antes de que pudiera pedirle que me resolviera ese acertijo, llegó un mensaje de mi hermano mientras Mikhail seguía escribiendo otro, con los tres puntos parpadeando.

Sergei envió una foto sin pie de foto.

Maisie posaba para la foto, frunciendo el ceño con una expresión seria que la hacía parecer de dieciocho años, no de ocho. Llevaba una camiseta que decía *No puedo esperar a conocer a mi hermanita*. A su lado, Rose estaba sentada en su columpio con un body que decía lo mismo.

Espera. ¿Qué?

Sergei: **¡Nat está esperando de nuevo!**

Me reí ligeramente. —Joder…

El mensaje de Mikhail llegó antes de que pudiera escribir una respuesta a mi hermano o llamarle.

Mikhail: **Claire acaba de hacerse una prueba. Está embarazada. Ya. Otra vez.**

Me reí a carcajadas mientras Lorne se excusaba, levantando un dedo y alejándose unos pasos de nuestra mesa en el restaurante de cinco estrellas.

Mikhail: **Sergei y Natalie también.**

—Joder.

Andre y Sofía todavía estaban esperando a que llegara su primogénito.

Mikhail: **Te lo digo. Hay algo en el maldito aire.**

Mikhail: **A menos que quieras correr el riesgo de añadir más a la familia ahora mismo, no traigas a nadie a casa. Debe ser luna llena o algo así.**

Sonreí, divertido. Quizás era una de esas cosas en las que los ciclos de las mujeres se sincronizan. Anya había hablado de eso con Natalie una vez, sobre cómo las mujeres en el mismo lugar de trabajo o en cercanía terminan con los mismos ciclos o algo así.

Podía bromear y burlarse. Y estaba claramente asombrado—yo también lo estaba. Pero conocía a mi tío. Y estaría encantado de recibir a más miembros de la próxima generación en la familia.

Fui al grupo para felicitar a Mikhail y Sergei al mismo tiempo, pero Lorne reapareció, con una expresión seria.

Levanté la cara. —¿Qué pasa?

Él inclinó la cabeza hacia un lado, un gesto que hacía cuando estaba confundido. —Tienes que venir a ver esto, chaval.

Si fuera algo malo, habría sido más directo. De todos modos, dejé mi mensaje de felicitación para más tarde y lo seguí fuera del restaurante.

—Era Dino —dijo, refiriéndose a uno de los managers de aquí. El jefe de seguridad, quizás. —Dijo que durante las últimas dos semanas, una mujer ha venido todos los días preguntando si el manager principal está.

Le eché un vistazo, siguiendo hacia el vestíbulo principal.

—Y supongo que le dicen que haga una cita para ver a Vinny.

Asentí. —Vale…

—Pero cada vez que viene Vinny, dice que nadie lo llama. La mujer simplemente dejó el nombre de la señora Smith.

Claramente falso.

—Entonces empezaron a pensar que no era a Vinny a quien quería hablar. Era *a ti*. Porque cada vez que Vinny venía a ocuparse del asunto, ella decía que no era él con quien necesitaba hablar.

Me encogí de hombros. No ocultábamos el hecho de que éramos los dueños de este hotel. Mi nombre era el que cualquiera podía rastrear hasta arriba.

—Pero nadie se lo dijo. Parecía demasiado sospechoso. Especialmente lo que trae consigo.

—¿*Trae*? —pregunté—. ¿Al vestíbulo del hotel?

Lorne me lanzó una mirada de desconcierto. —Sí. Lo verás. Y como estás aquí hoy, y ella acaba de pasar por el vestíbulo de nuevo… — Se encogió de hombros.

Atravesamos el último espacio amplio de la planta baja. El mármol pulido brillaba bajo nuestros pies y todas las columnas y detalles arquitectónicos Art Deco de este atrio resplandecían. La elegancia era el tema aquí.

Y el cochecito aparcado en el medio del vestíbulo no encajaba con el ambiente.

Dino levantó la mirada al acercarnos y frunció el ceño hacia mí.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Esa mujer acaba de irse. —Negó con la cabeza, frustrado—. Tengo a algunos tipos siguiéndola para intentar localizarla.

—Esa mujer ha estado viniendo aquí con *esto* —explicó Lorne—. Buscándote a *ti*.

Le fruncí el ceño y seguí la dirección hacia donde señalaba. Un dedo indicaba el cochecito. No era uno simple, sino doble, para llevar a dos.

—¿Eh? —Alterné la mirada entre ellos, frunciendo el ceño hacia él y luego estudiando el cochecito—. Estoy perdido.

—Esta mujer ha estado viniendo aquí a diario durante dos semanas, buscándote —dijo Dino, haciendo una mueca como si fuera reacio a explicar—. Hoy, cuando le dije que estabas en el edificio por si querías hablar con ella mientras estaba aquí, simplemente se fue. Dejando… a ellos.

—¿A ellos? —Me acerqué al cochecito. Las cúpulas de tela azul marino estaban cerradas, impidiendo que el mundo viera quién—o qué—estaba dentro del cochecito. Usar una forma plural de referencia para un bebé me sonó extraño en la lengua—. ¿Me estás diciendo que una mujer entró aquí y abandonó a unos niños y se fue? Joder, tendremos que llamar a la policía y dejar que las autoridades se ocupen de esto. Abandono. O como quieran llamarlo. Como esto es un negocio legítimo, se aplican más normas civiles que *nuestro* sistema de ley y orden.

Dino negó con la cabeza. —No. Dijo que los estaba entregando. —Tragó saliva—. Para ti.

Al oír el llanto de un bebé, algo familiar para mis oídos gracias a Rose y Owen, me acerqué al cochecito doble. Con un leve movimiento de mi dedo, la tela de la cúpula se abrió.

Una niña pequeña arrugó el rostro hacia mí.

—¿Qué demonios…?

El mismo cabello rubio claro. La misma piel clara. Los mismos ojos azules… Se parecía a los rasgos de Anya.

No.

Levanté la tapa de la cubierta para revelar a su gemelo. Un niño, si las mantas rosas y azules eran precisas. Dormía tranquilamente, con los puños cerrados y levantados junto a su pequeña cabeza.

—¿Qué…? —Negué con la cabeza mientras el shock me atravesaba —. *¿Qué*?

Lorne metió la mano y sacó unos papeles apretados entre las mantas cerca de los pies de la niña. —Emily y Henry York —leyó. Sostuvo dos certificados de nacimiento.

—¿York? —pregunté, sintiendo como si hubiera caído en otro universo mientras observaba a los bebés de nuevo.

Emily.

Y Henry.

—La madre aparece como Rebecca York.

—¿Quién coño es esa? —No tenía ni idea.

Mi corazón latía con fuerza al reconocer cuánto se parecían estos gemelos a *mí*. Cabello rubio, ojos azules. No era suficiente para conectar los puntos correctamente, pero algo innato, algo profundo dentro de mi pecho hizo clic.

Eran míos.

Simplemente mirarlos y sentir este extraño giro de un vínculo lo demostró antes de que pudiera siquiera procesar el pensamiento.

—No aparece ningún padre aquí —dijo Lorne—. Pero hay una nota. —Se aclaró la garganta para leerla—. *Su madre acaba de fallecer, y me dejó un mensaje para que los llevara a su padre. Buena suerte*.

Emily comenzó a quejarse, y me encogí al estirarme para sacarla del portabebés. —¿Qué *coño*? —pregunté, sosteniéndola contra mí y meciéndola un poco—. ¿Qué demonios…? —Meneé la cabeza, intentando calmarla—. Por el amor de Dios. Busca un biberón o algo ahí abajo —le dije a Lorne. Tenía hambre. O quizá no. Claire decía que los bebés tenían diferentes llantos, pero apuesto a que eso era específico para cada bebé. Mirando a Dino, ordené—: Revisa las cintas de seguridad. Encuentra a esta mujer y tráela aquí *ya* para que explique esta mierda.

—No creo que haya mucho que necesites que te expliquen —dijo Lorne, encontrando un biberón en una bolsa y entregándomelo—. Ahora eres papá.

—Que me *jodan* —le fulminé con la mirada mientras cogía el biberón. Estaba frío y le lancé una mirada al devolvérselo.

Lo cogió, frotándose las manos en el biberón.

—No soy padre. No lo soy. No puedo serlo. Soy demasiado cuidadoso. Nunca, *nunca* me arriesgo y… —Sacudí la cabeza mientras Emily lloraba, paceando y rebotando en cada paso—. Esto no puede estar bien.

—Entonces tal vez sea un truco. Una distracción. —Lorne me devolvió el biberón y sacó su teléfono—. Voy a llamar al jefe, chaval. —Cuando otro miembro del personal se acercó, Lorne señaló el carrito—. Alguien que revise eso. Asegúrense de que no esté intervenido o algo así. —Al mirarme de nuevo, esbozó una sonrisa burlona—. No sé qué está pasando, pero esos bebés *se parecen* a ti.

—¡Lo sé! —espeté mientras Emily dejaba de quejarse y cogía el biberón—. Pero también sé que no es posible.

Él se rio una vez mientras esperaba a que mi tío contestara. —Roman, con la forma en que te has liado con medio Nueva York, me sorprende que esto no haya pasado antes.

Le lancé una mirada, sin gracia. No me arrepentía de cómo había vivido mi vida. Pero no estaba exagerando. Como no quería compromisos, como disfrutaba de mi libertad, *siempre* había sido extremadamente cuidadoso cuando me liaba. Había considerado una vasectomía. Así de preventivo era para no dejar embarazada a ninguna mujer.

Pero de alguna manera…

Esto es una locura.

La negación me inundaba cada vez que intentaba aceptar que Emily y Henry eran mis hijos. Que hoy era el día en que la noticia más extraña e inesperada podía caer en mi regazo con la fuerza de una bomba nuclear.

Yo. Un *padre*.

Las horas pasaron en un caos frenético. Mi tío apareció con Claire. Negó con la cabeza, con expresión seria mientras repetía su afirmación. —Hay algo en el aire…

Claire fue más clínica, demostrando que nunca dejaría de ser doctora a pesar de haber abandonado su carrera en urgencias. Se ocupó de los gemelos, ambos durmiendo, y realizó un chequeo exhaustivo. El tío Mikhail y yo empezamos a investigar quién demonios los había dejado allí. Andre también apareció, ayudando lo mejor que podía con el misterio.

¿Soy padre?

Aún así, horas más tarde, cuando llevé a los gemelos a casa de momento mientras la prueba de paternidad que Claire nos había hecho se procesaba con un resultado acelerado de un día, no podía asimilar esta nueva etiqueta.

Un padre.

Emily y Henry se quejaban y lloraban, y por mucho que Anya, Natalie y Claire ayudaran, yo estaba abrumado por este descubrimiento impactante.

Mañana tendría la prueba de que esos dos bebés eran míos. Por la mañana, el test confirmaría que era padre. No solo el tío divertido, sino un *padre*.

Con suerte, mañana tendría más respuestas sobre *cómo* habían llegado esos bebés llorones. Le había encargado a Lorne que liderara la investigación sobre esa mujer, la madre de estos bebés, o quien demonios estuviera involucrado. Un par de hombres estaban en ello, trabajando con las cámaras de vigilancia del hotel para averiguar adónde había ido esa mujer.

Pero esta noche, mientras estaba sentado en la silla con Lorne frente a mí, el agotamiento escrito en su rostro después de ayudarme a consolar a los gemelos por los que ya sentía tanto instinto protector, tenía que admitir que seguiría igual de perdido sobre cómo ser padre.

Soy padre. Emily. Henry. Soy su padre.

No importaba cuántas veces ese concepto pasara por mi mente. No terminaba de asimilarlo. Era tan extraño. Inesperado. No planeado. Y tan difícil de creer considerando lo cuidadoso que siempre había sido.

—No te preocupes, chaval —dijo Lorne con voz ronca, luciendo como si él también estuviera a punto de caer rendido después de intentar evitar que los bebés lloraran toda la tarde junto a mí.

—¿*Todavía* vas a llamarme así ahora que tengo mis propios hijos? —repliqué. Su nombre burlón nunca me había molestado. Pero ahora parecía más extraño.

Él frunció el ceño. —*Si* son tuyos—

—Lo son. —Lo sentía en mi corazón, en mi alma. Algún fenómeno inexplicable me lo había hecho saber, y la gravedad de lo mucho que quería protegerlos me sorprendió. Luchaba más con mi identidad, con mi crisis de identidad de ser padre ahora. Pero no me costaba reconocerlos como mis hijos.

—Entonces no tendrás que hacerlo solo. —Se ajustó para sentarse derecho, pero se movió con tanto cuidado que los cojines de la silla no chirriaron ni crujieron y despertaron a Henry, que dormía cerca de él en una cuna que Claire había traído—. Ya sabes, hace falta un pueblo y todo eso. Y aquí tienes mucha ayuda. Incluso una doctora y enfermeras, con Claire teniendo esa pequeña clínica al lado.

Soltó una risa queda. Sí, tenía un pueblo. Pero no podía depender de los demás todo el tiempo. Las tres mujeres de mi círculo cercano estaban embarazadas y/o tenían niños pequeños en este momento.

—Necesitaré encontrar una niñera —admití, contento de tener al menos un paso en mi plan.

Porque la alternativa—encontrar una esposa que fuera madre de estos gemelos—estaba fuera de discusión.

Los observé dormir, Emily haciendo pucheros y Henry sonriendo. Y una vez más, intenté creerlo.

¿Cómo puedo llamarme a mí mismo padre?

2

ÁMBAR

¿C*ómo puede llamarse padre?*

Abracé mi portátil contra el pecho y aguanté la respiración al oír los sonidos fuera. El hombre que, en teoría, debía ser mi padre estaba allí fuera. Tan lejos, y a la vez tan cerca. Demasiado cerca.

Cada minuto que pasaba en su residencia era un minuto de más.

Sentada en el suelo cerca de un enchufe directo a internet en la casa no era la forma ideal de pasar mi viernes por la noche, pero no había otra opción. Si estaba llegando a la conclusión de que tenía que salir de aquí, de esta mansión que William Rossen llamaba hogar, tenía que hacer mi investigación ahora y tener un plan.

Porque William Rossen no era un padre. No el mío. Pero supongo que no podía considerarme una experta en ese tema. Nunca había tenido un padre que conocer. Ni una madre. Desde que tenía dos años, pasé por el sistema y carecía de mucha experiencia sobre lo que significaba tener una familia, tener padres.

El señor William Rossen II me declaró legalmente su hija cuando me adoptó hace más de una década. Pero con comportamientos como este, participando en actividades sórdidas y horribles y haciendo la

vista gorda ante cosas criminales como lo que ocurría fuera de esta habitación, estaba exento de reclamar cualquier rasgo paternal.

Alguien que fuera un padre no llevaría a chicas jóvenes a "fiestas" con hombres mucho mayores y pervertidos. Alguien que fuera paternal no abofetearía a una criada ni sugeriría condicionar a una chica ni menospreciaría a una adolescente que intentara replicar cuando pedía irse.

El sonido de una mano golpeando carne resonó desde las puertas dobles abiertas que daban al patio. Me estremecí al reconocer la prueba familiar de que alguien había sido abofeteado y aguanté la respiración de nuevo. Justo allí fuera, en la zona de última generación diseñada para entretener a los invitados, una mujer lloraba en voz baja.

Mi corazón se endureció mientras se formaba otra capa alrededor. Sin embargo, bajo el muro que tuve que erigir, se rompía en pedazos de tristeza por no poder ayudarla, fuera quien fuera.

Ahora que habían bajado la música, transformando esta pequeña reunión privada de una fiesta a una reunión de negocios, el ambiente era notablemente diferente. Ya no había risas ni bromas sobre las bebidas en esta suave noche de principios de otoño. Se llevaban a cabo conversaciones oficiales. Aunque todo estaba amortiguado y no podía seguir claramente lo que decían, capté algunos fragmentos.

Negociaciones.

Sugerencias sobre dónde estaba la demanda.

Y luego los comentarios sobre las "invitadas" que habían sido traídas aquí. Cómo las chicas se clasificaban en términos de sus pechos, sus curvas, sus traseros. Como si las mujeres drogadas fueran objetos, no personas.

No puedo soportarlo más.

Escuchar a William hablar sobre cómo deseaban acercarse a un instituto para "coger" a las más jóvenes me enfermó hasta el núcleo.

Secuestro. Él era plenamente consciente y discutía los detalles del *secuestro* de mujeres jóvenes.

Desde el día en que conocí a William en el hogar de acogida, mis ojos se habían abierto dolorosamente a lo siniestro y horrible que era.

Todos estos años que había vivido aquí, había aprendido el precio de tener un "hogar" y desear una "familia".

Pero esto era todo. Ya no podía soportar estar cerca de él. No era una niña o menor de edad. No estaba atrapada y encerrada con esposas reales. Sin embargo, estaba atrapada. Sin salida.

No más.

No podía hacerlo. No podía vivir cerca de él mientras esto sucedía. Ser consciente de tales horrores de manera impotente. Temer que algo me pudiera volver a pasar. La ansiedad de que los amigos y asociados de William tuvieran ideas sobre *mí*.

Es hora de irse. Esto es todo. La gota que colma el vaso, maldita sea.

Mi padre adoptivo nunca había sido un buen hombre. Desde el primer día, había fracasado en engañarme, pero a los trabajadores sociales les gustó la "bonificación" que les había dado para liberarme bajo su custodia. La sensación de hundimiento que experimenté en el fondo de mi estómago solo había empeorado desde que lo conocí. Y ahora, con esta supuesta fiesta que había organizado esta noche, no había ninguna especulación en mi mente. Era realmente un hombre horrible y malvado capaz de rebajarse.

No fue la fiesta lo que me llevó a este modo de escape. Esas fiestas no eran nada nuevo. Un banquero adinerado con amigos influyentes sería sociable con aquellos de su estatus. Sus espeluznantes amigos,

tanto los de traje que olían a millones y grandes egos como los que parecían matones callejeros, a menudo flanqueaban a los jefes.

Estas chicas eran nuevas, sin embargo. Drogadas y aletargadas. Los hombres las miraban como si fueran productos.

Cuando me di cuenta de que William tenía invitados, me asomé por las ventanas y me pregunté si se darían cuenta de que me estaba escondiendo aquí, en la biblioteca que nadie usaba nunca.

—¿De dónde salió esa? —preguntó él.

Me estremecí. Él estaba al tanto. Era plenamente consciente de que esas mujeres habían sido secuestradas en la calle. No era un error. No era un malentendido. Él lo *sabía*, y era demasiado espeluznante pensar en vivir con alguien como él.

Date prisa. Solo encuentra esa dirección y vuelve corriendo a tu habitación, donde podrás cerrar la puerta con llave.

Mis dedos temblaban mientras usaba el viejo cable para enchufar este ordenador. Era un modelo antiguo, algo que había encontrado en el ático un día, pero solo funcionaba si estaba directamente conectado al sistema. El único conector ethernet «anticuado» estaba aquí. Demasiado cerca de las mujeres secuestradas en el patio.

Escondida en las sombras mientras el viejo dispositivo cooperaba, busqué cómo escapar, las direcciones que necesitaría para alejarme de esta mansión. Busqué una agencia de empleo a la que pudiera solicitar, sabiendo que necesitaría un trabajo. Cómo encontrar el refugio para mujeres más cercano. Dónde obtener una identificación falsa.

Deseé poder alejarme más de William, escapar de Nueva York, tanto de la ciudad como del estado. Del país. Otro planeta no estaría lo suficientemente lejos de él, pero no tendría suficiente dinero para ir muy lejos. Había estado guardando monedas sueltas y calderilla. Las criadas y las limpiadoras me habían ayudado a recogerlas durante años. Y era un comienzo. Necesitaría pagar por un nombre e

identidad falsos, reinventarme por completo para que William no pudiera llamar a un amigo policía para encontrarme.

Con la decisión tomada, repasé mi plan con lo que había aprendido y memorizado en línea. Las direcciones de la agencia de empleo y el refugio para mujeres eran las únicas partes que me atreví a anotar, pero los pequeños trozos de papel doblados ya estaban guardados en lo profundo de mi bolsillo.

Por si acaso.

William no se quedaba rondando. Prefería dejarme a mis propios recursos aquí, sabiendo que no podía irme. Pero simplemente sostener ese papel con los pasos de mi escape escritos en él se sentía tan arriesgado.

Esto es todo.

Tengo que salir ahora.

Mañana por la mañana, saldría corriendo por la puerta lateral justo cuando llegara el camión de recolección de basura. La puerta al final del largo camino hacia la finca estaría abierta para ellos. Escabullirme dependería también de mi velocidad. De lo rápido que pudiera correr y esquivar las diversas cámaras de vigilancia en la propiedad. Pero podía hacerlo. Lo haría. Había estado practicando carreras en la cinta de correr para mejorar mi resistencia cardiovascular cada vez que William salía de casa, lo cual ocurría a menudo.

Y así sería como me escabulliría sin que William lo supiera, saliendo corriendo con la basura. Podría despedirme de esta casa si llegaba al camión de basura y lo usaba como cobertura.

Despedirme de un «hogar» era algo a lo que me había acostumbrado, irme y tener que trasladarme a otro lugar. Aun así, era difícil de imaginar. Había vivido aquí durante casi la mitad de mi vida. En todos mis veintiún años, la casa de William había sido la ilusión de un hogar, de seguridad, que siempre había deseado desde

que era una niña pequeña. Ahora, me di cuenta de que tenía que renunciar a encontrarlo. A esperar una verdadera seguridad mientras pasaba todo mi tiempo y energía escondiéndome del hombre que había intentado llamarse mi padre.

No hay nada que echaré de menos aquí.

Ni amor. Ni objetos materiales que llenen mi corazón. Ni amigos.

No sabía dónde estaría mañana a esta hora, pero sería más seguro que quedarme aquí bajo el control de William. Mi mejor opción sería conseguir un trabajo interno, como el de criada, para poder esconderme en la casa de alguien más.

Aceptaré lo que sea que encuentre.

Cualquier trabajo que pudiera conseguir sería mejor que el suspenso nauseabundo de preguntarme en qué más estaba involucrado William. Con quién se asociaba.

Cerré mi ordenador y lo abracé contra mi pecho nuevamente, tratando de determinar por los sonidos de fuera si la mayoría de los invitados se habían ido. Mirando mi reflejo en la parte inferior de una ventana de piso a techo, la parte donde la cortina no cubría pero me ocultaba del exterior, suspiré silenciosamente al ver a esa mujer. Cabello rojo recogido en una cola baja y apagada. Sin maquillaje. Sin vida. Solo el horror en sus ojos.

Esa era *yo*. Y me pregunté qué había hecho para merecer una vida como esta. Una pesadilla tensa tras otra. Cómo había llegado a estar en esta posición, escapando y desesperada por esconderme.

No. No para esconderme.

Para reinventarme con la esperanza de que el poder de William y su red de amigos no pudieran encontrarme. Entonces podría llevar mi identidad y mi pasado a la tumba. Los secretos que siempre sería mejor dejar enterrados y ocultos.

Esa mujer asustada en el reflejo no debería ser yo.

Y por la gracia de cualquier poder superior en este universo, recé para que mañana fuera un nuevo comienzo para mí, donde sería indetectable, inalcanzable y nunca más amenazada.

3

ROMAN

Al día siguiente, después de haber arrullado a Henry hasta que se durmió y haberlo dejado en la cuna prestada, miré a Emily. Justo cuando empezaba a pensar que Henry me estaba engañando haciéndome creer que sería el «fácil», ella se ponía de mal humor. Y así, para allá y para acá.

Toda. La noche. Larga.

No estaba seguro de cómo lo hacían todos los demás.

No es de extrañar que todos parezcan zombis.

Ayudé —mucho— pero nunca había estado a cargo de algo así.

—¿Qué tienes? —le pregunté a Vinny, quien acababa de llegar con André. Se había ofrecido a ayudar a investigar la repentina llegada de dos bebés a la familia. Lorne no se había ido todavía, ayudándome. Mikhail y Claire también estaban allí.

—Usamos las fechas de los certificados de nacimiento para rastrear cuándo debieron ser concebidos. La vigilancia muestra que te hospedaste en el hotel durante la semana posible de concepción. —

André me mostró su teléfono, donde se reproducían las imágenes. Efectivamente, allí estaba yo, saliendo con una mujer que—

—Oh… —Asentí y me encogí—. Sí, yo… —Seguí asintiendo y señalé hacia ella—. Me acosté con ella. Solo era una desconocida que conocí en un bar. —Me encogí de hombros—. Y *sé* que usamos protección.

—*Au contraire*… —dijo André, señalando a los gemelos dormidos.

Le lancé una mirada de piedra.

Vinny se aclaró la garganta. —Rebecca York reservó una habitación para esa noche en ese hotel.

—Sí. Ella dijo que tenía una habitación, yo mencioné que era el dueño del hotel y le pregunté si quería que la acompañara a su habitación. Y eso fue todo.

Todos me miraron con expresión seria.

—Eso no fue *todo* —dije, obviamente—. Pero solo fue un rollo de una noche. Solo sexo. Lo de siempre.

Excepto que algo inusual había ocurrido. Como dos bebés durmiendo en mi penthouse. Suspiré. —Bueno, ¿dónde está ella?

—Muerta —dijo Lorne.

Recordé lo que decía esa nota, pero aún no acababa de entenderlo.

—La rastreamos, lo que nos llevó a Linda Smith, la mujer que había estado yendo allí y buscándote —explicó André—. Rebecca se suicidó varios días después de que nacieron los bebés. Llevó a los bebés a casa de Linda y le dijo que buscara al hombre que era dueño del hotel. Le mostró una foto que debió haber sacado de ti, y por eso no estaba interesada en hablar con Vinny ni con nadie más. Rebecca le pidió a Linda que llevara a los bebés a su padre, luego regresó a casa y se suicidó.

Parpadeé, atónito.

—Investigando un poco más su situación, parece que estaba deprimida desde hacía tiempo. Su esposo falleció la semana antes de que se acostara contigo. La noche que la encontraste fue la noche después del funeral de su esposo.

Me encogí al recordarla. Apenas la recordaba. Yo había estado bebiendo. Ella también. Pero si tenía que hurgar en mis recuerdos, parecía distraída. O triste. Tal vez por eso le tiré los tejos, intentando distraerla de lo que la preocupaba. Una cogida por compasión, supongo.

—Probablemente estaba buscando emborracharse y adormecer el dolor de su pérdida —dijo Lorne.

—Bueno, parece que descubrió que estaba embarazada poco después —dijo Claire, añadiendo que había accedido a los registros médicos de la mujer y a los registros de maternidad. Dudo mucho que lo hubiera hecho legalmente, pero no iba a quejarme—. Rebecca fue a su primera cita médica una semana después. Y luego continuó yendo a todos sus chequeos habituales durante todo el embarazo hasta que tuvo a los gemelos. Un embarazo y parto normales y saludables.

—Entonces, ¿por qué ella…? —Me masajeé un nudo entre el cuello y el hombro.

—Uno de los hombres registró su casa y encontró un diario. Rebecca estaba deprimida, incluso antes de que muriera su esposo. Escribió una nota de suicidio que indicaba que lo haría la noche de su funeral, pero parece que… —André me señaló—. Parece que tú la convenciste de cambiar de opinión.

Abrí y cerré la boca. No decía nada. Me habían dicho que era el mejor follando, pero eso era solo… lo que fuera.

—En su diario, escribió que no podía hacerlo. No podía suicidarse *y* matar a los bebés. Temía morir con demasiada culpa en su conciencia, así que decidió llevarlos a término y asegurarse de que

pudieran tener una vida mejor con alguien lo suficientemente fuerte como para querer vivir. Echaba de menos a su esposo. Escribió nueve meses de añoranza por él en su diario. Luego, una vez que nacieron los bebés… cumplió con su plan.

—Joder —Me escapó como un golpe de aire.

—Y son tuyos —añadió Claire suavemente—. No es un engaño ni una estafa ni nada por el estilo. Los resultados del ADN llegaron esta mañana.

Asentí distraídamente, dejando que todo se asimilara. Había *sentido* la conexión entre nosotros desde el momento en que los vi. Ya sabía que eran mis hijos. Pero escuchar sobre su madre fue brutal.

Tras un largo momento de asimilar la noticia, levanté la cabeza y me enfrenté a todos.

—Soy padre.

Lo dije de manera tajante, una observación directa que ni siquiera necesitaba ser mencionada.

—¿Enhorabuena? —Andre levantó las cejas como si no estuviera seguro de si yo estaría feliz o no.

—No me mires así. Sí, estoy jodidamente sorprendido. Ni en un millón de años lo habría esperado. No de *esta* manera. Pero… —suspiré una vez y sonreí, incrédulo— tengo una hija. Y un hijo.

Mikhail soltó una risita y se acercó a abrazarme. —Bienvenido al club.

—Son bebés hermosos y saludables —dijo Claire—. Sin problemas ni preocupaciones. Si quieres hacer alguna prueba genética para ver si podría haber alguna preocupación más adelante por parte de la madre, entonces—

Emily se despertó y comenzó a llorar, como si el simple hecho de mencionar más agujas o pruebas médicas la molestara.

—No. No es— —me acerqué a cogerla. Como era de esperar, sus llantos provocaron que Henry también llorara. Mikhail lo cogió e intentó calmarlo. Entonces Claire intervino. Andre también. Fue Lorne quien finalmente lo calmó, y agradecí que Emily se relajara más rápido que su hermano.

—Necesito una niñera —concluí con desánimo—. Ni siquiera ha pasado un día completo y ya estoy agotado. No puedo hacer esto solo.

—No estás solo —me recordó Lorne, todavía meciendo a Henry mientras caminaba de un lado a otro.

—Lo sé. —Suspiré, asegurándome de que Emily estuviera bien sujeta mientras la sostenía contra mi pecho— Pero estoy *solo*. No tienen madre. Espera. ¿Ella tiene alguna familia o—

Andre negó con la cabeza. —No. Ya lo hemos comprobado.

Me invadió un alivio al saber que no tendría que pelear por la custodia ni nada por el estilo. Mis hijos fueron una sorpresa enorme, pero no había nada en este mundo que me hiciera renunciar a ellos.

—No sé cómo ser un padre soltero. No ahora mismo.

Mikhail puso su mano sobre mi hombro. —Tómate un tiempo libre.

—Lo haré. Pero no puedo dedicar toda mi vida a esto. Tengo demasiadas cosas en marcha y no puedo simplemente dejarlo todo.

—Pero puedes tomarte un tiempo. Adaptarte. Contratar ayuda —me aconsejó.

Acepté su oferta. Inmediatamente.

El resto de la semana intenté aprender a ser padre. Sabía mucho sobre cómo cuidar a un bebé por el nacimiento de Owen y Rose. Pero esto era diferente. Era todo eso multiplicado por dos, con gemelos.

Lorne prácticamente se mudó, compadeciéndose de mí para ayudar. Anya se quedó una noche para asistir. Claire también. Daria, una enfermera que Claire estaba entrenando en su clínica, también ayudó. Pero aún así era demasiado.

Dos bebés a la vez era *difícil*.

Contactar con una agencia de niñeras fue el primer paso, pero no había contado con lo complicado que sería encontrar una. Pensé que no sería diferente a contratar a cualquier otro empleado. Entrenábamos reclutas como soldados. Contratábamos sirvientas, chóferes, cocineros y todo tipo de ayuda. Venían, demostraban si podían o no manejar las tareas que se esperaban de ellos, y recibían un sueldo a cambio.

Sencillo, ¿no?

No. Parecía estar condenado al fracaso.

El primer día de entrevistas con las niñeras fue desastroso. La mitad parecía tener miedo de mí —o quizás fue culpa de Mikhail, porque se sentó durante las entrevistas y parecía el violento jefe mafioso que era—. La otra mitad de las candidatas parecía demasiado inepta. Una casi dejó caer a Emily y perdí los estribos con ella.

Al día siguiente, con más candidatas, tuve que descartar a las que intentaban seducirme, a las que no hablaban ningún idioma que yo conociera y a las pocas que se encogían y parecían tan molestas por el llanto de los bebés que les dije que lo olvidaran.

—¿No filtran a estas personas? —preguntó Natalie con una mirada de hastío. Ella me había ayudado ese día—. Ni siquiera querría a la mitad de ellas como niñera de Maisie durante una hora.

El tercer día, Andre se unió a mí para las entrevistas y elegimos a una niñera. Terminó renunciando en la primera hora porque Henry le orinó encima. Llamamos a la suplente, la segunda opción para el puesto, y dijo que no podía imaginarse escuchar a Emily llorar un segundo más sin que le estallara la cabeza por una migraña.

El cuarto día, todavía sin éxito.

Cuando llegó el jueves, me preocupaba nunca encontrar a nadie. Andre me estaba ayudando de nuevo, luciendo tan frustrado como yo. —Oye, quizás esta funcione. —Asintió mientras miraba su teléfono—. La primera agencia con la que contactamos dijo que tienen una nueva candidata.

—¿Habla inglés o ruso? —pregunté cansado.

Asintió.

—¿Planea mudarse aquí con sus propios hijos? —Eso también había pasado.

—No.

—¿Alguna alergia, tendencia a las migrañas o sensibilidad al olor de la caca de bebé? —pregunté, intentando recordar todas las razones por las que nadie se quedaba en el trabajo más de una hora.

—No. Amber Desmond. Veintiún años. Experiencia previa en cuidado de niños —leyó—. Está de camino.

—Buff. —Resoplé. Esos detalles no me decían nada. —Da igual. —Dudaba que alguna niñera encajara como yo necesitaba.

—Si parece medianamente decente y confiable, quizás deberías duplicar el sueldo y hacer la oferta tan buena que no pueda rechazarla —sugirió encogiéndose de hombros.

—¿No haría que pareciera que estoy desesperado? —le espeté con una sonrisa burlona.

—Para alguien que tiene pinta de no haber dormido más de una hora seguida esta semana, *estás* desesperado.

—Ahh. —Suspiro, sin energía para discutir eso. Acaricié el suave cabello rubio de Emily y lo miré. —¿Es segura?

Asintió. —Hasta donde podemos saber. —Esa era otra preocupación. Contratar ayuda era un riesgo, y cualquiera podría intentar acercarse a nosotros. Enemigos, especialmente. La esposa de Andre había pasado por una agencia de empleo para ser sirvienta en el edificio de él solo para espiar para su tío, el jefe de una familia rival. Esa mentira había sido un obstáculo para superar como pareja, y era otra historia para otro momento, pero servía como recordatorio de que no hacía daño ser cuidadoso. Andre se ofreció a ser extremadamente exhaustivo con las verificaciones de antecedentes de todas las candidatas.

—Jefe —dijo Lorne, usando su tono "formal" al salir del ascensor. Nunca me llamaba *jefe*. Solo había conseguido que dejara de llamarme *niño* de vez en cuando. Pero usaba el término *jefe* y el tono profesional cuando era necesario, por las apariencias—. El siguiente candidato está aquí.

Andre se levantó, pero yo me quedé sentado en mi silla con Emily durmiendo contra mi pecho.

—¿Amber Desmond? —preguntó Andre, mirando hacia la mujer que entraba guiada por Lorne.

—Sí —respondió ella con una voz dulce.

Hmm.

No era demasiado formal. Ni descarada. Era solo una palabra, pero por su tono, podía decir que no intentaba aparentar ser algo que no era.

La esbelta pelirroja que apareció frente a mí me cautivó.

Se mantenía erguida, sin inquietarse. Sin nervios. Sin una actitud excesivamente encantadora.

Amber le estrechó la mano a Andre y me miró fijamente. Sus ojos de un verde oscuro intenso brillaban con un destello de esperanza. Pero no pasé por alto la humildad atormentada en ellos. Pequeñas pecas

salpicaban sus mejillas altas. Largos mechones brillantes de un castaño rojizo caían sobre sus hombros. Las puntas rozaban sus generosos pechos—ocultos a mi vista por su blusa blanca modesta. Su falda no era de diseñador, pero estaba limpia. Y aunque estaba desesperado por encontrar una niñera, no un polvo rápido, se cruzaron los cables en mi mente mientras terminaba de observarla lentamente, terminando con una mirada a sus zapatos desgastados.

Hmm.

Tal vez Andre tenía razón. Si parecía medianamente decente, podía aumentar el sueldo y ella lo aceptaría. Claramente necesitaba el ingreso, apareciendo vestida así.

—Encantado de conocerte —dijo Andre.

Ella se giró completamente hacia mí y extendió su mano. Pero la bajó rápidamente, al ver que tenía las manos ocupadas con mi hija. Levantó la mano en un pequeño saludo y esbozó una rápida sonrisa —. Hola.

Joder, esa voz. Dulce, suave. *Sexy.*

—Soy Roman —dije—. Y esta es Emily. Y ese es Henry.

—Son adorables —dijo con una sonrisa creciente, mirando a ambos.

—Por favor, siéntate —dijo Andre—. ¿Has tenido la oportunidad de revisar la oferta de trabajo? ¿Todos los requisitos y expectativas?

—Sí. La he revisado.

Aun así, Andre los repasó con más detalle, tomando el control de la entrevista mientras yo observaba. Henry comenzó a lloriquear y Andre suspiró, extendiendo la mano hacia él, pero Amber fue más rápida—. ¿Tienen un biberón a mano? —preguntó.

Competente. Tranquila.

Esas dos cosas me impactaron más—. Acaba de comer.

Ella asintió, sosteniéndolo correctamente y meciéndolo un poco—. Pero ese llanto es de hambre.

Me froté la cara y gemí.

Andre se rio mientras se levantaba para buscar uno.

—¿Cómo *sabes*? ¿Cómo puedes simplemente *saber* qué llanto es cuál? —pregunté, estupefacto.

—La verdad… no estoy muy segura —admitió—. ¿Es intuición?

—¿Alguna intuición femenina aleatoria? —refunfuñé.

—Supongo que sí —tomó el biberón que Andre le dio, y efectivamente, calmó a Henry mientras tomaba el biberón.

—¿Tienes mucha experiencia, entonces? —preguntó Andre—. Tus referencias no están listadas individualmente.

—Sí. Mis referencias están todas ahí. El formulario de la agencia es un poco raro y condensado —sonrió mirando a Henry—. Tengo mucha experiencia en cuidado de niños, desde recién nacidos hasta niños de edad escolar.

Admirándola por calmar a Henry como una profesional, noté lo joven que parecía. Fresca. Energética y aún no endurecida por la vida. Sería ingenua, alguien a quien proteger de la dureza de mi familia si viviera aquí.

Una atracción fugaz se intensificó mientras la veía sostener a mi hijo. Era hermosa, pero era su calma, su compasión y competencia mientras miraba a mi hijo. Como si supiera que él era precioso sin necesidad de conocerlo mejor o familiarizarse más con él. Como si pudiera apreciar una verdadera bendición en la vida.

¿Quizás es tan buena con un bebé porque ha tenido uno propio?

Andre hizo otra pregunta sobre si entendía que era un puesto de convivencia. Me desconecté, atrapado en apreciarla mentalmente.

No. Es demasiado joven para haber tenido un hijo.

Aunque ese pensamiento era reciente, no podía evitar imaginar cómo se vería embarazada. Su vientre hinchado. Sus pechos más llenos. Su rostro radiante de felicidad.

¿Qué. Demonios?

Parpadeé, sacándome de ese pensamiento.

No había estado interesado en una mujer desde hacía más de medio año, y una mirada a Amber hizo que mi polla despertara. Me hizo imaginar lo hermosa que estaría embarazada de mí—

Por el amor de Dios.

Contrólate.

Me froté la cara, seguro de que esto era resultado de la privación de sueño.

Incorporándome más, la interrumpí a mitad de la frase—. Estás contratada.

Ella parpadeó una vez, lentamente, sus labios rosados y carnosos separados por lo que estuviera diciendo. A pesar de haberla interrumpido, continuó acariciando la espalda de Henry, calmándolo sin darse cuenta.

—¿Quieres el trabajo? —pregunté.

Ella cerró los labios y asintió—. Yo… Sí. Creo que me gustaría este trabajo, Roman.

Arqueé una ceja—. ¿Crees que lo quieres? ¿O lo quieres? —bostecé a pesar del aumento en mi pulso que ella me hizo sentir. La atracción era una fuerza poderosa de la naturaleza a la que yo era propenso a obedecer. Pero ahora… Era su competencia y su calma gentil lo que más me impresionaba. Su dulzura—. Porque estoy al límite. Necesito una niñera lo antes posible. El trabajo es tuyo, Amber, si lo quieres.

4

ÁMBAR

¿Quería *yo* el trabajo?

¡Claro que sí!

Habría querido *cualquier* trabajo. Con mi nombre falso, referencias falsas y cero experiencia laboral, estaba aterrorizada de que nadie quisiera contratarme para nada. La agencia de empleo me dijo que no esperara mucho, pero luego me lanzaron esta vacante con una actitud de *¿qué más da?*

Por supuesto, quería el trabajo de niñera. Lo *necesitaba*. Una posición con alojamiento incluido era un paso firme hacia adelante, una capa de seguridad entre yo y mi pasado, un colchón que me ocultaría de William.

Necesitaba este trabajo para empezar mi nueva vida. No la existencia de pesadilla de la que tuve que huir, sino un futuro. Un ingreso para comenzar a ser independiente y libre. ¡Y segura! Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Miré a Roman después de su oferta de contratarme al instante. Si no estuviera sosteniendo a Henry, me habría pellizcado. Parecía un sueño, y me atreví a creer que esto era real y que no estaba

alimentando falsas esperanzas. Como cuando un patrocinador llegaba al hogar de acogida, o cuando familias visitaban el orfanato. Aquella emoción brillante y floreciente se extendía por mi pecho, iluminándome con la esperanza pura de que mi vida cambiaría. Pero luego nunca ocurría. Otros niños eran adoptados. A mí me trasladaban de nuevo.

Hasta que apareció William.

Me enderecé, decidida a sacar a mi padre adoptivo de mi mente. Roman y Andre todavía me miraban, esperando una respuesta.

No. Hasta que llegó Roman. Y Emily y Henry. Podría trabajar aquí y pertenecer todo el tiempo que pudiera. No iba a ilusionarme demasiado con esta oportunidad. Me negué a pensarlo.

—Sí —asentí una vez.

El alivio en los ojos azules de Roman me hizo pensar que *él* quería que aceptara el trabajo más que nada. La desesperación brillaba en su mirada profunda. Todas esas líneas marcadas en su rostro rudo sugerían que era un hombre en forma, capaz de trabajar duro y jugar duro. Pero no podía ocultar la fatiga en su rostro.

—Bien. Estás contratada —bostezó de nuevo—. Empezando *ahora*.

Andre se rió y se inclinó para quitarse a Emily del pecho. —Entonces échate una siesta o algo, primo. Lorne y yo podemos mostrarle el lugar y ayudarla a instalarse.

—No, no —Roman se frotó la cara—. Puedo hacerlo. Es mejor que yo… —bostezó de nuevo—. Joder. Tienes razón. ¿Lorne?

El anciano de pelo gris blanquecino reapareció. —¿Sí, chico?

Roman resopló.

—Quiero decir, jefe —Lorne me dirigió una rápida sonrisa. Luego se animó—. Oh, mira eso. Tienes el toque mágico. Has conseguido que ese niño inquieto duerma como un—.

Henry se movió y arrugó su carita.

—Lorne… —Roman gimió—. Le has echado mal de ojo.

—No lo ha hecho —argumenté suavemente, poniéndome de pie y sujetando a Henry más abajo, colocándolo boca abajo sobre mi brazo, pero con seguridad. Mecerme y balancearlo suavemente, algo que aprendí en mis días de ayuda en los hogares de acogida, lo calmó de inmediato.

—Voy a recordar ese pequeño… truco o esa magia oscura —dijo Andre—. Mi esposa está esperando un bebé pronto.

Sonreí. —Enhorabuena —dije—. Otro bebé en la familia. Va a ser ajetreado.

Andre se rió con Lorne.

—Esto no es todo —dijo Lorne. Luego explicó que el padre de Andre, tío y jefe de Roman, estaba esperando un bebé y ya tenía un hijo pequeño. Además, el hermano de Roman tenía dos hijas y otra en camino para el año siguiente.

Mientras el asistente me daba un resumen condensado de la familia, Roman se quedó dormido.

—Puedo enseñarte el lugar, Ámbar —dijo Lorne amablemente—. Deja que el hombre duerma por una vez.

Andre se ofreció a cuidar de Emily, pero Lorne dijo que podía hacerse cargo por un rato. El anciano llevaba a Emily mientras yo sostenía a Henry, y así fue como me dieron un tour del próximo "hogar" de mi vida.

Pronto me di cuenta de que no era un *hogar*. Era un palacio. Tan enorme y lleno de cosas de lujo que jamás había soñado tener. También era una prisión, tan vigilada, con hombres apostados en las puertas y cámaras de seguridad por todas partes.

Mientras Lorne me guiaba —por el edificio de Roman, que estaba junto a otros tres edificios en la manzana propiedad de su familia—, también lo vi como un santuario.

Aquí arriba, en el ático de Roman, ninguna amenaza podría alcanzarme. William no podría enviar a alguien más allá de los guardias para recuperarme.

Allá arriba, sobre la ciudad, me sentía protegida.

En una enorme suite de invitados solo para mí, me sentía mimada.

Y entre todo el personal del edificio, no me sentía sola.

—Ese edificio de allí —dijo Lorne, señalando por la ventana— es donde viven Mikhail y Claire. Espera a conocer a Anya. Es dulce. Está estudiando para ser enfermera. Es la otra prima de Roman.

Sonreí. —Qué familia tan grande.

Soltó una pequeña risa. —Puedes decirlo de nuevo.

—Y sigue creciendo cada día —añadió Roman.

Me giré y lo encontré detrás de nosotros en la sala. —Oh, lo siento mucho. ¿Te hemos despertado?

Sacudió la cabeza y estiró los brazos por encima de su cabeza. Me costó más esfuerzo del que pensaba no quedarme mirando cómo se le levantaba la camiseta. Revelar esos abdominales marcados *no* era lo que necesitaba en mi mente.

Era mi jefe. Además, tenía que ser demasiado mayor para mí. Yo solo tenía veintiún años. Él tendría al menos… ¿treinta?

—No. Esa breve siesta fue todo lo que necesitaba. —Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y se acercó, mirando a Henry y luego a Emily. La tierna sonrisa en sus ojos era demasiado dulce. Luego levantó la mirada hacia mí y me sentí… pillada. —Gracias —dijo.

Madre mía. Ese tono ronco estaba haciendo que la temperatura subiera aquí dentro.

—Le he enseñado lo básico, chaval. —Lorne explicó todo lo que me había mostrado, que era mucho.

—Es mucho para recordar —admití—, pero aprendo rápido —prometí —. Sé dónde está tu dormitorio. —Me encogí—. Quiero decir… recuerdo qué habitación es la tuya porque la evitaré.

Arqueó las cejas.

—A menos que no quieras que lo haga.

Mis mejillas ardieron. ¿Por qué no podría uno de los gemelos despertarse y llorar ahora mismo para salvarme?

—Quiero decir, presté atención para saber qué habitación es la tuya y así no molestarte allí. —Me aclaré la garganta.

Sonrió lentamente, y odié ese toque de humor burlón en sus ojos azules. Sabía que estaba tropezando con mis palabras. Sabía que yo también lo sabía. Y era incómodo por todas partes.

—Bueno, ha sido más fácil mantener las cunas de los gemelos en la habitación con él toda la noche —dijo Lorne—. Así que quizá necesites molestarle allí.

Roman suspiró y le lanzó una mirada.

—Yo… Eso no… Si tú… —No podía hablar. Solo la idea de estar en esa habitación tan masculina, cerca de esa enorme cama, con este hombre alto, musculoso y rubio…

Respiré profundamente. —Estoy lista para ayudarte con los gemelos como sea necesario —declaré, esperando salvar las apariencias con esa afirmación tan profesional.

Roman se rio y suavizó su expresión. —¿Tienes alguna pregunta, sin embargo? ¿Sobre el trabajo? ¿Algo?

¿Eh, sí? Solo como un millón.

Lorne gruñó. —Tiene que tenerlas —dijo—. Pero, ¿qué tal si las resuelves durante la cena, eh?

Miré la hora, sorprendida de lo tarde que era. Lorne había sido exhaustivo con su tour.

—Suena bien.

Nos trasladamos de nuevo a la sala principal, y me sorprendí cuando Roman se dirigió a la cocina. ¿Un hombre que sabía cocinar? Tenía que preguntarme si había vuelto a caer en un sueño.

Lorne ayudó, y yo me ocupé de acomodar a Emily y Henry en la cuna portátil. Ambos estaban durmiendo, lo que me liberó para intentar ser útil.

—¿Puedo ayudar?

Señaló con la barbilla los ingredientes para una ensalada que había dejado preparados. —Claro. —Lorne estaba ocupado preparando un adobo para las pechugas de pollo.

—Pregunta lo que quieras, Amber —dijo Roman—. ¿Alguna duda sobre el trabajo?

—Eh. ¿La madre de los gemelos formará parte del trabajo? —pregunté.

—No. —Roman negó con la cabeza y explicó que había fallecido tras el parto. Cuando expresé mis condolencias por su pérdida, me corrigió, explicando que los gemelos eran el resultado de una noche de pasión y que solo había descubierto la existencia de los bebés una semana antes.

—¿Estuviste solo con ellos una semana? No me extraña que te vieras tan… —Le hice un gesto con la mano.

Me sonrió juguetonamente. —¿Tan qué?

Lorne se rio.

—Tan cansado —respondí.

—Prepárate —advirtió Roman con tono sombrío—. La próxima semana, tú también tendrás ese aspecto.

—Estoy lista para ayudar —prometí, esperando no sonar como un disco rayado.

Mientras preparábamos la cena y luego nos sentamos a comer, seguimos hablando. Me preguntó si tenía más cosas que traer. No las tenía. Le pregunté cómo era su horario de trabajo. Evitó la pregunta y dijo que estaba por determinar.

Proporcionó más detalles. Yo compartí lo que pude, manteniendo mi identidad falsa y sin mencionar mi pasado. Él también me contó más, pero evitó los detalles, diciendo que estaba en el negocio de las inversiones y la consultoría. Lo que podía significar muchas cosas.

—Entonces, ¿solo estamos los tres aquí? —pregunté una vez que terminamos de cenar y recogimos los platos—. ¿O hay otros empleados que ayudan?

—No. Solo tú y yo —corrigió Roman—. Mientras estoy en esta fase de paternidad, Lorne se encargará de supervisar todo lo que yo gestiono.

—Oh. —Fruncí el ceño, insegura de si me estaba acostumbrando a Lorne y no quería perder su compañía o si me intimidaba estar sola con Roman, cuando algo en su aspecto hacía que mi estómago diera un vuelco.

—Tengo un servicio de limpieza, pero tendré que ajustarlo al horario de sueño de los gemelos —dijo Roman.

—Puedo ayudar con lo que sea… —Me interrumpí. *Sabía* que lo estaba diciendo demasiado.

No me lo reprochó, esa estúpida necesidad excesiva de complacer a los demás.

—Lo que necesito que me ayudes es con eso. —Señaló a Emily—. Y con esto. —Señaló a Henry.

Asentí, levantando la mirada hacia él. Sorprendida de que ya no pareciera un extraño, esperaba poder lograrlo.

—Puedo hacer eso —dije.

Desvió la mirada de sus hijos y me estudió. —Pero no hay prisa, ¿de acuerdo? Es un gran ajuste, tener dos bebés que aparecen de repente y desequilibran mi vida. No puedo prometer que no habrá caos a veces, pero encontraremos un sistema que funcione mejor. Por favor, siéntete como en casa también.

¿En casa?

No me hagas bromas así…

Le sonreí levemente. Este también era un gran ajuste para mí, pero de formas que él no podría empezar a entender.

Ya me sentía tentada a convencerme de que estaba más segura aquí que cuando vivía con William, y ese sentido de optimismo que cambiaba mi vida quería aferrarme a él todo el tiempo que pudiera.

5

ROMAN

La primera semana siendo padre pasó volando. Fue un caos de poco sueño y tratar de encontrar una niñera.

La segunda semana de ser padre no fue tan acelerada. Y no fue tan mala. Con Amber viviendo aquí y tan dispuesta a ayudar, me sentí vivo de nuevo, no solo sobreviviendo.

—Pero *¿cómo* lo sabes? —le pregunté una tarde cuando Henry se puso inquieto—. *¿Cómo* sabes qué llantos son cuáles?

Ella señaló a mi hijo mientras hacía una mueca y lloraba. —Tiene que echar un gas. Es eso.

Sostuve a Emily y negué con la cabeza mientras la veía frotarle la barriga. —Pero ¿cómo…?

Un sonido leve salió de él y se calmó.

Amber sonrió y levantó las manos. —¿Ves?

Joder. Sí. Lo veo. Te veo a ti.

Su sonrisa iluminó toda su cara, dejándome atónito. Entre sus expresiones recatadas y sus ceños fruncidos concentrados, podía

parecer seria. Quizás nerviosa. Pero cuando se soltaba y relajaba para sonreír así…

Maldita sea, estás preciosa.

—¿Qué? —Frunció el ceño al instante.

Ah, mierda. Olvidé borrar esta estúpida sonrisa de mi cara. Me estaba volviendo mejor en esto, dándome cuenta de cómo ella notaba que la observaba, la admiraba, y se ponía cohibida. Como si se preguntara qué podría ver alguien en ella.

Desconcertante.

Estábamos aprendiendo el uno del otro mientras avanzaba todo, pero esa fue una de las primeras pistas que guardé para analizar más tarde.

Ella era encantadoramente ajena a lo sexy que era. Incluso con una camiseta sencilla y unos pantalones de pijama, sus melenas rojas recogidas en un moño desordenado, era una diosa. Un imán.

—Nada —sonreí rápidamente—. Solo estoy impresionado de que tengas esa "intuición" y puedas saber por qué lloran por el sonido que hacen.

Acercó a Henry mientras estábamos en los sofás de mi salón. —También estaba echando gases antes. Cuando encogen las piernas, parece que es por eso —se encogió de hombros.

—Vale —cogí el mando—. ¿Lista para la tercera temporada? ¿O quieres volver a la otra serie que empezamos ayer?

Ella asintió. —Claro. Lo que tú prefieras.

Esa fue otra cosa que noté entre las noches tardías de alimentación y mantener a Emily y Henry lo más felices posible en su primer mes de vida. Lo pasiva que era. Quizás no era más que la dinámica de que yo fuera su jefe. Pero una vez que me di cuenta de que nunca quería tomar la iniciativa en algo que no fuera suyo, vi el patrón.

Con la comida, dejaba que yo decidiera qué quería comer. Cuando intentábamos decidir quién debía ducharse primero para que el otro estuviera con los gemelos, ella me dejaba elegir. Pero no era solo eso. Cuando Anya vino y se ofreció a planear venir a cuidarlos en algún momento, Amber le dijo que lo decidiera ella.

Es porque trabaja para ti.

Por supuesto, no va a hacer demandas.

Sin embargo, mientras la serie continuaba, la observé de reojo y me pregunté si era algo más profundo.

Algo… malo.

Porque había captado otras pistas de lo que hacía a Amber quien era.

Como cuando se estremeció cuando Lorne se inclinó sobre ella para atrapar algo que iba a caer un día. O cómo se tensó cuando rozué su costado mientras preparábamos la cena una noche.

Ser lanzado a una situación de convivencia venía con sus desafíos. Nunca había tenido espacio en mi vida para una mujer más que para una visita temporal a mi cama. Tener a Amber viviendo aquí como niñera se había convertido en un estudio. En un proyecto, casi, porque cuanto más conectábamos y compartíamos mi ático, mayor era mi curiosidad.

—¿Quizás tenía un novio imbécil? —supuso Sergei el otro día cuando vino con Natalie.

Me encogí de hombros, observando cómo Amber se animaba y jugaba con Maisie. —Y eso. ¿Cómo es tan buena en eso?

Sergei echó un vistazo a Amber haciendo el tonto con Maisie. Emily estaba durmiendo la siesta mientras Natalie sostenía a Henry y Sergei a Rose.

—Es *tan* buena. Con los gemelos. Con Maisie. —Sacudí la cabeza. —Solo tiene veintiún años. ¿Cómo es tan hábil con los bebés y los niños mayores?

—Quizás creció cerca de otros niños en el vecindario.

Negué con la cabeza. —Dijo que creció en un pueblo pequeño del estado con sus padres hasta que fallecieron el año pasado. Mencionó que había cuidado mucho a niños cuando era más joven, pero… —suspiré, sonriendo mientras Amber y Maisie se reían a carcajadas con lo que parecía un juego de charadas.

—Parece que os lleváis bien —comentó mi hermano.

—Oye, podría llevarme bien hasta con el diablo —bromeé. —Mientras pueda dormir y funcionar, soy un hombre completamente diferente.

Antes de que terminara el programa, bostecé y la miré. Estaba recostada en el sofá con Henry apoyado en su pecho. Ambos estaban profundamente dormidos. Me senté con Emily en la silla.

Siguiendo el consejo de Claire, no habíamos intentado salir aún. Para nada. Mantener a los bebés en casa era mejor para sus sistemas inmunológicos vulnerables. Incluso si ella no hubiera sugerido quedarnos en casa, yo lo habría preferido.

Con Amber.

Una semana no era mucho tiempo para sentirme cercano a alguien, pero al estar empujado a esta situación con ella, lo hacía. Estábamos en el espacio el uno del otro. Empezábamos a completar las frases del otro. Podía adivinar su próximo movimiento mientras ella parecía estar lista para el mío. Unirnos a través de los gemelos era el terreno común en el que nos apoyábamos para familiarizarnos, pero en el fondo de mi mente rondaba la pregunta de cómo podía obtener más, cómo aprender todo sobre ella.

—¿Puedes verme? —pregunté a mi hija, intentando recordar lo que había leído sobre el rango de visión de los bebés.

Parpadeó lentamente, sin enfocarse realmente en mi rostro pero sin llorar al escuchar mi voz. Cuando tuvo un hipo, sonreí. Casi todo lo que hacía era adorable y no me importaba estar tan cursi con ella. Con ella y con Henry. Así como estaba aprendiendo a tener a Amber en mi vida como niñera, estaba aprendiendo a abrir mi corazón aún más y abrazar todos los sentimientos que estos dos bebés me hacían sentir.

Amor. Alegría. Asombro. Pero también otras emociones, ya que eran tan preciosos y vulnerables—también estaba decidido, protector y quizás un poco paranoico sobre si estaba haciendo esto bien.

—¿Qué tal si nos vamos a la cama, eh? —susurré a Emily mientras agarraba mi dedo. —¿Y tal vez dejamos que *ambos* durmamos un par de horas?

Ella hizo un puchero.

—¿Una hora?

Bostezó.

—Oh, vale. Tres horas. Trato hecho.

La llevé a su moisés y volví al salón. Cogí a Henry del pecho de Amber, sonreí y me moví tan lenta y silenciosamente como pude para no asustar a ninguno de los dos.

Una vez que lo tuve en su moisés, volví al salón para ponerle una manta a Amber.

Ella suspiró, sin despertarse bajo la calidez de la manta, y luché contra el impulso impulsivo de darle un beso en la frente.

Verla relajada también me llenaba de una sensación de satisfacción.

Los gemelos ocupaban todo nuestro tiempo. Cuando intentaba preguntarle a Amber sobre su pasado, se mostraba reservada y

vaga.

Pero tenía la corazonada de que tarde o temprano me volvería loco con el misterio que la rodeaba. Porque no quería que fuera un enigma o un acertijo para mí. No me gustaba esa pequeña voz persistente en el fondo de mi cabeza que me advertía que algo malo podría estar escondido en su historia.

Su presencia calmada y gentil era una bendición para manejar a los gemelos.

También me costaba aceptar la sorpresa de lo mucho que tenerla aquí me calmaba a mí también.

6

ÁMBAR

No fue hasta que llegaron las cosas de los gemelos que pude dejar de sentir que íbamos corriendo detrás. La primera semana como niñera de Emily y Henry fue un torbellino de ajustes, como Roman había anticipado. Estaba encontrando mi lugar, aprendiendo dónde estaba todo en su enorme casa mientras también intentaba encontrar mi equilibrio con dos recién nacidos. Roman también lo estaba resolviendo. No la parte de estar en un lugar nuevo, sino cómo incorporarme a su vida. Y especialmente cómo incorporar tener un hijo y una hija que nunca había esperado que aparecieran—nunca.

Por lo que decían su hermano y su primo cuando los visitaban, Roman nunca había actuado como el tipo de hombre que se establece.

Eso no podía ser cierto, sin embargo. Veía cómo era con los miembros de su familia y cómo era con Owen y Rose, y también con Maisie. Él *era* un hombre de familia, pero interpreté sus comentarios maliciosos por lo que valían.

Roman nunca había querido establecerse con una mujer. Era un seductor. Aunque todo lo que yo podía ver era a él como padre de

estos dos bebés.

—Otro envío —anunció Lorne en el ascensor mientras más hombres traían cajas grandes.

Eché un vistazo desde la cocina donde estaba lavando biberones. —¿Otro? —pregunté, riendo levemente.

—Otro —dijo Roman mientras entraba detrás de los tipos que traían las cajas. Me lanzó una sonrisa burlona. —Te dije que habría muchas cajas. —Se levantó la camiseta para secarse el sudor de la cara.

Me contuve una sonrisa ante su tono de broma.

Sí, definitivamente era un seductor. Un encantador. Pero me preguntaba por qué desperdiciaba esas sonrisas tontas con *mí*. Yo solo era la ayuda contratada. La niñera. No una mujer que él quisiera.

Esquivó a los repartidores y guardias de seguridad que traían más cajas de cosas para los gemelos. Todo el sudor era de su tiempo en el gimnasio, ubicado en el piso de abajo. Me di cuenta de que se frustraba más con las cosas más pequeñas—no explotando ni siendo malo, pero más fácil de irritarse—cuando no hacía ejercicio.

Mi jefe era un adicto al gimnasio, al parecer, y una vez que alcanzáramos una simbiosis aquí, de mí manejando a los gemelos sola mientras dormían, él podría tener la oportunidad de hacer ejercicio… y estar más equilibrado por ello.

Mirándolo hablar con los hombres y decirles dónde poner las cajas, hice lo posible por no mirarlo descaradamente. Todos esos músculos delgados contrayéndose. Su cabello rubio corto despeinado y sudado. El puro fuego de estar vivo brillando intensamente en sus ojos.

Era poderoso, fuerte e intimidante, como si pudiera aplastar cualquier cosa delicada, pero no era igual que los otros. Mikhail, Andre y especialmente Sergei. Ellos *eran* peligrosos de una manera

indescriptible que yo respetaba mucho. Llevaban autoridad. Se movían como la oscuridad. Roman también tenía esa misma fuerza, pero a medida que me acostumbraba a vivir con él y los gemelos, también veía el equilibrio.

Su vulnerabilidad, como cuando sonreía a los bebés durmiendo. O cuando hacía caras tontas para Owen o Rose. También con Maisie. Él *era* un hombre de familia, y no cuestionaba cuánto se preocupaba por todos ellos.

Pero… no te hagas la idea de que tú también vas a encajar así.

Era tan tentador, cruelmente intoxicante, entretener esta esperanza de que encajaría y pertenecería a esta familia. Finalmente sentir que sería incluida como uno más de ellos. Ese era el deseo fugaz cada vez que estaba en adopción y conocía a posibles padres o familias. Pero todos me rechazaron.

Excepto William.

El monstruo del que huí y del que tenía que esconderme para siempre.

Las cajas de ropa y otros accesorios fueron llevadas a la habitación que sería la guardería. Sumergiendo mis manos en el agua jabonosa para terminar con los biberones, esperaba con ilusión lavar y ordenar todas las compras para Emily y Henry. Habían estado usando ropa heredada de Rose y Owen. Ninguno de los bodies ni prendas les quedaba bien. Su madre no había comprado ropa, juguetes, mantas ni nada porque parecía que había planeado no estar viva después de sus nacimientos.

Qué cosa tan terrible.

Pensando en cómo solo se había mantenido viva para tener a los bebés, esperaba que ahora estuviera en paz. Por un lado, no podía imaginar cuán severa podría ser la depresión y el dolor después de perder a un ser querido, pero por el otro, no podía comprender cómo no querría luchar más duro por el bien de los gemelos.

Sonreí al verlos dormir en su cuna portátil.

Pero qué hermoso lado positivo. No podía evitar que me encariñara con ellos. Ya estaba completamente enamorada de ellos, disfrutando de los altibajos de su primer mes de vida.

—Me voy a duchar —gritó Roman una vez que las cajas de ropa, accesorios y las cunas fueron entregadas y colocadas en la habitación de los bebés.

Sacudí la cabeza, divertida. —Pensé que yo te reportaba a ti. No al revés —respondí. Burlarme de él parecía arriesgado. Pero lo hacía tan fácil. Tan natural. Tenía una personalidad juguetona cuando no estaba privado de sueño y agotado.

Regresó desde el pasillo hacia su habitación. Con la camiseta en la mano, me tentó con la vista de su pecho. Su espalda. Sus hombros. Toda esa piel tensa flexionándose y—

¿Por qué los brazos son tan sexis? Luchaba por no ser descubierta mirándolo de nuevo con esta estúpida atracción hacia sus brazos venosos y tonificados.

Él sonrió. —Equivocada. *Ellos* son los jefes de ambos —dijo con un movimiento de cabeza hacia los gemelos.

Bajé la mirada y sonreí. —Sí. Emily ya te tiene alrededor de su dedo meñique.

—Mientras que Henry ha descubierto cómo hacer que siempre le cojas primero —respondió él.

Levanté la cabeza. —Eh. Eso no es justo. Los quiero a los dos… —Me detuve, frunciendo el ceño. *¿Querer?* Lo hacía. Pero parecía una debilidad admitir que esto no era solo un trabajo para mí. Y nunca lo fue. Trabajar aquí como niñera era una oportunidad de libertad y seguridad, una nueva vida.

Se dio cuenta de mi lapsus y sonrió. —Lo sé, Amber. Es imposible no querer a los dos.

Suspiré aliviada. Se suponía que solo debía estar aquí como niñera, nada más. —Quererlos a los dos *por igual* —corregí.

Él asintió en acuerdo. —Solo te avisaba para que no entrases y te pusieses a gritar de nuevo.

Un calor furioso me subió por las mejillas y me mordí el labio.

Él se rió suavemente. —Avisar es cortés.

Lo despaché con un gesto de la mano, decidida a mirar a cualquier lugar menos a él. Hace tres días, cometí el error de pensar que todavía estaba durmiendo la siesta en su habitación después de una noche terrible en la que los gemelos no durmieron bien. No estaba durmiendo. Estaba saliendo de la ducha, con nada más que una toalla sujeta baja en sus caderas. Casi chocando con él mientras buscaba un biberón usado para lavar, uno que pensé que había dejado en su mesita de noche, grité. Estaba impactada. Sorprendida. Y más que un poco avergonzada. Desafortunadamente, desperté a Henry con mi leve grito.

Esa era la parte más complicada de todo esto. Acostumbrarme a vivir con *él*. Como un compañero de piso, ¿pero no? Como un ayudante, ¿pero quizás también un socio porque nunca descartaba mis sugerencias?

Jugando a lo seguro, esperé hasta que salió de la habitación, completamente vestido, para ayudar a organizar las compras. Consiguió que Emily y Henry las colocasen sobre una manta en el suelo mientras abríamos todo.

—Esto hace que parezca real —comentó, sentándose frente a mí mientras abría más paquetes.

—¿Eh? —Coloqué más ropa en las pilas que estábamos haciendo.

—Todo esto. Ropa, mantas, toallas, calcetines, gorros y… —Resopló con una risa irónica al enumerar la lista. —Hace que sea más real que ahora tengo hijos.

Lo miré de reojo. —¿*Ellos* no son prueba suficiente? —pregunté, mirando a los gemelos que parecían estar mirando el ventilador del techo.

—Ahora es más permanente. —Miró alrededor de la habitación que compartirían. —Tienen su propio espacio. Cunas. Lo que sea que se supone que es esa cosa tipo nave espacial. —Señaló una silla para bebés que Natalie juraba que era lo mejor, un balancín y mecedora y demás.

Sonreí, contenta de que no estuviera tan cerrado conmigo como para tratarme como a un amigo y abrirse. Para compartir y hablar.

—La primera semana que estuvieron aquí, todavía estaba procesando que existían. Y te estaba buscando.

Miré hacia arriba bruscamente. *¿Buscándome a mí?* Podía sonar amenazante. No lo dijo en ese tono. Sabía que no. No me conocía entonces. Pero con el miedo siempre presente al acecho en el fondo de mi mente de que William podría estar buscándome, me tensé.

Él miraba hacia abajo el paquete que estaba abriendo, sin notar mi reacción. Con las piernas abiertas mientras se sentaba conmigo en la alfombra mullida, parecía ajeno a mi ceño fruncido.

—Entrevistar para el puesto de niñera fue un infierno. Y luego tú y yo estábamos aprendiendo cómo ser un equipo la semana pasada… —Se encogió de hombros. —En retrospectiva, parece tonto que haya esperado para comprar todo esto.

—No es tonto —dije—. Estabas tomándotelo con calma.

—¿Cómo haces eso?

Me dirigí a él, levantando las cejas. —¿Qué?

—¿Hacerme sentir mejor? —Sacudió la cabeza. —Eres como una fuerza calmante de optimismo. ¿Alguna vez eres negativa?

—Estoy bastante segura de que cuando intentaste decirme que estaba cogiendo mal a Henry a las tres de la mañana, fui negativa.

Él sonrió. —Bien dicho. De todos modos. Solo trataba de señalar que trasladar sus cosas a esta habitación parece un gran paso. Un paso permanente que no se puede deshacer. Otra señal de que me estoy —estamos todos—instalando, y podría vislumbrar volver a lo que pensé que era mi vida normal antes de que apareciesen.

—¿Te refieres a volver al trabajo? —pregunté. Estaba algo nerviosa por eso, no quería perder esta compañía con él.

Él asintió. —Nunca estoy realmente *fuera de servicio* —respondió, frotándose un punto entre el hombro y el cuello, masajeándolo. —Pero Mikhail necesitará que retome más de mis antiguas responsabilidades eventualmente.

—¿Qué, eh, qué haces exactamente? —pregunté. —¿O a dónde vas?

Él nunca hablaba de su trabajo. Los otros tampoco, y ahora entendía que Mikhail era el jefe de su empresa. *Inversiones* y *consultoría* era una combinación vaga.

—Tengo varias oficinas —dijo. —Pero voy a hacer de la de aquí mi principal.

Ese fue otro cambio. Al elegir esta antigua habitación de invitados como la guardería de los gemelos, me había trasladado a una habitación más cerca de ellos—y de él. También había hecho que unos pintores preparasen otra habitación para una oficina.

Todo lo que podía decir era que tenía un puesto de poder. De riqueza. Todos estos hombres Orlov lo tenían. Ese poder y riqueza tenían que ser la razón de todos los guardias y la seguridad.

Sentirme aislada del resto del mundo contribuía en gran medida a hacerme sentir segura y escondida aquí en el penthouse de Roman, donde no se escatimaban gastos. No me faltaba de nada. Sin embargo, mientras intentaba aceptar sentirme segura y no

estresarme por sobrevivir sola por primera vez, no podía sacudirme este miedo de que William seguía ahí fuera. Que él, también, tenía una vida de riqueza y poder.

No como Roman, sin embargo.

No lograba reconciliar a los dos como iguales.

¿No *todos* los hombres podían ser malos, verdad? No todos los ricos eran capaces de crueldad.

Nunca podría confiar en los hombres fácilmente. Ese hecho nunca cambiaría con lo que había vivido. Y lucharía por bajar completamente la guardia. Eso tenía que ser algún efecto secundario de estar demasiado tiempo en modo de supervivencia, pero cuanto más me acostumbraba a Roman y su ternura, como cuando lo oía cantarle a Emily o a Henry, quería creer que *yo* no era la que estaba tomando una decisión estúpida ahora. Que no era tonto cuando mi corazón se estremecía de afecto al ver que este hombre fuerte podía desmoronarse por la paternidad.

A pesar de todas las advertencias en mi cabeza, deseaba poder dejar atrás todo el miedo y la precaución y creer que Roman no podía estar cortado por el mismo patrón que William.

7

ROMAN

No llevaba la cuenta del tiempo más allá de una hora. Sólo tenía que superar esta hora. Llegar hasta la mañana siguiente. Y así sucesivamente. Las fechas dejaron de importarme cuando acepté la paternidad.

Pero cuando Emily y Henry cumplieron su segundo mes, me di cuenta de que eso significaba que Amber había estado en mi casa, en mi vida, y había sido mi salvación durante casi seis semanas.

En todo ese tiempo de noches sin dormir, llantos inquietos y cambios de pañales, ella había encontrado un propósito aquí. Rápida para ayudar, tan buena calmando a los gemelos y tan cómoda colaborando como si no fuera la empleada, sino más bien un miembro de la familia, comprometida en convertir esto en un hogar.

Pero no estaba más cerca de entenderla. No estaba más cerca de comprender sus secretos, porque estaba más que decidido a que había mucho más en ella de lo que se veía a simple vista. Lo que vi insinuaba una mujer con una historia que no iba a revelar. Sus sobresaltos. Su pasividad. Sus destellos de miedo cuando se sorprendía.

Más que nada, sin embargo, era su renuencia a salir del edificio.

—¡Será divertido! —dijo Anya mientras todos nos preparábamos para salir a uno de los restaurantes para un brunch familiar en celebración del cumpleaños de Sofia. Incluso Esmeralda, su prima con cáncer avanzado, se sentía lo suficientemente bien para unirse a la familia.

Amber le dedicó una pequeña sonrisa. —Estoy segura de que será un momento estupendo —coincidió.

Yo le agarré la mano y la aparté. —¿Por qué dices eso como si *tú* no vas a estar allí?

—Porque es algo familiar. Y yo no soy familia. Soy la niñera, ¿recuerdas? —Sonrió demasiado rápido para que me lo creyera. —Además, tengo más ropa que lavar después del follón de anoche, y luego esperaba encontrar la ropa de cuatro meses para Emily, ya que la de dos meses ya le queda ajustada. No puedo creer lo rápido que crecen. ¡Como mala hierba! Y—

Le tapé la boca y fruncí el ceño. —Estás poniendo excusas.

Ella respondió tras mi mano, todas las palabras amortiguadas.

—Estás poniendo excusas.

—Te estoy dando razones por las que no debería salir—

—Ajá. —Chasqueé los dedos. No era solo alguna rareza que inventara sobre ser contratada para ayudar, no que no fuera un miembro de la familia. Ella pertenecía, maldita sea. —No quieres salir.

Ella levantó las cejas. —Eh. Sí. Eso es lo que he dicho. Vosotros adelante. Anya ya ha dicho que nos ayudará con los gemelos—

—Dijo que nos ayudaría *a nosotros* con los gemelos. Es decir, que nos daría la oportunidad de comer también.

Ella volvió a fruncir el ceño.

Sintiendo que estaba llegando a alguna parte con su vacilación y lo nerviosa que parecía, la alejé más de donde todos se preparaban. Anya y George, un guardaespaldas, estaban allí para ayudarnos a meter a Emily y Henry en sus portabebés y llevarlos al garaje.

—Esta es la primera vez que te pido que salgas. La primera vez que los gemelos salen. —Con Claire literalmente al lado, no era como si los gemelos tuvieran que salir para revisiones o algo así. —¿Te pone nerviosa salir del edificio?

Sus ojos se abrieron más, pero lo disimuló de inmediato. —Bueno, sí. Llevar a dos bebés en público e intentar comer fuera suena a un desafío. —Su risa débil no me calmó.

—Amber. —Le tiré de la mano para que me mirara de frente. Tenerla tan cerca así destacaba los brillantes destellos de verde claro en sus ojos. Hipnótico. Pero el miedo en su mirada me inquietaba. —¿Tienes miedo de—

—No. —Se aclaró la garganta. —No, no lo tengo. Está bien. Si es tan importante, iré. Simplemente pensé que con toda tu familia allí y Anya ayudándote, Lorne también, no *necesitarías* que yo ayudara. Pero no es un problema. No estoy holgazaneando ni intentando defraudarte. Estoy de servicio y, por supuesto, estaré allí para ayudar con los gemelos.

Gruñí, cerrando la distancia entre nosotros para tomarle la cara y levantarle la barbilla para que alzara la cabeza y me mirara. —Amber, ¿de dónde diablos sacas que no te *necesito*?

Ella parpadeó, aturdida, y se humedeció los labios. —Eh. Yo… Lo siento. Sólo—

Lorne se acercó, pero tan pronto como nos vio de pie cerca uno del otro, apartado, hizo una mueca sin establecer contacto visual. Inclinándose teatralmente, como si estuviera bailando, exclamó un «¡Uy!», levantó las cejas y giró rápidamente fuera de la vista como si no quisiera interrumpir.

Amber aprovechó ese momento para alejarse de mi alcance. —Lo siento, Roman. No estoy intentando ser difícil.

—No dije que lo fueras.

—Me prepararé para salir.

—Pero ¿por qué estás tan—

Se había ido, diciéndole a Anya que estaría lista para venir con nosotros en un par de minutos.

Fruncí el ceño, volviendo al salón donde Lorne, George y Anya estaban abrochando a los gemelos.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó Lorne.

Sacudí la cabeza, sin querer discutir mis preocupaciones delante de Anya. Era una cotilla y le contaría a Claire, Natalie y Sofia cualquier cosa que escuchara aquí.

Durante todo el brunch, mientras Amber se relajaba más con lo ocupados que estábamos como grupo, no podía dejar de pensar en lo que había dicho. Sobre cómo la necesitaba.

Hasta ahora, hasta esa conversación en la que me pregunté por qué parecía reacia a dejar el ático donde habíamos estado quedándonos exclusivamente mientras cuidábamos a los gemelos, no había pensado demasiado en cómo lo necesitaba. Solo que tenía que estar claro que la necesitaba. Punto. Su calma y compasión con mi hijo e hija. Su amistad desenfadada que habíamos forjado sobre horarios de alimentación y cambiando innumerables pañales. No solo ayudaba a que los bebés estuvieran alimentados y sanos. Me hacía sentir más centrado de una manera que ninguna mujer lo había hecho antes.

Estaba comprometido con mis hijos. Sentado allí con mi familia y sonriendo a Amber mientras sostenía a Emily contra su pecho, frotando su espalda, sentí un profundo orgullo de que fueran míos.

Que Emily y Henry *siempre* serían mis hijos y yo les proveería y protegería.

Con eso, sin embargo, al contratar a Amber como niñera, había comenzado el camino de comprometerme a que ella se quedara. Me había acostumbrado a confiar en ella y a comprometerme con ella. Éramos nosotros dos contra dos bebés, uniéndonos de manera sin fisuras de una forma que nunca imaginé poder hacerlo con cualquier aventura de una noche.

Claro, ella tenía el propósito de ser la niñera. Había llegado a ser más que eso. Era una compañera de piso también. Otras pequeñas cosas se estaban acumulando para engañarme y hacerme imaginar que siempre estaría conmigo.

Cómo me cubría con una manta si me quedaba dormido en el sofá, y cómo notaba que yo hacía lo mismo por ella. Cómo ya sabía sus preferencias de comida para llevar y compras, y viceversa. Cómo podíamos recoger después del otro y cómo tenía lugares para sus cosas.

Admirando su suave sonrisa mientras miraba a Emily, sin embargo, me golpeó en el pecho algo más grande. Algo más fuerte.

Esto no era una simple atracción que había estado intentando descartar.

Era deseo. Necesidad. Devoción.

Cuanto más tiempo pasábamos juntos, menos podía convencerme rápidamente de no quererla. Cada roce accidental contra ella. Cada mirada secreta que compartíamos. Todos esos momentos de conciencia cuando los gemelos estaban dormidos y era solo nosotros dos viviendo juntos.

La había notado desde el primer segundo en que se paró frente a mí para su entrevista. Esa química solo crecía e intensificaba, sin embargo, y por eso sentí como si me hubiera golpeado en el estómago cuando dijo que no la *necesitaba*.

La necesitaba, con mis hijos.

Pero lo había interpretado de otra manera.

Había estado aceptando lentamente la verdad de que había estado anhelando por ella todo este tiempo.

—Oye, chico. —Lorne se acercó más a mí, también incluido en este gran brunch porque era más como familia que ayuda contratada. Lo mismo para George y Oleg, otros soldados de Orlov que eran asistentes o guardaespaldas. Lo mismo para Renee y Susana también, las empleadas domésticas en el edificio de Andre y Sofia.

Me incliné hacia él. —¿Hmm?

—Hay algunas cosas esperándote en la oficina del hotel —dijo—. Nada importante, pero ya que estamos en la zona, ¿qué tal si pasas por allí mientras estás fuera? —Pareció notar que aún estaba mirando a Amber—. Ella podría regresar con los gemelos.

Sacudí la cabeza. —No. Pueden venir conmigo. —¿Para una parada rápida en la oficina para revisar algunos papeles? Eso no era nada serio o que tomara demasiado tiempo.

Él asintió y sacó su teléfono para organizar el detalle de seguridad para que Amber y yo camináramos por la calle hacia el hotel.

Amber se sorprendió cuando le dije que nos detendríamos en mi oficina por un par de minutos, pero reprimió ese miedo instantáneo demasiado rápido para que yo pudiera comentárselo. Lorne y un par de otros guardias estarían con nosotros, de todos modos.

Caminar por la acera con ella se sentía tan normal, pero diferente. Lorne empujaba a Henry en un cochecito mientras ella llevaba a Emily en un portabebés, algo que ambos gemelos disfrutaban.

Lorne era una bendición, hablando de esto y aquello. Lo vi por lo que era. Charla. Pequeñas conversaciones. Debió haber notado sus nervios también. Ayudó a que esto pareciera un paseo casual en un agradable día de otoño. Y lo era. Casual. Se sentía bien moverse.

Teníamos aire fresco en mi edificio, en el patio o los balcones. Pero esto era diferente.

Era diferente en la oficina también, porque era demasiado fácil imaginar esto de nuevo. Amber viniendo a visitarme con los gemelos. O todos deteniéndonos aquí mientras estábamos fuera.

Se sentía... bien. Con Amber en mi vida, estaba equilibrado.

Pero demasiado pronto, mis antiguas responsabilidades intervinieron.

Dino llamó a la puerta y entró. —Sr. Orlov. Algunos invitados han venido a hablar con usted.

Arrugué el ceño, sin seguirle.

—*Insisten* —añadió con una expresión más grave. Cuando miró en la dirección donde Amber sostenía a Henry mientras miraba por la ventana con él, entendí su significado.

¿Personas insistentes que querían hablar conmigo?

Él no se refería a los huéspedes del hotel.

Asentí. —¿Dónde está Lorne? —pregunté secamente. Había salido, pero si alguien entraba aquí y exigía hablar conmigo, Lorne sería mi respaldo también.

—De camino. Está intentando, eh, recibir a los huéspedes antes de acompañarlos aquí.

Apreté los dientes, leyendo entre líneas. ¿Recibir a los huéspedes? No, probablemente Lorne les estaba diciendo que se fueran al cuerno. Este hotel no era un negocio de la mafia, pero parecía que alguien estaba aprovechándose de contactarme mientras estaba aquí. No los estaba acompañando, sino probablemente facilitando que se largaran sin causar una escena.

—Amber.

Ella se volvió para mirarme.

—Lleva a los gemelos a otra habitación. Dino, ¿puedes…?

Uno de los guardias del pasillo entró en la oficina. Hizo un gesto para que Amber lo siguiera. Dino se apresuró a sacarla de allí también, empujando el carrito donde ahora estaba Emily.

—Solo seré un minuto —le dije antes de cerrar la puerta de otra oficina contigua a esta.

La confusión cubrió su rostro, pero obedeció.

Tan pronto como estuvo escondida con los gemelos, volví a mi silla detrás del escritorio.

—Y la próxima vez, si quieres una reunión con él, me contactas a mí —decía Lorne mientras abría la puerta un momento después. Le estaba diciendo a Ivan Popov, líder de una familia rival, que no apareciera así. Ivan frunció el ceño, entrando con dos de sus hombres detrás. Lorne no se apartó, lanzándome una mirada de complicidad. Más soldados Orlov entraron después.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté sin levantarme yo *sí* era hábil en mi capacidad para negociar. Pero estos eran los Popov, una familia Bratva con la que nunca nos llevamos bien. Mikhail había aprobado un ataque letal contra ellos cuando intentaron usar a Maisie y Natalie como palanca, secuestrando a la niña. Habíamos matado a muchos de sus hombres y les habíamos dado una lección severa: si se metían con alguien de nuestra familia de nuevo, acabaríamos con su organización. Pero Ivan había sobrevivido, y parecía dispuesto a retomar donde su padre, Niko, lo había dejado, siendo un dolor de cabeza para nosotros.

—Has sido un hombre difícil de contactar —dijo Ivan con arrogancia.

—No estoy obligado a estar disponible para ti.

Frunció el ceño, haciendo una pausa con una mirada hacia un lado. Seguí su línea de visión.

Joder.

Un biberón estaba en la mesa lateral. El teléfono de Amber con su funda de pedrería morada y rosa había quedado al lado.

¡Joder!

No me gustaba que viera esas pistas. Señales de que podía tener un hijo. Una mujer. Los tres serían colaterales, riesgos que enemigos como los Popov podrían intentar usar contra mí. La seguridad de Emily y Henry era una gran parte de por qué había querido encerrarme en casa mientras aprendía a ser padre. Me sentía mal del estómago al pensar que este cabrón de Popov pudiera saber que tenía a más personas en mi vida a las que proteger.

Eran mi debilidad. Todos los miembros de mi familia lo eran. Había estado allí con Sergei para salvar a Maisie. Ayudé a Andre a recuperar a Sofia. Y estuve junto a mi tío cuando luchó para proteger a Claire.

Emily y Henry se habían convertido en mis mayores prioridades, mi carne y sangre.

Amber ya se había metido bajo mi piel y también importaba mucho.

Ivan Popov resopló, casi como si estuviera curioso y divertido. —Parece que has estado ocupado —dijo fríamente.

—Siempre estaré demasiado ocupado para perder el tiempo contigo.

—Quizás deberías reconsiderarlo —dijo Ivan.

—¿Es eso una amenaza? —exigió Lorne. Podía pasar de su personalidad de abuelo a un leal luchador Orlov en un instante.

Ivan levantó ambas manos. —No hay necesidad de amenazas por ahora.

—¿Por ahora? —me burlé. —¿Quieres otro recordatorio de lo que le pasó a Niko cuando pensó que podía joder con mi familia? —Señalé

la puerta. —Lárgate de aquí. La próxima vez que intentes llamar mi atención apareciendo sin avisar, no te gustarán las consecuencias.

—¿Es *eso* una amenaza? —preguntó con ardor.

—Sí. Apareces aquí, sin invitación, insinuando que necesito complacer lo que cojones *tú* quieres, y no estoy contento con eso.

Él me devolvió una sonrisa burlona. —Y yo no estoy contento de que no hagas tiempo para discutir límites con mí —se enderezó, sacando pecho. —Es una mierda que seas el único Orlov al que puedo contactar. Pero una discusión sobre derechos territoriales está pendiente, y lo sabes. Tu reticencia a negociar no se ve bien.

—Las probabilidades de que salgas de este lugar sin que te den una paliza tampoco se ven muy bien. Me importa una mierda lo que te haga feliz. Lárgate de aquí.

Si no hubiera venido a este negocio legítimo, si no hubiera hecho la estupidez de aparecer en el hotel, podría haber estado más dispuesto a escucharlo. Pero no lo hizo. Aparecer sin avisar era simplemente estúpido. Habíamos dejado claro al mundo que este hotel no era parte del territorio Orlov como todo lo demás en nuestra zona. Se hizo una distinción, y este hotel no estaba financiado con dinero sucio. Estaba cruzando una línea dura al actuar como si este fuera un lugar donde podía acosarme.

Tener cualquier peligro tan cerca de Amber y los gemelos me molestaba, y maldito sea si algún Popov, o cualquier otro enemigo, se atrevía a usarlos como mi debilidad para explotar.

8

ÁMBAR

Desde que Roman nos echó a mí y a los gemelos de su oficina en aquel hotel, parecía diferente. No frío, pero más serio. No tenso, pero carente de aquel estado más relajado y despreocupado que me había mostrado en casa.

Con el paso de los días y mientras cuidábamos de los gemelos, comenzó a pasar más tiempo organizando su oficina en casa y luego atendiendo llamadas allí.

Parecía que su licencia de estar solo en casa para adaptarse a tener a los gemelos estaba llegando a su fin. Yo estaba decepcionada porque pasar tiempo con él había sido el punto culminante de mi vida. Sin embargo, era inevitable. Sabía que me habían contratado para encargarme de los gemelos mientras él estaba ocupado. Y estar ocupado con un trabajo era algo esperado.

Con él retirándose, sin embargo, me sentía más involucrada. Atraída más profundamente en su hogar, yo era la que estaba a cargo. No como si fuera una niñera, sino como si esta fuera mi casa y los gemelos fueran míos. Tampoco se limitaba a su ático. Desde que celebramos el cumpleaños de Sofia en aquel brunch, los demás me pidieron que llevara a los gemelos. Claire, Natalie y Sofia me

incluyeron más, y fue dulce ver cómo Emily y Henry se acostumbraban a sus parientes. Owen, hasta ahora, parecía *no* impresionarse con más bebés alrededor. Pero Maisie era adorable, actuando como una mamá en miniatura, mientras que Anya a menudo la cuidaba.

Aun así, a pesar de las alegrías de sentirme incluida, sabía que no era *real*. No podía durar. Y yo no era una de ellos. La inquietud que me corroía acerca de dejar la seguridad de este edificio no había cesado.

Roman me había llamado la atención sobre eso, señalando que tenía miedo de salir.

Lo tenía. Estaba petrificada de que William o alguien que lo conociera me viera.

—¿Cómo están? —preguntó.

Levanté la vista mientras limpiaba el mostrador de la cocina. Roman entró, sudado y tentador después de otro entrenamiento.

—Todavía están durmiendo —le dije mientras echaba un vistazo al reloj—. Aunque probablemente se despierten pronto.

Asintió, caminando por las habitaciones. —Voy a ducharme, pero después necesito atender una llamada rápida.

—De acuerdo. —Dejé de sonrojarme al mero hecho de que mencionara que iba a ducharse. Eso no significaba que dejara de pensar en él mojado y desnudo. Para nada. Ese era *mi* secreto travieso para guardar. Me di cuenta de que solo estaba siendo considerado, advirtiéndome que tendría que encargarme de Emily y Henry hasta que pudiera unirse a nosotros.

—Pero, ¿una llamada rápida para qué? —me pregunté en voz alta mientras iba a ver a los bebés. Henry ya estaba despertándose, y la gran sonrisa que me dio me derritió el corazón. —¿Eh? ¿A qué se dedica tu papá, cariño?

Lo cogí en brazos y lo abracé, inhalando profundamente su olor. Bebé limpio. Si pudieran embotellar eso, venderían millones.

Como aún no había terminado de ordenar después del almuerzo que Anya y yo habíamos tenido antes, puse a Henry en el portabebés y continué. Le encantaba que lo llevaran, y ambos gemelos disfrutaban de los portabebés.

—¿Qué crees que hace tu papá? —le susurré al bebé.

Él estiró sus piernitas mientras yo limpiaba.

La oficina estaba en un hotel, pero él había explicado que solo era el dueño. *Solo* el dueño, como si eso fuera algo pequeño.

Fruncí el ceño mientras recordaba aquella vez que estuve allí, intentando hurgar en mis recuerdos y concentrarme realmente.

No había oído a ninguno de ellos. No podía haberlo hecho. Pero cuando Dino y un guardia de seguridad me ayudaron a sacar a Emily y Henry rápidamente de la oficina de Roman, asumí que era porque esperaba una reunión importante. Lo cual tenía todo el sentido del mundo. Nosotros habríamos sido una distracción.

Con la rapidez con la que nos trasladaron a otra habitación, era imposible no pensar que nos estaban ocultando. Escondiéndonos de la vista. Y eso me inquietaba porque, por un instante fugaz, juraría que reconocí la voz de uno de los hombres que venían por el pasillo.

Que era el sonido de uno de *ellos*.

Los socios que William conocía.

Como todo sucedió tan rápido, lo descarté. Alejé el pensamiento de mi mente, convenciéndome de que era solo paranoia, nada más.

—Estoy segura aquí —le dije a Henry en voz baja mientras doblaba unas toallas de cocina.

No se podía negar que aquí había múltiples capas de seguridad para Roman y su acaudalada familia. Pero dentro de este refugio seguro,

seguían existiendo muchos secretos.

Como qué hacía él en su trabajo para justificar guardaespaldas.

O si alguna vez podría moverse en los mismos círculos que William.

Fruncí el ceño, no era tan ingenua como para descartar eso. William era banquero. Eso lo sabía. Y, lamentablemente, había sido testigo de a qué lo había llevado su riqueza y poder. Lo cómodo que se sentía siendo corrupto y malvado.

¿Y si estos Orlov son capaces de lo mismo?

¿Y si Roman trata con algunos de los socios y amigos que William conoce?

Hice una mueca, odiando que su mundo estuviera lleno de sombras. Pero odiaba aún más cómo yo no era mucho mejor.

—Mis secretos no pueden hacerle daño, de todas formas —le dije al bebé.

—Y nunca te harán daño a *ti* —lo tranquilicé, hablando simplemente para tener un poco de ruido mientras doblaba las toallas.

Esquivé todas sus preguntas sobre mi vida, pero era por su propio bien. Lo que no sabía no podía hacerle daño. Y eso era una preocupación válida. Al escapar de William y esconderme aquí con Roman y su familia, podría estar exponiéndolos a la amenaza de que William me encontrara aquí. Que castigaría a Roman por protegerme.

No. Eso no va a pasar.

Ya habían pasado casi dos meses completos, y no había aparecido ni una sola señal de William.

—No puede encontrarme —susurré.

William no sería capaz de alcanzarme después de que compré esa identificación falsa, conseguí un teléfono desechable, corté mi pelo a

la mitad de su longitud y conseguí ropa de segunda mano en una tienda de caridad. Era una mujer nueva, no su víctima o su propiedad.

Mientras me quedara aquí y dejara que Roman necesitara mi ayuda, estaría a salvo.

Pero, por si acaso, tenía la intención de mantenerme vigilante y estar alerta.

Los secretos siempre eran un obstáculo para comenzar cualquier relación. Las mentiras eran aún peores. Pero eso no estaba en mis planes.

Roman y yo éramos amigos. Casi como compañeros por el bien de los gemelos. No importa cuántas miradas intensas creyera ver en él ni cuántas veces me sintiera atraída por su calidez mientras vivíamos juntos, no me enamoraría de él.

No podía hacerlo.

Era mi jefe, mi salvador por darme este trabajo y permitirme tener la oportunidad de querer a sus hijos.

Pero eso era todo.

Tenía que ser así con el pasado que estaba enterrando bajo la superficie.

9

ROMAN

Le hablé a mi tío sobre la aparición de Ivan Popov en el hotel. Él convocó una reunión con Sergei y Andre por eso. Se puso un nuevo enfoque en los Popov.

—Niko siempre será un problema para nosotros —dijo Mikhail en otra reunión que había convocado.

Esperaba que no se diera cuenta de lo a menudo que miraba mi reloj. Estaba ansioso por volver a mi edificio y ayudar a Amber con la hora del baño de los gemelos. No sería un viaje largo. Un sistema de túneles debajo de este bloque que poseíamos facilitaba la cercanía.

—Pero ¿sabe él lo de los gemelos? —preguntó Andre.

—Y lo de Amber —añadió Sergei.

Levanté la vista hacia él, asintiendo, pero no pasé por alto cómo mi tío frunció el ceño.

—Pensé que solo era una niñera —afirmó.

¿Solo? Me contuve y atrapé la risa irónica que casi escapó. Dudaba que alguien pudiera salirse con la suya llamando a Amber *solo* algo.

Era dulce. Paciente. Astutamente ingeniosa cuando bajaba la guardia y se sentía cómoda para hablar. Era astuta y aguda, de pensamiento rápido.

Era buena para mí, y deseaba que pudiera confiar más en mí.

Esta atracción hacia ella estaba desgastando mi alma, pero sabía que no podía presionar.

Todavía era demasiado nerviosa. Observar sus acciones me daba suficiente información para sugerir que había sufrido un trauma antes. Nadie respondía así a ruidos o toques repentinos si no hubiera pasado por algo. Su pasado la había moldeado, condicionándola a ser tan asustadiza.

Los ruidos fuertes hacían que su respiración se cortara y se quedara paralizada. Si alguien que no fuera yo o Lorne se acercaba lo suficiente como para rozarla, se ponía rígida y sus ojos se estrechaban.

¿Solo una niñera?

Ojalá pudiera desmentir esa mentira de mi tío.

Amber había sido más que la joven que contraté para ayudarme a criar a mis gemelos.

Era la máxima tentación para mí. Desde que reconocí su dolor, su miedo, evitaba intimidarla.

Sin importar cuánto me doliera el cuerpo cuando usaba esos pantalones cortos a la hora de dormir, mostrando esas largas piernas que deseaba que se enroscaran alrededor de mi cintura mientras me hundía en su entrepierna.

Sin importar cuán rápido se acelerara mi corazón cuando se rozaba conmigo al pasar y frotaba las curvas suaves de sus pechos contra mi pecho.

Y sin importar cuán seguido me hacía gruñir de deseo con actos tan inocentes como lamerse los labios o simplemente ser ella misma.

—¿Solo una niñera? —preguntó Sergei con una sonrisa burlona—. Claro.

Mikhail me observaba atentamente.

—¿Estás sugiriendo que Roman está desarrollando sentimientos por su niñera? —preguntó Andre—. ¿Él, el que nos dijo que no ha terminado? —Soltó una risa—. Oye, me sorprende que hayas logrado resistirte a ella hasta ahora, pero no convirtamos esto en una hora de comedia. No va a tener sentimientos por ninguna mujer.

Traga tus palabras.

Yo quería a Amber. Pero también la respetaba. La valoraba. Y quería protegerla.

Mikhail salió de su ensimismamiento, sacudiendo la cabeza. —No importa. ¿En qué estaba pensando? —Sonrió burlonamente—. Como si alguna vez te comprometieras con una mujer.

Maldita sea. Realmente no me importaba lo que pensaran. Estaba acostumbrado a que se burlaran de mí así. Pero no me gustaba ahora. No con Amber. ¿Sería tan descabellado que pudiera comprometerme con ella? ¿Empezar algo con ella? Me aclaré la garganta. —Es muy buena con los gemelos —dije en su lugar—. Estaría perdido sin ella.

—Es buena con Maisie también —dijo Sergei, recordándome cómo Amber había estado en casa y había calmado una rabieta de Maisie incluso más rápido que Natalie—. Debe ser una de esas mujeres que tienen un don con los niños. Una madre nata.

¿Madre?

No.

Joder, no.

Quería desesperarme ante la idea de que dejara este trabajo de niñera y tuviera un hijo de alguien más. Ella encajaba con los míos. Con Emil y Henry.

Y… conmigo.

—He estado considerando ofrecerle algo más que este trabajo —admití. Al ver la sonrisa burlona de Andre, fruncí el ceño—. Un aumento, quiero decir. Y otros beneficios.

Mikhail resopló. —¿Otros beneficios? Creo que necesitarás convencerla de que acepte los que ya le has ofrecido. Anya me contó el otro día que intentó que Amber comprara en línea con ella, pero Amber puso una excusa tras otra para no tocar el presupuesto para ropa que le diste.

Me froté cerca del hombro, donde un nudo de tensión nunca me abandonaba. —No me lo recuerdes —gruñí.

—Quizás simplemente es así. No es materialista —Sergei se encogió de hombros—. Nat es igual. Siente que necesita ser frugal.

Todos teníamos más dinero del que podríamos gastar en nuestras vidas —o en las de nuestros hijos—. Sin embargo, no criticaría a nadie por tener una visión diferente sobre las finanzas.

Luego, discutimos la creciente presión de los Popov sobre una «discrepancia» en los límites territoriales. Resultó que Ivan había intentado contactarme mientras estaba de baja por paternidad y sentía que lo estaba ignorando. Lorne había perdido los mensajes porque Ivan estaba llamando al maldito número equivocado. No era culpa nuestra. No estaba ignorando a nadie durante esta adaptación a la paternidad. Y según Mikhail, podían irse a tomar por culo. No había nada legítimo que negociar. Ivan Popov simplemente estaba siendo su yo problemático habitual, intentando redibujar los mapas territoriales desde que habíamos aniquilado el poder de los Giovannis, y otras familias criminales intentaban aprovechar las consecuencias.

No estábamos expandiéndonos. Excepto con más proyectos legales en la industria hostelera, que seguiría supervisando. Tampoco estábamos cediendo territorio. El imperio que gestionábamos era lo que varias generaciones de Orlovs habían gobernado.

Sin embargo, descarté el asunto de los Popov cuando regresé a casa, justo a tiempo para ayudar a Amber con los baños. Normalmente, eso dejaba a los gemelos lo suficientemente somnolientos para que Amber y yo tuviéramos al menos unas horas de tranquilidad para estar juntos. Ella leía o veía una película conmigo. Y yo ponía al día mis correos electrónicos o encontraba algo en la televisión que terminábamos criticando.

Emily y Henry no estaban cansados después de este baño, y ambos estábamos al límite cuando finalmente cedieron. Los gemelos se durmieron en la cuna portátil que teníamos en la sala de estar. Amber y yo también nos quedamos dormidos allí, apoyados el uno contra el otro en el sofá.

Cuando un anuncio cambió a otro —la televisión en silencio—, el brillo me hizo abrir los ojos.

Todo estaba tranquilo y en silencio.

Emily y Henry se habían acercado más el uno al otro y seguían dormidos.

Y Amber tenía toda su suavidad presionada contra mí. En algún momento, debí haberme desplomado sobre el reposabrazos. Y en otro momento, ella se había acurrucado bajo mi brazo. Su mejilla descansaba sobre mi pecho y mi mano permanecía plana en la zona baja de su espalda.

Era el cielo.

Era el infierno.

Atormentado por sentir tanto de ella pero aún conteniéndome de mostrarle cuánto la deseaba.

Bendecido por sentir tanta confianza suya pero aún deseando que tuviera el coraje de actuar sobre el deseo que ardía bajo la superficie entre nosotros.

Me moví para aliviar el dolor en la parte superior de mi espalda, y ese ligero movimiento la sobresaltó.

Se despertó con un sobresalto, pero puse mi dedo en mis labios para hacerla callar.

La televisión se apagó entonces, terminando el temporizador. Sumergidos en más oscuridad, nos quedamos quietos y juntos. Sus ojos verdes se clavaron en mi rostro mientras me miraba fijamente. Me ahogaba bajo su atención, incapaz de apartar la mirada ni por un segundo.

—No quiero moverme —admití en el susurro más silencioso posible.

Una sonrisa lenta se extendió por sus labios. —Yo tampoco.

Sonreí en respuesta, aceptando sus palabras.

—No quiero que se despierten.

Ella asintió, aún sonriendo somnolienta. Mechones de su suave cabello rojo caían, cubriendo parcialmente su rostro. Sin pensarlo, alcé la mano para apartarlo. Acaricié su mejilla con el pulgar mientras sostenía su cara.

—Definitivamente no los despiertes —susurró ella, inclinando la cabeza como si buscara mi contacto.

—No me opongo a acampar aquí si eso significa que se quedan dormidos.

Ella asintió, bajando la mirada hacia mis labios durante un breve instante.

Oh, joder…

La tensión sexual creció y se intensificó, chispeando entre nosotros en ese momento silencioso en la oscuridad. La palabra clave era *silencio*, porque ambos gemelos habían hecho que toda la noche fuese todo menos eso hasta ahora.

—A mí también me parece bien —admitió ella en voz baja, con timidez.

—¿Te sientes cómoda? —pregunté.

Ella abrió los labios, pero pareció reconsiderar lo que iba a decir al principio. Yo quería la versión sin censura. Porque fuera lo que fuese, la había hecho sonrojarse. La tenue luz de la cocina mostraba cómo sus mejillas se tornaron rosadas.

—Hay mucho espacio en el sofá —respondió—. Puedo ocupar el otro lado si te estoy aplastando o—

—¿Qué tal esto? —La agarré y la atraje sobre mí, de modo que sus piernas se acomodaron sobre las mías. Esto puso su centro justo sobre mi polla, que se endurecía por segundos.

—Yo… —Volvió a mirar mis labios, burlándose de mí. Estaba intentando dejar que viniera a mí. Que me mostrara y admitiera lo que quería. —¿Te sientes cómodo así? —preguntó con un suspiro.

—Muy cómodo —respondí—. Están dormidos. Tengo a una mujer dulce y preciosa encima de mí… —Volví a acariciar su rostro mientras sus ojos esmeralda ardían de deseo. —Lo único que podría hacer esto mejor es…

Ella se lamió los labios, alternando su mirada entre mi boca y mis ojos. Escudriñando mi rostro. Mostrándome lo despierta que estaba ahora. Su corazón latía acelerado en su punto de pulso, y me pregunté si estaba demasiado nerviosa para tomar la iniciativa o si no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué podría hacerlo mejor?

—Esto. —La insté a acercarse a mí para poder probar sus labios. Ella dio un pequeño gasp de sorpresa al contacto, pero mientras volvía a rozar mi boca con la suya, la adrenalina se mezcló con el deseo al sentir que ella me devolvía el beso.

Una vez más.

Y otra vez.

Inclinando su cabeza sobre la mía, se presionó contra mí mientras nos besábamos. Sus manos subieron para enmarcar mi rostro, y no se inmutó cuando deslicé mis dedos sobre su espalda, a lo largo de sus costados y luego hasta su culo.

Un deseo líquido y ardiente recorrió mis venas, endureciendo y tensando todo mi cuerpo por la necesidad. Sus suaves inhalaciones me impulsaron a abrazarla más fuerte, a besarla más profundo, a demostrarle cuánto la necesitaba como algo más que mi niñera.

—Roman. —Tragó saliva con dificultad mientras me miraba. Sus labios brillaban, hinchados por mis besos. Sus ojos centelleaban, deslumbrándome con el deseo mutuo que sentía por mí. Y bajo su camiseta, sus pezones se endurecieron, presionando contra mi pecho. —¿Estás seguro de que esta es una buena idea?

Asentí, sonriendo y amando cómo ella sonreía en respuesta. —Pero esta es una idea aún mejor. —La rodé sobre su espalda en el sofá, manteniéndola cerca y posándome sobre ella.

Besarándola de nuevo, descarté su ingenuidad. Su inexperiencia. Tal vez era virgen. No importaría. Solo me importaba que fuera mía en ese momento. Conmigo, debajo de mí, confiando en mí. Era mía para besar y complacer, y me encantaba poder mostrarle lo bueno que podía ser. Nadie más. Solo yo.

Sus brazos se enlazaron alrededor de mi cuello mientras abría las piernas. Haciendo espacio para que me presionara contra ella, arqueó la espalda y suspiró mientras succionaba su labio inferior.

Nunca quise que esto terminara. Sumergiéndome en su abrazo, saqueando su boca y frotándome contra ese calor entre sus piernas…

Esto era lo que me había estado perdiendo.

Literalmente toda mi vida.

No era lo mismo que la emocionante ráfaga de un polvo rápido. No era como la urgencia impaciente de correrme lo antes posible.

En sus brazos, con sus besos codiciosos y necesitados, había encontrado paz. Felicidad. El primer indicio de lo que podría sentirse como un nuevo para siempre.

Separé mi boca de la suya, mirando hacia abajo su rostro sonrojado mientras ella acariciaba con sus suaves yemas de los dedos mi mandíbula.

Entonces Henry dejó escapar un solo llanto.

Nos quedamos paralizados, respirando con dificultad.

Él se quejó de nuevo.

Me encogí y ella puso morritos.

Emily se unió con un llanto más suave.

Bajé la cabeza y gemí. Amber se rió suavemente. El momento había terminado, aunque ambos nos levantamos para atenderlos.

10

ÁMBAR

Sofía empezó a tener algunos problemas la semana siguiente, y Claire estuvo de acuerdo con su ginecólogo en que debía guardar reposo. Desafortunadamente, fue el mismo momento en que la condición de Esmeralda empeoró. Médicamente, fue un período tenso para los Orlov, e intenté ser lo más útil posible, incluso llevando a Owen al apartamento de Roman mientras Anya y yo cuidábamos de él, Emily y Henry juntas.

Claire vino a recoger a su hijo y se quedó mirándome fijamente. Anya ya se había ido, necesitaba conectarse para una clase.

—¿Te encuentras bien?

Me reí una vez. —Vaya manera fácil de decirle a una chica que se ve mal.

Ella sonrió. —Parece que no has dormido en una semana.

Me quejé. —Deberías haber visto a Roman esta mañana antes de irse a una reunión. Se olvidó de ponerse los zapatos y llevaba calcetines que no hacían juego.

Ella sonrió. —¿Los gemelos están inquietos?

—¿Cuándo no lo están? —bromeé. Con un suspiro, dejé que mis hombros se relajaran. —Simplemente siempre tienen hambre. Creo que es la fase de lactancia en racimos.

Ella hizo una mueca. —Oh. Tres meses. Sí, eso suena correcto. La lactancia en racimos es lo peor.

—Me alegro de que no dure para siempre.

—No —coincidió ella—. No lo hará. Pero es duro. Duro para tus pechos también. Te lo juro, era tan doloroso, mantenerse al día con la leche y tener los pezones doloridos y... —Rápidamente sonrió. —Bueno, no importa todo eso. Tú no estás lidiando con esa parte.

Mantuve una pequeña sonrisa educada en mi rostro. *Bueno, en realidad, sí lo estoy.* Mis pechos estaban doloridos. Mis pezones también estaban deliciosamente irritados. No por amamantar gemelos a demanda, sino porque Roman y yo no nos habíamos limitado a besarnos.

Desde que me besó en el sofá hace una semana, caí de cabeza en el deseo de más.

Y más.

Y más y más y más.

Todo lo que él me diera.

Él fue el primer hombre al que besé, y en lugar de preocuparme de que notara lo inexperta que era y que eso lo alejara, lo convirtió en una oportunidad para que yo descubriera lo que me gustaba.

Él fue el primer hombre del que acepté caricias prohibidas. Sus manos en mis pechos, sobre mi vagina y agarrando mi culo. Nunca me obligó a avanzar a su ritmo.

Y él fue el primer hombre con el que me acosté. Literalmente. En lugar de quedarme en mi habitación, prácticamente me mudé a la suya. Para dormir —cuando los gemelos lo permitían.

Abrirme lentamente a besarlo fue el primer paso, uno que intentamos disfrutar cada noche. Era por conveniencia que me quedaba en su habitación, donde teníamos cunas portátiles para Emily y Henry.

La lactancia en racimos no era ninguna broma.

Y tener dos bebés llorando por leche a demanda era el doble de frustración.

—Mejorará —aconsejó Claire, llevándose a Owen de vuelta a su edificio.

Asentí. —Sé que lo hará —respondí.

Y lo creía. Besar a mi jefe y amar sus manos sobre mí estaba mal. Follar con Roman y saborear su boca caliente en mis pezones era tabú.

Pero se sentía tan bien dejarlo entrar. Se sentía como el destino ceder a este deseo que no podía apagar por él. Por primera vez en mi vida, me sentía más segura que nunca —segura de ir tras lo que realmente quería.

Esta era una oportunidad para elegir a un hombre que deseaba y actuar en consecuencia. No...

El ascensor se abrió, sacándome de mis pensamientos. —Hola...

Roman me sonrió, su rostro iluminándose al verme en la cocina. —Algo huele bien.

Asentí. —Debería. Esta era mi receta favorita desde que estaba aquí y más o menos había tomado el control de la casa como la niñera.

—Algo también se ve bien —dijo, acercándose por detrás de mí, apartando mi cabello de mi cuello para dejar besos calientes allí.

—Debería —respondí, sin poder evitar la sonrisa en mis labios mientras él apoyaba mi espalda y rodeaba mi estómago con su brazo, rozando mi cuello con su nariz.

—No estoy hablando de la comida —susurró en mi oído antes de darme la vuelta para que lo mirara.

Enlacé mis brazos alrededor de su cuello, disfrutando del calor embriagador de un beso que me mareaba. No nos dejó llevar demasiado lejos. Al oír los gorjeos y balbuceos de Emily y Henry desde sus columpios para bebés, sonrió contra mis labios y se apartó.

—¿Cómo se han portado contigo hoy? —preguntó. Desatando el nudo de su corbata, retrocedió y se veía completamente en casa.

Yo también lo sentía.

Esta satisfacción. Esta alegría de mirar hacia adelante.

—No se han portado bien. No dejes que esas sonrisas te engañen —le advertí juguetonamente mientras se acercaba a ellos.

Le expliqué lo inquietos que habían estado y él se alegró.

—Esto debe significar que dormirán bien esta noche —predijo.

Me crispé, llevando la cena a la mesa. —No lo eches a perder.

Me atrapó y me acercó para un beso. —Estoy esperando una buena noche. Una en la que ambos podamos dormir y tener energía para otras cosas.

Mis mejillas se sonrojaron y bajé la cabeza. *Yo también. Cien por ciento.*

Horas más tarde, resultó que había echado a perder nuestras posibilidades de pasar tiempo juntos en la cama. Una tormenta llegó y los truenos molestaron a Emily. Cuando se fue la luz, no pude evitar ponerme nerviosa.

Un generador se encendió poco después de que se cortara la electricidad, y me sentí aliviada por eso. Pero la oscuridad tormentosa en general arrojó un hechizo sombrío sobre mí.

Estás a salvo aquí. Estás bien.

William solía reírse de mí por tener miedo a las tormentas y a la oscuridad.

Pero él ya no está aquí. Nunca tendré que lidiar con él de nuevo.

Me senté en su cama después de calmar a Emily para que se durmiera. Mirando fijamente las ventanas, abracé mis rodillas contra el pecho, sin querer despertar a Roman para buscar su consuelo.

Él me lo daría. Se ofrecería a abrazarme y a dormir junto a mí. Pero estaba demasiado agotado, tan cansado después de trabajar casi todo el día en reuniones.

Él está a salvo. Él me mantendrá a salvo.

Soltó un suspiro profundo y observé cómo Emily y Henry dormían. Sus caritas tranquilas eran visibles con la poca luz que entraba por la ventana. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, pero no lograba relajarme lo suficiente para dormir.

Estás a salvo, Amber.

William no está aquí.

La tormenta pasará.

Todo está—

Entrecerré los ojos, detectando movimiento en el salón. No había cerrado la puerta del dormitorio después de volver de la cocina, donde había cogido otro biberón para Emily.

En la oscuridad, alguien corrió por la habitación. No era más que una mancha de sombra, una figura que se fundía en el vacío negro detrás del sofá.

El pánico se apoderó de mí. Mi corazón latía con fuerza mientras inhalaba profundamente.

¡Alguien estaba ahí fuera!

¡Alguien había entrado!

La respuesta de lucha o huida se activó, agudizando mis sentidos. Aunque el miedo me paralizaba, alcé la mano para agarrar el brazo de Roman. Con fuerza. Clavé mis uñas, despertándolo de inmediato.

—¿Qué…? —No solté su brazo mientras él se incorporaba de golpe. Pero me giré para taparle la boca con mi otra mano. Mis dedos temblaban mientras soltaba su brazo. Señalé hacia el salón, esperando que entendiera sin hablar. No quería arriesgarme a despertar a los gemelos. Y no quería revelar a los intrusos que estábamos despiertos.

Él lo captó. Entrecerrando los ojos mientras estudiaba mi rostro, giró la cabeza para intentar ver.

Bajé la mano y le dije en voz baja que alguien había entrado.

Eso fue todo lo que necesitó para actuar. Alargó la mano hacia la mesilla de noche y cogió una pistola.

Aturdida, retrocedí al ver el arma en su mano. Sí, había guardias por todos lados, ¿pero Roman… con una pistola? Nunca lo había visto tan peligroso como ahora.

Se puso de pie, desbloqueó su teléfono y me lo lanzó. Ni una vez apartó la mirada de la puerta abierta.

—Llama a Sergei —murmuró.

Asentí, y lo cogí.

—Quédate con ellos —añadió en voz baja.

No necesité preguntar. Se refería a Emily y Henry. Y no necesitó decírmelo. Amaba a esos pequeños y nunca dudaría en protegerlos.

Asustada por que Roman saliera ahí fuera, noté su calma. Su actitud defensiva. La fuerza rígida y la sutileza con la que se movía, como si

no fuera la primera vez que tenía que luchar con alguien. Como si la necesidad de ser violento no fuera algo nuevo para él.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras él, probablemente para protegernos aún más a mí y a los bebés. Mi corazón golpeaba contra mis costillas. Mis pulmones no podían absorber suficiente aire. Pero me negué a perder la calma. No podía hiperventilarme o debilitarme. No ahora.

Si solo estuviera yo aquí, habría sido diferente. Había pasado por hombres entrando en mi habitación antes. Hace mucho tiempo. Pero los gemelos me necesitaban. Emily y Henry estaban aquí, y estaría maldita si dejaba que mis miedos y dolores pasados nublaran mi juicio o me impidieran mantenerlos a salvo.

Llamé a Sergei, susurrando que alguien había entrado.

—Roman está ahí fuera ahora. Me dijo que te llamara.

—Ya estoy en ello —Se desconectó con esa confirmación breve.

Un alivio leve me invadió al saber que la ayuda estaba en camino. Un ejército aparecería. Guardias. Lorne. Sergei y Andre y los demás. George y Oleg y… Había demasiados para recordar. A menudo confundía los nombres debido a lo grande que era la organización Orlov.

Estaba sola para defender a los gemelos en el dormitorio, pero Roman no estaría solo allí fuera por mucho tiempo. Sergei vendría. Los otros acudirían en su ayuda.

Aun así, mientras me quedaba junto a los bebés que seguían durmiendo, me agaché como un animal preparado para huir o atacar en defensa propia, con las rodillas flexionadas y los músculos tensos por si la puerta se derribaba y tuviera que repeler a algún intruso.

No llegaron sonidos del salón. El resto del ático estaba tan silencioso como antes de que me despertara y viera a ese intruso en la distancia.

Pero en este estado de pánico, con todas estas preocupaciones, preguntas y pensamientos terribles girando en mi mente, no podía decir si eso era bueno o malo.

No escuché voces.

Ni golpes ni puñetazos contra carne.

Ni advertencias gritadas ni una retahíla de palabrotas que indicaran una pelea o una discusión.

Con el estómago hecho un nudo, no sabía si el silencio era una señal positiva o mala. Si Roman estaba bien. O herido. O si sentía algún dolor.

¡Dios mío!

¡No puedo soportar esto!

La incertidumbre me corroía mientras esperaba una señal de que todo estaba bien de nuevo.

Ya había enfrentado el peligro antes. Había estado atrapada en una situación horriblemente violenta antes. Y no se lo desearía a nadie, especialmente no al hombre fuerte que estaba comenzando a ver como mi salvador, el hombre misterioso que parecía ser mi billete hacia la felicidad.

Fruncí el ceño mientras miraba a los gemelos dormidos, tragué con dificultad y le rogué a Dios que Roman viniera a la puerta y me dijera que la situación estaba bajo control.

Por favor. Por favor, estate bien.

Necesito que estés bien, Roman.

11

ROMAN

Dos hombres se escondieron detrás de los muebles cuando salí al salón. Aunque se había ido la luz, un generador podría proporcionar más iluminación si accionaba los interruptores.

No lo hice, localizándolos como la presa en la que se convertirían.

Pillados *in fraganti* amenazando a mi familia. Perseguidos a través de la oscuridad que pensaron que podrían aprovechar. Y eliminados como las alimañas que eran.

Presa.

Y yo era su depredador.

Habían llegado a la ofensiva, y ahora, con este oscuro sentido de ira pura corriendo por mis venas, estarían indefensos.

Muertos.

Analicé cuán separados estaban, midiendo, calculando en el instante previo a lanzarme sobre ellos. Sin que pareciera que los había visto en la oscuridad, me alejé más de la puerta del dormitorio y me preparé para desatar el infierno sobre esos imbéciles que se habían atrevido a colarse aquí, en mi hogar. A invadir mi privacidad.

Tensándome como si me preparara para una repetición dura en un entrenamiento, esperé para estabilizar mis nervios. Para encontrar mi equilibrio.

Aunque tenía un arma en la mano, quería evitar hacer ningún ruido que pudiera molestar a Amber o asustar a mi hijo y a mi hija.

Me agaché ligeramente y corrí. Avancé con pasos deliberados y cuidadosos para que incluso eso no hiciera demasiado ruido como para asustar a Amber. En el sofá, salté y superé ese obstáculo. Luego aterricé, agarré al primer intruso y lo giré mientras bajaba, rompiéndole el cuello.

Tumbado en el suelo junto al cadáver, esperé las vibraciones de la reacción del otro intruso. Mirando fijamente al primer hombre, lo evalué en busca de una pista sobre por qué estaba aquí, para quién trabajaba y a qué familia o enemigo pertenecía.

Nada. No tenía ni idea de quién era, y no era evidente.

Pero no tenía tiempo para esperar. El otro hombre corría para escapar, saliendo del salón y pareciendo tener dudas sobre cómo había salido yo de allí.

Antes de que pudiera pasar completamente por el área detrás del sofá, me levanté de un salto y giré con una patada. Lo agarré mientras caía hacia adelante, le tapé la boca con la mano y silencié cualquier cosa que pudiera haber dicho. Cayó de rodillas con mi mano en su garganta. Ahogarlo tardó más que romperle el cuello al otro, pero en un minuto de forcejeos y arañazos contra mi mano, se hundió cada vez más, debilitándose hasta que murió.

Esperé un minuto más, aplastando su cuello con otro apretón fuerte. Luego lo dejé caer sobre el otro hombre.

Recuperando el aliento y mirando a los imbéciles armados que pensaron que sería una buena idea colarse aquí, esperé a que esta ira teñida de rojo desapareciera, se calmara y se esfumara ahora que los había matado y no había más amenazas.

Qué descaro.

La osadía.

Que alguien siquiera *pensara* en venir aquí, donde quería que Amber se sintiera segura, donde mi hijo y mi hija estaban libres para ser protegidos.

Apreté los dientes, deseando que la marea de ira cesara.

Las luces se encendieron cerca del recibidor. Levanté la vista justo cuando el ascensor terminaba de abrirse.

Sergei salió corriendo, con el arma en alto. Lorne y cuatro guardias más entraron apresurados con ellos.

En cuanto Lorne me vio, asintió con el rostro sombrío.

Sergei escaneó la habitación y luego indicó a los guardias que la registraran.

—No el dormitorio —les dije—. Está despejado. Me enderecé—. Amber está allí con los gemelos.

Los guardias y soldados se dispersaron para registrar el ático.

Sergei se acercó a mí junto con Lorne, quien me miró con seriedad. —Trabajas rápido, chaval—.

No estaba de humor para bromas.

—¿Roman?—

Giré la cabeza hacia la puerta del dormitorio al escuchar la voz asustada de Amber. De inmediato, me dirigí hacia ella mientras extendía la mano hacia mi hermano, señalando lo que creía que era la dirección donde yacían los dos cuerpos. —Límpialo y...—

No necesitaba decir nada más. Él lo sabía. Lorne también. Tampoco tenía tiempo para decir algo más porque la puerta del dormitorio comenzó a abrirse. —¿Roman?— volvió a decir desde el otro lado

mientras empujaba lentamente la puerta. —Escuché la voz de Sergei. ¿Estás...—

Avancé rápidamente, intentando interrumpirla, evitando que viera lo que había hecho. No me arrepentía ni un segundo de lo despiadadamente que había tratado a esos dos hombres. Lo haría de nuevo. Cada vez que alguien quisiera hacerle daño o representara un peligro para mis hijos, sería igual de letal, decidido y despiadado.

Pero no quería que lo viera ahora. No necesitaba que estuviera más asustada de lo que ya estaba.

—Está bien—.

—¿Roman?— Se lanzó a mis brazos, soltando un suspiro profundo. Se envolvió alrededor de mí mientras yo la abrazaba, aceptando su apretado abrazo. En esa posición, ella estaba de espaldas a mí, y giré para ocultar su línea de visión, evitando que pudiera ver los cuerpos que los guardias estaban retirando.

—¿Qué...—

Apoyé mi mano en la parte posterior de su cabeza, mirando a Sergei y lanzándole una mirada severa. Él me respondió con un asentimiento.

—Solo ha sido un pequeño incidente de alguien intentando colarse— respondió. —Nada de qué preocuparse ahora—.

—Pero vi a un hombre en el suelo y...—

—Shh— la callé, guiándola de vuelta hacia el dormitorio. —Ya ha terminado. Está todo bien. Nadie está aquí para hacerte daño—.

Dejándome abrazar por ella, cerré los ojos y disfruté de su tacto ya familiar, la comodidad de su abrazo, la suavidad de su cuerpo delgado contra el mío, su dulce y fresco aroma y las notas florales y frutales de su champú.

Si pudiera absorber toda su bondad a través de la ósmosis, lo haría. Solo abrazarla y saber que estaba viva y bien, ilesa, ayudaba a calmar mi corazón.

—¿Qué está pasando?— preguntó de nuevo, su voz desesperada.

Me estremecí ante el pánico que no podía ocultar.

No habría respuesta desde ese ángulo. No le iba a decir que había matado a los hombres que habían entrado. Tampoco podía compartir mi hipótesis de por qué había sucedido.

Lo último que quería era asustarla, intimidarla.

Ya estaba convencido de que esto no podía haber sido algo casual. Esto era un golpe de mala suerte para un par de delincuentes comunes.

Estaba impaciente por profundizar en esto, investigar y buscar cualquier conexión posible. Sergei también ayudaría, como el brazo ejecutor de la familia. En cuanto supervisara la retirada de los cuerpos por parte de los soldados, delegaría a alguien para empezar todo. Revisar las grabaciones de seguridad, comprobar quién estaba dónde e identificar los cuerpos.

Todo tenía que estar relacionado con las negociaciones que los Popov nos presionaban a tener sobre los límites territoriales. Estupideces por el territorio. Ivan había visto ese biberón y el teléfono de Amber y asumió que tenía personas valiosas en mi casa para proteger.

Apretando los dientes de nuevo, acaricié la espalda de Amber, abrazándola fuerte y asegurándome de que no se diera la vuelta y viera las pruebas de mi ataque despiadado.

—Nos ocuparemos de esto— dijo Lorne. —Tú ve y asegúrate de que los bebés estén a salvo—.

Amber levantó ligeramente la cabeza de donde la había escondido contra mi pecho. —Lo están. Siguen durmiendo. Yo... No entiendo.

No hubo ningún ruido y estaba tan asustada de que algo malo hubiera pasado aquí afuera. Pero Emily y Henry están bien—.

—Tal vez sea una buena idea quedarse en mi casa— sugirió Sergei.

—Sí— dijo Lorne. —Para evitar cualquier estrés por, eh, este susto. ¿Sabes?—

Amber negó con la cabeza. —¿Y despertar a los bebés? Los estresaría. Y *nadie* podría relajarse o dormir después de eso—.

Sin embargo, me miró hacia arriba, con los ojos muy abiertos y brillando de miedo. —¿Podemos quedarnos aquí, verdad? Es... ¿seguro?—

Besé su frente. —Es seguro. Te prometo que siempre estarás a salvo—.

Parpadeó una vez, mirándome con una mezcla de duda, escepticismo y miedo que casi me rompió el corazón.

¿Qué más has pasado para estar tan asustada?

12

ÁMBAR

Roman me llevó de vuelta hacia el dormitorio, apartándome de lo que su hermano y su asistente estaban gestionando por él. Las consecuencias de un intruso en esta noche de tormenta. Otros guardias estaban al fondo, todos ellos serios y con rostros sombríos.

—Estarás a salvo —dijo Roman mientras me alejaba de la sala de estar.

Quería creerle. Quería creerme a mí misma cuando repetía el mantra de que las cosas mejorarían y que la seguridad estaba a mi alcance —algún día, de alguna manera.

Conmocionada y completamente confundida, ahora moví la cabeza.

—Estarás a salvo —repitió, claramente interpretando mi gesto como una negación de lo que decía—. Lo prometo—

—¿Qué ha pasado? ¿Qué está ocurriendo? —insistí, caminando de vuelta con él.

Demasiadas preguntas resonaban en mi cabeza, cada una más fuerte y frenética que la anterior. El miedo a lo desconocido podía debilitarme y acercarme al límite de la cordura y la locura, y no

importaba cuántos guardias tuviera aquí o cuántos familiares estuvieran cerca, tenía que *saber* que podía estar a salvo aquí o en cualquier lugar.

—Alguien intentó entrar —dijo mientras me urgía a retroceder sobre el umbral de la puerta de su dormitorio.

—No lo intentaron —respondí en un susurro acelerado. No me atrevía a gritar o alzar la voz, ahora que estábamos aquí donde Emily y Henry permanecían felizmente ignorantes del caos y el peligro que nos rodeaba—. Alguien *sí* entró. Me desperté y no podía volver a dormirme, y cuando vi movimiento ahí fuera, te desperté.

Me besó la mejilla, instándome a sentarme junto a él al borde de la cama.

Había cerrado la puerta, cortando la línea de visión hacia la sala de estar donde Sergei y Lorne estaban… gestionando la situación. Lo que fuera que eso significase.

—Bien. Bien, Ámbar —se acercó un poco más a mí—. Estoy orgulloso de que pudieras reaccionar tan rápido e inteligentemente. No te bloqueaste.

Le miré con incredulidad. —¿Bloquearme? —me burlé—. Jamás puedo bloquearme mientras ellos estén aquí —señalé a los gemelos.

Asintió, y odié que estuviera intentando calmarme. Estaba demasiado asustada, demasiado alterada, para ser apaciguada y mimada. —Roman, ¿*qué* ha pasado? —

—Alguien entró.

—¿Por qué? ¿Para qué? ¿Quiénes eran y qué hace—

Me tomó la cara, pero yo me estremecí un poco.

—No. No me beses para que me calle —dije mientras tomaba aire, sintiendo como si hubiese corrido un maratón mientras le soltaba todas estas preguntas.

—¿Qué estaban haciendo aquí? —pregunté.

—Nada bueno. Y por eso salí ahí afuera para—

—Con una *pistola* —añadí—. Cogiste una pistola. *Tienes* una pistola. No sabía que tú… —fruncí el ceño, repasando los detalles que más destacaban entre la nebulosidad de mi mente. Todo lo que procesaba estaba teñido de miedo—. No disparaste. No oí ningún disparo. No oí nada.

—No, no disparé.

—Pero ¿no van a pelear? ¿Y tratar de…? —sacudí la cabeza y me froté la sien—. Vi a un hombre en el suelo.

—Lo desarmé.

—¿Desarmé? ¿*Él* también tenía una pistola?

Abrió y cerró la boca.

—¿Cómo… Qué…? —me estremecí. *¿Los mató?*

En un instante, me decidí. Si lo hubiera hecho, no le juzgaría. No estaba mintiendo cuando dijo que me mantendría a salvo. Lo sabía ahora con la seriedad sobria de su mirada sobre mí. Había habido demasiadas veces en las que había soñado con que mataran a gente mala, como los hombres con los que William se relacionaba. Como esos tipos asquerosos que evaluaban a mujeres drogadas la noche que supe que tenía que escaparme de allí.

Era pacifista, pero por el bien de la autodefensa, por la supervivencia, no me quejaría de que mataran a alguien malo para evitar dolor a otros.

Pero no disparó. No pudo haberlos matado.

—¿Qué pasa ahora? —tragué con dificultad, aferrándome a su intensa mirada para mantenerme centrada—. Alguien entró. Saliste ahí afuera para detenerlos. Y ahora… ahora…

—Ahora Sergei y Lorne se encargarán de ello.

—¿Encargarse de ello? —Le miré boquiabierta—. Sí, pero ¿no deberías llamar a la policía?

Él me lanzó una mirada extraña, como si estuviera debatiendo nuevamente sus palabras.

—Espera.

Nada de policía.

William conocía a demasiados. No quería que ninguna autoridad supiera dónde estaba, y mucho menos por qué usaba una identidad falsa.

—No. —Puse mi mano sobre la suya, y él la giró para entrelazar nuestros dedos—. Nada de policía…

Él levantó las cejas. —Iba a explicarte que el equipo de seguridad del edificio decidirá cómo manejar esto.

Aquello seguía siendo vago. Era increíblemente hábil para decirme algo y nada al mismo tiempo. No era una confirmación de que la policía sería contactada, pero tampoco un rechazo a la idea. Sí, valoraban su privacidad y pagaban por ello, fueran quienes fueran y hicieran lo que hicieran. Pero…

Me estremecí, todavía confundida por el pánico, el miedo y la confusión. Le bombardeaba a preguntas, disparándolas una tras otra, pero no llegaba a ninguna parte. Hasta que él me diera respuestas concretas, seguiría frustrada.

—¿Es seguro aquí? —pregunté, odiando lo quebrada que sonaba mi voz.

Esa era la pregunta que siempre me haría. El gran misterio de la vida que siempre me atemorizaría.

—Lo es, Amber. Te lo juro, estás segura aquí.

Me crispé, deseando creerle. Pero ¿cómo podía? Si no hubiera estado despierta en ese momento, ¿qué podría haber pasado? ¿Qué buscaban?

Los bebés eran los más vulnerables en esta habitación, en su hogar. Hasta que pudiera adivinar a qué se dedicaba él y si tenía enemigos en el trabajo, tenía que asumir que Roman no era el objetivo.

Pero en lo más profundo de mi corazón en pánico, conocía la respuesta a esa pregunta.

Yo estaba aquí. Me estaba escondiendo aquí y esperando no ser encontrada. Por eso, *yo* era la más vulnerable aquí. Probablemente yo era el objetivo.

Dios mío…

Me encogí, deseando poder hacerme un ovillo y esconderme bajo una roca oscura. Ningún lugar sería seguro. Ningún lugar en la tierra me protegería del alcance de William. Era demasiado rico y tenía demasiados favores que cobrar de hombres peligrosos.

—Yo…

—Amber. Por favor, confía en mí. —Roman agarró mis rodillas con suavidad para acercarme. No podía mirarle, sin embargo. Bajé la cabeza y recé para no estallar en lágrimas desesperadas por la injusticia de mi vida.

—Pensé que era… —Me tragué el resto, sin querer pronunciar su nombre.

Pensé que era William.

Me preocupé de que hubiera enviado a alguien a por mí.

Para arrancarme de los gemelos, de ti, de tu familia. Solo para encerrarme bajo su control de nuevo, donde podría vigilarme en casa.

Pensé—

Un solo sollozo escapó de mí, pero me tapé la boca e intenté inhalar profundamente para cortarlo. No podía llorar. No podía despertar a los bebés y alarmarlos.

—¿Amber? ¿Pensaste que era qué? —Me levantó la barbilla. Parpadeé ante la profunda preocupación que endurecía su rostro—. ¿Qué pensaste?

Me forcé a tragar de nuevo, odiando que este miedo me hubiera debilitado hasta el punto de casi soltarlo.

Pensé que te harían daño. Que te lastimarían para llegar a mí.

Era una crueldad y egoísmo estar aquí y ponerle en riesgo. Lo vi ahora. Porque William no se detendría ante nada para recuperarme.

—Pensé que era seguro aquí —susurré.

—Lo es.

Porque si no lo fuera, tendría que huir. Rápido y lejos. Lejos de él y de estos adorables bebés a los que ya me había encariñado tanto.

—Amber. Mírame. —Me rodeó con sus brazos, acercándome hasta que estuve sobre su regazo. Montándole. Cara a cara. En su abrazo protector así, me transmitió una ráfaga instantánea de deseo, pero luché conmigo misma, demasiado cautelosa para mezclar su oferta de protección con el deseo de él.

—Estás segura aquí. —Cerró la distancia entre nosotros, besándome.

El primer impacto de sus labios cálidos sobre los míos me silenció. Siguió el calor. Llegó la excitación. Esa tensión de querer más y más me encendió como el fuego.

—Haré todo lo posible para demostrártelo, pase lo que pase —prometió.

Suspiré, relajándome contra él. —Pero—

Me besó de nuevo, callando el pánico en mi cabeza.

—Nada de peros —dijo una vez que nos separamos para respirar.

Mientras él rodeaba la parte trasera de mi cabeza y me acercaba para un beso más largo y embriagador, me rendí a la hermosa libertad de la entrega, dejándole seducirme para saber que tenía razón. Soñando con un futuro en el que pudiera contar con que él me protegiera—pase lo que pasara, sin importar los secretos de los que intentaba huir—perdí la fuerza de voluntad para resistir. Recordarme a mí misma que era imposible fantasear con un futuro junto a él no funcionó.

Ahora mismo, aquí, le besé de vuelta y cerré los ojos con fuerza, aceptando con avidez su idea de consuelo tras un susto infernal.

13

ROMAN

Amber se acurrucó contra mí, sus pechos aplastados contra mi pecho. Sus piernas abrazaban las mías. Y su coño frotándose contra mi erección.

Dejándome llevar por el calor de sus besos, por la desesperación de su agarre, gruñí ante el potente golpe de deseo que ahuyentó todo lo que había sentido antes. El miedo de que algo le pasara a ella o a mis hijos. La rabia de que esos cabrones hubieran entrado en casa.

Todo lo que sentía con ella en mi regazo y enredando su lengua con la mía era esto.

Esta emoción diabólicamente deliciosa de lujuria. La satisfacción profunda de ella respondiendo tan sensual y ávidamente, como si tampoco pudiera aguantar más sin esta conexión.

Besos húmedos. Toques posesivos. Y todos los suspiros anhelantes que logramos.

Nos separamos para respirar, y ella volvió a ello.

—¿Y si—

—gruñí, besándola de nuevo. Apoyando una mano en su espalda y la otra en la base de su cráneo, abrí sus labios y succioné su dulce lengua.

Y de nuevo, mientras nuestros corazones aceleraban y nos quedábamos sin aire, me miró con un rastro de aquel pánico.

—Amber— negué con la cabeza mientras me levantaba. Alzándola en mis brazos, giré para colocarla en la cama. Sin dejar demasiado espacio entre nosotros mientras me movía, la seguí hacia abajo. Ella se tumbó de espaldas, frunciendo el ceño hacia mí mientras me apoyaba sobre ella.

No estábamos moviéndonos demasiado. Todavía susurrábamos para mantener el silencio.

Ella aún estaba en su cabeza, todavía asustada y propensa a esos pensamientos nerviosos de «qué pasaría si». Sabía que tenía preguntas, pero también era consciente de que decirle la verdad, de que esos hombres no la molestarían porque los había matado, sería demasiado para ella.

—Concéntrate en mí— la urgí—. En esto.

La besé de nuevo, triunfante cuando se relajó y se volvió suave, besándome de vuelta y enroscando sus brazos alrededor de mí otra vez.

—Concéntrate en cómo te sientes— susurré en su oído mientras le quitaba la camiseta.

Ella levantó los brazos, dejando que el fino camisón cayera.

Tumbada debajo de mí, desnuda de cintura para arriba, me ofreció una vista con la que quería deleitarme cada día hasta que muriera. Sus pechos subían y bajaban con la rapidez de su respiración. Sus pezones rosados oscuros se endurecieron, formando perlas bajo mi mirada. Dios, era algo más. Exquisita. Y completamente mía para tomar.

—Concéntrate en esto— le dije mientras la besaba y rodaba uno de sus pezones entre mis dedos.

Ella jadeó en mi boca, una respuesta preciosa y silenciosa.

Cuando empezó a arquear su espalda y a enganchar su pierna alrededor de mis caderas, me separé para mirar a sus ojos esmeralda aturdidos—. Quédate conmigo, Amber. Siénteme. Y siéntenos.

Solo aparté mi boca de la suya para succionar sus pezones, uno y luego el otro, pero cuando ella gimió y me arañó, tomé la indirecta y le di más.

Después de quitarle los pantalones cortos, llevé mis dedos a su coño. Moviéndome de un lado a otro, recogí la pegajosa crema de su excitación. Y con un beso profundo mientras la inmovilizaba en la cama, deslicé un dedo, luego otro, dentro de su estrecho canal.

Su boca quedó abierta mientras observaba mi cara. Manteniendo su mirada, me aseguré de que estuviera haciendo exactamente lo que le pedí. Estar aquí, presente, conmigo en este momento. No atrapada en las preocupaciones que llenaban su cabeza.

—¿Estás bien?— pregunté.

—Más— suplicó suavemente—. Hazme venir, por favor. Más, Roman.

Sonreí mientras me inclinaba para besarla profundamente, empujando mis dedos dentro de su coño apretado y húmedo.

Cuando ella se retorcía contra mí, con el ceño fruncido mientras luchaba por conseguir lo que quería, me aparté para quitarme los pantalones de deporte—. ¿Se siente bien?— pregunté.

Ella hizo un puchero, alcanzándome para atraerme completamente sobre ella otra vez mientras abría más sus piernas, recibiéndome entre sus muslos—. Por favor.

—¿Estás segura?— pregunté. Hasta que ella suplicara, estaba bien con complacerla. Hacerla venir le quitaría la tensión. Una vez que se durmiera, podía follarme la mano en la ducha para relajarme de nuevo.

Pero si ella quería esto, si quería que la follara, tenía que ser en mis términos.

Mi primo y mi hermano eran más duros. Más rudos. Antes de conocer a sus esposas, se preocupaban más por lo que podían tomar que por lo que podían dar a las mujeres. Era una mentalidad común en la familia, una parte tradicional del statu quo entre las familias del crimen organizado. Cuanto más duro era el hombre, más tomaba a su antojo.

Yo no. Siempre quise consentimiento. No porque fuera un permiso que necesitara antes de un buen polvo, sino como una conquista. Escuchar a una mujer aceptar que me quería era la máxima persecución. La recompensa final. Saber que podía convencer a una mujer al borde de la desesperación era la prueba de que la había conquistado.

Pero con Amber, con mi polla dura como una roca mientras la frotaba contra su suave muslo, y con ella haciendo que mi mente se retorciera con demasiados pensamientos posesivos, quería saber que estaba lista.

Era tan joven. Tan ingenua. Tan asustadiza. Ganarme su confianza fue solo gracias a mi paciencia y mi habilidad para aguantar la abstinencia.

Quizás estaba jodido que la estuviera preparando para que me necesitara así después del robo, pero no iba a darle vueltas al asunto.

Ella se sentía demasiado bien, tan suave y sensual en mis brazos.

Sonaba demasiado traviesa, gimiendo y susurrando tan quedamente mientras jugaba con ella.

—¿Estás segura? —repetí.

No era una prueba para ver si me dejaría. Era el desafío final para saber que la había vencido en este juego de resistencia.

—Por favor, Roman. —Ella cerró sus piernas alrededor de mí y se levantó para rozar su coño contra mi polla.

Gruñí ante la reacción visceral que me golpeó. Tensándome y gruñendo levemente, la besé de manera posesiva.

—Solo para sentirnos bien —añadí, necesitando que entendiera la diferencia.

Ella asintió antes de besarme de nuevo.

—Solo sexo —advertí, como lo había hecho muchas, muchas veces en mi vida, siempre necesitando ser claro y directo.

—Por favor —repitió, jadeando como si fuera a desmayarse de pura frustración si no me metía en ella ahora mismo.

—No puedo darte más que eso. Quiero que te sientas bien, Amber. Que te quedes conmigo en este momento y olvides todo lo demás.

De nuevo, asintió y me atravesó con una mirada impaciente. —Por favor —suplicó una vez más.

Cerrando los ojos mientras me inclinaba para besarla, agarré mi miembro y lo frotté sobre su entrada resbaladiza. Húmeda y caliente, ella me instó a hundirme, a alinearme y empujar dentro de ella.

Pero no podía terminar demasiado rápido. Había pasado más de dos meses torturándome por quererla. Dos meses de impaciencia por tenerla cuando bajara la guardia. Fue un mal momento que un robo la convenciera de dejar de lado la precaución y abrazarme así, pero lo aceptaría.

Y la aceptaría a ella. Todo lo que me dejara tener.

Ella se arqueó contra mí mientras frotaba mi polla sobre su entrada, rozando para dar más fricción a su clítoris. Antes de arriesgarme a correrme demasiado pronto, o de frustrarla tanto que protestara en voz alta y despertara a los bebés durmiendo en sus cunas portátiles, coloqué la cabeza de mi polla en su coño.

Besándola de nuevo, casi me perdí la leve tensión en su cuerpo. Ese sobresalto. Esa reacción de rigidez que me preocupó.

Pero cuando me abrazó con más fuerza y deslizó su lengua junto a la mía con un suave gemido que sentí más que escuché, lo descarté.

Entrando en ella lentamente, chupé su carne y saboreé la sal de su piel. Centímetro a centímetro, metí mi polla en el calor húmedo y apretado de su coño.

Hasta el fondo. Hasta el límite.

Me embestí contra ella hasta que no pude llegar más lejos.

Esperando un momento, observando las expresiones que cruzaban su rostro, me maravillé de lo correcto que era esto. De lo perfectamente que encajábamos. Una sensación de plenitud me apretó el pecho, pero la ignoré. Admirando la impaciencia y el asombro que me mostraba, la besé con ternura.

—Tan… bien. Me siento tan llena. Siento que me estás destrozando —susurró—. Pero tan… bien.

Acaricié su cuello, mordisqueando y lamiendo su deliciosa carne mientras salía lentamente.

—Tan… —su respiración se cortó cuando me embestí de nuevo—. Bien.

Lo era. Esto era jodidamente increíble, sentirla apretarme y succionarme. Con el cojín de sus pechos amortiguando mi pecho, sus pezones duros rozando mis pectorales, bajé las caderas para frotarme completamente contra ella. Para rozar, acariciar y tocar cada centímetro de ella. Por dentro y por fuera, quería explorarla y

marcarla como mía. Como mía para follarla y complacerla esta noche.

Porque cuando empezó a fruncir el ceño y mirarme con una súplica que no podía vocalizar, supe que pronto llegaría al clímax. Y porque la victoria de hacerla correrse en mi polla era una recompensa tan embriagadora, disminuí el ritmo de mis embestidas y traté de controlarme.

Todo para poder mantener la cabeza fría.

Que esto era solo sexo.

No un compromiso.

No una promesa de por vida.

Lo decía en serio cuando prometí que haría todo lo posible para mantenerla a salvo. ¿Pero prometerme a ella? ¿Mi corazón, mi alma?

No podía. Incluso con ella y lo bien que se sentía en mi vida, envuelta alrededor de mí y envainando mi polla, no podía dar ese salto de fe. Ella podía consentir y decirme que me quería. Que estaba desesperada por que le metiera mi polla y la hiciera correrse. Pero eso no tenía que significar nada más allá de eso.

Todavía podría ser como Olga, mi tía que nunca quiso a mi tío. Quizás era porque yo era muy joven cuando me di cuenta de que ella nunca quiso ser una esposa. O quizás porque había sido criado por Mikhail y rodeado de hombres despiadados.

No lo sabía. Todo lo que podía jurar era que no estaba listo para comprometerme con Amber. Con ninguna mujer. Porque mi corazón era algo que nunca podría recuperar y reparar si ella quisiera destrozarlo.

—Roman… —susurró.

Eso fue todo lo que necesitó para volverme loco. Rabioso. Escuchar su dulce pasión, su desesperación por mí…

Moví mis caderas más rápido, follándola sin hacer demasiado ruido.

Se sentía mal, sabiendo que mi hijo y mi hija dormían en la misma habitación. Pero estaban dormidos y obviamente no nos estaban mirando, si es que sus ojos podían enfocarse para vernos aquí en la cama.

También se sentía jodidamente bien, sabiendo que Amber me había recompensado con su confianza.

Ella se sacudió contra mí, tensándose mientras su coño se apretaba alrededor de mi polla. Mientras se corría, rápido y con un temblor recorriendo su cuerpo, la mantuve firmemente pegada a mí y me embestí contra ella de nuevo. Otra vez. Y otra vez.

Mientras aún jadeaba contra mi boca, sus sonidos amortiguados por mis labios sellados contra los suyos, perdí el control y me corrí. Ya no dispuesto ni capaz de contenerme, la inundé con mi semen y apreté mis brazos alrededor de ella, manteniéndola quieta mientras montaba las olas de su orgasmo mientras uno poderoso me golpeaba y me dejaba sintiéndome agotado, mareado, pero seguro de que esto nunca podría considerarse un error cuando una rara dicha me envolvía.

14

ÁMBAR

Roman se apartó de mí y miró en dirección a las cunas portátiles.

Dios mío.

La vergüenza me invadió de inmediato. Haber dormido con el padre de esos dos inocentes bebés mientras estaban en la misma habitación. Hice una mueca y me cubrí la cara con ambas manos.

Roman rio suavemente, alcanzó mis muñecas y me levantó. Me miró con arrogancia, claramente complacido con lo que veía. Mientras me animaba a sentarme, susurró—Todavía están dormidos.

Le lancé una mirada que decía *¡No puedo creer que acabemos de hacer eso!*

Su sonrisa permaneció en su lugar mientras me ayudaba a levantarme y me llevaba al baño.

—Es probable que se despierten pronto—dijo mientras me metía en la ducha con él. Dejar la puerta abierta nos permitía escucharlos, pero logramos limpiarnos y compartir unos besos suaves antes de volver a la cama.

Una vez bajo las sábanas, acurrucados juntos, dejé que las sensaciones de satisfacción me relajaran hasta caer en un sueño profundo.

Él había querido que me concentrara en él, en sentirme bien en lugar de preocuparme, y confié en que lo lograría. Y no podía echarlo atrás ni arrepentirme ahora.

Parecía que acabábamos de acostarnos y nos habíamos dormido cuando los bebés comenzaron a quejarse. Gemí, inclinándome para levantarme, pero Roman me dijo que no lo hiciera.

—Yo me encargo. Solo vuelve a dormir.

Cansada y agotada por todo lo que había pasado, cerré los ojos de nuevo y me dejé caer contra la almohada.

La siguiente vez que abrí los ojos fue cuando la luz del sol intentaba colarse entre las cortinas. La mañana había llegado, y había dormido más de una o dos horas.

La maldición de la alimentación frecuente parecía haber terminado. Y mientras miraba a Roman, todavía dormido a mi lado, sonreí al pensar que la maldición de desearlo también había terminado.

No. Eso no es cierto.

Todavía lo deseaba. De hecho, ahora mismo, con lo sexy que se veía, dormido y relajado, tendido en la cama.

Dejé escapar un largo suspiro y sonreí al sentirme tan viva. Lo brillante que parecía mi futuro. Lo *bien* que me sentía—en lugar de usada.

Miraba a Roman mientras dormía y no quería levantarme por miedo a despertar a los gemelos todavía. Intenté desprenderme de los recuerdos oscuros que querían arrastrarme hacia abajo. Por primera vez desde mi agresión hace tanto tiempo, cuando William permitió que uno de sus amigos entrara en mi habitación y me violara, no me sentía avergonzada ni sucia.

Tenía voz con Roman. Él me dejó *a mí* tomar una decisión. Anoche, me había dicho que solo era sexo, nada más, y yo estuve de acuerdo. Lo último que necesitaba era dejarme llevar por fantasías caprichosas de sueños de cuento de hadas. No tenía sentido desear que estuviéramos haciendo el amor en lugar de satisfacer una necesidad física. Era estúpido ser tonta y pensar que nos estábamos prometiendo una eternidad y no cediendo a un impulso físico.

Y era justo lo que no me había dado cuenta que necesitaba. Nunca había tenido relaciones sexuales antes, porque me negaba a considerar el momento en que fui violada como algo que había querido o aceptado. Eso fue una agresión, un ataque específico. En lo que a mí respecta, anoche perdí mi "virginidad" con Roman.

A la luz de la mañana, no me asustaba. Me… motivaba. Me empujaba a pensar que estaba en camino de sanar de mi pasado.

Cuanto más tiempo permanecía allí, intentando imaginar cómo transcurriría el día—anticipando que los gemelos se despertarían muy pronto—, fruncía el ceño al recordar lo que había sucedido en el salón anoche. ¿Sería raro salir allí? ¿Habría algún daño o signos de un allanamiento? Esas preguntas se colaron de nuevo en mi mente, preocupándome otra vez.

¿Alguna vez me sentiré segura, realmente segura?

¿O estoy condenada a sufrir este candado de miedo para siempre?

Roman gruñó somnoliento. Sin abrir los ojos, me atrajo hacia él y suspiró junto a mí.

—Deja de preocuparte—dijo con una voz ronca por el sueño.

—¿Cómo sabes que lo estaba?

Se encogió de hombros, abrió los ojos y me miró. La paz en su rostro me calmó.

—¿Por qué te preocupas?—preguntó mientras acariciaba mi costado con su mano.

Me encogí de hombros, un tanto molesta por lo bien que parecía leerme—con los ojos cerrados y acabando de despertar.—Oh, nada importante. Solo, eh, cómo manejar toda la culpa y el miedo de haber dormido con mi jefe grande y poderoso anoche.

Él sonrió—¿Grande?

Me sonrojé pero sonreí cuando me besó lentamente y con profundidad.

—No necesitas preocuparte por lo que pasó anoche—dijo.

—¿Porque quedará en secreto entre nosotros?

—Si tú quieres—Me giró sobre mi espalda, me besó y se quedó suspendido sobre mí.

—Lo digo en serio. No puedo perder este trabajo, Roman—Miré en dirección a Emily y Henry, que seguían durmiendo.—No puedo perder esta oportunidad.

Bajó besando mi cuerpo, dirigiéndose directamente a mis pechos. No me había molestado en vestirme anoche, ni esta mañana temprano, cuando fuera que nos habíamos duchado. Mientras lamía y succionaba mi piel sensible, disfruté de los destellos de excitación que bajaban hasta mi centro.

—No lo harás —prometió, mirándome mientras tocaba mi pezón con la lengua.

Aspiré bruscamente ante la potente oleada de deseo que siguió.

Parecía tener una mente enfocada en jugar conmigo. O tenía una única forma de distraerme de los ataques de pánico o preocupaciones. No podía molestarme cuando me hacía sentir tan viva, tan deseada y necesitada. Era una mezcla embriagadora que no podía negar.

Pero en mi corazón, temía la posibilidad de perder esto. Este negocio de mezclar placer terminaría mal y ya no estaría empleada aquí.

Emily y Henry habían robado mi corazón, y no podía imaginar el dolor y la pérdida que sufriría al no estar en sus vidas. Ya se habían grabado en mí, y valoraba tener un papel en sus jóvenes vidas de esta manera.

Pero tampoco podía perder este trabajo—este hogar y seguridad. A pesar de lo que ocurrió anoche, sabía que estaba más segura aquí que por mi cuenta en el gran y peligroso mundo exterior. Si aquel intruso de anoche no estaba relacionado con William y buscándome a mí, entonces no tenía motivo para alarmarme. Pensar no era fácil en ese momento, pero al recordar cómo había llegado a la conclusión de que el intruso podría haber sido enviado por William, lo descarté como algo improbable. ¿Cómo iba William a saber siquiera que estaba aquí? Solo había salido del edificio y me habían visto con Roman una vez, en aquel brunch. Parecía demasiado aleatorio que William me hubiera visto esa única vez para seguirme hasta aquí.

—Amber… —susurró Roman con tono burlón mientras se desplazaba más abajo sobre mí—. Te lo dije. No necesitas preocuparte por lo que ocurrió anoche.

Había apartado las sábanas, revelándome. Revelándose a sí mismo también, mientras se arrastraba por mi cuerpo y se acomodaba entre mis piernas.

—¿Por qué… no? —pregunté, luchando contra la timidez de tenerlo allí, su cara a centímetros de mi sexo, abriéndome de par en par para que pudiera verme.

—Porque necesitas preocuparte por otra cosa en su lugar.

Me incorporé un poco más sobre las almohadas para observarlo mientras pasaba sus dedos por mis pliegues. —¿Lo hago?

Asintió, dándome una sonrisa devastadoramente atractiva y pícara. —Sí. Preocúpate por mantenerte callada mientras me doy el gusto de saborear este dulce coñito tuyo.

Mi boca se abrió. La suya bajó, dirigiéndose a mi entrada.

Sin apartar la mirada de mí ni una vez, me besó y deslizó sus manos bajo mis nalgas para sostenerme en su lugar.

—Roman —susurré, sorprendida y tan excitada que sabía que acabaría avergonzándome de alguna manera.

Él solo sonrió y continuó. Pasando su lengua arriba y abajo, me lamía y arrastraba el cálido y aterciopelado roce de su lengua de tal manera que me hizo preocuparme. Si gritaría. Si gemiría.

Miré de nuevo las cunas y quise quejarme.

Mientras introducía su lengua en mí, temí despertar a todo el edificio.

Luego, cuando colocó sus grandes dedos dentro de mí para masajearme allí, movió su hábil boca y lengua hacia mi clítoris y succionó. El roce de la punta de su lengua en ese manojo de nervios casi me hizo ver estrellas, pero cuando aplicó una succión suave en ese punto, enredé mis dedos en su cabello y lo mantuve en su lugar.

—Ooh… —gemí tan bajo como me atreví, recostándome y empujando mi pelvis contra su cara.

Hundió sus dedos en mis nalgas, y la fuerza de su agarre me hizo soltarme.

Me vine, temblando y agitándome. Por instinto, apreté mis muslos alrededor de su cabeza, y agarrando su cabello para sostenerme, dejé que las olas de euforia me atravesaran hasta dejarme exhausta.

Me dio un último beso en la parte interior de mi muslo antes de incorporarse para sonreírme.

—No los has despertado —bromeó.

Solté un suspiro fuerte y lo miré incrédula. Su barbilla aún brillaba por mi excitación. Sus ojos brillaban con picardía. Pero fue la pura satisfacción en su sonrisa lo que calentó mi corazón.

En ese momento, un pequeño llanto llenó la habitación.

Sentí que mi rostro se relajaba mientras lo miraba con expresión seria.

¿En serio?

Él se rió, levantándose y mostrándome que tenía una erección considerable bajo sus pantalones de sudadera.

—Lo has gafado —bromeé mientras Henry daba muestras de haberse despertado.

Me guiñó un ojo y se estiró. —De nada.

Miré el gran bulto que presionaba la tela de sus pantalones. —Pero ahora no puedo devolverte el favor.

Se encogió de hombros, observándome mientras me levantaba y me vestía, hablando con Emily y Henry y diciéndoles que estaría con ellos lo más rápido posible.

—Recogeré esa oferta más tarde —dijo—. Si quieres encargarte de ellos un rato, estaré en la ducha deshaciéndome de esto. —Acarició su erección a través de los pantalones, y yo di un sonido de protesta. Él acababa de hacerme venir y yo quería más. Quería saborearlo. Quería montarlo y quería—

Me llevé la mano a la mejilla ardiente. —Dios mío. ¿En qué me has convertido? —murmuré.

Apresurándome hacia Henry, moví la cabeza mientras Roman entraba en el baño, riéndose con aire de suficiencia.

—Va a convertirme en un monstruo —susurré mientras cogía a Henry y lo abrazaba.

No, no lo hará.

Cambiar el pañal de Henry fue el regreso a la realidad que necesitaba.

No estaba aquí para follar con mi jefe. No importaba lo increíblemente bueno que fuera dominando mi cuerpo y haciéndome derretir por él.

Estaba aquí para ser la niñera de este bebé y su gemelo.

No lo arruines.

No podía perder este trabajo, y si eso significaba enseñarme a evitar comportarme como un animal salvaje con Roman, entonces eso era lo que tendría que intentar hacer.

15

ROMAN

Dormir con Amber cambió las cosas entre nosotros. Ya no era exclusivamente la niñera de mis hijos. Ahora, también era la mujer que deseaba de nuevo. No era solo una amiga que me ayudaba con la paternidad. Era una fuente de bondad que me recompensaba con los besos más adictivos y los toques más embriagadores.

La deseaba de nuevo, a pesar de que acababa de masturbarme en la ducha.

Vestido y acompañándola en la cocina mientras colocaba a Emily y Henry en sus columpios, contuve un gruñido al ver su trasero cuando se agachó para sacar algo del lavavajillas.

Joder, esto me está afectando mucho.

—Necesito ir a hablar con Sergei —le dije, rodeando su cintura con mi brazo y acercándola a mí. Encajaba tan perfectamente conmigo, no solo con su coño rodeando mi polla, sino también así. Lo suficientemente baja para apoyarse en mí, sus manos más pequeñas que las mías, de modo que nuestros dedos se entrelazaban fácilmente.

Ella asintió, girando la cabeza para mirarme tanto como pudo. —¿Sobre… lo de anoche?

Asentí, contento pero no sorprendido de que Lorne y mi hermano se hubieran asegurado de eliminar los cuerpos de aquí. No había ni una sola cosa fuera de lugar o alterada. Pero me preocupaba que Amber estuviera nerviosa de todos modos. —Le pedí a Anya que viniera, para hacerte compañía.

Ella resopló. —Compañía. Nunca estoy sola.

Emily balbuceó como si quisiera demostrarlo.

—Lo sé. Pero hazme el favor. No me gusta la idea de que te preocupes si vuelves a pensar en lo que pasó anoche.

Ella sonrió tímidamente. —¿El allanamiento? ¿O…?

Sonreí antes de besarla e inclinarla ligeramente hacia atrás hasta que tuve suficiente sabor de ella por el momento. —Definitivamente no te preocupes por *eso*. Retrocedí antes de perder el control. —La única preocupación que podemos tener sobre eso es cuán pronto podré liberarme para follar de nuevo tu coño codicioso.

La dejé así, con las mejillas enrojecidas casi tanto como su pelo.

Sonriendo mientras me dirigía al edificio de mi hermano, negué con la cabeza y supe que estaba presionando, quizás llevándolo demasiado lejos con ella. Amber era muy joven. Ingenua. Pero no protegida, si eso tenía sentido. Coquetear con ella la mañana siguiente podría haber sido demasiado.

—Tengo que tomarme esto con calma —murmuré para mí mismo.

—¿Qué dices? —preguntó Lorne, entrando en el ascensor cuando este se abrió en su piso del edificio.

Negué con la cabeza, molesto por haberlo dicho en voz alta.

¿Tomármelo con calma? ¿Como si esto fuera a durar?

No podía imaginar a Amber fuera de mi vida. Era demasiado buena con los gemelos, demasiado perfectamente integrada en mi hogar y en mi cama.

Pero ¿realmente lo estaba admitiendo ahora? ¿Que quería una relación real con ella? No solía tener relaciones. Los compromisos no eran parte de mi repertorio. Tampoco era el momento de pensar en eso.

—¿Quiénes eran? —le pregunté.

—No identificados. Andre todavía tiene a algunos hombres investigándolos —respondió. —O, más bien, *tenía*. ¿No te enteraste?

Negué con la cabeza. No quería saber qué más había pasado anoche. Dos hombres allanando mi casa ya era suficiente. Y finalmente tener sexo con mi niñera ya había sido lo suficientemente transformador.

¿Y ahora qué?

Bostezó, lo que sugería que había estado despierto toda la noche. —Sofía tiene algunos problemas con el bebé. Andre le pidió a Oleg que se ocupara de investigar los cuerpos que llevamos al sótano.

Tuve un pensamiento fugaz sobre cómo Amber había preguntado si se contactaría a la policía. No, no lo harían. El par de imbéciles que allanaron aquí recibirían la marca de ley y orden de los Orlov—una interna.

—Sé que vamos a ocuparnos de ese allanamiento —dijo Lorne—, pero hoy ya está resultando un desastre. Claire está ayudando a Sofía y haciendo de intermediaria con el ginecólogo. Natalie está cuidando a Owen por Claire. Y Anya está tratando de ayudar con Rose y Maisie. Mikhail está siguiendo un incidente en desarrollo en uno de los clubes—

—¿Qué pasa allí? —pregunté, sacando mi móvil y enviando un mensaje a Anya sugiriéndole que llevara a Maisie a mi casa.

Probablemente Amber podría ayudarla a distraerse. Era uno de esos momentos de comunidad.

—Algunos policías nos están dando problemas —Lorne giró los ojos —. Plantando drogas y esas cosas.

Fruncí el ceño.

—Como dije, Mikhail está investigándolo.

Terminé de enviar mensajes a Amber y a Anya y metí el móvil en el bolsillo. —Día ocupado —asentí. Pero primero tenía que ocuparme de ese allanamiento.

Sergei estaba allí con el tío Mikhail, y vi cómo Natalie luchaba por mantener a Maisie contenta mientras Rose y Owen jugaban.

—¡Vamos a ver a Emily y Henry! —dijo Anya cuando llegué. Me lanzó una mirada de *ay de mí*. Daria también estaba allí, convenciendo a la niña de que fuera una ayudante con los bebés.

—¡Hay demasiados bebés aquí! —se quejó Maisie dando un pisotón.

Sonreí, divertido por su comentario directo.

Lorne se inclinó hacia mí para murmurar —Eso no es un comentario muy prometedor con su nueva hermana a punto de llegar…—

—Ella cambiará de opinión. Y todavía queda tiempo para que Claire dé a luz. Me encogí de hombros. —Ir despacio probablemente sea lo más inteligente.—

Él resopló. —Y no es como si tuvieras prisa por tener más. Demonios, ni siquiera planeabas tener ninguno en primer lugar.—

Su comentario me dejó sin aire. Me quedé helado, entumecido por el recuerdo de cómo se había sentido Amber anoche.

Suave, apretada, tan húmeda y ansiosa por mí mientras me chupaba hasta el fondo.

Mi polla *desnuda*.

Ni siquiera se me pasó por la cabeza usar un condón, y eso nunca, jamás, había sucedido antes. Siempre me ponía uno *cada vez*. Incluso en esa noche con Rebecca que resultó en mi hijo y mi hija, había usado un condón.

¿Cómo diablos…?

Parpadeé, frunciendo el ceño al pensar cómo pude haber sido tan descuidado. Cómo ni siquiera se me ocurrió ser más cuidadoso con Amber. Había sospechado que era virgen por lo ingenua y tímida que era, lo joven que era también, pero al final no lo era.

Está tomando la píldora, sin embargo.—

Sabía que lo estaba. Claire la había ayudado a conseguir un nuevo paquete cuando Amber admitió que tenía problemas para que una farmacia se lo repusiera.

Sin embargo, no fue el pánico lo que me invadió. No me estaba volviendo loco por la posibilidad de haberla dejado embarazada anoche. Sí, me sorprendió que se me olvidara. Pero no estaba alarmado.

Tal vez sea porque el shock de eso ya pasó.—

Tenía un hijo y una hija. Ya no tenía la misma mentalidad de evitar convertirme en padre—porque ya lo era.

—Lo siento, Roman—dijo Sergei, dirigiéndose a mí—. No puedo decir quién pudo haber enviado a esos hombres anoche.—

Metí las manos en los bolsillos y asentí para mostrarle que no estaba enfadado con él. —¿Has descubierto algo?— pregunté.

Él explicó lo que habían descubierto. Cómo habían estado cerca y parecían estar esperando a que se fuera la luz. No podían haberlo planeado, pero aprovecharon el breve intervalo entre el corte de energía del ascensor y el cambio a la energía del generador. Las

imágenes de vigilancia los mostraban subiendo por el hueco del ascensor de servicio.

—Tiene que estar conectado con los malditos Popov—gruñó Mikhail. —Esto es lo mismo que intentaron contigo—le dijo a Sergei—. Al secuestrar a Maisie.—

George se acercó. —Pensé lo mismo. Intentar llevarse a los gemelos y hacer que prestes atención a sus demandas para renegociar límites.—

Negué con la cabeza. —No puede ser de conocimiento público—argumenté. Ivan vio esa botella y el teléfono de Amber en mi oficina aquella vez, pero eso no podía ser suficiente para que saltaran a conclusiones acertadas.

—¿Y Amber?— preguntó Sergei. —¿Podrían haber venido por ella?—

Negué con la cabeza. —No tiene a nadie—dije. Pero entonces fruncí el ceño, recordando lo que había dicho.

—¿Qué?— preguntó Mikhail.

—Estaba asustada después del robo. Pero cuando me preguntó qué pasaría, asumió que se contactaría a la policía. Pareció arrepentirse de habérmelo preguntado y rápidamente dijo que no, que no llamáramos a la policía.—

—¿Qué está ocultando?— preguntó Sergei.

Negué con la cabeza. —Nada que yo sepa.—

—¿Le preguntaste qué quería decir? ¿Hablasteis de eso?— preguntó.

Miré a Mikhail y me encogí ligeramente. —Nosotros, eh, no priorizamos *hablar* durante mucho tiempo…—

Él puso los ojos en blanco. —¿Qué demonios os pasa? André durmiendo con su criada. Ahora tú teniendo sentimientos por la niñera—

—No. No. Solo fue sexo. Nada más.—

Ambos me miraron fijamente.

—Amber es la niñera y solo liberamos un poco la tensión.— Fruncí el ceño, incómodo por tener que explicar algo. Nunca antes había tenido que explicarme así. Y no debería haberlo hecho.

Solo fue sexo.—

Un buen polvo. Para distraerla.—

No estaba seguro de si intentaba convencerlos a ellos o a mí mismo. Porque no había perdido esa persistente deseo por ella que me llevó a planear tenerla en mi cama lo antes posible.

Mikhail se pasó la mano por la cabeza mientras Owen peleaba con Rose. Se encogió, pero no intervino. Era un padre muy involucrado, pero ahora mismo estaba en modo jefe. Era el Pakhan, y teníamos que lidiar con todo el caos juntos.

—Estoy más inclinado a pensar que el robo de anoche tiene más que ver con quien sea que nos está molestando en ese club. Niko Popov no puede ser tan estúpido como para intentar secuestrar a otro niño de nuestra familia.— Frunció el ceño. —No tan pronto.—

Me gustaba cómo pensaba. Claro, esas negociaciones que Ivan me estaba molestando para tener estaban frescas en mi mente, pero no era tan fácil correlacionar sus peticiones con un robo en mi residencia. Todavía no. El club bajo fuego era un ataque más directo a la familia.

Esa era la naturaleza de ser miembro de esta familia. El peligro esperaba en cada esquina de múltiples enemigos. Siempre.

Pero con Amber quedándose con los gemelos, me sentía listo para dedicar más de mi tiempo y energía a ayudar a mi tío a manejar todo.

Sergei y yo acordamos supervisar la investigación de lo que estaba sucediendo en el club. Mientras tanto, delegamos a George y Lorne para que investigaran por qué habían entrado en mi casa y qué tipo de amenazas se estaban acercando demasiado para estar cómodos.

Agarré mi teléfono mientras salía con Sergei.

Roman: **Por si no está implícito, no salgas del edificio.—**

Ella respondió de inmediato.

Amber: **Ni se me ocurriría.—**

Envió una selfie suya en el sofá, Emily y Henry ambos apoyados contra ella y pareciendo sonreír a la cámara.

Joder.— Sonreí y suspiré, impactado por la intensa sensación de que ella se parecía mucho al sueño que nunca supe que quería.

16

ÁMBAR

Cuidar de los bebés cambiaba el tiempo. Los días podían sentirse agotadoramente largos e interminables si estaban inquietos e imposibles de complacer. Las noches podían parecer tan cortas y fugaces en cuanto a un buen descanso. Pero las semanas se difuminaban. Los meses pasaban volando en un abrir y cerrar de ojos. Apuesto a que los años también parecerían demasiado breves y crueles.

Ya Emily y Henry se acercaban a su medio cumpleaños.

—¿Cómo es posible que ya tengan cinco meses? —le pregunté a Lorne mientras él empujaba el cochecito de Emily y yo llevaba a Henry en el portabebés sujeto a mi pecho. Acariciando el suave cabello rubio del hijo de Roman, sonreí al ver a Emily agitando un juguete que sonaba como un sonajero.

Lorne se rió. La nieve caía y flotaba alrededor de nosotros mientras caminábamos por Central Park.

—Espera a que tengan cinco años. Pensarás que acaban de nacer ayer.

Le sonreí, tan agradecida de que este asistente fuera más allá de lo esperado en el empleo de los Orlov. Era como un abuelo sustituto, ya que Mikhail parecía demasiado joven para ser abuelo él mismo, aunque lo era ahora, desde que Sofia había dado a luz a una hija a la que llamaron Esme, en honor a la prima de Sofia que lamentablemente había estado tan cerca de fallecer antes del Día de Acción de Gracias pero que todavía estaba con nosotros, luchando contra el cáncer hasta el último momento.

Lorne me contó hace un tiempo que alguna vez tuvo un hijo. Desafortunadamente, murió en un accidente de tren mientras estaba en el extranjero. A veces, me preguntaba si el anciano que afirmaba haber trabajado para el "gran jefe" desde siempre se quedaba porque no solo eran empleados, sino también familia.

Era demasiado fácil caer en esa trampa. Todos los días me engañaba a mí misma mientras permanecía como niñera de Emily y Henry, pensando que no era parte de la familia. Con cada noche que pasaba durmiendo con Roman en su cama, creía que no formaba parte de su círculo.

Escuchar algo así de Lorne me hizo detenerme, sin embargo.

¿Me ves aquí dentro de cinco años?

¿Con todos vosotros?

El ático de Roman se sentía como un hogar. Emily y Henry parecían *mis* hijos. Aunque Roman y yo nunca, jamás, hablamos sobre términos de relaciones, no hacía falta. Actuábamos como un par exclusivo de almas que no podían superar el sexo adictivo.

Todas esas falacias suponían un riesgo. Cualquier día, la realidad podría caerme encima. Lo sabía, en el fondo de mi mente. Siempre que tomara cada día y cada noche, cada minuto como una bendición para apreciar en el presente, esos miedos no eran lo suficientemente fuertes o grandes como para intimidarme.

Ya habían pasado casi dos meses desde que me desperté y vi a ese intruso en la oscuridad. Roman no ofreció muchos detalles ni cierre, solo dijo que el equipo de seguridad de los Orlov estaba ocupándose de ello. Y confiaba en que así era.

Durante todas esas semanas, me había sumergido más en ser parte de la familia. El nacimiento de Esme no fue fácil. Los celos crecientes de Maisie por más bebés en la familia supusieron complicaciones. Owen luchaba por recuperarse de una fuerte gripe, lo que nos preocupaba a todos. El empeoramiento de la salud de Esmeralda nos recordaba a todos que su muerte era un momento triste pero esperado, y el embarazo de Natalie la llevó a guardar reposo durante un tiempo.

Eso era lo que veía y en lo que estaba involucrada como "una de las mujeres".

Todos los hombres Orlov estaban ocupados con… bueno, cualquiera que fuera su labor.

Por eso, cuando admití que nunca había estado en Central Park antes, Roman insistió en llevarme allí. Tuvimos un paseo en carruaje, que resultó tremendamente romántico —y picarón— ya que había pagado al conductor para que nos diera privacidad y así poder tener un rápido encuentro.

El dinero no me impresionaría. William era rico, y vi cómo usaba su fortuna para fines malvados. Los Orlov también estaban forrados, pero me alegraba que Roman solo alardeara de ello para obtener favores y privilegios "buenos". Como un rápido encuentro en un carruaje en Central Park con la nieve ligera cayendo a través del cielo nocturno.

Ya no me quedaba todo el tiempo en el edificio tampoco. Anya venía conmigo para ir a comer de vez en cuando. O nos deteníamos en una tienda para mirar cosas para los gemelos. Claire y yo fuimos una vez al salón a hacernos una pedicura.

En su mayor parte, me quedaba dentro porque me gustaba. Era más fácil cuidar de los gemelos allí. Los edificios en la cuadra de los Orlov tenían amplios espacios al aire libre. No estaba encerrada y atrapada dentro, pero demostré lo hogareña que era con los adorables bebés que ayudaba a Roman a criar.

Solo estaba aquí afuera ahora con Lorne por insistencia de Roman. Había estado trabajando en su oficina en casa, atendiendo llamadas, pero no importaba lo que intentara hacer, los gemelos no se calmaban. El balbuceo y las risas fácilmente se convertían en llantos y berrinches. Al borde de la desesperación, sugerí llevarlos a pasear. Roman me recordó que tenía que ir con Lorne.

No solo con Lorne, sino con otros tres guardias de los Orlov. Aun así, todo este tiempo me preguntaba por qué los Orlov tenían tanta seguridad. Y por qué. Sin embargo, nunca protesté, porque saber que los guardias de Roman estaban conmigo significaba que tendría esa capa de protección contra William o sus amigos.

—¿Alguna vez has pensado en tener hijos? —preguntó Lorne.

Sonreí. Hacer pequeñas conversaciones con este hombre fornido era una cosa más que no quería dar por sentada. —Por supuesto.

Su pregunta no era realmente inesperada, pero cuando lo miré, no mostraba su habitual sonrisa despreocupada o bromista. Sus ojos estaban concentrados, como si estuviera pensando demasiado para una simple charla.

—Crecé cuidando niños —dije, aún apoyándome en las mentiras que había contado cuando fui a esa agencia en busca de un trabajo hace tantos meses. Era parcialmente cierto. En aquellos años, hasta que William quiso adoptarme, ayudé a muchos padres adoptivos y cuidadores de orfanatos a ocuparse de los más pequeños.

—Pero estoy perfectamente contenta con estos dos —añadí, sonriendo mientras miraba a Henry, bien arropado en el portabebés

sobre mi pecho. Sus ojos ya parecían somnolientos mientras parpadeaba más lento y con menos frecuencia.

Un guardia se acercó desde atrás y susurró algo al oído de Lorne. Él negó con la cabeza pero levantó un dedo. —¿Tienes nombres elegidos?

Me reí. —¿Nombres?

Pareció descartar lo que el guardia había dicho, queriendo seguir charlando conmigo. —Sí. Nombres para los bebés pelirrojos que tendrás.

Sonreí. —No. No he proyectado tan lejos. —Había pasado demasiado tiempo de mi vida tratando de sobrevivir de un minuto a otro.

Mientras mantenía una charla desenfadada sobre todos los horribles nombres potenciales que Andre, Sergei y Mikhail habían odiado cuando sus esposas estaban embarazadas, observé a la gente en el parque y disfruté del aire fresco, aunque frío.

Y fue entonces cuando lo noté.

Dos hombres nos estaban siguiendo.

Vestidos con ropa callejera y sin sobresalir con abrigos, sombreros y guantes como todos los demás que estaban afuera en el frío, no deberían haber llamado la atención.

Pero la manera en que siempre me mantenían a la vista me inquietó.

Lo noté cuando Lorne dijo que quería un chocolate caliente y nos pusimos en la fila en un carrito de la calle.

Luego volví a ver a los dos hombres al fondo cuando saqué a Henry del portabebés para ponerlo en el cochecito al lado de Emily, ya que se había dormido y mi espalda empezaba a doler.

Una vez más, cuando pasamos por el parque infantil por si a Emily le gustaba columpiarse, los vi de nuevo.

Me estaban siguiendo. Acechándome. Y mi mente saltó instantáneamente a un miedo.

William.

Sabía que estaba aquí. Tenía hombres siguiéndome. Aunque no reconocía a esos matones, estaba segura de que tenían que ser amigos de mi padre adoptivo.

—¿Estás bien? —preguntó Lorne.

Parpadeé rápidamente y disimulé el ceño fruncido. —Sí. Es solo que… está haciendo más frío, ¿no crees?

Mierda. Sonaba tan agitada y sorprendida, con la voz demasiado aguda.

—No quiero que tengan demasiado frío —dije refiriéndome a los gemelos. Aunque llevaban varias capas. Más mantas esperaban en las bolsas debajo de los portabebés en los cochecitos, y ninguno de los dos se quejaba ni actuaba como si estuviera incómodo.

—Claro, claro. —Lorne asintió, sin revelar ninguna emoción. —¿Quieres irnos? Podemos pasar por esa panadería que te gustó aquella vez, tomar algo de camino al norte.

Negué con la cabeza, demasiado asustada para estar fuera.

Los gemelos estaban aquí. Lorne y los guardias. Si alguien de mi pasado estaba buscándome, no podría vivir conmigo misma si alguno de ellos resultaba herido.

¿Cómo puede seguir vigilándome?

¿Cómo puede estar tan cerca?

William había quedado en el fondo de mi mente todos estos meses que había estado trabajando para Roman y durmiendo con él. Pero no se había ido. Seguía siendo una amenaza que acechaba en esta ciudad.

—Me gustaría ir a casa.

¿Casa? La última que realmente había tenido era la mansión con William. La residencia de Roman era mi lugar de trabajo, a pesar de que sentía que era donde pertenecía.

—Me gustaría llevar a los gemelos a casa —dije rápidamente, sabiendo que eso era cierto.

—Claro —respondió Lorne. Hizo un gesto a los guardias, y todos nos giramos hacia donde estaba el coche.

Me di cuenta de que estábamos tomando una ruta diferente, y me asusté aún más al pensar que estábamos más lejos de la seguridad de lo que prefería. —Pensé que el coche estaba por allá —le dije a Lorne.

Él negó con la cabeza. —Le envié un mensaje al conductor para que lo tuviera más cerca. —Sonrió—. Está haciendo frío para mis viejos huesos. Pensé que todos agradeceríamos tener nuestro transporte cerca cuando quisiéramos irnos.

Asentí y fruncí el ceño de nuevo. —Deberías habérmelo dicho —le regañé—. No quiero que tengas demasiado frío.

Él me dio una palmadita en la mano que tenía en el manillar del carrito. —Está bien, Amber.

Sentí que nada estaba *bien* con esos hombres siguiéndome. Sujetando el carrito más cerca mientras empujaba a los gemelos, deseé poder agacharme y protegerlos por completo. El miedo me consumía, y contaba los minutos hasta que pudiéramos volver al edificio. Hasta que pudiera estar con Roman de nuevo y compartir mis miedos con él.

Los guardias estaban aquí. Lorne también. Pero esos hombres me seguían a *mí*. Este era mi problema, no el de ellos, y odiaba que fuera un riesgo para cualquiera.

Llegamos al coche y nos subimos. El conductor tenía el asiento trasero cálido y acogedor. Pero era demasiado. Me sentía claustrofóbica con mi abrigo, bufanda y gorro. Me sentía demasiado caliente con la adrenalina del miedo.

No hablé durante el camino al edificio, pero mientras el coche avanzaba por la ciudad, revisé una y otra vez a Emily y Henry.

Estaban durmiendo en sus porta bebés, abrochados y seguros, felizmente inconscientes de que yo tenía miedo, y me alegraba por ello. Solo eran bebés, pero pasaban la mayor parte del tiempo conmigo. Estaban en sintonía conmigo, sonriendo cuando les sonreía, serios cuando estaba pensativa. Sus señales sociales estaban siendo moldeadas por mí simplemente porque era su cuidadora más constante, aparte de Roman, y no quería que estuvieran expuestos a lo nerviosa que parecía. Lo disimulé, o eso esperaba, pero nada me calmaría hasta que estuvieran de vuelta en casa, lejos de cualquiera que los siguiera en el parque.

Por fin llegamos. Lorne se ofreció a acompañarme al ático, pero negué con la cabeza en el ascensor. —No, está bien —dije.

—¿Segura? —preguntó—. Tengo algo que revisar, pero puede esperar.

—No, está bien. Estoy bien aquí.

Él sonrió y me dijo que me vería más tarde, y las puertas del ascensor se cerraron. Cerré los ojos y exhalé profundamente para calmarme.

—Estás en casa —susurré mientras el ascensor subía.

—Estás en casa y nadie te va a seguir —dije en voz baja, sabiendo que los gemelos no podían oír mis palabras de aliento.

—Estáis seguros —les dije cuando el ascensor se detuvo en el ático de Roman.

Abrí los ojos con alivio, viendo que seguían durmiendo, contentos y cómodos en el carrito mientras las puertas del ascensor se abrían. La casa de Roman quedó a la vista, y no perdí ni un segundo en bajarme y empujar el carrito doble hacia dentro.

Estaban a salvo.

Pero yo era tonta por engañarme pensando que alguna vez lo estaría, incluso bajo la protección de Roman.

Podía esconderme aquí con una nueva vida y propósito, una que parecía un sueño hecho realidad, pero con William vivo y buscándome, nunca, jamás estaría a salvo de los secretos de mi pasado.

Roman salió de su oficina, sonriéndome. —¿Buena caminata?

No. La peor, en realidad.

Fruncí el ceño y corrí hacia él.

17

ROMAN

—¿Amber?

Perdí mi sonrisa y abrí los brazos para abrazarla. Ella se lanzó hacia mí con aquel ceño fruncido de preocupación en su rostro.

—¿Qué ha pasado? —La sostuve cerca mientras miraba por encima de su hombro. Desde allí, podía ver a los gemelos durmiendo en su cochecito. A salvo. Ilesos. Relajados y dormidos.

—¿Amber?

Se separó de mí y se humedeció los labios. Algo la estaba estresando, y detestaba esa sensación de déjà vu. La última vez que había lucido así, tan frenética, fue cuando aquellos dos intrusos entraron aquí y la asustaron.

Pero aquello no tenía sentido. Nadie podría haberla molestado durante un paseo por Central Park. Yo no permitía ningún riesgo para su seguridad ni la de los gemelos, y siempre estaban juntos, así que era un objetivo común. Lorne estaba con ella. También los guardias. Jamás me arriesgaría a que no estuvieran protegidos. Era algo evidente. Todos en nuestra familia teníamos que contar con

medidas de seguridad, especialmente aquellos en lo más alto de la organización, cerca de Mikhail.

—Alguien me estaba siguiendo.

La tomé por los brazos, dándole toda mi atención.

—Iba a mandarte un mensaje o llamarte en cuanto me diera cuenta —admitió—. Pero no quería preocupar a Lorne. Ni a los guardias.

Dios mío. ¡Para eso estaban allí! Para preocuparse por *ellos*, no al revés.

—Pero entonces me puse nerviosa y paranoica, y no estaba segura de si me lo estaba imaginando o… —Apartó la mirada de mí y miró a los gemelos, como si necesitara asegurarse de que estaban allí y bien—. Seguía pensando que estaba siendo ridícula o algo así. Pero no se fueron. Dos hombres me seguían por Central Park.

Fruncí el ceño mientras ella hacía una pausa y tomaba una profunda respiración en medio de su parloteo. Una pregunta enorme y evidente surgió en mi mente hasta entonces.

¿Por qué sigues diciendo me*?*

No estaba allí sola. Lorne estaba con ella. Los gemelos también. Y los guardias. Ella formaba parte intencionalmente de un grupo y siempre lo sería como alguien de mi casa.

Sin embargo, lo expresó así. Estaba convencida de que dos hombres la seguían a *ella*. No a los guardias, no a los gemelos. A ella. Y quería saber por qué hacía esa distinción. No estaba pensando con claridad. Lo notaba. El pánico la dominaba, y su miedo era evidente en su tono. A menos que fuera algo general, como ese estereotipo femenino de que los hombres siempre acechan a las mujeres, no entendía por qué se señalaba a sí misma como un objetivo.

¿Y por qué cojones me entero de esto ahora?

Lorne debería haberme contactado inmediatamente. Debería haber pedido refuerzos o insistido en que saliera del parque al instante. Cualquier cosa.

Pero me aliviaba que Amber hubiera priorizado contármelo todo tan pronto como pudo. Su franqueza importaba. Era clara al comunicarse conmigo, y valoraba esa apertura, su confianza en mí.

Me concentré en ella, escuchándola y asegurándome de que se sintiera cómoda al contarme todas sus preocupaciones.

—Los vi una vez y no le di importancia. Pero cuanto más aparecían, más y más preocupada me sentía.

Se humedeció los labios, recuperando el aliento mientras se calmaba —. Solo quería llevar a los gemelos a casa. Pase lo que pase, nada puede pasarles nunca —apretó la mano contra su pecho—. *Jamás* me perdonaría si les ocurriera algo. Bajo mi cuidado. O en absoluto.

Fruncí el ceño, acercándola a mí en un abrazo. Sabía que los quería. Lo veía en cada sonrisa y risa. Había visto cómo no eran solo bebés a los que cuidar como niñera, sino niños a los que *amaba*.

Pero no me gustaba cómo lo había expresado. Cómo estaba inmediata y profundamente ansiosa por mantenerlos a *ellos* a salvo, pero no por protegerse a sí misma y preocuparse por su propia seguridad.

Eso no estaba bien.

Y detestaba cómo me hacía pensar que estaba aquí con un pie fuera de la puerta, preparada para la posibilidad de que no se quedara para siempre.

La idea de que no estuviera aquí me enfurecía. Temía perderla, no solo porque era un complemento increíble para mi hijo y mi hija, sino también porque era un rayo de luz en mi vida, una fuente de bondad hacia la que quería seguir gravitando.

¿Por qué asumes que no estarías aquí?

¿Separada de nosotros?

—Estoy tan contenta de que estén aquí ahora.

Ahí estaba de nuevo. ¿Se preocupaba por ellos, pero no por sí misma?

Besé su frente y acaricié su espalda, apretándola contra mí y manteniendo mis brazos fuertemente cerrados alrededor de ella en un abrazo seguro.

—Todo va a estar bien —la tranquilicé—. Te lo dije antes y te lo repetiré tantas veces como sea necesario. Estás a salvo aquí. Los tres. —Me separé de ella y me agaché para estar a su altura—. ¿Me oyes? No escatimaré en gastos para protegeros a los tres.

Forzó una sonrisa y asintió débilmente—. Lo… lo sé. —Con un último suspiro tembloroso, bajó la mirada—. Siento interrumpir y entrar así. Solo quería asegurarme de que supieras lo que pasaba. Si era algo real o si me lo imaginaba o… Lo siento.

La besé, sin separarme hasta que se desplomó contra mí y se relajó.

—No tienes absolutamente nada de qué disculparte.

—Es solo que… Me puso tan tensa, la mera idea de que alguien me siguiera. Después de aquel allanamiento, supongo que he estado esperando que cayera el otro zapato.

Tal vez parte de eso era mi culpa por no haberle dicho nunca que aquellos intrusos estaban muertos, por mi mano, y que aún se investigaba quién los había enviado aquí.

Pero no pude. Por más asustadiza e ingenua que fuera, no podía sentarla y explicarle que el nombre Orlov representaba al Bratva más poderoso de la ciudad, una de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo. Me esforcé por protegerla de esa verdad, y hasta ahora, había creído mis medias verdades sobre mi «trabajo» y lo que hacían los miembros de mi familia. Ninguno de ellos le diría

directamente lo que significaba el nombre Orlov. Pero ahora, casi parecía un deservicio.

—Solo pensar en que Emily y Henry estuvieran cerca del peligro me ponía nervioso.

La besé de nuevo, intentando no adelantarme. Amar a *ella* por ser tan buena con nosotros. —Lo investigaré —le dije—. Nunca minimices lo que sientes, Amber. Confía en tus instintos, siempre.

Ella asintió.

—Como esa intuición que dices tener sobre el llanto de los bebés —le recordé—. Nunca dudes de ti misma.

Ella suspiró y apoyó su cabeza en mi pecho mientras Emily hacía un ruido, indicando que estaba despierta.

—Voy a hablar con Lorne sobre esto.

Ella retrocedió, mirando en dirección al cochecito mientras Henry añadía su voz a la de su hermana.

—Lo investigaré —le dije.

Cuando me miró, volvió a fruncir el ceño.

Eso no debería preocuparla. Había venido a mí para contarme sus preocupaciones, y tenía sentido que quisiera que se investigara. ¿O… no?

Ella no respondió, y fue a recoger a Emily y Henry, habiendo dominado el equilibrio y la destreza para sostenerlos a la vez, uno en cada brazo, apoyados contra sus caderas mientras los sostenía. —¿Listos para un tentempié? —les preguntó, siempre hablándoles y dándoles toda su atención.

En cuanto los llevó a la habitación de los niños, volví a mi oficina y llamé a Anya para que hiciera compañía a Amber.

—¿Por qué? —preguntó ella después de aceptar—. ¿Los gemelos están dando problemas? Pensé que iba a dar un paseo por el parque y—

—¿Por favor? —le pedí—. Necesito hablar con Lorne.

Ella vino, y yo salí a buscar a mi asistente, sabiendo que Amber no estaba sola. Quizás Amber se abriría a ella y le contaría sus preocupaciones sobre ser seguida también.

Incluso si no lo hacía, llegaría al fondo del asunto con mi asistente. Lo encontré en la sala de seguridad, ocupado al teléfono. Alzó la mano en cuanto me vio, indicándome que me sentara y esperara.

Lo hice, pero me molestó tener que esperar.

—Entendido. Gracias. No, no. No hagas nada todavía. Te avisaré. Terminó la llamada y asintió a los guardias de la sala, los mismos que habían estado en el parque con Amber y mis hijos.

—¿Qué coño está pasando? —No lo grité, pero parte de mi irritación se filtró.

En lugar de responderme, se volvió hacia uno de los guardias y asintió. —Tenías razón, Eli.

El guardia frunció el ceño.

—Buen ojo —le dijo Lorne, girando en su silla para mirarme—. Popovs.

—¿Qué *coño*?

Lorne respiró hondo, lo que indicaba que estaba preparándose para hablar— mucho. —Estábamos en el parque paseando, y me di cuenta de que un par de hombres la estaban observando.

Apreté los puños. —¿A ella? ¿O a los gemelos? —pregunté.

—Al principio, no podía decirlo. Tampoco quería asustarla, ¿sabes?

Vaya si lo sabía. Pero eso era también lo que la hacía tan atractiva. Amber no era indefensa, pero el papel de protegerla y proveer para ella me llenaba de un orgullo que no quería perder.

—Se mantuvieron atrás y no se acercaron. Solo observando. Intenté mantenerla distraída, hablando y demás.

—¿Por qué no los llevaste a casa directamente? —No era tonto.

—Porque cuando me di cuenta de ellos, *pensé* que me resultaban familiares. Pero no podía estar seguro. Eli me preguntó qué quería hacer, y pensé que sería mejor quedarme allí y ver si podía identificarlos.

—¿La usaste como cebo? —exigí.

—No. —Frunció el ceño como si lo hubiera insultado—. Yo estaba allí, ellos también. Eli llamó a refuerzos, y aparecieron para rodearnos más atrás. Ella nunca lo supo. Los conductores se acercaron, y fue una oportunidad *breve* de ver quién coño la estaba mirando. Y por qué.

Me calmé un poco, sabiendo que él habría tenido todo bajo control. Fui tonto al dudar de mi leal asistente.

—Entonces, cuando se dio cuenta y comprendió que la estaban siguiendo, se asustó. Lo ocultó, aunque casi como si estuviera intentando procesarlo todo. No pasó mucho tiempo antes de que me inventara alguna excusa sobre tener frío, sabiendo que querría apurarme para entrarme y preocuparse por mí.

—La estaban mirando a *ella* —añadió Eli.

Lorne asintió, luciendo furioso. —Sí. Cuando nos pusimos en fila para comprar un paquete de castañas asadas a un vendedor ambulante, los separé un poco. Para ver qué estaban haciendo. Mirándola a ella o a los gemelos.

Apreté los ojos y él levantó una mano. —Me quedé con el cochecito, con los bebés, y dejé caer mi guante. Eli se apartó con ella cuando

fue a recogerlo para mí, y eso nos lo dijo. Los dos hombres miraban a *ella*. Ella no estaba sola. Los gemelos tampoco, pero miraban a Amber. ¿No es así? —preguntó a Eli y a los otros guardias que habían estado allí.

Robert, uno de los otros, asintió. —Sí. No hay duda. Se centraban más en ella, no en los gemelos.

—Así que ahí estamos ahora. Los teníamos controlados, Kid. —Me dio una palmadita en la rodilla—. No íbamos a permitir que les pasara nada, pero como parecía que no había peligro cerca de ellos, quería ver si podía identificarlos. Los llevamos más allá de donde esperaban algunos refuerzos, y consiguieron un vídeo de ellos.

Eli se giró para mostrarme una reproducción de dos matones parados juntos en el parque nevado, simplemente mirando y caminando detrás de Lorne y Amber con los guardias y el cochecito mientras pasaban.

—Me preguntaba si te contaría lo asustada que estaba —dijo—. Y vine aquí para averiguar quiénes eran esos cabrones.

—¿Popovs? —pregunté, entrecerrando los ojos hacia la pantalla.

—Los sombreros y los abrigos los ocultaban un poco, pero sí. Lorne me mostró el portátil que había usado el reconocimiento facial para identificarlos. —Un par de gilipollas pillados haciendo el trabajo sucio de los Popovs aquí y allá en la ciudad.

¿Es todo por aquella única vez?

¿Aquella única vez en la que Ivan apareció sin avisar y se le ocurrió la idea de que tengo una mujer en mi vida?

Negué con la cabeza, intentando descifrarlo todo mientras mi furia hervía.

Bajo la frustración de entender por qué los Popovs intentaban apuntar a Amber con la suposición de que ella sería la próxima mujer en pertenecer a nuestra familia, luchaba por descartar por

qué había parecido más nerviosa cuando le dije que iba a investigar el asunto.

Un temor creciente de que Amber pudiera estar ocultándome un secreto era lo último que necesitaba justo cuando perdía el argumento de que ella pertenecía a mi vida como algo más que mi niñera.

18

ÁMBAR

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Levanté la vista mientras cambiaba el pañal de Henry al oír a Anya llamar. —Aquí dentro.

No la esperaba y no sabía por qué había aparecido.

Cargué a Henry en mi brazo izquierdo y cogí a Emily para apoyarla contra mi cadera derecha mientras salía de la guardería.

La joven estaba en la sala, sonriendo hacia nosotros. —Bueno, alguien parece feliz —murmuró mientras Emily le sonreía.

No pude evitar sonreír ante eso. Estos gemelos eran una alegría, y cuando estaban de buen humor, era contagioso. Incluso cuando yo estaba decaída y tensa. —Acabas de perderte a Roman. Se fue a hablar con Lorne.

Sobre mí. Sobre por qué esos hombres me seguían.

Tragué la ansiedad que me subía por la garganta y me ahogaba. Cuando Roman dijo que investigaría lo que había pasado en el parque, sentí que eso significaría que investigaría *a mí* cuando se

diera cuenta de que esos hombres que se parecían a algunos amigos de William me seguían.

Se encogió de hombros y extendió los brazos, alcanzando a Emily. —Bah. Quería verte a ti. —Cogió a Emily de mis brazos y la acurrucó, murmurándole. —Y a ti —le dijo con entusiasmo. —Y a ti —le dijo a Henry, haciéndole cosquillas en la barriguita mientras los llevábamos a la cocina.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dijo.

Arqueé las cejas.

—No eres mucho mayor que yo. —Colocó a Emily en su trona mientras yo ponía a Henry en la suya. —No me malinterpretes. Me gusta pasar tiempo con Claire y Nat. Sofia está ocupada con Esme y todo eso, pero tú eres más cercana a mi edad. —Se levantó y sonrió. Cuando no fui lo suficientemente rápida para sonreírle mientras preparaba los biberones de los bebés y unas bolitas de arroz muy básicas para ellos, frunció el entrecejo. —¿Qué pasa?

Expulsé un suspiro profundo, sin saber qué decirle. Estaba inquieta después de confesarle a Roman mis miedos. Expresar cualquier cosa de lo que sentí y noté cuando esos dos hombres me siguieron me acercaba peligrosamente a mi secreto. A todo lo que quería ocultar para siempre.

—Alguien me seguía en el parque.

Ahí lo dije.

—No… no sé si debería decirte eso. O lo que sea. La seguridad aquí es intensa—

No. No. —Estaba seria mientras sacaba una silla junto a mí, entre los gemelos, y cogía el biberón de Emily y el recipiente con las bolitas de arroz disolubles para dárselos mientras yo alimentaba a Henry. —Está bien. Quiero decir, ya se lo dijiste a Roman, ¿verdad?

Asentí.

—¿Y Lorne estaba allí?

Volví a asentir. —Y otros guardias.

Frunció el entrecejo, alternando su atención entre Emily y yo. —Puedes hablar conmigo. No hay necesidad de guardar secretos aquí. —Me dio una palmadita en la rodilla.

Ojalá eso fuera cierto. Esos secretos eran una pérdida de tiempo. *Mi* secreto era demasiado grande, oscuro y aterrador como para dejarlo salir a la luz.

—¿Hicieron algo o solo te asustaron? —Hizo una mueca. —No puedo imaginar a Lorne permitiendo que te asustaran así.

—No sé si se dio cuenta.

Me puso los ojos en blanco y me di cuenta de lo tonto que sonaba. Quizás sí se había dado cuenta pero intentaba mantener la compostura.

—Después del robo, simplemente… he estado más nerviosa de lo habitual —añadí. —No podía decir si estaba imaginando que alguien me seguía o qué.

—Eso es comprensible. Pero mi primo no toma a la ligera la seguridad aquí. Mi padre tampoco. Todos en la familia.

Bajé la mirada, sacando unas cuantas bolitas de arroz más para que Henry las encontrara en la bandeja de la trona. —Lo sé. Aunque nunca he entendido realmente por qué. —Mirándola, esperaba que me explicara más.

—Mi familia dirige algunos negocios muy importantes en la ciudad. Y siendo alguien con su poder y riqueza, es obvio que alguien intentará quitarle algo.

Eso tenía sentido, pero… algo no cuadraba al mismo tiempo. Sabía muy bien cómo el dinero podía ser mal utilizado, como William lo usaba para comprarse amigos despreciables.

—¿Ha habido problemas de seguridad antes?

Para mi sorpresa, respondió rápidamente, sin pensarlo. —Oh, sí. Muchos problemas. Abriendo los ojos de par en par, se puso una sonrisa avergonzada. —Pero no te preocupes.

Ja.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Desearía poder dejar de preocuparme, pero mientras ella me visitaba y me ayudaba con los gemelos, y después de que se fuera y empezara la rutina del baño, hice todo lo contrario.

Me preocupé.

Me angustié.

Me atormenté, me inquieté y me sobrepensé todo.

Con Anya escuchándome y sin presionarme para hablar, casi quise ceder y confesar. Pensé en revelar mi secreto, que vine aquí para esconderme de mi padre adoptivo y sus amigos. Que estaba aquí bajo una identidad falsa para que no pudiera encontrarme.

Aunque la vergüenza me impidió abrir la boca.

El miedo me detuvo de ser honesta con ella, a quien *sí* sentía más cercana como amiga, ya que éramos casi de la misma edad.

Cuando volví a estar sola, con Emily y Henry mientras se bañaban, repasé todas las pesadillas en mi cabeza.

Si le decía a Roman que estaba aquí con un nombre falso, que era una mentirosa solo para conseguir el trabajo, perdería su confianza en mí.

Y si explicaba más, que era la hija adoptiva de un hombre depredador, rico y poderoso, se enfadaría porque lo había engañado.

Peor aún, si me derrumbaba y explicaba que había huido del «hogar» que tenía porque William había permitido que me violaran, se sentiría asqueado y me echaría de allí.

Por mi pasado, por mi secreto, sabía en el fondo de mi corazón que no era más que mercancía dañada. Debido a aquel incidente, cuando fui agredida de la peor manera posible, era un desperdicio sucio, no lo suficientemente buena para alguien como él.

Me soné la nariz, obligándome a no llorar mientras mecía a los gemelos en la silla enorme.

Nunca lo suficientemente buena.

Para nadie.

Ni como una niña no deseada en el orfanato ni siendo pasada de un hogar de acogida a otro.

Ni como una adulta con la mancha de haber sido violada antes.

En los brazos de Roman, con él sobre mí y haciéndome llegar al clímax, podía desterrar la etiqueta de mercancía dañada. Su facilidad y maestría para hacerme estallar de placer borraban el pasado. Pero aún estaba grabado en mi alma.

—No puedo contárselo —susurré a los gemelos mientras se dormían cada vez más acurrucados contra mí.

—No puedo arriesgarme a que él me perdone alguna vez, a que quiera volver a mirarme.

No respondieron más que cerrando sus pequeños ojos.

No era justo. La vida no era más que una apuesta por sobrevivir, y aquí, en este hogar y con esta familia, quería desesperadamente creer en el futuro. En merecer la felicidad.

Pero no me engañaba a mí misma.

Roman estaría furioso porque había mentido.

Porque lo había hecho sabiendo que tenía un objetivo en mi espalda. Estar aquí también estaba extendiendo el peligro a su hijo y a su hija.

Horas antes, cuando me apresuré a venir aquí para contarle a Roman sobre el incidente en el parque, me sentí tan bien. De una manera retorcida, me alivió soltar los detalles que sabía. No tenía interés en ocultarle eso, no cuando los gemelos habían estado allí. Me destrozaría si perdiera la fe en mí para mantenerlos a salvo.

—Los protegeré con todo lo que soy —les susurré, besando la parte superior de sus cabezas uno por uno mientras descansaban contra mi pecho.

Era difícil abrirme del todo. Decírselo a Roman había sido un riesgo. Pero superé ese miedo para ser directa con él. Me sentí mejor después, hablando claro sobre esos hombres que me seguían en el parque. Nada podría haberme llevado a añadir que temía que fueran amigos de William o sus socios. Pero había podido respirar más tranquila después de compartir mis preocupaciones con él.

Siempre y cuando no descubras la verdadera razón por la que estoy aquí.

La principal motivación por la que no puedo soportar la idea de irme.

Cerré los ojos ante el dolor en mi pecho.

Eso era una mentira.

Había venido aquí para esconderme, maldita sea.

Ahora que había estado aquí y sabía lo bueno que era estar con él, tenía que ser honesta conmigo misma y admitir que la razón por la que quería quedarme era mucho más grande que la necesidad inicial de refugiarme de William.

—¿Dónde perteneceré alguna vez? —susurré a los bebés mientras se dormían.

Parecía cada vez más imposible que pudiera contar con un «para siempre» aquí, con Roman como mi hombre y estos gemelos como mis hijos, aunque ya los amaba como si fueran realmente míos.

19

ROMAN

Cuando terminé de hablar con Lorne y los guardias que le habían ayudado esa noche, recibí un mensaje de mi tío.

Mikhail: **Reunión en el despacho.**

Solo me daba unos minutos para llegar allí. Tenía que ser algo importante para tanta urgencia, y no estaba seguro de querer saber qué más estaba pasando. Mi mente estaba llena de preocupaciones por Amber, y mi corazón estaba dividido entre desear que no fuera tan enigmática.

—Lo estamos investigando —dijo Lorne mientras me levantaba.

Asentí, confiando plenamente en él.

—Tal vez podrías, eh, ofrecerle algo de consuelo o compañía mientras tanto. No me gustó lo asustada que parecía —añadió.

—Lo sé —respondí, sintiéndome dividido entre la necesidad de ir a casa a verla y comprobar cómo estaba con los gemelos. Sin embargo, Mikhail no esperaba a nadie, y el deber llamaba.— Tengo que ir a hablar primero con mi tío —dije, mostrando el teléfono.— Acaba de pedírmelo.

Él se encogió de hombros.— Probablemente se trate de este incidente. El gran jefe siempre sabrá cuándo se llama a los refuerzos.

Eso era cierto. Manteníamos un control estricto. El imperio Orlov era extenso, pero aquí, entre nosotros, en la cúspide del liderazgo, nos esforzábamos por mantenernos al día sobre lo que ocurría entre nosotros.

—¿Quieres que pase a ver cómo está? —ofreció Lorne.

Negué con la cabeza mientras me dirigía hacia la puerta.— No. Anya ya está allí, así que no está sola.

Salí y atravesé los túneles interconectados para llegar al edificio de mi tío. Era tarde, pero no tanto como para despertar a alguien en su residencia.

Lo encontré en el despacho. Andre también estaba sentado allí, frotándose la mandíbula y con aspecto de no haber dormido en un año.

—No sé cómo coño te las apañaste esa primera semana con *dos* de ellos —murmuró al verme llegar.

—¿Noches largas con Esme? —pregunté.

—La mitad del tiempo, juro que llora solo porque está cansada —se quejó.

Me senté y le señalé.— En realidad, esa *es* una de las razones por las que lloran. Según Amber, al menos.

Andre gimió.— Entonces, ¿por qué no se va a dormir?

Sonreí, compadeciéndome de él.— Siento que sea tan duro. Mejorará. Hasta que empeore con ese período de crecimiento y alimentación en grupo —dije, frunciendo el ceño y mirando a mi tío, que estaba sentado detrás de su escritorio.— ¿Y por qué estoy hablando de esto ahora?

Mi tío Mikhail puso los ojos en blanco.— Ese no es el motivo por el que te he llamado.

—¿Entonces cuál es?

Giró un papel y lo deslizó sobre su mesa.— Este.

Cogí la impresión y fruncí el ceño.— ¿Qué demonios es esto? —pregunté, observando el rostro de Amber. La imagen en blanco y negro de Amber se parecía a cualquier otra foto de carnet de conducir. Pero se usaba un apellido diferente. Al estudiarla más de cerca, me di cuenta de que la foto se había tomado hace tiempo, porque su pelo rojo era mucho más largo.

—¿Qué es esto?

Lo dejé sobre el escritorio mientras mi pulso se aceleraba. Un sexto sentido, algo así como un físico *oh… joder…* me recorrió, enviándome una sacudida de alarma por la columna vertebral.

—Esa es la verdadera identidad de Amber —dijo Andre. Perdió la seriedad de su tono cuando abrió la boca en un gran bostezo.— La encontré cuando volví a buscarla.

Miré alternativamente a mi tío y a mi primo.— ¿Qué coño?

Mikhail levantó la mano cuando estaba a punto de estallar.

Sabía que tenía todo el derecho a investigar a quien quisiera. Él era el jefe. Mi líder, mi tío, mi mentor. Como Pakhan de la Bratva, si tenía una sospecha, se aseguraba de que se llevara a cabo una investigación exhaustiva. Así mantenía a la Familia segura y próspera.

Pero podía habérmelo dicho. Podría haberme avisado. Algo.

¿Por qué lo habría hecho?

Le había dado la impresión, a él y a todos, de que ella era mi niñera con la que estaba saciando un capricho. Nada más que eso. Pero eso era mentira. Ahora sentía que tenía que defenderla.

—No me gustó ese allanamiento en tu edificio —dijo mi tío.— Fue demasiado calculado con esa tormenta y el corte de luz. Si tenía que ver con Niko Popov, quiero saberlo y recordarle, una vez más, lo que ocurre cuando alguien se mete con nosotros.

Abrí y cerré la boca. No tenía nada que objetar al respecto. Apreciaba que fuera tan protector.

—Y también sospechaba de cómo llegó aquí a través de una agencia —deslizó una mirada hacia su hijo—. Como Sofía.

Andre se encogió de hombros. —Pero no es la misma situación.

—¿Estás intentando decir que Amber está aquí para espiarnos? —me burlé. ¿Es que no la habían conocido? Era tímida. Callada. Reservada. ¡Ni siquiera tenía teléfono! El diminuto teléfono plegable que tenía parecía tan barato que le compré un smartphone nuevo para poder contactarla cuando estuviera con mis hijos.

Andre se incorporó, probablemente solo para mantenerse despierto. —*Yo* no pensé que la hubieran enviado aquí.

—Pero necesitaba descartar esa posibilidad —dijo Mikhail.

—Así que —dijo Andre— le pedí a Oleg que organizara que un hacker investigara la agencia por la que Amber llegó. *No* la enviaron aquí como a Sofía.

Vaya novedad. Crucé los brazos.

—Y eso fue diferente, de todos modos. Roberto Giovanni simplemente sobornó y pagó a esa otra agencia de servicio doméstico para colar a Sofía con un alias. Obviamente, como todos sabemos ahora, para espiarme. Algo en lo que, convenientemente, fracasó —se aclaró la garganta—. Cuando investigamos la agencia que nos conectó con Amber para que fuera tu niñera, ella usó esta identidad.

Mikhail tenía una impresión del nombre y la apariencia que yo conocía. Un pelo ligeramente más corto y el apellido Desmond que

yo sabía.

—Compró un documento falso —explicó Andre—. Eso es lo que tenía la agencia de niñeras. Pero cuando la sometimos a programas de reconocimiento facial, también apareció esta —señaló la otra foto.

Me senté allí y miré las dos impresiones, intentando procesar que había mentido. A mí. A nosotros. A la agencia. Una rabia ardiente por saber por qué me pinchó la mente, pero me sentía ahogado bajo la confusión y la traición.

—He estado investigando su identidad 'real' —dijo Andre—, y hasta donde puedo ver, no está vinculada a nada amenazante.

—Lo que significa que podría ser *otra* identidad falsa —dijo el tío Mikhail.

Le fruncí el ceño. —Claro. ¿Porque es qué, una agente secreta de la maldita CIA? —bufé.

—Tiene algún tipo de pasado —dijo Andre—. Uno potencialmente con secretos que tal vez quiera mantener ocultos.

Devolví los papeles al escritorio de mi tío y me froté la frente. —Vaya novedad. Ya he hablado de esto con Sergei. Es demasiado nerviosa. Muy asustadiza. Cuando empezó a trabajar para mí, mostraba signos de trauma. Se sobresaltaba. No hacía contacto visual. Era lenta para acercarse a mí.

Andre y Mikhail se miraron. Mi primo asintió. —¿Ves? —se volvió hacia mí—. Mi opinión es que fue lastimada. Que ha sentido miedo y está nerviosa por volver a ser lastimada.

El tío Mikhail asintió. —Eso fue lo que Claire pensó también. Y si ese es el caso, bien. Pero dependiendo de dónde vino realmente… esa mierda importa.

Lo entendía.

—Sigo pensando que estaríamos perdiendo el tiempo tratándola como si viniera de uno de nuestros enemigos conocidos —dijo Andre.

—Dice el imbécil que no se dio cuenta de que la sobrina de Roberto Giovanni se había colado en su vida y su cama —dijo con tono seco.

—Sí —dijo Andre, molesto—. No creo que Amber haya sido enviada aquí como espía o algo malo. Es demasiado despistada.

—*No lo es* —argumenté.

Hizo una mueca. —No. No de esa manera. No es estúpida. Pero no puedes negar que está despistada sobre… —hizo un gesto con la mano hacia la habitación— esto. Nosotros. No parece darse cuenta de que es la niñera de un negociador de la Mafia.

—Porque le he pedido a todos *que no* dijeran nada. Que la mantuvieran al margen de los detalles —dije—. Por lo nerviosa que parecía al principio.

—No, es más que eso —Andre negó con la cabeza—. Ha estado aquí y nos ha visto a todos. Ha visto a los guardias, y *aún así* no se pregunta si somos una familia criminal? —sonrió con sorna—. Cuando estuvo aquí para almorzar el otro día y Oleg cometió el error de mencionar cómo se manejó una rata en el noveno distrito, ella pensó que se refería a una *rata* —levantó las cejas—. Al animal. A la alimaña. Intervino diciendo que nunca olvidaría la primera vez que vio una verdadera rata en la estación de metro y lo babosa que parecía su piel.

Mis labios se torcieron mientras luchaba por contener una sonrisa.

—Estoy de acuerdo, parece… desconectada de todo esto —dijo Mikhail—. Anya soltó una broma ingeniosa con George el otro día. De *El padrino* —giró los ojos—. Le pasó completamente por encima y admitió que ni siquiera la había visto.

—Y cuando uno de los guardias dijo que alguien necesitaba un 'hit' —dijo Andre—, ella pensó que hablaban de un entrenamiento HIIT.

—¡Ves! —extendí las manos—. Amber no es una espía. Ni un topo. Ni una rata. Ni un señuelo.

—¿Podría ser una distracción? —me preguntó el tío Mikhail con seriedad.

Eso me calló.

—¿Podría alguien haberla enviado aquí para que sea tu niñera con el plan de mantenerte ocupado con ella y distraído para bajar tu atención en algo más? —preguntó.

—¿Como, tal vez, estas negociaciones fronterizas que Ivan Popov te está molestando? —adivinó Andre.

Me levanté, odiando cómo se estaban confabulando contra ella. O no. —No. No estoy distraído por ella.

Sabía que sonaba a mentira, pero no podía ser. —Están hablando de *mí*. Nunca he querido y nunca pretenderé dejar que una mujer controle mi libertad, ¿de acuerdo? No me estoy comprometiendo con ella así. No es mi novia. No es mi prometida. No es mi esposa, maldita sea.

En lugar de eso, ella era mi amiga. Mi amante. Mi compañera y mi aliada y la mente maestra detrás de que mis gemelos se relajaran y durmieran mucho mejor de lo que yo podría lograr.

—Es mi niñera —enfaticé—. Sí, he estado durmiendo con ella. Es algo mutuo, sin ataduras, que no me distrae de hacer mi trabajo.

Mentira. Me detuve antes de que una mueca de incomodidad apareciera en mi rostro al escapar esas palabras de mis labios. Amber llenaba un vacío en mi corazón que ni siquiera sabía que tenía. Pero no podía admitirlo cuando la estaban interrogando de esa manera.

—Investíguenla, ¿de acuerdo? —me encogí de hombros—. Debe tener algún tipo de pasado. ¿Quién no lo tiene? Pero les digo que esta mujer *no* está aquí para perjudicar a nadie. Para perjudicarnos a nosotros. Nunca la dejaría cerca de mi hijo o de mi hija si sospechara que podría ser una amenaza. —Me burlé mientras me dirigía hacia la puerta—. Si quieren preocuparse por mí distraído, y que alguien pueda usar eso en nuestra contra, entonces miren a *ellos*. Emily y Henry me han desequilibrado mucho más que el poder rascarme una picazón con la ayuda contratada.

Lo dejé ahí, deseando haberles dado una última palabra mejor. Que sin la ayuda de Amber, estaría el doble de distraído intentando manejar a mis gemelos por mi cuenta o con una niñera mediocre.

Sin parar ni una vez, me apresuré de vuelta a mi edificio. Amber parecía estar saliendo de la habitación de los niños justo cuando yo entraba.

—Acaban de dormirse —dijo mientras cerraba la puerta. El monitor estaba en su mano.

—Bien. Siéntate. —Señalé el sofá. Al darme cuenta de lo arrogante que sonaba y de lo asustada que había estado hoy, me quejé. En su lugar, cruzó la habitación hacia ella y la levanté en mis brazos. Me senté y la mantuve en mi regazo.

—¿Qué… qué está pasando? —preguntó.

Ahí estaba de nuevo. Esa mirada vulnerable y de ojos grandes en sus ojos. Me perseguía, y odiaba tener que interrogarla.

—Mi tío encontró una copia de tu carnet de conducir con un nombre diferente.

Ella hizo una pequeña mueca.

—¿De qué se trata esto? —pregunté, directo al grano.

—Cambié mi nombre antes —dijo mientras bajaba la mirada.

—No me digas, Amber —respondí secamente mientras le levantaba la barbilla—. ¿Por qué?

—Quería un nuevo comienzo en mi vida después de algunas cosas que viví cuando era adolescente.

Entrecerré los ojos. —¿Antes o después de que tus padres fallecieran?

—Después —dijo rápidamente.

Le diré a Andre que investigue también a sus padres. Una investigación completamente invasiva.

—Si fuera un detalle importante, te lo habría dicho —dijo rápidamente—. Nadie preguntó. Quiero decir, nadie me preguntó sobre algo así cuando solicité el trabajo en esa agencia. Nadie me ha preguntado aquí. Y no me di cuenta de que necesitaba proporcionar información sobre cosas de hace tanto tiempo.

Mientras la escuchaba hablar sin parar, intenté no pensar que estaba entrando en pánico para cubrirse, esquivando mis preguntas.

Maldita seas.

Mi tío y mi primo estaban sembrando más dudas en mi cabeza sobre ella, haciéndome sobreanalizar todo lo que decía.

Sin embargo, detrás del miedo, percibí un espíritu de lucha en su tono. Como si estuviera decidida a hacer las cosas *bien* de alguna manera y no estar equivocada o ser mala.

Suspiré profundamente.

—¿Qué pasa, Roman? ¿Qué está mal? —preguntó, con toda la preocupación y ternura en su voz que amenazaba con ablandarme.

No lo sé.

Mi tío y mi primo estaban investigándola, pero no podía revelarlo ahora. Ella tenía un misterio a su alrededor, pero quería aferrarme a

la posibilidad de que no fuera nada. Nada peligroso para nosotros.

Estaba cansado de eso, sin embargo. Preguntarme si era una espía o un elemento problemático en mi hogar *no* estaba en mi lista de cosas por hacer hoy. No necesitaba más responsabilidades, cargas o preocupaciones. Tenía a Ivan Popov quejándose por una reunión sobre algo en lo que nunca cederíamos. Tenía gemelos que crecían como la hierba y necesitaban mi guía y amor. Tenía a esta mujer, que era…

Mierda.

Me estaba cansando de mentir al respecto.

Amber no era una carga. Era la mujer a la que quería amar, si podía permitir que mi corazón se descongelara lo suficiente como para abrazar ese concepto por primera vez en mi vida.

—Nada —le dije mientras le acariciaba la cara y la acercaba para un beso—. No hay nada de lo que tengas que preocuparte.

Ella me devolvió el beso, pero cuando me miró, sentí el peso de sus preocupaciones y nerviosismo.

—Vamos. Ha sido un día largo. Deberíamos ir a la cama y tratar de dormir antes de que los gemelos nos despierten en medio de la noche.

—¿Estás seguro? —vaciló—. ¿Estás seguro de que no hay nada mal?

La besé en la frente nuevamente. —No hay nada de lo que tengas que preocuparte —repetí.

Mientras la levantaba para llevarla a mi habitación, omití lo que parecía estar implícito como la otra mitad no dicha.

No hay nada de lo que tengas que preocuparte —por ahora.

Dependiendo de los secretos que quisiera intentar ocultarme a mí y a mi familia… el tiempo diría quién necesitaría preocuparse por qué.

20

ÁMBAR

Los días siguientes a que Roman descubriera que tenía una identificación diferente no fueron tan tensos o incómodos como temía que pudieran ser.

No había duda de que sospechaba de mí, pero no me rechazaba ni actuaba de manera diferente hacia mí. No podía estar segura de lo que pensaba y si sus familiares o compañeros de trabajo estaban investigándome.

Si lo estaban, encontrarían mi conexión con William y, como mínimo, eso levantaría algunas preguntas. William Rossen era una figura importante en la sociedad. Dado lo ricos y prominentes que eran los Orlov, parecía demasiado probable que hubieran oído hablar de él, moviéndose en los mismos círculos.

No le hice a Roman más preguntas sobre los hombres que me seguían en el parque. Confié en él cuando dijo que lo estaba investigando. Contar ciegamente con él para que me mantuviera segura era un acto de fe, pero no tuve oportunidad de preguntarle nada. Ni siquiera de hablar con él.

Estaba ocupado con reuniones y en la oficina, tanto aquí como en otros lugares.

Los gemelos también ocupaban mi tiempo. Emily ya estaba saliéndole los dientes y Henry actuaba como si quisiera no solo superar a su hermana al sentarse por sí mismo, sino que también se balanceaba e intentaba arrastrarse de culo. No necesitaba que nadie me advirtiera cuánto más caótica sería la vida cuando empezaran a gatear. Recordé esos días en hogares de acogida. Los bebés móviles cambiaban todo por completo.

La razón principal por la que no pregunté—ni escuché—sobre sospechas acerca de mi pasado o los hombres del parque fue porque Esmeralda finalmente perdió su batalla contra el cáncer y otras enfermedades crónicas. Fue un momento grave para todos. Aunque no estaba cercana a ella, sentía pesar por la pérdida de los Orlov.

Sofia estaba comprensiblemente afectada, pero se había estado preparando para lo inevitable durante tanto tiempo.

El funeral se había planeado con antelación, y no parecía que hubiera muchos detalles por ajustar.

Vestí a los gemelos con ropa adecuada para el viaje a la pequeña iglesia donde los Orlov se reunirían para la ceremonia. Por lo que pude deducir, Sofia se había casado con la familia hace poco. Por eso resultaba aún más conmovedor y emotivo cómo *todos* se unieron para apoyarla en este momento de pérdida.

Roman se quedó junto a mí, sosteniendo a Henry, y yo me senté a su lado con Emily en mi regazo. Owen se portó bien, probablemente sobornado por Mikhail con un premio. Rose se durmió durante la mayor parte del acto, y Andre sostenía a Esme mientras Sofia pronunciaba un breve y emotivo elogio.

No parecía que hubiera nadie de la familia de Sofia allí, ni de su primo, pero no me correspondía preguntar. Sabía muy bien cómo era para las familias separarse, perderse y cambiar. Yo era un ejemplo vivo de eso—huérfana, adoptada y devuelta. Esas dos últimas cosas habían sucedido en repetidas ocasiones hasta que conocí a William.

No. Ni siquiera dejes que tu mente vaya ahí.

Respiré profundamente y me obligué a ignorar los recuerdos del hombre que había querido «adoptarme». Legalmente, lo había hecho. Sin embargo, tenía opiniones poco convencionales sobre lo que eso significaba.

Fruncí la nariz y luego respiré profundamente de nuevo.

Roman se inclinó hacia mí para susurrar durante una canción que cantaba un coro. —Creo que se ha hecho caca —susurró.

Rápidamente y sin hacer ruido, levanté a Emily para acercarme a oler su pañal. —No —susurré—. Ella lo ha hecho.

Él puso cara de asco, y comencé a intercambiar con él para poder llevar a Henry y cambiarle el pañal.

Antes de que pudiéramos cambiar a los gemelos en silencio, Henry soltó uno mojado en un verdadero momento de *aguántame la cerveza*.

Le lancé una mirada muerta a Roman, cuyos labios se torcieron como si estuviera luchando por no reírse. Nos detuvimos en medio del intercambio y suspiré.

—Me los llevo a los dos —susurré.

—¿Segura? —preguntó.

Me encogí de hombros. —No tiene sentido que los dos nos ocupemos de esto a la vez. —Levanté a Emily sobre mi cadera derecha y cogí a Henry con la izquierda.

Intentando no llamar la atención por la interrupción, me deslicé hacia el pasillo y lancé miradas de disculpa a todos mientras llevaba a los niños hacia atrás. Me detuve donde había dejado la bolsa de pañales en el pequeño guardarropa y luego los llevé al baño cerca del vestíbulo de la iglesia.

Un ujier hizo una mueca y movió la cabeza. —Solo hay un cubículo estrecho ahí dentro —susurró en la puerta del baño.

Claramente adivinó que necesitaba cambiar pañales con la bolsa que llevaba en la mano. Henry estiró la mano para agarrar la corbata del hombre, y yo contrarresté su movimiento.

—¿Hay algún lugar con un cambiador? —susurré en respuesta.

—Hay más espacio en la habitación de allá atrás. La usan para las bodas, para que las novias se preparen. Así que hay un lavabo y una encimera disponibles.

Le di las gracias y me desvié hacia la otra habitación.

—¡Puá, puá! —le dije a Henry mientras me ocupaba primero de su desastre. Emily se sentó en la misma encimera, golpeando con el pie a su hermano y sonriendo ante mi expresión tonta.

Henry simplemente sonrió.

—Sí, apuesto a que te sientes mejor, ¿verdad, cariño? —le abroché la ropa y lo bajé al suelo alfombrado para no preocuparme de que se moviera demasiado mientras limpiaba a su hermana.

Emily se estremeció cuando abrí su ropa para cambiarle el pañal. Justo cuando noté que empezaría a quejarse y a protestar, pasé un pañuelo por su cara para hacerle cosquillas. Cualquier cosa para distraerla. Cooperó durante unos tres segundos. Luego volvió a moverse, patear y actuar como si fuera a quejarse.

—Cucú-tras —le dije con una voz aguda y tonta, acompañada de una sonrisa graciosa.

Se calmó y se chupó los dedos mientras me sonreía.

—Cucú-tras —repetí mientras la limpiaba.

Miré hacia el suelo, donde Henry estaba golpeteando mi zapato.

—¡Cucú-tras! —le dije a Emily mientras le cerraba la ropa y terminaba la desagradable tarea.

Se portó bien hasta que la tuve en mis brazos, pero cuando tardé demasiado lavándome las manos mientras la sostenía sobre mi cadera, frunció el ceño y se quejó.

—¡Cucú-tras!

Volvió a sonreír. Me giré para ver dónde estaba Henry.

—Cucú-tras.

Aspiré con fuerza al darme cuenta de que un hombre lo había dicho. Una respuesta sarcástica y de tono profundo mientras se colaba en la habitación.

Mi corazón se saltó un latido y luego latió rápidamente. Él cerró la puerta lateral detrás de él, colocando una barra por dentro. Así de vieja era esta iglesia. Con nada más que una intención siniestra en sus ojos, sonrió burlonamente y cruzó la habitación hacia mí. Sucedió tan rápido que parecía surrealista. Como un pensamiento intrusivo que brotó en mi mente. Pero no lo era. Realmente estaba ahí, este extraño que se abalanzaba hacia Henry.

—¡No! —grité, acercándome más al niño. Me agaché para agarrarlo y sostenerlo cerca, aspiré profundamente y lo solté en el grito más fuerte que pude emitir. La ceremonia estaba terminando y concluyendo con esa última canción, pero todos estaban ahí fuera.

Retrocedí, girando hacia un lado mientras el hombre se lanzaba tras mí. Extendió las manos, gruñendo. —Dame a ese bastardo.

Volví a gritar, abrazando a los gemelos. Retrocedí tan rápido y mareada por la adrenalina que golpeé mi espalda contra la encimera donde había cambiado a los bebés. Usé la superficie como palanca para patear al hombre. Cualquier cosa por ganar más espacio mientras gritaba de nuevo.

—¡Roman!

El hombre se encogió al recibir mi patada en los testículos, pero no duró. —Cierra la puta boca. ¡Dame a ese bastardo!

Emily lloró, sin duda asustada por mi grito y por este hombre. Henry también gritó, con lágrimas rodando por sus mejillas.

El hombre me persiguió por la habitación, sacando una pistola y levantando el brazo mientras yo retrocedía hacia otra esquina.

—¡No! —giré, dándole la espalda para proteger a los bebés frente a mí. Se aferraron a mí. Los abracé fuertemente en mis brazos y rezaba para que, si una bala llegaba, solo me alcanzara a mí y salvara sus preciosas vidas que apenas habían comenzado.

Se oyó un disparo, pero no sentí dolor. Me tensioné, una reacción instintiva, y apreté más los ojos.

—¡Amber!

Roman.

Sonó como si un ariete estuviera golpeando la puerta.

—¡Retrocede! —gritó desde fuera de la habitación.

El hombre se abalanzó sobre mí, torciendo mi brazo y casi haciendo que soltara a Henry, que lloraba tan fuerte que me zumbaban los oídos.

—¡No! —mantuve a Henry y usé el impulso contra el hombre. Empujé mi hombro contra él mientras protegía a Henry y Emily, empujándolo hacia atrás.

Fue entonces cuando me di cuenta de que lo había visto antes.

Lo reconocí de cerca.

Es uno de ellos.

Tragué saliva, desesperada por entender la conexión.

Había visto a este hombre antes, a este imbécil intentando secuestrar a los bebés. Lo había visto en la mansión. Era uno de los matones que venían con los amigos de William. No los tipos desaliñados, sino los hombres de negocios con trajes.

Un matón. Un mercenario. Un matón a sueldo.

Cayó en la silla a un lado, pero no se sentó del todo.

Sin embargo, ya no importaba. Roman había seguido disparando a la puerta, abriéndola a golpes.

Retrocedí, sosteniendo a los gemelos y agachándome cerca de la pared para mantenerme fuera del camino mientras su padre entraba.

Destrozó la puerta mientras esta se abría violentamente hacia la pared. Pedazos de madera colgaban torcidos cuando entró, con el arma en alto y el rostro furioso.

Lorne lo siguió. Andre y Sergei también. Los guardias estaban con ellos. Como la caballería, inundaron la habitación.

Mi espalda chocó contra la pared, e intenté permanecer pegada allí, fuera del alcance de la violencia.

Una, dos, tres veces.

Roman disparó al hombre.

Salté, sobresaltándome por el estruendo. Bajé la cabeza intentando presionar las cabezas de los bebés contra mi pecho para tapar al menos uno de sus oídos de los fuertes estampidos, para protegerlos del ruido.

Gritaron.

Lloraron.

Se sacudieron y se acurrucaron contra mí, tan aterrorizados.

El hombre cayó. Lorne y Sergei se acercaron a mí, como para protegerme mientras escudriñaban el resto de la habitación en busca de una amenaza. Incluso con ellos bloqueándome de los disparos, vi al hombre caer al suelo, la sangre derramándose de los múltiples balazos que Roman le había dado sin pensarlo dos veces.

Mi pecho se agitaba. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. Presenciar una muerte tan violenta me dejó atónita, pero fue la náusea enfermiza de tener a los gemelos cerca del peligro lo que me hizo querer desmayarme.

Los guardias se dispersaron, demostrando que la habitación estaba vacía. Mikhail ordenó que más rodearan el edificio mientras él entraba en la habitación. Los hombres salieron corriendo por la vieja puerta por la que el hombre había entrado.

Aun así, los gemelos seguían gritando y llorando.

Roman cruzó la habitación, pisando al hombre al que había disparado. Sin demora alguna, fijó su mirada en mí y se acercó. Guardó su arma en una funda—una que ni siquiera sabía que llevaba —y extendió la mano hacia mí. Me desplomé contra la pared, intentando respirar a través del shock y el miedo.

—Shh —dijo, su rostro grave mientras cogía a Emily y la acunaba cerca de él. Libre para sostener a Henry, lo apreté fuertemente contra mi pecho y me balanceé ligeramente para intentar calmarlo.

—¿Están… —Claire se abrió paso entre la multitud— ¿Están…?

Negué con la cabeza, sabiendo que había oído disparos y bebés llorando. Por supuesto, se preocuparía de que estuvieran heridos. — Están asustados. Eso es todo.

Ella frunció el ceño y apoyó su mano en la espalda de Emily mientras Roman la calmaba, sosteniéndola y balanceándose suavemente de un lado a otro, casi como yo hacía con Henry.

Todavía no me quitaba los ojos de encima. Un vínculo indescriptible se estableció entre nosotros. Este chequeo mutuo. Este reconocimiento silencioso de evaluar si el otro necesitaba algo.

Acababa de matar a un hombre.

Entró aquí y administró justicia como él creía conveniente.

Brutal, letalmente, y sin vacilar, había matado por nosotros.

Me esforcé por tragar, deseando dejar de temblar. Mientras los gemelos seguían llorando, respirando con dificultad por lo fuerte que gritaban, Roman se acercó más a mí mientras cambiaba a Emily hacia la izquierda. Anticipé su abrazo.

Lo necesitaba.

Lo anhelaba solo para poder dejar de temblar y respirar más tranquila y lentamente, y reducir el ritmo de mi corazón. Moviendo a Emily hacia la derecha, extendí mi brazo hacia Roman.

Mi protector.

Nos abrazamos, los gemelos entre nosotros. Al estar más juntos, también se calmaban más rápido, como si supieran que su hermano estaba allí y que todo estaría bien.

—Acababa de entrar por esa puerta lateral y… y…

Me besó la frente. —Se acabó. Todo está bien.

Me forcé a tragar de nuevo. —Quería llevarse a los gemelos. Intentó agarrar a Henry.

Descansó su frente en la mía. —Ahora está bien.

Pero no lo estaba. En el fondo de mi estómago, me embargaba la culpa. El terror. Darme cuenta de que alguien del mundo de William venía a secuestrar a estos bebés era la materialización de mis peores miedos.

Si yo era la razón por la que sabían de estos bebés inocentes, nunca, jamás me perdonaría por haber llevado el peligro a la casa de Roman.

Cerré los ojos y respiré su olor familiar, intentando tomar esta pesadilla segundo a segundo. Paso a paso.

Nadie resultó herido.

Nadie fue secuestrado.

Todos estábamos vivos y juntos.

Porque una vez que todo se calmara de nuevo, tendría que explicar que reconocía al hombre muerto en el suelo. Que lo conocía de los horribles años que pasé como «hija» de William.

Y que bien podría haber enviado a este hombre aquí para tentarme a volver a «casa».

21

ROMAN

—Adelante —me dijo Lorne.

No retrocedí ante Amber al escuchar la voz de mi asistente.

—Lo manejaremos aquí.

Asentí, sin dar un paso atrás.

No era suficiente. No la había abrazado lo suficiente como para calmar el horror absoluto que me invadía. Para el resto de mi vida, estaría marcado por el sonido del grito de Amber. El puro terror en él. La furia feroz en él. Y la urgencia indescriptible que hizo que mi corazón se acelerara y tartamudeara ante la posibilidad de perderla.

Ella había gritado pidiendo ayuda, por mí, y yo había acudido a su rescate. Tal y como le prometí que lo haría. Todas esas veces que le dije que estaría a salvo, que ella—junto con mi hijo y mi hija, que confié a su cuidado—nunca serían dañados mientras yo tuviera algo que decir o hacer al respecto.

Los segundos que transcurrieron entre sus gritos ensordecedores y el momento en que disparé y derribé la puerta fueron el pasaje de tiempo más tenso y desgarrador de mi vida.

El miedo de que estuviera herida.

La furia de que alguien hubiera intentado meterse con ella.

El temor de que mis hijos estuvieran—

No. Para.

Emily y Henry estaban bien. Asustados, pero vivos y sin heridas. Se calmaron, acurrucados entre Amber y yo mientras nos manteníamos juntos buscando el consuelo básico de aferrarnos el uno al otro. Como una unidad cohesiva, recuperamos el aliento y dejamos que el tiempo pasara.

—¿Roman? —preguntó Lorne.

Entonces retrocedí, sabiendo que él quería protegerlos. Alejar a Amber del cadáver. Sacar a los niños de esta habitación donde habían sido amenazados.

Con el brazo rodeando a Amber y aún sosteniendo a Emily, me giré un poco. Encontré la mirada severa de Lorne. Un leve gesto de su barbilla fue todo el reconocimiento que necesité para la pregunta que no podía hacer frente a Amber.

Él se encargará del cuerpo.

Investigarán sobre él, averiguarán quién coño era.

Todos se unirán para abordar esta última transgresión mientras yo ayudaba a Amber a llevar a los gemelos a casa.

Le devolví el gesto y capté el ceño fruncido de Sergei, que estaba detrás de él.

También me hizo un gesto de asentimiento, dándome otra respuesta silenciosa de que él estaría allí para tomar el mando.

—Venga —le dije a Amber—. Salgamos de aquí.

No protestó. No intentó mirar más allá de mí para echar un vistazo al cuerpo del hombre que había atacado e intentado secuestrar a mi hijo. A mi hija. Quizás también a Amber.

Cuanto más la alejaba de la habitación, más calmado debería haberme sentido. Pero eso no cambiaba la profunda y posesiva rabia que me invadía. Hinchaba mi corazón y hacía que mi cabeza martilleara al ritmo de mi pulso. Había eliminado la amenaza, pero la adrenalina aún corría por mis venas, alimentando mi ira.

Nadie nos habló mientras la sacaba de la iglesia. La mayoría de los invitados ya se habían ido mientras Amber cambiaba los pañales. Yo había estado esperando en el banco para que Sofia y Andre pagaran sus últimos respetos al féretro de Esmeralda antes de levantarme. Andre me había pasado a Esme mientras subía allí con su esposa. Pero en cuanto los gritos cesaron y me levanté de un salto, le entregué al bebé a Renee, la criada que mimaba a Sofia, y corrí a ayudar a *mis* bebés, a mi mujer.

Amber no habló en el asiento trasero del coche. Durante todo el trayecto a casa, permanecimos aturdidos y en silencio. Aunque nunca comprometí la seguridad de mis hijos y Amber tampoco lo hizo, no los sujetamos en sus portabebés como de costumbre. El conductor avanzó lentamente, con cuidado. Con sus pequeños cuerpos relajados y apoyados en nuestros pechos, parecía mejor darles un poco de consuelo después de ese trauma.

Antes de llegar a casa, mi teléfono vibró.

Sin duda estaría iluminándose y pitando como loco mientras los demás manejaban la situación, encargándose de la limpieza y comenzando la investigación.

Lo cogí y hojeé lo que Sergei ya me había enviado. Esta furia difusa no era sostenible, y pensé que obtener toda la información posible podría evitar que estallara.

Sergei: **Tenía identificación encima.**

Sergei: **Está en nuestra base de datos, asociado por última vez con los Popov como uno de sus manejadores de activos.**

Joder. Deseé que estuviera vivo de nuevo para poder matarlo otra vez, con menos clemencia.

Sergei: **Actúa como contratista independiente.**

Sergei: **Pero hasta ahora estamos tratando esto como un acto del propio Niko Popov.**

Devolví mi teléfono al bolsillo sin molestar a Emily, que dormía sobre mi pecho. Amber me miró, con una preocupación intensa y aprensión en sus ojos.

Negué con la cabeza y luego le cogí la barbilla para acercarla más. Besé la parte superior de su cabeza, necesitando incluso ese leve contacto para calmar mi alma.

No me preguntó nada, tal vez demasiado afectada para hablar.

No protestó ni indicó qué le gustaría hacer cuando llegáramos a casa, tal vez demasiado agotada por las subidas y bajadas de la montaña rusa emocional.

Sin necesidad de discutirlo, nos centramos en los gemelos. Emily y Henry durmieron un poco, pero cuando se despertaron, estaban más agitados. Como si las pesadillas aún no se hubieran ido.

Después de mecerlos, abrazarlos y alimentarlos, y luego pasear un rato más con ellos, me pregunté si dormirían algo esta noche.

—Leí que los bebés no forman recuerdos a largo plazo hasta que sus cerebros están más desarrollados —dijo Amber de repente mientras trabajábamos juntos para bañarlos horas más tarde—. Así que espero… —Frunció el ceño, pareciendo devastada de que hubieran sufrido un susto así.

Yo asentí. —También leí eso.

Eso fue todo lo que compartimos como reacción al incidente en el funeral.

Una vez que colocamos a los gemelos en sus cunas portátiles que estaban en mi habitación, me aparté y los miré durante un largo momento. Atesorándolos. Sintiendo una profunda gratitud de que fueran míos.

Amber se acercó por detrás y puso su mano en mi espalda.

Sintiendo su presencia, me dejé hundir en la necesidad de *ella* ahora. Cuidar a los bebés y calmarlos y dejarlos cómodos para la noche era la primera prioridad. Pero durante toda la tarde, luché con esta ira creciente de que también podría haberla perdido a *ella*.

—¿Roman?

Me giré, acercándola con mi brazo alrededor de su cintura delgada. Suaves notas del jabón de bebé venían de ella, el olor a limpieza y frescura de haber bañado a los gemelos. Pero cuando me incliné y sujeté su barbilla, disfruté su olor. Su leve perfume. Su champú.

Era su sabor lo que buscaba, así que aplasté mi boca contra la suya de inmediato.

Su grito ahogado fue demasiado silencioso para despertar a los bebés, pero la llevé de vuelta por la habitación de todos modos. Ella no luchó. No protestó. Moviéndose conmigo, se agarró a la parte delantera de mi camisa para mantener el equilibrio.

—Yo…

La besé de nuevo, más hambriento. Si quería hablar, tendría que esperar. Tenía que ser secundario.

Porque con esta ira contenida que solo se atenuaba con este abrumador alivio de que ella estaba aquí, viva y conmigo después de proteger a mis hijos, solo podía sentirla a ella.

Solo tenía la energía y la estabilidad mental para consumir toda la bondad que ella podía alimentar en mi alma.

Cuando rompí el beso, ambos jadeando por aire, ella buscó mi rostro sin decir nada.

—Necesito… —Sacudí la cabeza, intentando no sonar como un salvaje idiota—. Te necesito.

Ella me besó con ternura, y eso casi me rompió.

—Necesito sentirte. Abrazarte.

Ella se dejó llevar, besándome de vuelta con impaciencia mientras buscábamos las prendas del otro.

—Necesito sentirte a *ti*, Amber. A ti completa. Saber que estás realmente aquí. Y a salvo. Que estás aquí y conmigo—

Ella presionó las yemas de sus dedos contra mis labios mientras yo le quitaba el vestido. Al salir de él, usó su mano libre para quitarme los pantalones.

Deslizando sus dedos de mi boca, reemplazó el tacto con sus labios. Aferrándose a mí con los brazos alrededor de mi cuerpo, me dio acceso para bajarle las bragas y desabrocharle el sujetador.

Estábamos en sintonía, esta carrera por desnudarnos y buscar esa conexión espiritual que chispeaba y humeaba cuando nos uníamos.

Después del infierno de aquel intento de secuestro, necesitaba el cielo de tenerla envuelta a mi alrededor y absorbiéndome tan profundo.

Para cuando nos quitamos toda la ropa, habíamos superado la necesidad de preliminares. Sus pezones presionaban contra mi pecho, yemas duras que debían doler. Mi polla era una barra de acero, apuntando a su vientre con líquido preseminal saliendo de la punta. Y cuando la tumbé en la cama, apoyando mi peso sobre ella, abrió las piernas para darme la bienvenida.

La olí. El dulce y ácido aroma de su excitación mientras dirigía mi polla hacia su entrada.

La escuché. Esos suaves gemidos de necesidad que intentaba silenciar mientras comenzaba a llenarla, retirándome con breves tirones hasta que estaba completamente dentro.

La probé. Esa ardiente felicidad de su lengua enredándose con la mía mientras esperaba, hasta las pelotas en su apretado coño.

Luego, al deslizarme fuera y empujar de nuevo hasta el fondo de su húmeda vagina, la *sentí*.

La sumisión. La necesidad. El abrazo y la confianza de que podíamos buscar un alivio así el uno en el otro.

Ella enganchó sus piernas alrededor de mi cintura y siguió el ritmo acelerado que establecí. Envolví mis brazos alrededor de ella para asegurarla contra mí mientras ella se arqueba hacia mí.

Esto era saber que estábamos vivos. A salvo. Y juntos. Una reconexión puramente física para ahuyentar toda la fealdad de lo que había ocurrido antes —lo que podría haber ocurrido antes.

La próxima vez, podríamos ir despacio.

En ese momento, mientras la follaba fuerte y rápido hasta que las primeras olas de su orgasmo la alcanzaron, necesitaba perderme en la perfección de esta unión que habíamos encontrado.

Sus muslos temblaron mientras jadeaba, rompiendo nuestro beso al llegar al clímax. Solo para tomar aire y mirarme como si nunca me fuera a soltar.

No lo hagas.

No lo hagas, Amber.

Quédate así.

Conmigo.

Apreté los dientes mientras perdía el control, eyaculando profundamente dentro de ella. Sintiéndola aún llegar al clímax, bajé la cabeza para descansar contra la suya y la besé con ternura mientras ella me extraía hasta la última gota, apretando mi polla y exprimiéndome por completo.

Solo así pude relajarme por fin. Profundamente dentro de ella. Húmedo con su excitación cubriendo mi piel donde estábamos unidos. Sus suaves pechos amortiguando mi pecho mientras la sujetaba contra el colchón. Y el constante consuelo de su corazón latiendo debajo del mío.

Casi como burlándose de cómo el mío se sincronizaba con el suyo, a través de lo bueno y lo malo, como lo que habíamos vivido ese día.

22

ÁMBAR

Los gemelos se despertaron en mitad de la noche, uno tras otro.

Primero, Emily me sacó del sueño profundo en el que había caído después de que Roman y yo nos ducháramos y nos metiéramos en la cama.

Me había necesitado con tanta desesperación. Los moretones en mi cuerpo demostraban lo intensamente que me había amado, y yo no me planteé contenerme ni un instante.

Yo había querido hablar, pero él había querido *sentir*. Tras el horror vivido en la iglesia, no podía reprocharle esa desesperación por reconectar y recordarnos que estábamos vivos y juntos.

Así que, cuando oí a Emily quejarse, él siguió durmiendo, agotado y hecho polvo.

Una vez la calmé y la puse de nuevo en su cuna en lugar de en mis brazos, fue el turno de Henry. Roman seguía durmiendo.

Después de poner a Henry en su cuna, probablemente conseguí dormir unas horas más. Pero de nuevo—antes de que quisiera

pensar en levantarme y enfrentar el día—comenzaron a quejarse y protestar en sus cunas.

No quería despertar a Roman, y me di cuenta de que los gemelos probablemente se calmarían más rápido si estaban juntos. No era una experta, pero sospechaba que a veces, el vínculo gemelar era todo lo que necesitaban. Quizás era una forma infantil de calmarse. O tal vez todo estaba en mi cabeza.

Pero en cuanto los cogí de las cunas y los besé, susurrándoles para calmarlos, mejoraron. Los coloqué uno al lado del otro en medio de la cama. Roman y yo nunca quisimos arriesgarnos a dejarlos dormir en la cama cuando estábamos seguros de quedarnos dormidos. El miedo a que se sofocaran o cayeran rodando era demasiado peligroso como para permitirlo.

Yo, en cambio, estaba completamente despierta, sabiendo que no sería capaz de volver a dormirme fácilmente ahora. Con el sol brillando y la luz entrando por la rendija de la cortina, mi "reloj" se activó. Claro, estaba cansada por haberme levantado en mitad de la noche, pero físicamente estaba acostumbrada a eso como cuidadora de bebés. Y sí, seguía tensa y al límite tras el intento de secuestro de ayer, pero el duro polvo de Roman me había relajado.

Roman yacía de lado, con los ojos cerrados y su pecho subiendo y bajando rítmicamente mientras seguía durmiendo. Emily y Henry estaban tumbados de espaldas en medio de la enorme cama king-size, acurrucados contra mí mientras yo estaba de lado frente a ellos. Acariciar la barriguita de Emily con los dedos la calmaba. Henry estaba ahí, mirando a su hermana y dando golpecitos a la cremallera que recorría el lateral del pijama de su pierna.

Con cuidado de no despertar a Roman, suspiré y los observé, maravillándome de que estuvieran bien. El regalo de tener hijos sanos era demasiado precioso como para darlo por sentado. Lo sabía mejor que nadie, por mis años en el sistema.

En la tranquila quietud de la mañana, apoyé la cabeza en mi mano, con el codo sobre la almohada, mientras abrazaba la gratitud de que se hubieran librado de ser disparados o secuestrados.

Nunca habría podido vivir conmigo misma si les hubiera pasado algo. Si aquel hombre siniestro se los hubiera llevado.

Especialmente…

Me encogí, desconectándome mientras recordaba aquel destello de reconocimiento que se había apoderado de mí ayer. El hombre que se había colado en aquella habitación donde estaba con los gemelos se parecía a uno de los matones que solían estar con los amigos de William. Había habido tantos a lo largo de los años. Tantos depredadores repulsivos que habían acudido a cenas y fiestas. Yo lo evitaba todo, escondiéndome casi exclusivamente en mi habitación. Pero los oía. Los veía de refilón.

¿Era él, sin embargo?

¿Era aquel hombre uno de los asociados de William?

Ahora, a la luz de un nuevo día, no podía estar completamente segura de lo que pensaba. Había estado tan asustada, tan histérica, y funcionando solo con emociones ante la necesidad de defender a los bebés. Pensar con claridad en un momento cargado de adrenalina como aquel no era factible.

¿Pero y si lo era?

¿Y si aquel hombre era uno de los amigos de William?

¿Significa eso que sabía que yo *estaba allí? ¿Y que estaría con los gemelos?*

¿O es al revés? ¿Había ido allí para llevárselos y se topó conmigo?

Otro escalofrío me recorrió el rostro mientras debatía cuál era la opción más probable.

Estaba allí por los bebés. Exigió que le entregara a Henry. No vino por mí*, sino por Henry.*

Miré al dulce bebé, intentando contener la ira que surgía al pensar que le pudiera pasar algo. Era inocente. Solo un bebé, y no merecía tener ninguna parte en la violencia.

Por eso luchaba con la posibilidad de que *yo* pudiera ser un eslabón que trajera peligro a ellos.

Pero no sé cómo. No salgo mucho. Y cuando lo hago, Lorne y los guardias están conmigo.

Me burlé levemente, descartando esa idea. No importaba. William era tan rico y poderoso que podía permitirse tener ojos y oídos en todas partes. En la calle e incluso en oficinas.

Roman suspiró, moviéndose ligeramente mientras dormía. Sus ojos no se abrieron, y seguía en paz.

Dirigí mi atención hacia él, admirando las líneas rudas y delgadas de su rostro. La extensión de músculos y la piel tensa de su pecho. Incluso en reposo, parecía una fuerza de la naturaleza. Más grande que la vida misma.

Y con él, me sentía segura. Protegida. Lo demostró ayer de una manera tan espeluznante que deseaba que no hubiera ocurrido.

No dudó en acudir a mí después de que gritara pidiendo ayuda. No vaciló en matar a aquel hombre, eliminando la amenaza para los gemelos o para mí.

No sé qué haría sin ti.

Lo miré fijamente, deseando que lo supiera sin duda alguna. Se había convertido en mi salvador, no solo en mi jefe. Era la fuente de mis sonrisas, no solo de mis orgasmos.

En su cama, con sus gemelos, me sentía como en casa. Por primera vez en mi vida, estar con él y estos adorables bebés me mostró un

atisbo de paz e inclusión que nunca antes había sentido.

Incluso si su mundo estaba empapado de sangre.

Fruncí el ceño al recordar lo despiadado que era.

No solo él…

Todos ellos. Sergei, Lorne, Andre y todos los guardias. Mikhail también.

Las imágenes de la iglesia se repetían en mi mente, y cada vez que el ciclo de violencia pasaba como una película, no podía sacudirme la sensación de que no era *solo* un empresario. No estaba *solo* en las industrias de inversión y consultoría como había afirmado vagamente.

Ninguno de ellos hablaba nunca de lo que hacían, de lo que realmente ocurría en un supuesto día de trabajo.

Pero suficientes pistas iban encajando, resolviendo más del rompecabezas.

Eran ricos, cuidadosos, con guardias que estaban todos armados. Tenían un sentido de la ilegalidad en la forma en que sus primeros pensamientos nunca se dirigían a llamar al 911 en una emergencia.

Los Orlov parecían como si estuvieran… en la mafia.

Creo que ya no puedo negarlo más.

Durante los últimos meses, había descartado esas ideas, que Roman perteneciera a una familia mafiosa. Que Sergei y Andre fueran lugartenientes de algún tipo.

La primera vez que me vino a la mente ese pensamiento, lo deseché. Pequeñas cosas se iban sumando aquí y allá, pero no podía preguntar. Estaba muerta de miedo incluso de pensarlo.

Porque era demasiado similar a lo que sospechaba cuando vivía con William. Sus amigos estaban en la mafia. No sabía nombres—no

quería saber ningún nombre—, pero no había duda en mi mente de que William financiaba a mafiosos. Que estaba dando, organizando o aceptando sobornos. Y manejando dinero sucio.

No puedo tener tan mala suerte, sin embargo.

Temía la posibilidad de haber escapado de una conexión con mafiosos solo para terminar en las garras de *otro* mafioso.

Emily agarró mi dedo y lo agitó, sacándome de mis pensamientos.

—Hola, cariño —le susurré—. ¿Lista para levantarte?

Incluso si no lo estaba, ya había tenido suficiente de rumiar y preocuparme, de preguntarme y dudar.

Si estaba demasiado asustada para preguntarle a Roman qué, exactamente, hacía o de qué era capaz su familia, entonces no tendría a nadie más a quien culpar por mi desconocimiento. La ignorancia era una bendición, pero si me estaba metiendo en medio de familias mafiosas, parecía que el resultado más sabio para todos sería que me apartara de esta situación y me fuera.

Pero no puedo. Me levanté y alcé a los gemelos de la cama. Ellos también estaban inquietos de tanto estar tumbados.

No podía imaginar dejarlos. Besé la parte superior de sus cabezas mientras los llevaba fuera de la habitación. Se habían convertido en algo mucho más que un trabajo.

Me detuve en la puerta y miré hacia atrás a Roman para asegurarme de que seguía durmiendo y descansando. Lo estaba.

Lo mismo va para ti.

Roman se había convertido en algo mucho más que mi empleador.

Era aquel a quien corría, aquel a quien quería amar libremente, y por eso no podía confesarle los secretos de mi pasado que harían que no quisiera tener nada que ver conmigo.

23

ROMAN

Amber ya estaba despierta con los gemelos cuando yo me levanté. Una profunda sensación de tranquilidad recorrió mi cuerpo mientras me dirigía al baño para ducharme. Quizás me había quedado dormido más de la cuenta para sentirme tan pesado. Una buena pesadez, pero demasiado desmadejado.

Eso demostraba lo duro que había trabajado para conseguir que Amber viniera anoche. Un polvo intenso y brutal.

La había dejado adormilada y relajada, y yo me había esforzado demasiado con una necesidad rabiosa de follarla como nunca antes había necesitado llenar a una mujer.

Pero ella tampoco me había despertado durante la noche. Era un durmiente ligero, o me había convertido en uno después de que los gemelos llegaran a mi vida. Ni una sola vez me despertaron los gemelos, y después del susto en la iglesia, se daba por hecho que dormirían inquietos.

Debió de apresurarse a atenderlos para que yo pudiera descansar. Fue un gesto dulce. Pero así era ella. Demasiado generosa. Demasiado ansiosa por ayudar, como si fuera una complaciente nata que florecía con la aprobación.

Sin embargo, nunca esperé que se ocupara ella sola de todos los líos nocturnos o de las tomas. Éramos un equipo, y quería que los gemelos supieran siempre que podían contar conmigo para consolarles también. No había contratado una niñera para que me reemplazara.

Mientras caminaba hacia el baño, la escuché en el salón. El sonido de sus ruidos tontos y las risas de los bebés me llegaron a través de la puerta entreabierta.

Sonreí ligeramente al ver que estaban de buen humor, esperando que Emily y Henry simplemente superaran el incidente de su casi secuestro. Sería una bendición que no recordaran los gritos. El hombre intentando llevárselos. Los disparos.

Aunque no me hacía ilusión enfrentarme a las inevitables preguntas que Amber tendría para mí —preguntas sobre lo que había pasado y lo que pasaría después— quería estar cerca de ella. Para asegurarme de que estaba llevándolo bien, aparte de cómo se había relajado anoche envuelta alrededor de mi polla.

Mientras me lavaba, solo para despertarme más, recordé todas las preguntas y misterios que no cuadraban.

Como cómo ese hombre entró en esa habitación de la iglesia a pesar de la seguridad alrededor del edificio. Era viejo, y menos seguro con esas puertas extrañas por todas partes, pero eso no era excusa.

Claro, era del conocimiento público que habíamos estado en la iglesia. No era como si fuéramos completamente disfrazados. Pero las puertas *estaban* cerradas. Había guardias *posicionados* alrededor del edificio.

Quizás uno de los guardias posicionados allí recibió un disparo.

Me estremecí al pensar que no había averiguado si alguien había muerto. Ese era mi asunto, porque siempre me había importado mis compañeros de armas y nunca quería escuchar que habíamos perdido a uno. Nunca quería escuchar la mala noticia de que uno de

los nuestros había muerto. Pero ocurría. Este mundo en el que vivíamos no era todo sol y alegría —aunque estar aquí con los gemelos y Amber me hiciera sentir que podría serlo.

Solté un suspiro profundo al cerrar el agua y salir.

Muchas conversaciones me esperarían hoy. Y eso era razón de más para empezar el día —todo para poder volver aquí de nuevo.

Me vestí y salí de mi habitación, caminando hacia el salón para ver que Amber no estaba sola. Andre estaba sentado con Emily en su regazo. Ella fruncía el ceño hacia él y parecía escéptica. Claire estaba junto a Amber con Henry en el suelo, y parecía que estaban celebrando cómo estaba sentándose solo y mostrando señales de querer gatear.

—Buenos días —dijo Mikhail, que también estaba allí, apoyando su cadera en la encimera.

—Buenos días —contesté, buscando la mirada de Amber, siempre buscándola en esa necesidad innata de marcar dónde estaba ella en mi vida—. Parece que llego tarde a una fiesta.

—¡Mira! Mira, Roman —exclamó Amber, su voz llena de entusiasmo mientras señalaba a Henry intentando gatear.

—¿No es demasiado pronto para eso? —pregunté, agachándome para verlo.

Él sonrió, una gran sonrisa babosa mientras intentaba balancearse sobre sus manos y rodillas.

Antes de que pudiera hacer algún movimiento real, se desplomó, aplastando su cara contra la manta en la alfombra. Rodó con ella, riéndose.

—Vale, quizás todavía no está listo —dije con una risita, dándole palmaditas en la barriga mientras rodaba y pateaba las piernas en el aire.

Amber me sonrió. —Estoy emocionada y asustada por cuando empiecen a moverse.

—Oh, aún hay tiempo —dijo Claire mientras animaba a Henry a rodar hacia ella.

Me levanté y me enfrenté a mi tío.

—Vinimos a hablar. —El tío Mikhail se levantó, sin esperar formalidades ni cortesías. Lo tomé como una mala señal mientras lo seguía hacia mi oficina. Andre se nos unió, dejando a Claire con Amber.

Tan pronto como la puerta se cerró, me senté en mi escritorio y levanté las cejas. —¿Qué tenéis? —Tenían que estar aquí para hablar del incidente en la iglesia. El hecho de que eso hubiera sucedido ya era una mala noticia.

—Sergei hizo que algunos hombres lo identificaran —dijo Andre—. Era un contratista que ayudó a varias familias a conseguir chicas para vender.

Apreté los dientes. Nunca habíamos centrado realmente nuestro negocio en la trata de mujeres para obtener ingresos. La prostitución era otro asunto, pero bajo el liderazgo del tío Mikhail, no vendíamos mujeres. Desde que conoció a Claire, redujo aún más lo de las prostitutas, metiéndose en otros negocios, como en los legales de los que yo me encargaba. Como el hotel. Quizás algunos lo verían como volverse demasiado blando, pero seguía siendo el poderoso Pakhan. Todavía una leyenda en la ciudad.

Ahora que yo tenía mi propia hija, aunque, ya no podía soportar la idea de que niñas fueran secuestradas o vendidas, tampoco.

—Mencionó que estuvo afiliado por última vez con los Popov —dije, recordando lo que me contó mi hermano ayer de camino a casa desde la iglesia.

Andre asintió.

—Así que esto podría ser un ataque de Niko Popov —aventuré con ironía.

Ese estúpido hijo de puta siempre iba a ser una molestia para nosotros. Niko Popov siempre querría nuestro éxito y trataría de atacarnos de cualquier manera posible.

—Pero hay otra conexión con los Popov —dijo Andre mientras sacaba una impresión del bolsillo interior de su chaqueta.

Cogí la hoja de papel y la revisé. Era otra copia ampliada del carné de conducir de Amber. *No. Espera.* Esto era un documento de identidad estatal, ya que aquí era solo una adolescente. Era menor de edad cuando se tomó esta foto.

Se usó otro nombre, y juré que me sonaba familiar.

—¿Rossen? —pregunté, leyéndolo de nuevo y mirando a ambos—. He oído ese nombre antes.

—Como en William Rossen el Segundo. —El tío Mikhail frunció el ceño al decirlo—. Es un banquero que no ha ocultado que es buen amigo de Niko y otros Popov.

Mierda.

Eso era.

Ya podía ubicar el nombre.

Hicimos nuestro negocio saber siempre quién trabajaba con qué enemigo, para poder evitarlos o usarlos como medio para espiar.

—William Rossen —dije, asintiendo lentamente. Si mi vaga memoria no me falla, era un hombre mayor, hinchado, que no podía ocultar las canas en su cabeza ni la barriga sobre su cinturón.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con Amber? —Dejé caer el papel—. ¿Y por qué tiene tantos nombres?

Andre sacó otro papel, esta vez un acuerdo de adopción. Lo hojeé y me alegré de que él me lo explicara mientras lo leía.

—William Rossen la adoptó. Parece que no tomó legalmente su nombre cuando se convirtió en su hija, ¿no al principio? Pero intentó cambiar su nombre y evitarlo recientemente, según el documento que usó para ser contratada a través de la agencia que envió a las candidatas para niñeras. Esa es la secuencia más lógica que podemos deducir de esto.

—¿Es la hija de William Rossen? —fruncí el ceño.

Esto se estaba complicando demasiado rápido. —Le pregunté sobre tener una identificación alternativa y no quiso decir mucho. No quería presionarla. —En el fondo, estaba desesperado por que ella *quisiera* sincerarse y contarme sus secretos. Era otra forma de ganársela, como cuando confiaría en mí con más que solo su cuerpo —. Tuve la impresión, de nuevo, de que estaba asustada.

—Como si estuviera huyendo de algo. O de alguien —dijo Andre, continuando por mí. Asintió, familiarizado con cómo había mencionado mis sospechas al principio.

—Se está volviendo un poco enrevesado que pudiera estar huyendo de William Rossen cuando tiene a los Popov en su bolsillo. —El tío Mikhail me miró fijamente. Como si estuviera invitando a más problemas de los Popov.

—¿Huyendo de William? —Me reí incrédulo—. No es menor de edad. No es una niña. Aunque la adoptó cuando era menor, ahora es adulta y no puede ser mantenida como un animal en una jaula.

El tío Mikhail levantó las manos. —Aquí hay algún tipo de conexión. Un secreto sobre su vida, su pasado.

Bajé la cabeza, incapaz de negarlo. Llevaba semanas carcomiéndome la idea de que siempre parecía haber algo oculto bajo la superficie con ella. Algo en lo que no confiaría en mí, y eso dolía. Quería que confiara en mí por completo. Porque encajaba,

pertenecía. Y no podía permitir que una mujer tuviera un papel tan profundo y serio en mi vida si no podía confiar en ella.

—Y mi prioridad es mantener a mi familia a salvo... —añadió con gravedad.

Andre se quedó en silencio, observándome.

—Lo sé. Pero... —me levanté y comencé a caminar—. No. No puedes estar insinuando que ella es un riesgo para nosotros.

Una vez que las palabras salieron de mis labios, me di cuenta de lo estúpido que sonaba. De lo desesperado que estaba por que no la vieran como una intrusa o una amenaza cuando ya estaba muy dentro de mi vida y de mi hogar. —Ella protegió a mis hijos, estuvo dispuesta a recibir una bala por ellos.

No era solo eso. Era cuánto significaba para mí a pesar de mis mejores intenciones de mantenerme desconectado. Amber no podía ser vista como prescindible. Tenía que quedarse aquí, conmigo, con mis hijos, porque así de profunda era mi obsesión por ella.

Que se joda todo.

Molesto conmigo mismo, intenté ignorar este reconocimiento personal de cómo había fallado. De cómo había metido la pata al acostarme con mi niñera y quererla. Nunca debería haber ido por ella. No debería haberla visto como alguien al alcance de mi mano, más allá de la joven que había contratado para ayudarme con los gemelos que nunca había esperado tener así, sin su madre.

—Es *mi* prioridad mantener a la familia a salvo —dijo el tío Mikhail con firmeza—. Eso incluye a ti. Y a los gemelos. *Y* a Amber si estás pensando en que sea una presencia permanente en la vida de los gemelos.

Exhalé un alivio tenso. Por la forma en que lo había expresado, no parecía que estuviera intentando que me deshiciera de ella por un posible giro o complicación por parte de los Popov.

—Por eso deberíamos investigar esto —dijo Andre, levantando las cejas—. Creemos que podría ayudar si hablamos con ella... no interrogarla, sino ver qué tiene que decir sobre su pasado que parece estar intentando ocultar al mundo.

No. Así no. Me froté ese punto entre el cuello y el hombro, la parte habitual de tensión en mis músculos que se anudaba aún más con este estrés.

—Puedo pedirle ayuda a Sofia. Ella será una buena manera de mantener el interrogatorio simple, ¿sabes? —preguntó.

—No —sacudí la cabeza—. Quiero que venga a *mí*. Esperaba que no insistieran y me hicieran explicarlo. Simplemente importaba, y mucho, que Amber ofreciera la información voluntariamente. Podíamos interrogar a cualquiera. Torturar y presionar a la gente para obtener respuestas. Podíamos sobornar para obtener información. Podíamos espiar, fisgonear y escuchar a escondidas.

Pero nada de eso indicaría esa pieza faltante que sabía que necesitaba para poder *saber* que se quedaría conmigo y me querría para siempre.

Al igual que la tía Olga nunca, jamás, había querido tener nada que ver con el tío Mikhail y había moldeado mi juventud para asumir que las mujeres no eran necesarias o valiosas en la vida, tenía que saber que Amber me elegiría a mí, que elegiría confiar en mí con su verdad.

Mi primo y mi tío me observaban caminar. La presión de estar en el punto de mira me carcomía hasta que estallé.

—¿Y si vemos si los Popov la están buscando? —dije—. Si estás pensando que podrían quererla y que fueron a la iglesia para llevarse a los gemelos y llegar a ella, entonces podemos ver si volverían a intentarlo.

Andre levantó las cejas. —¿Quieres usarla como cebo?

El tío Mikhail negó con la cabeza. —No. Eso no está bien.

—No. No usarla como cebo. Solo otra mujer que se parezca a ella. Ese pelo rojo es inconfundible. Podemos enviar a Lorne y a un par de hombres con un señuelo al parque. Como donde Amber pensó que la estaban vigilando antes.

El tío Mikhail asintió. —Que empujen un carrito vacío también, para que parezca algo real.

Exhalé otra ráfaga profunda de aire, contento de que estuviera de acuerdo con esto. —Podemos ver si algún Popov pica el anzuelo e intenta llevarse a la mujer que se parece a ella. Podemos montarlo con refuerzos cerca para que Lorne pueda supervisar la captura de los Popov también. Esta trampa nos diría cuánto buscan a Amber, si es que la buscan.

—¿Y si esta trampa no funciona? —preguntó el tío Mikhail.

Tendré que rezar para que se abra a mí y me diga que no deberíamos preocuparnos por su pasado y por quién es.

—Entonces encontraré otra solución —respondí, sintiendo que se me estaba acabando la paciencia.

24

ÁMBAR

Roman estuvo ocupado el resto del día, pero desde que entró en su despacho con su tío y su primo, me quedé preocupada.

Tenían que estar hablando de lo que había pasado en la iglesia. Y por primera vez desde que llegué a esta casa y estuve rodeada de esta familia, deseé fervientemente saber de qué estaban hablando. Si conocían a ese hombre que intentó llevarse a Henry. Si eran conscientes de que ese hombre a veces salía con William y sus amigos y socios.

Claire fue una distracción útil. Los gemelos también. Pero una sensación de inquietud se instaló en mí que se prolongó por la tarde y bien entrada la noche.

Claire no había ofrecido ninguna información cuando vino por la mañana. Sus comentarios y preguntas estaban más orientados a cómo Emily y Henry estaban llevándose con el susto. Tal vez era solo porque era doctora. Estaba en su naturaleza preguntar sobre —pacientes— de la manera en que nunca callaba ni dejaba de ser una profesional médica.

Sin embargo, una vez que se fue, tuve demasiado espacio y silencio para pensar. Y para dar vueltas, preocuparme, estresarme y

agobiarme. Mi mente estaba inactiva aunque estuviera ocupada y activa con Emily y Henry.

Por desgracia, ambos estaban más irritables de lo habitual. Supuse que era una reacción residual al susto en la iglesia. Traumatizarse afectaría a cada uno de manera diferente, y tal vez, por ser tan pequeños, aún estaban lidiando con lo asustados que estaban.

Después de todo, ¿quién podría realmente *saber* cómo funciona la mente de los bebés?

Podía hacerlo lo mejor posible para descifrar qué llantos significaban qué necesidad querían cubrir.

Y así fue como terminé pasando la mayor parte del día. Encerrada en casa y sintiendo que iba a volverme loca por lo irritables que estaban.

Turnándose sin fin, los alimenté, les cambié el pañal, me senté con ellos, los mecí, caminé con ellos, les leí, jugué con ellos, les froté la espalda, les ofrecí juguetes nuevos, sonajeros y mordedores. Incluso probé con chupetes—en los que ninguno mostró interés.

Fue uno de esos recordatorios de que los días pueden sentirse *tan* largos, pero los años pasarían tan rápido.

Recordarme eso me pareció una broma cruel. Porque, aunque sentía que este era mi hogar y los amaba como si fueran mis propios hijos, sabía que no estaba establecida aquí. Roman no era mi marido. Ni siquiera era su novia, teniendo en cuenta lo seguido que nos recordábamos que solo era sexo.

Hasta ayer, eso me funcionaba con mi mentalidad de asumir que tendría que mudarme de nuevo o esconderme más de esta ciudad y del alcance de William.

Sin embargo, después de ese momento de miedo que heló la sangre en la iglesia, me quedé con el instinto de llamarle, de querer que estuviera a mi lado.

Porque es donde encaja. Donde pertenece.

Tras un día completo y una noche tratando de hacer felices a los gemelos y fracasando constantemente, estaba más que deseosa de que Roman volviera a casa. No me hacía sentir que no estaba haciendo mi trabajo. Lo estaba haciendo, al cien por cien. Pero podía usar apoyo.

Por desgracia, estaba sola cuando llegó su mensaje después de prepararme una rápida ensalada para cenar, una que consumí mientras Henry estaba irritable y Emily lloriqueaba a pesar de que lo senté en mi regazo y la balanceaba en su sillita con el pie en el borde para asegurarme de que tuviera movimiento.

Roman: **No llegaré a casa hasta tarde esta noche. Sergei está conmigo en una reunión importante.**

—¿Una reunión, eh? —comenté irónicamente en voz alta.

No era asunto mío lo que hiciera. No tenía derecho a ser curiosa y preguntarme qué hacía Roman y su familia. Pero ahora que estaba pensando más seriamente—y no obstinadamente negándolo—que podrían estar en la mafia, deseaba saber de una vez por todas en qué me estaba metiendo.

Henry me miró parpadeando.

Emily hizo pucheros y se quejó.

—¿Qué creéis que tiene el para una reunión, eh? —les pregunté en el tono de siempre hablar con ellos, lo que se sentía más como hablar conmigo misma.

Henry hizo una mueca, demostrando que estaba estreñido—de nuevo.

Luego lloró, y abandoné pensar en Roman, en mi ensalada a medio comer o en cualquier otra cosa. A la par, hicieron el resto de la noche imposible. Los baños parecieron calmarlos un poco, pero luego Henry salpicó y le entró agua en los ojos a Emily, lo que la

asustó. Luego, mientras los secaba a ambos y trataba de ponerle el pijama a Henry, se meó por toda la tela y tuve que buscarle otro, lo que significaba que Emily seguía envuelta en la toalla y no abrigada en su pijama, lo que provocó más quejas.

No estoy segura de cuándo los acosté en la cuna. Roman y yo nunca quisimos arriesgarnos a que se rodearan y se taparan las caras mientras dormían, pero ese vínculo de gemelos es mágico. Los acosté juntos en la cuna, metí los brazos entre los barrotes para frotarles los estómagos y calmarlos hasta que se durmieron, y finalmente conseguí una bendita tranquilidad.

Antes de quedarme dormida yo también, con los brazos entre los barrotes y la cara aplastada contra la barandilla mientras me inclinaba hacia adelante, lentamente retiré las manos y me enderecé.

Ay. Me crispé, arqueando la espalda. Pero no me entretuve. Me apresuré a ducharme y meterme en la cama, agradecida de que los gemelos siguieran durmiendo según el monitor de bebé.

Roman estaba allí la próxima vez que me desperté. Debía haber vuelto poco después de que me durmiera. Eso significaba que estaba allí para ayudar a Emily mientras se quejaba. Gemí en la almohada, sabiendo que Henry también se despertaría.

—Vamos a buscar tu manta turquesa favorita —dijo Roman desde el cuarto de los niños. Su tono cansado e impaciente me llegó a través de las puertas abiertas.

Me di la vuelta para que mi cara no estuviera aplastada contra la almohada. En ese momento, Henry lloró.

—Ya no es su favorita —grité.

—¿Qué quieres decir? —respondió mientras me levantaba y me encogía al pensar en perder más sueño después del día que había tenido.

—A Henry le gusta ahora.

—Pero es de ella —dijo Roman mientras sostenía a Emily y caminaba con ella.

Cogí a Henry y me senté con él en la mecedora. —Henry se la ha apropiado —repetí.

—Pero a ella le gustan las cosas de color turquesa—

—Probablemente ni siquiera sabe aún qué es el *turquesa* —respondí secamente.

Él me lanzó una mirada de enfado. —A Henry no le gusta cuando te sientas.

—Parecía gustarle cuando me senté y lo mecí antes —repliqué, dejando que el cansancio se apoderara de mí.

—No parece gustarle ahora.

Desee poder hacerle un corte de mangas. Pero no era solo mi amante. Era mi jefe. Estaba claro que ambos estábamos exhaustos e irritados, e intenté no perder los nervios.

—Le gustará en un segundo —respondí. —Espera. No. Quizás fue Emily a quien le gustó antes. Cerré los ojos y gemí. —No sé distinguirlo. Ha sido un día largo.

—Bienvenido a mi mundo —refunfuñó. —Yo también he tenido un día largo.

Abrí los ojos y fruncí el ceño. —No tienes que desquitarte conmigo con esa actitud.

—Intento no hacerlo. Estoy jodidamente cansado y de mal humor. Creo que dormir podría ayudarme.

—Yo también —repliqué a la defensiva. —Me encantaría dormir y dejar este día atrás.

—Entonces, ¿cómo los calmamos? —preguntó con irritación.

—¡No lo sé! Nada de lo que he hecho hoy ha funcionado. Me levanté para pasarle a Henry y coger a Emily. Quizás era ella a quien le gustaba la mecedora antes. Estaba tan desquiciada que estaba perdiendo la cabeza y olvidando qué le gustaba a cada uno en ese momento.

—Por el amor de Dios. Cambió de bebé y me senté con Emily, meciéndola al ritmo más constante que pude.

Dejó de lloriquear, agarrando el cuello de la camiseta holgada que usaba como pijama esa noche.

Roman caminó de un lado a otro, sosteniendo a Henry, que también dejó de llorar.

No discutimos. No hablamos. No sabía cómo lo estaba llevando Roman, pero yo intentaba no respirar profundamente para no molestar a Emily y despertarla.

Cuando pareció que se habían dormido, los llevamos a la cuna y los acostamos. Todo estaba bien y en silencio—hasta que nos metimos en la cana y nos tapamos.

Volvieron a lloriquear.

Una vez más, discutimos sobre cómo calmarlos. Finalmente, se tranquilizaron y durmieron en la cuna por fin.

Roman se metió en la cama y yo me reincorporé bajo las sábanas.

—Ven aquí —gruñó, cansado y molesto.

Puse los ojos en blanco, irritada por sus discusiones. Acomodándome, me acurruqué contra él y dejé que me abrazara por detrás. Con su brazo alrededor de mí, su pecho marcado como un soporte sólido contra mi espalda, me sentí cálida y segura.

Nos quedamos allí, respirando con calma y relajándonos.

Esperaba con el alma en vilo a que uno de los bebés se despertara de nuevo en este juego de privación del sueño.

Pero no se movieron. Durmieron profundamente.

Roman debió notarlo también, porque me abrazó más fuerte y suspiró profundamente. —Perdona por perder los nervios.

Sonreí, dándome la vuelta y mirando su atractivo rostro en la oscuridad. —Yo también perdóname por haberte contestado mal. Acercándome más a él, lo besé y saboreé el calor de su boca sobre la mía.

Él respondió de la misma manera, dándome la vuelta hasta que quedé debajo de él, clavada en el colchón. Besándome. Tirando de mi ropa para poder pasar sus manos callosas por mi piel. Tocándome con los dedos entre mis piernas mientras acariciaba mi coño. Jadeando en mi boca mientras encontraba su polla y la envolvía con mis dedos.

—Perdona por no haberte visto en todo el día —susurró mientras nos quitábamos la ropa.

—Y toda la noche —añadí.

Él rio suavemente mientras alineaba su gruesa polla con mi entrada húmeda. —Perdona por haber pasado tanto tiempo desde que pudimos hacer esto. Con un empuje largo y firme, entró en mí.

Me dejó sin aliento. Como cada vez que estaba completamente dentro de mí, mi corazón latía más rápido y mi mente se quedaba en blanco.

—Oh, Dios… —murmuré, completamente sorprendida por lo perfectamente que me llenaba. Me estiraba. Me completaba.

—Joder. Así exactamente —susurró en mi oído. —Apriétame así.

—¿Qué quieres decir… —Intenté no hacer ruidos fuertes mientras me follaba, despacio, duro y con todo su cuerpo. Me empujó contra

el colchón mientras su cuerpo pesado me cubría, frotando cada centímetro de contacto entre nosotros. Su polla se deslizó dentro de mí hasta que estuve tan llena que pensé que explotaría. Y su boca nunca se apartó de dejar besos calientes en mis labios y mi piel. —¿Qué quieres decir con que ha pasado mucho tiempo? —pregunté cuando pude formar la pregunta completa.

—Demasiado tiempo desde que he tenido este dulce coño —respondió antes de besarme con más fuerza.

Cuando me separé para respirar, sonreí y casi me reí bajo el ritmo de él entrando en mí, sin espacio entre nosotros. —Me tuviste anoche —le recordé.

Él me mordió el labio inferior. —Y sería un crimen si pasara otra noche sin ti.

Al escuchar esas palabras sexys y dulces, me derrumbé. Me vine, temblando y aferrándome a él mientras el orgasmo me atravesaba. Él fue rápido en cubrir mi boca con la suya, ahogando mis gemidos. Y fue igual de rápido en seguirme, sacudiendo profundamente dentro de mí mientras se venía y disparaba su semen dentro de mí, una y otra vez.

Escucharlo hacer algo parecido a una promesa era demasiado para soportar. La idea de que quisiera un futuro real era una fantasía en la que no me había atrevido a creer.

Pero si lo decía en serio. Si me quería como algo mucho más que algo físico…

No me hagas ilusiones.

Por favor, no me hagas ilusiones.

Haría que me resultara aún más difícil convencerme de que no me estaba enamorando de él.

25

ROMAN

Después de todo el lío que los gemelos le dieron a Amber ayer, me aseguré de llegar a ellos primero. Dejando que Amber durmiera un poco más, bostecé mientras me acercaba a la cuna y sonreí a Henry. Se sentó y me devolvió la sonrisa.

Vamos a tener que bajar—

Fruncí el ceño, mirando la baranda. Parecía que Amber me había ganado de mano. Ya había bajado el nivel de la cuna para que Henry no pudiera levantarse y salir.

Emily seguía durmiendo, así que cogí a Henry y lo saqué de la habitación.

—Tendremos un desayuno de chicos, ¿eh? —le pregunté mientras lo abrazaba—. Las chicas pueden dormir un poco más.

Balbuceó y se agitó mientras lo llevaba al cuarto de los niños para cambiarlo.

—Shh —le recordé.

Amber había estado tan irritable como yo en medio de la noche, y sabía que debía haber intentado todo lo que se le ocurrió para que

cooperaran y estuvieran contentos. A veces, simplemente no estaba en las cartas.

Si no hubiera estado fuera con Sergei, también habría intentado ayudarla con ellos.

Pero me había quedado atrapado en aquella vigilancia cerca del parque. Una vez que el tío Mikhail y Andre estuvieron de acuerdo conmigo en tender una trampa para los Popov, nos pusimos manos a la obra. Hicimos que una mujer llevara una peluca que se parecía a Amber. Con un abrigo, un sombrero y una bufanda que ocultaban aún más su rostro, parecía un doble. Con Lorne a su lado mientras empujaba el carrito doble vacío de los gemelos y unos guardias detrás, parecían la cosa real.

Y durante dos horas, caminaron por Central Park, reduciendo la velocidad y pareciendo una presa fácil. Lorne y los guardias se separaron de ellos un par de veces para hacerlo aún más creíble.

No pasó nada.

Nadie los seguía.

Nadie se acercó a ellos.

Y no hubo ni una sola señal de que alguien estuviera prestando atención al señuelo de Amber.

Por eso estaba tan frustrado en medio de la noche cuando llegué a casa. Cualquiera se sentiría irritado y al límite de su paciencia con dos bebés quisquillosos cuando lo que se necesita es dormir.

Pero sentía que la estaba defraudando. Había pensado en esa trampa, en ese truco, como una forma de demostrar que alguien realmente la estaba atacando. Era el resquicio que había querido antes de verme obligado a preguntarle sobre su relación con William. Y por qué quería ocultarla.

Ahora no tenía otra opción. El tío Mikhail sospechaba de su pasado, que ya de por sí planteaba demasiadas preguntas. Se esperaría que

le preguntara sobre esas identificaciones y cambios de nombre, y necesitaría sonsacarle que estaba asociada con alguien con quien no queríamos tener nada que ver. William Rossen era el peón de los Popov. O quizás funcionaba al revés entre ellos. Todo lo que sabía era que necesitaba respuestas de Amber—más pronto que tarde.

Nada de darle tiempo para que quisiera abrirse conmigo.

Durante todas estas semanas y meses que había estado viviendo aquí como mi niñera, había tenido muchas oportunidades para sacar el tema. Yo también había preguntado, de vez en cuando, sobre su familia y su pasado. Nada invasivo porque no quería presionarla ni asustarla, pero había intentado averiguar más sobre quién era ella.

Para cuando había limpiado a Henry y tenía un biberón listo para él —y una taza de café para mí—, mi teléfono sonó.

La pantalla mostraba que era Andre, y no quería perderme esta llamada.

—Hola —contesté mientras llevaba a Henry a mi oficina y cerraba la puerta. Lo dejé sobre la manta extendida en el suelo, algo que había dejado allí específicamente para cuando los gemelos pudieran acompañarme aquí, me senté en el suelo y agitaba un juguete para que él lo intentara agarrar.

—Hola. Entonces, no funcionó, ¿eh? —respondió él.

—No. No funcionó —dije mientras bostezaba.

—Eso podría significar cualquier cosa. Tal vez Niko tenía otras cosas en mente. O quizás deberíamos haber esperado un poco más.

—¿Como que sabe que sería demasiado estúpido intentar llevarse a Amber o a los gemelos tan pronto después del funeral? —dije.

—Quizás. Y es difícil decir si alguien iba realmente tras Amber, ya que le dijo que le diera a Henry.

Observé a mi hijo mientras mordisqueaba el juguete. No podía imaginar perderlo nunca. Tampoco podía imaginar perder a Amber. Anoche, cuando la tuve en mis brazos, simplemente lo supe. Tuve que admitirme a mí mismo que las cosas estaban cambiando entre nosotros. En los buenos y malos momentos, ella era la persona que quería a mi lado.

Pero si iba a reclamarla, tenía que dejar de lado toda esta mierda sobre William.

No. Tengo que eliminar la posibilidad de que él vuelva a ser una condición para su felicidad.

Recordé lo asustada e inquieta que estaba al principio de trabajar aquí. Eliminaría cualquier preocupación de su mente sobre su pasado en lo que a él respectaba.

—No puedo permitir que ninguna amenaza persista —le dije seriamente.

—¿Te refieres a eliminarlo? —Andre silbó quedamente—. Primero, necesitas hablar con ella y entender por qué está huyendo de él en primer lugar. *Si es que* eso es lo que está haciendo.

Asentí.

—Y luego podemos reevaluar.

—Incorrecto —negó con la cabeza—. Si William es la razón por la que estaba tan asustada cuando comenzó como niñera, tiene que desaparecer.

—Eso no será fácil de lograr, Roman.

—Por supuesto que no lo será, joder —repliqué—. Pero nada que valga la pena en la vida es *fácil*. —Miré a mi hijo nuevamente, sabiendo que él era otro ejemplo de eso. Era digno de todo mi amor, al igual que su hermana, y no habían llegado a mí fácilmente.

—Hablaremos sobre cómo abordar a William Rossen cuando llegue el momento —dijo Andre, demostrando que nunca perdería sus habilidades de negociación—. Pero primero, tienes que conseguir que ella lo explique todo.

Asentí y me estremecí, odiando tener que obligarla o convencerla de que se abriera y confiara en mí. Ella lo hizo—con su cuerpo. Pero eso ya no era suficiente. Necesitaba que fuera sincera conmigo.

Que confiara en mí con su verdad, su pasado.

Y entonces… tal vez también confiarás en mí con tu corazón.

26

ÁMBAR

El día siguiente, Roman estaba igual de ocupado. En su oficina aquí en casa. Luego yendo a aquel hotel para ocuparse de asuntos. Y después… a otro lugar. Era más fácil no preguntar. Y era más fácil centrarme en Emily y Henry, ya que estaban de mucho mejor humor.

Pero tras aquel incidente en la iglesia, cuando Roman irrumpió allí con su arma y nos salvó a mí y a los gemelos, era imposible escapar de la idea de que debía estar involucrado con un grupo peligroso. Que los Orlov *eran* un grupo peligroso.

Mi sospecha era más difícil de ignorar. Había echado raíces, y me resultaba complicado ver las cosas de la misma manera.

¿Todos los guardias en aquellos edificios de última generación que poseían? ¿Eran todos soldados, juramentados para servir a la Familia, verdad?

¿La forma en que todos parecían deferir a Mikhail como el líder—especialmente cómo Lorne lo llamaba el "gran jefe"? Eso significaba que el tío de Roman era un jefe mafioso.

Los hombres estaban armados.

Tenían mucho dinero.

Choferes y personal contratado y todo lo que los ricos pueden permitirse, pero con un sentido más profundo de comunidad.

Estaba acostumbrada a la riqueza. Aunque William nunca me mimó y esperaba que me quedara en mi habitación sin molestarlo, estaba familiarizada con su estilo de vida de riqueza y opulencia extravagantes.

—Pero aquí no es lo mismo —murmuré para mí misma mientras frotaba un tratamiento previo sobre una mancha en el mono de Emily para asegurarme de que se lavaría bien cuando lo metiera en la lavadora.

Nadie esperaba que los gemelos o yo nos escondiéramos. Todos los niños, especialmente Maisie, estaban integrados en nuestras vidas. No había separación en la casa entre "hombres importantes" y "los demás".

—Quizás otras cosas tampoco sean lo mismo —susurré.

El hecho de que William fuera rico e influyente no significaba que Roman y los Orlovs me tratarían como él lo había hecho. Los amigos raritos de William eran suyos, parte de mi pasado. Roman y los Orlovs no se relacionaban con esa clase de gente.

Si podía dar el salto de fe y creer que Roman y su familia nunca pensarían que las mujeres podrían ser—

—Ahí estás —dijo Lorne asomando la cabeza por la puerta abierta y sonriéndome.

Le devolví la sonrisa mientras detenía mis manos y me giraba hacia él. —¿Me estabas buscando?

—¿Lo olvidaste? —Se rió. —El chofer está a punto de llevarte a ti y a los gemelos a reunirte con Roman en el centro.

Me estremecí, dándome cuenta de que había perdido por completo la noción del tiempo. Cuando era la hora de la siesta—una doble siesta con los dos gemelos dormidos al mismo tiempo—caía en la ilusión de que podía hacer todo lo que tenía en mi lista pendiente. Lavar, ordenar o incluso leer un par de capítulos de la última novela que me había enganchado. Siempre se me acababan los minutos útiles. Y lo había vuelto a hacer ahora.

—Lo olvidaste —me acusó juguetonamente mientras dejaba la prenda en el lavabo y salía apresuradamente de la habitación.

—Cállate. No le digas a Roman que lo olvidé.

Se rió, siguiéndome. —No lo haré. Pero no puedo creer que olvidaras que el hombre quería llevarte a cenar por una vez.

Le lancé una sonrisa burlona. —No necesito que me lleve a cenar en absoluto. Estoy aquí para trabajar.

Él puso los ojos en blanco mientras corría hacia el espejo en el pasillo para revisar mi pelo. —Sí, claro —metió las manos en los bolsillos, claramente divertido mientras me revisaba el maquillaje. —Pero es una ocasión inolvidable. Roman nunca ha *salido* con una mujer antes.

—Hum, no estamos saliendo. Soy la niñera.

—Sí, claro —repitió en ese tono burlón de *si tú lo dices*. —Pero lo digo en serio. Antes de ti, antes de los gemelos… Él era un seductor. Se movía mucho.

La irritación relampagueó en mi corazón. —Lo he oído —contesté rápidamente.

—Pero no desde hace mucho tiempo. Y no está simplemente moviéndose contigo, Ámbar. —Ahora sonreía con amabilidad. —Conozco a Roman desde que era un niño, trabajando para el gran jefe incluso antes de que él, Andre y Sergei nacieran.

Ahí está de nuevo. El "gran jefe". ¿De qué? ¿Del crimen?

—Lo conozco, Ámbar. Y es algo importante que te haya invitado a una cita como esta. Una cita familiar con los gemelos y todo eso. —Se balanceó sobre los talones. —Como una pequeña familia de verdad.

¿Entre la *Familia?*

—Es solo una cena —respondí.

La verdad, estaba emocionada cuando Roman me llamó antes y me preguntó si querría encontrarme con él para cenar en el restaurante del hotel que él poseía. Lo había planteado como una oportunidad para salir de su edificio después de mi día agotador con los gemelos. No podía negar lo bien que me sentaría, aunque cenar fuera con dos bebés fuera complicado.

No tendría que cocinar, así que eso era una ventaja.

Él tampoco tendría que cocinar, y esa era otra ventaja.

Había olvidado que esto sería una cita, porque lo veía como una forma de que él me interrogara. No sabía explicar por qué, pero sentía que Roman intentaba averiguar cómo tener una conversación conmigo sobre las cosas que no le contaba. Todas esas veces en las que me preguntaba algo y yo eludía una respuesta sincera. Él ponía esa expresión dubitativa, y yo *sabía* que no se la tragaba.

Por esa razón, estaba un poco nerviosa por salir a cenar con él.

Y también por esa misma razón, deseaba levemente que los gemelos nos pusieran alguna pega para que no pudiéramos mantener una conversación demasiado seria.

Sin embargo, solo podía prolongar esta resistencia a responderle durante un tiempo. Pero hasta que no estuviera segura de que no era igual que William… Tenía que actuar con cautela.

Lorne me ayudó a preparar a los gemelos y a bajar al garaje, donde nos esperaba un coche.

—¿No vienes tú? —le pregunté.

—No —se rió—. ¿Por qué sigues pensando que esto no es una cita, Amber?

Sonreí, avergonzada.

—Vete y disfruta —dijo, mientras daba una palmadita en el techo del coche y yo comprobaba que los gemelos estuvieran bien en el asiento trasero.

—Vale. Hasta luego, Lorne.

Me saludó con un gesto cómico y nos marchamos.

El conductor no habló conmigo, parece que escuchaba lo que le transmitían por el auricular. Pero no importaba. Había aprendido de William que nunca hay que hablar con el personal contratado. También había aprendido de la agencia que se esperaba que no cruzara la línea entre empleado y empleador.

¿Y qué hay de saltarse esa línea? Reflexioné, sonriendo para mis adentros.

Estaba tan mal. Tan prohibido. Dormir con mi jefe era un pecado enorme y un grave error.

Pero también era tan correcto. Tan bueno. Y tan justificado. Amar a mi jefe era la mejor decisión que había tomado en busca de mi felicidad.

—Ya casi llegamos, señorita —el conductor me miró por el retrovisor, sacándome de mis ensoñaciones y fantasías sobre Roman.

—¿Eh? —levanté las cejas, solo entonces miré a mi alrededor para observar la escena en la calle. No me había dado cuenta de que habíamos reducido la velocidad. O de que llevábamos rato frenando. Estábamos parados, atrapados en un atasco.

—Parece que hay unas obras más adelante —informó.

Ah. Eso lo explicaba. Ahora que lo mencionaba, había notado un poco el vaivén de parar y arrancar durante el trayecto.

—Oh, no pasa nada.

No sería culpa mía si llegaba tarde. Habíamos cogido el coche y estábamos en ruta según lo planeado. Los atascos y los retrasos eran parte de la vida en la ciudad, parte de lo impredecible en lo que nadie podía contar. Había estado aprendiendo una lección en ese sentido—que a veces la vida te lanzaba una bola curva que no podías anticipar.

Roman era mi bola curva.

Enamorarme de él era otra.

Después de mi pasado y de cómo me habían tratado, debería haber sido lo suficientemente sabia como para no confiar nunca más en un hombre.

El sexy y despiadado «hombre de negocios» que había descubierto que era padre soltero de gemelos había estado cambiando esa mentalidad.

Suspiré y me recliné, pensando de nuevo en cómo ayer mismo me había dicho que me quería todas las noches. Que nunca quería perderme.

No estaba hablando solo de sexo, ¿verdad?

Me mordí el labio, tentada a pensar que sentía la misma profundidad de conexión que yo sentía por él.

Espera a ver de qué quiere hablar esta noche primero.

Luego déjate llevar por los «y si» y sube tus esperanzas al cielo.

Llevábamos unos minutos parados en este mismo sitio. Los sonidos de la calle se amortiguaban fuera de las ventanas. La vibración de los vehículos y la maquinaria en la carretera retumbaba a través del suelo del asiento trasero.

Pero seguía tranquilo. Calmo. Privado.

Hasta que dejó de estarlo.

La puerta del conductor se abrió de repente.

Me fruncí el ceño al sentir el aire frío que entraba mientras el brazo de un hombre se colaba.

—Para—

El conductor no terminó. Se desplomó cuando una mano presionó algo en su cuello. En un abrir y cerrar de ojos, el conductor cayó hacia un lado y el hombre que había abierto la puerta lo empujó.

Ocurrió tan rápido que apenas podía creerlo. En un instante, la quietud se transformó en una ráfaga de adrenalina que invadió mi cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

El pánico me incitó a huir, pero no podía. No con los bebés ahí dentro. Sentí la ardiente necesidad de salir del coche antes de que fuera secuestrado por un desconocido. Sin embargo, me quedé quieta, colocando mis manos sobre los portabebés de los gemelos, como si eso pudiera protegerlos.

—Sal—

Se abalanzó sobre mí, ya completamente en el asiento del conductor, y arrebató mi teléfono de mi regazo. —Cállate, puta — cerró la puerta con tal fuerza que el coche tembló. Otro hombre se subió por el lado del pasajero. Para hacerse espacio, primero tuvo que empujar y sacar al conductor de los Orlov.

El clic de los cierres de las puertas fue ensordecedor. Aun así, agarré la manilla y tiré de ella, intentando escapar. Tendría que sacar a los gemelos en sus portabebés, y sería torpe, pero lo haría.

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir! —golpeé la puerta con mi hombro, pero fue inútil.

Estaba encerrada en el asiento trasero con los gemelos.

Al ver las caras de un par de hombres que había visto antes en casa de William, me hundí bajo la presión de la ansiedad. Del miedo y el terror absoluto.

Esto era.

Me habían encontrado. Y me estaban secuestrando de verdad.

—¡Déjenme ir! —grité mientras pisaban el acelerador. El capó se abolló un poco al chocar contra el coche que teníamos delante en este atasco.

Me lancé hacia atrás cuando dieron marcha atrás bruscamente. Luego me desplomé hacia adelante una vez más cuando aceleraron para alejarse.

—¡Paren! ¡Por favor, paren!

Emily empezó a inquietarse y Henry agarró mi dedo, a punto de llorar. Las frenadas violentas y los acelerones también los estaban poniendo nerviosos.

—¡Paren el coche! ¡Déjenme salir!

Se rieron, ignorándome mientras discutían cómo salir del atasco. Su solución fue subir el coche a la acera. Pasando sobre escombros de la construcción y esquivando peatones, rasparon el coche contra un edificio y se alejaron a toda velocidad.

Mientras los gemelos lloraban, mantuve mis manos sobre sus pechos e intenté que mi pánico no se extendiera a ellos mientras éramos secuestrados en medio de la ciudad, ahora encerrados en el asiento trasero e incapaces de huir.

27

ROMAN

Miré la hora otra vez y fruncí el ceño.

¿Dónde están?

Yo también iba con retraso, y llevaba un par de horas intentando averiguar cómo terminar todo antes de que Amber llegara con los gemelos para cenar. Muchas llamadas se alargaron más de lo que esperaba. Todo el día, mi horario se había retrasado.

Pero ahora, parecía que me había preocupado en vano. Amber y los gemelos ni siquiera habían llegado todavía.

Agarré el teléfono mientras escribía una respuesta a un correo y llamé a Lorne.

—Oye, chico. ¿Qué pasa?

—¿Dónde están?

—Acaban de salir del garaje hace poco —respondió.

Había sido clave para organizar mis planes esta noche. Le pedí que hiciera la reserva y solicitara otro camarero que nos ayudara. Todo lo que pudiéramos necesitar como una familia de cuatro con dos

gemelos, lo que fuera necesario para que Amber y yo pudiéramos tener una conversación privada. Una conversación largamente esperada.

Sabía que mi tío y mi primo querrían sacarle respuestas a Amber lo antes posible, pero prefería que fuera yo quien la interrogara. Para acercarme a ella con cuidado. Me imaginaba iniciando una conversación sobre nuestras familias. Charla superficial de trasfondo general. Mi esperanza era que ella tuviera el rompehielos para tomar la iniciativa y compartir conmigo.

Por eso quería tener esta conversación fuera de mi edificio. Lejos de los demás. Y ni siquiera en un negocio gestionado por los Orlov que reclamábamos como nuestra organización criminal. Hacer que viniera aquí al hotel tenía más sentido, en un negocio legítimo y limpio que poseíamos. Porque ella no podía estar involucrada en asuntos de la Mafia. Ese era el pensamiento insistente que me había estado molestando todo el día.

No puede estar involucrada.

Era demasiado dulce. Demasiado ingenua. Demasiado buena.

Eso no me impidió aceptar la idea extranjera de mantenerla como mi mujer, no solo como mi niñera. Reclamarla, oficialmente, era una forma segura de introducirla en mi oscuridad. De marcarla como una de los Orlov.

Valdría la pena.

Demonios, si ella estaba huyendo y escondiéndose de alguien o algo, entonces sería necesario. Porque estaría condenado si algo malo le pasaba mientras yo pudiera protegerla.

Volví a mirar la hora en el reloj y arrugué el ceño. —¿Hace poco?

Incluso con el tráfico pésimo, no les llevaría tanto tiempo llegar aquí. Vinny y Dino sabían que debían avisarme en cuanto ella llegara.

—¿Cuánto tiempo hace? —pregunté de nuevo.

—¿Quizás hace media hora? —respondió. —Verificaré con el conductor y la rastrearé si quieres.

—Por favor.

Ella estaría segura. Nuestros conductores eran leales, y no habría paradas en el camino. Amber era la definición misma de una persona hogareña, nunca quería salir.

¿Será porque estaba protegida y nunca se le permitió explorar el mundo? ¿O porque lo hizo y sufrió por ello?

—Te llamo en un segundo, chico.

Cortamos la llamada, y terminé mi correo mientras él verificaba la ubicación de Amber.

Clic para cerrar y bloquear mi ordenador, y mi teléfono vibró. Era Lorne, como esperaba.

—¿Sí?

—Tenemos un problema.

Mi pecho se apretó. Mi corazón se detuvo. No podía inhalar, y juré que mi cerebro se apagó.

Problema.

Problema. Con Amber.

Hay un problema con mi hijo y mi hija.

No fue *lo que* había dicho. Sino cómo me lo había dicho.

Tan serio. Sin nada de su humor habitual.

Tampoco había añadido un *chico* al final.

—¿Qué ha pasado? —Me levanté tan rápido que la silla se deslizó por la habitación. Chocó contra la pared y la ignoré.

Salí de la habitación, corriendo hacia, demonios, no sabía dónde. Hacia donde ella estuviera. Hacia donde estuvieran mis hijos. Hacia este problema que no se permitiría.

Todo lo que tenía era la respuesta de mi asistente y el tono de su voz. Esas eran las únicas pistas que poseía para saber que algo iba mal. Era todo lo que necesitaba. Porque este era uno de esos raros momentos en la vida donde los instintos gobiernan y activan un verdadero incendio de cinco alarmas.

—Su teléfono no se mueve. Fue arrojado del coche. Uno de los hombres cerca de la ubicación marcada lo encontró estrellado contra la pared de un edificio en la Quinta Avenida.

Apreté el puño, intentando contener la ola de ira que me recorrió con esta noticia.

Preguntas imperativas avivaron mi furia.

¿Cómo?

¿Cómo coño *pasó esto?*

¿Cuándo?

¿Por qué?

¿Quién coño—

No me molesté en dejar que esa pregunta se quedara.

Lo sabía. Tenía una muy buena idea de quién intentaría algo así. Desde que Ivan Popov apareció sin invitación en mi oficina aquí en el hotel, cuando vio ese biberón y el teléfono de Amber, supo que ya no era el soltero playboy. Descubrió que tenía una mujer y un hijo en mi vida, y había estado intentando usarlos como palanca sobre mí.

Vas a morir, Popov.

Acuérdate de mis palabras.

Estás muerto.

—Tenemos un equipo buscando en la manzana donde tiraron el teléfono. Los informes que llegan al despacho indican que un coche circulaba por la acera. Parece que atropellaron a un peatón.

No me importaba.

No podía encontrar en mí suficiente preocupación por un civil en ese momento.

Amber y mis hijos eran todo en lo que podía concentrarme.

—¿Dónde está el conductor? —exigí. Insistiría en obtener respuestas *ahora mismo*.

—Acabo de recibir un mensaje de Andre. Alguien llamó para decir que Maxim está inconsciente al borde de la carretera. Alguien en una bicicleta casi lo atropella, no lo vio en el montón de nieve acumulada.

¡Joder!

—¿Muerto o inconsciente? —Si los Popov mataban a uno de los nuestros, podían contar con que les pagaríamos con la misma moneda. Nunca quise que un soldado Orlov fuera asesinado, pero *necesitaba* que este conductor estuviera vivo para poder decirme qué demonios había pasado, si Amber o los gemelos habían sido lastimados.

La locura se acercaba, casi desequilibrándome y dejándome impotente.

No podría soportar si algo les ocurriera.

Amber con su dulzura y sumisión cada noche cuando me abrazaba.

La adorable risa de Emily y las preciosas sonrisas de Henry.

No podía perderlos.

—Estoy en camino —dijo Lorne—. Voy a recogerte y los encontraremos. Los recuperaremos, Roman.

Roman. No *Kid*.

Su seriedad era un mal indicio de cómo creía que iba a acabar esto.

Llegué al vestíbulo, buscando a Vinny y a Dino.

—Sr. Orlov —dijo Vinny con un gesto de cabeza—. ¿Hay algo que pueda...? —Se echó hacia atrás, probablemente asustado por la expresión tormentosa en mi cara—. ¿Qué pasa?

Sacudí la cabeza y salí afuera. Encontraría a Lorne en la calle, ahorrándole el tiempo de acercarse al hotel. No había dejado a un conductor aquí porque Maxim iba a esperar mientras Amber y yo cenábamos. Una cita, casi, si no fuera porque debía ser un escenario donde finalmente pudiera interrogarla.

Mi teléfono volvió a sonar, y no dudé en contestarlo, saliendo apresuradamente a la noche invernal. A mi alrededor, el ambiente festivo relucía y brillaba. Los villancicos pasaban a mi lado. Los árboles centelleaban desde las ventanas.

Todo lo que sentía era una ira carmesí oscura.

Esta vez era Sergei.

—Lorne acaba de irse —informó.

No cuestioné cómo lo sabía. Esta situación claramente se estaba desarrollando en tiempo real, aquí y ahora, y no dudaba de que sería todo manos a la obra.

—He rastreado el coche —dijo.

—¿Adónde va?

—Hacia el territorio de los Popov.

Apreté los dientes, corriendo hacia donde Lorne llegaría en otro coche. —Ese cabrón está muerto.

—Pero parece que ellos no lo están. Amber fue vista llevando a los gemelos a un edificio. Uno de los especialistas en la sala de control los está siguiendo, y parece que están abandonando el coche y haciéndola llevarlos a algún sitio. Ella está viva.

Me negué a pensar en lo que no dijo. Que están vivos *por ahora*.

—No voy a esperar. No me detendré a ver cuál es su conexión con ellos, si es que la tiene. Él se llevó a mi... —Me interrumpí, incapaz de etiquetar a Amber en el apuro del momento. No era mi niñera. No era mi amante en una relación sin compromiso. Era la mujer que quería llamar madre de mis hijos—los gemelos y más en el futuro. Era la dulce mujer que quería proteger hasta el fin de nuestros días. La única mujer a la que quería llegar a casa.

Porque me eligió. No estaba del todo abierta conmigo sobre su pasado, pero podía ejercer paciencia.

Primero, tenía que recuperarla.

—Se los llevó —gruñí.

—Y los recuperarás. —Sergei se aclaró la garganta—. El tío Mikhail está completamente involucrado en una operación de rescate.

—¿Por los gemelos *y* Amber?

No respondió de inmediato.

—Te lo juro por Dios, hermano. Prenderé fuego a este maldito mundo y desataré un infierno como nadie ha visto antes para salvarla.

—Y tienes mi ayuda, mi palabra de que te ayudaré a recuperarla. Todos nosotros.

¿Incluso si significa meternos en las tonterías de los Popov que quieren mantener con nosotros?

¿Incluso si significa matar a todos los que se interpongan en el camino para alcanzarla, sin importar lo que su pasado esconda?

—Estamos contigo en esto, Roman —dijo solemnemente—. Tengo un equipo que viene a unirse a ti en el camino. Lorne lleva a unos cuantos con él. Andre también está en espera.

Unirnos así no era nada nuevo. Así es como trabajábamos. Así es como gobernábamos. No como uno solo, sino comprometidos y jurados en lealtad como hermanos. Si uno de nosotros era golpeado o capturado, entonces era un ataque o un robo a todos nosotros.

—Gracias —respondí, viendo el coche al final de la calle.

Corté la llamada y corrí por la acera para subir al SUV. Ya se habían detenido junto a la banqueta. Con cada paso que daba en la acera, enviando nieve y barro salpicando, prometí recuperarla con o sin la ayuda que pudiera encontrar.

Con o sin la aprobación explícita de mi tío, estaba arriesgando mi vida para recuperar a Amber.

A este ritmo, no estaba seguro de si podía seguir adelante sin ella. Con cada segundo que pasaba, ella estaba cautiva. Estaba con el enemigo, y me puse tan nervioso que mis músculos se tensaron al pensar en ella asustada e indefensa, protegiendo a los gemelos con todas sus fuerzas—como lo hizo en la iglesia. Estaría luchando, sufriendo con los detonantes del trastorno de estrés postraumático que fuera su némesis.

Voy por ti, Amber. Créeme. Ten fe. Voy por ti, y te juro por mi vida que nadie volverá a hacerte daño ni a asustarte así nunca más.

28

ÁMBAR

La impotencia de ser más pequeño, más joven y menos que…

Agarró la parte trasera de mi abrigo, gruñendo su impaciencia por el tiempo que me estaba tomando sacar a Henry de su transportín.

No.

¡No!

No, no, no. ¡No!

Sentir su mano en mi ropa era demasiado. No pude superar el desencadenante lo suficientemente rápido. Era demasiado parecido a la noche en que me robaron la inocencia. Cuando aquel hombre entró en mi habitación y me agarró la ropa. Cuando él—

Henry gimió al sacarlo de su transportín. Como si pudiera sentir mi angustia y necesitara «hablarme». Llegar a mí. Conocía sus llantos, pero este no era uno de ellos.

Funcionó, sin embargo. Su pequeño gemido de molestia me sacó de ese horrible pasado y me devolvió al presente. A *ahora mismo* mientras estos dos secuestradores me ordenaban salir del coche.

Yo era lo único que se interponía entre los gemelos y el peligro.

Confían en mí para mantenerlos a salvo, para sacarlos de aquí.

Y no iba a fallarles de esa manera. No podía.

No iba a vivir esa pesadilla de nuevo. No aquí en la acera. No ahora mientras me apresuraba a tener a los gemelos en mis brazos de una vez.

Estos cabrones dejaron fuera de combate al conductor en este robo de coche, y ahora querían que me alejara rápidamente del lugar a pie. Mientras llevaba a ambos bebés. Entre la nieve y el frío.

La rabia me quemaba por dentro, quemando las púas del miedo. No había tiempo para paralizarse y tener miedo. No con ellos a mi cargo.

Fruncí el ceño hacia los hombres, levantando a ambos bebés en mis brazos y envolviéndolos lo mejor que pude con mi abrigo. No era un escudo protector muy eficaz contra estos hombres armados. Pero esperaba mantenerlos lo suficientemente calientes en este frío.

—Muévete, joder —el otro mantuvo su mano en la pistola, pero la ocultó bajo la solapa de su abrigo.

Y esa era una pista que estaba lista para usar.

No quería revelarle al mundo entero que nos estaba secuestrando. Porque estábamos en la ciudad. Peatones, ciclistas y paseadores de perros nos rodeaban. Como la última vez, cuando grité pidiendo ayuda en esa iglesia, sabiendo que haría que Roman y todos los Orlov entraran en la habitación, respiré profundamente. Escudriñando los alrededores mientras caminaba con los dos hombres flanqueándome, abrí la boca para gritar pidiendo ayuda.

El de mi izquierda fue más rápido. Me tapó la boca con la mano y gruñó—. Un solo ruido tuyo y le disparo al chico.

¿Henry?

Mi brazo se apretó alrededor de él de manera refleja ante la amenaza. No podía soportar pensar en que le hicieran daño. O que ninguno de los dos resultara herido.

Pero su advertencia no tenía sentido. La última vez, lo habían querido a él. El hombre que había irrumpido en el cuarto lateral de la iglesia me había ordenado que le diera a Henry. Que le entregara al chico.

Ahora… ¿querían que estuviera muerto?

No tenía sentido. Nada lo tenía. Como cómo habían sabido detener el coche y llevarme. Cómo—

Emily lloró más fuerte, como si se sintiera cada vez más frustrada porque no podía calmarla mientras caminaba a toda prisa por la noche.

La gente nos miraba mientras me apresuraba.

Por favor, deténganlos, pensé al pasar junto a un hombre que llevaba la compra.

Ayúdenme, supliqué mentalmente cuando una mujer mayor nos miró con los ojos entrecerrados mientras abría la puerta de su casa.

—Haz que ese pequeñín se calle, o si no… —me dijo el hombre de la derecha.

—Vámonos —contesté, intentando abrazar a Emily más fuerte y tratar de calmarla con pura voluntad.

—No. Joder, no —dijo el primer hombre—. No vamos a dejarte ir.

—Podríamos perder a estos malditos críos —se quejó el otro hombre.

¡No! Los abracé con más fuerza, desesperada por quedarme con ellos. No iba a abandonarlos. ¡No iba a ponerlos en peligro dejándolos en la acera!

Porque, en el fondo de mi mente, sabía que él vendría. Lo sentía en lo más profundo de mis huesos.

Roman se sentiría sospechoso cuando no apareciera para cenar. Llamaría y lo investigaría. Apuesto a que encontrarían al conductor tirado en la acera y se enterarían. Probablemente intentarían llamarme a mi teléfono y lo encontrarían destrozado en la acera. Los rastreadores en los coches también. Sabía que los tenían, dada la estricta seguridad que manejaban.

Y con toda la gente alrededor, las cámaras por todas partes…

Vendrá.

Tiene que venir.

Mientras no me lleven a otro lugar…

—Cállate a ese niño —dijo el hombre de nuevo, haciéndome apresurarme aún más.

—No puedo. Déjenme ir.

—No. —El otro hombre intentó agarrarme del codo y empujarme más rápido.

—No vamos a arriesgar el culo por la puta de Roman Orlov solo para perderla —dijo el más alto.

¿A mí? Me buscan a mí*.*

Estos hombres, que parecían los que William solía tener como seguridad en sus fiestas, me buscaban a mí, no a los gemelos. Pero… su motivación tenía que ver con Roman. ¿No era William quien exigía mi regreso?

¿Qué?

—No soy nada para Roman. Solo soy la niñera —insistí.

—Buena suerte intentando convencer a alguien de eso —se burló el más alto mientras me empujaba para que entrara más rápido en un edificio. Una puerta oscura se había abierto para nosotros al acercarnos. Era una estructura alta que parecía un complejo industrial o un almacén, pero estaba demasiado agitada para prestar atención. Demasiado ocupada sobreviviendo y protegiendo a los gemelos para saber siquiera hacia dónde nos dirigíamos.

—¡No! —Me eché hacia atrás por instinto, sabiendo que si me movían, las posibilidades de que Roman nos encontrara disminuirían.

—Entra ahí, puta —dijo el otro hombre, empujándome tan fuerte que tropecé en el pasillo sin iluminación. Desequilibrada por sostener a los gemelos, me incliné hacia adelante. Unos brazos se extendieron hacia mí cuando alguien apareció desde otra entrada lateral. Pero mientras esas manos me agarraban y me desequilibraban aún más, grité y perdí el control.

—¡Suéltame!

Otra mano me tapó la boca cuando estallaron los disparos.

Me encogí de hombros, protegiendo a los bebés mientras la persona que me había agarrado dentro del edificio me instaba a salir del pasillo.

—Amber, vete.

¿Sergei?

Entrecerré los ojos y me esforcé por ver. Jadeé e intenté recuperar el aliento para entender que mis oídos no me estaban engañando.

No lo hacían. No podían.

Lo escuché a pesar de los disparos detrás de mí. Más allá de los llantos de Emily y los alaridos de Henry.

Una bombilla tenue sobre nosotros proyectaba suficiente luz para que pudiera distinguir su rostro. El tío de los gemelos estaba aquí.

Era Sergei quien me guiaba fuera del alcance del peligro.

El alivio me golpeó tan rápido que casi me desmayo. Mis rodillas se debilitaron. Las palpitaciones comenzaron en mi corazón. Pero seguí adelante, guiada por el hecho de que la ayuda estaba aquí. Que él estaba aquí.

Me giré cuando llegué a Lorne. Me envolvió en sus brazos en otra habitación. Algunos guardias de los Orlov estaban con él, listos para protegernos a todos.

Y mientras me giraba, mirando hacia atrás en la dirección hacia la que Sergei corrió, divisé a Roman.

Letal.

Furioso.

Con una pistola en la mano mientras la bajaba tras haber matado a los dos hombres que nos habían secuestrado a mí y a los gemelos.

Respirando más tranquila, me deleité con la visión de él, salvándome como el héroe violento que era.

Había venido, justo como yo anticipaba que lo haría.

Había venido, justo como yo había rezado que lo hiciera.

Y ahora, mientras clavaba su mirada oscura en mí y se acercaba hacia mí con determinación, supe que tenían razón.

Era suya.

No de la manera en que ellos lo habían dicho.

No era la *puta* de Roman.

Pero mientras se apresuraba hacia mí con visión de túnel y la mandíbula apretada como si estuviera triturando sus molares hasta hacerlos polvo, vi cuánto más era yo que solo la niñera.

No era simplemente una mujer para calentar su sangre.

Era aquella por la que él mataría.

Con esa mirada vulnerable en sus ojos mientras me observaba, tuve la impresión de que necesitaría revisarme cien veces más antes de relajarse. Que necesitaría asegurarse de que todavía me tenía en su vida.

—Amber.

Corrí hacia Lorne, llevándole a los gemelos mientras él extendía los brazos. Detrás de él, Sergei y otros hombres estaban ocupados junto a los cuerpos.

Apoyándome contra él y ayudándole a sostener a Henry mientras yo tenía a Emily en brazos, reconocí que este era el momento. Ahora ya no tendría que preguntarme más.

Habían entrado como la caballería, no como la policía, y habían manejado la situación por su cuenta.

Con disparos. Con violencia. Con una protección que sabía que siempre podría contar.

Como la mafia.

Me estremecí contra él, disfrutando del calor de su cuerpo. La sólida pared de roca que era su cuerpo firme para que me apoyara. Me rodeó con el brazo, sujetándome con fuerza como si no quisiera soltarme jamás.

—¿Cómo has…? Tragué saliva, mi boca estaba tan seca.

—Los rastreamos tan pronto como pudimos. Son dueños de este edificio, así que hicimos una suposición calculada de que te traerían aquí. Para emboscarlos aquí mismo en cuanto llegaras.

Ellos. Roman y su familia conocían lo suficiente sobre estos hombres como para anticiparse a sus movimientos.

Era demasiado tarde para preocuparme por el choque entre mi pasado y mi presente. No me ayudaría en nada preguntar cómo

podían conocer a alguien del entorno de William. Tenía que seguir el ritmo y aceptar que lo hacían, fueran cuales fueran las circunstancias de esa coincidencia.

Lo miré fijamente. —¿Podemos ir a casa? —pregunté.

Asintió, guiándome hacia afuera. No se apartó de mi lado ni un momento, y agradecí que me llevara hacia su coche, que esperaba en la parte trasera. En cuanto subimos todos, me acurruqué contra él e intenté calmar a Emily. Acariciar su espalda y tranquilizarla con pequeños susurros de que estaría bien parecía ayudar, pero no soltaba mi camisa. Su pequeña mano seguía agarrada al tejido como si fuera un salvavidas.

—¿Te hicieron daño? —preguntó mientras recorríamos la noche.

Negué con la cabeza. —Ni siquiera me tocaron, aparte de empujarme para que caminara más rápido. Tampoco tocaron a los gemelos. —Mientras regresábamos, le conté todo lo sucedido, desde que abrieron la puerta del conductor hasta el momento en que lo vi en aquel edificio.

Escuchó sin interrumpir, y cuando terminé de explicarle, ya estábamos de vuelta en su edificio. El garaje me convenció de que estaba a salvo de nuevo. Que estaba en casa y que ya no corría el riesgo de que me capturaran a mí o a los gemelos. Pero el alivio fue efímero.

Subimos, llevando a los gemelos en brazos. Se habían quedado dormidos durante el trayecto, pero sabía que quizás no durmiesen mucho.

Mientras subíamos en el ascensor, Roman envió un mensaje desde su teléfono y luego me dedicó toda su atención.

La mirada intensa que me dirigió mostraba sus preocupaciones. Lo profundo que esto le había afectado, mezclando miedo, ira y urgencia.

Al entrar en su ático, el silencio entre nosotros se alargó y se prolongó hasta convertirse en una presión incómoda.

—Quizás podamos acostarlos, ya que están dormidos —dijo mientras los llevábamos hacia la habitación de los niños.

—Quizás —acepté. —¿Pero en tu habitación? Creo… Creo que solo me sentiré más tranquila si puedo verlos y escucharlos y…

Asintió, sin discutírmelo.

Los acostamos en la cuna con el mayor cuidado posible. Cuando no se despertaron, me tomó de la mano y me llevó hacia la cama. Se sentó en el borde más cercano a la cuna que compartían. Y mientras me guiaba para sentarme en su regazo, bajé la mirada y cedí a su petición.

Durante un largo rato, simplemente nos quedamos ahí sentados. Respirando. Existiendo. Bajando poco a poco del subidón de peligro y acción que nunca quise enfrentar.

Fue una necedad mía suponer que no lo haría, y con ese hecho sobrio golpeando mi conciencia, dejé de intentar mantener la compostura. Las lágrimas resbalaron por mis ojos, lentas y calientes al principio.

—Todo estará bien —dijo, acariciando mi espalda mientras me acercaba, permitiendo que sus lágrimas mancharan su camisa.

No puedes saberlo.

No puedes estar seguro.

No podía saberlo, porque ignoraba lo que yo sabía. No conocía mi pasado ni mi conexión con los hombres que me habían raptado de la calle con sus hijos.

Y con un dolor agudo en el corazón y una gran dosis de ansiedad gobernando mi mente, tuve que admitir que había llegado el momento de confiar plenamente en él con mi identidad. Tenía que

confesarle que temía que quién era yo siguiera siendo un riesgo para los preciosos bebés que dormían en la cuna a pocos metros de distancia.

29

ROMAN

Amber lloraba suavemente sobre mi regazo. La sostuve cerca, esperando tener la paciencia para ser tierno y permitirle encontrar la paz de nuevo.

Su pecho se elevaba con pequeños sollozos. La humedad de sus lágrimas se extendía por mi camisa. Todo su cuerpo, tan pequeño y delicado, temblaba mientras permanecía quieta, con sus muslos sobre los míos mientras se acurrucaba conmigo.

Si quería consuelo, se lo daría.

Pero si necesitaba seguridad, tenía que escuchar sus secretos. Mi tío tenía razón. Las cosas se estaban complicando demasiado. Su conexión pasada con William Rossen, que era un vínculo indirecto con los Popov, no podía ser algo trivial que simplemente ignoráramos.

Pero dijeron que la querían a ella*. No iban a dejar que* mi *mujer se escapara.*

Eso no tenía sentido.

Si los Popov intentaban llegar a ella porque estaba asociada de alguna manera con William, entonces no habrían dicho eso. Dar una razón para su captura era una pista. Y la querían por sus vínculos con *mí*.

Y eso no me sorprendía. Permitir que una mujer importara era un riesgo que todos teníamos que considerar cuidadosamente. Cuando Mikhail conoció a Claire, tuvo que asegurarse de que el enemigo no pudiera lastimarla. Cuando Sergei conoció a Natalie, Niko Popov jugó con fuego y descubrió lo que pasaba cuando la capturaba. Y finalmente, cuando Andre y Sofía se acercaron, tuvimos que protegerla de su propia familia.

Me estaba tomando mucho tiempo aceptar por completo que Amber *era* mía. Había comenzado como mi niñera, pero era mía en todos los sentidos que importaban. Si no poder imaginar mi vida sin ella significaba que estaba haciendo un compromiso sólido, entonces sí, eso era lo que era. O ella era lo que era para mí.

Si acaso, todo esto era mi culpa. Mi culpa por no reclamarla como mía. Por no anunciar al mundo—a todos nuestros amigos y enemigos—que estaba bajo mi protección.

No es que esté arrastrando los pies por gusto.

No había intentado poner demasiada energía en definir nuestra relación porque aún me faltaban detalles sobre su pasado.

—Estará bien —le dije de nuevo mientras le acariciaba la espalda.

Observando a mi hijo y a mi hija en la cuna, disfruté de la paz de que ellos estaban bien. Y habían estado seguros con Amber cuidando de ellos. De nuevo. Podía confiar en esta mujer con mis hijos, pero necesitaba llegar al punto en que pudiera confiar en ella con mi mundo y lo que implicaba ser mi mujer. Todos los riesgos que eso conllevaba, también.

—No lo está —protestó débilmente.

Con una inhalación profunda pero temblorosa, levantó su rostro hacia el mío. Su cabello castaño estaba desordenado por cómo se había acurrucado contra mí. Con ojos llorosos y brillantes, el verde de sus iris destacaba. Sus mejillas estaban sonrosadas por el llanto, pero mientras levantaba mi mano y apartaba sus brillantes ondas rojas para poder ver su rostro más claramente, me maravillé de su belleza. Lo impresionante que era, sin importar en qué estado de ánimo estuviera.

Asustada. Triste. Feliz. Emocionada. Impaciente o relajada.

Me dejaba sin aliento en todas las olas de sus emociones.

—No está bien, Roman. Esos hombres pusieron en peligro a los gemelos por quien soy —su labio inferior tembló mientras transmitía sus preocupaciones.

Había llegado a la misma conclusión, pero no estaba seguro de si ella tenía el mismo concepto en mente. ¿Por ser quien era para mí? ¿O por ser quien era debido a su pasado, del que estaba siendo reservada?

Continué acariciando su mejilla. —¿Te refieres a por tu asociación conmigo? ¿Y con mi familia? ¿Porque trabajas para mí y porque hemos estado juntos?

Asintió, pero el gesto solo duró un par de segundos. Frunciendo el ceño, se detuvo a mitad de camino y sacudió la cabeza. —No. Eso no.

—¿Entonces qué?

Este era el momento. El momento de la verdad que había estado esperando. El momento en que me dejaría entrar y compartiría su pasado, cualesquiera que fueran esos secretos. Vi la tímida derrota en sus ojos. No podía evitar este tema ahora.

—Porque mi padre adoptivo es William Rossen el Segundo —parpadeó, pero no apartó su mirada de la mía—. Él es… es un

hombre muy rico e influyente. Un… un banquero.

Coloqué mi mano sobre su muslo, sintiéndome jodidamente aliviado de que se estuviera abriendo conmigo. Ya lo sabía, pero ella no era consciente de ese conocimiento. Al abrirse así libremente, me estaba dando lo que quería. Ella *eligió* decírmelo. Confiaba en mí con esto.

—He oído hablar de él —le dije—. Mi familia sabe quién es William Rossen.

Asintió. —Yo… me lo preguntaba. Porque tú eres tan rico como él y me preguntaba si podrías saber de él, pero no conocerlo hasta el punto de ser amigos y socios como lo son esos hombres.

—¿Qué hombres? ¿Los que se llevaron el coche hoy? —Hice lo posible por no revelar demasiado. Que conocíamos a esos Popov. Tenía que saber qué sabía ella sobre ellos.

—Sí —asintió y bajó la mirada, pero la volvió a levantar hacia mí—. Los hombres que se llevaron el coche son como los hombres que William solía tener en su casa. Para fiestas y… reuniones.

¿Reuniones? Sonaba jodidamente vago y de mala manera.

—Y el hombre que irrumpió en esa habitación de la iglesia y se abalanzó sobre mí con los gemelos, pensé que se parecía a los guardias de seguridad que solían estar con los amigos de William —tragó saliva y continuó—. Yo… creo que escuché a uno de ellos también. Cuando estaba en tu oficina esa vez y me hiciste llevar a los gemelos a otra habitación. Creo que escuché una de sus voces, y me recordó cuando vivía en la mansión de William.

Me estaba dando mucho para analizar, pero sabía que esto era solo la punta del iceberg.

—¿Qué más? —pregunté, dejándolo abierto. No podía presionarla. Pero tenía que haber más.

Vaciló, pero no sabía si estaba buscando las palabras correctas o si estaba perdiendo el valor para hablar.

—Me dijiste antes que habías cambiado tu nombre porque querías un nuevo comienzo en tu vida después de algunas cosas que pasaron cuando eras adolescente.

Ella tragó saliva de nuevo y asintió.

—¿Qué cosas?

Ella negó con la cabeza.

—Por lo que veo, cambiaste tu nombre cuando dejaste la residencia de William, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

Por favor. No te cierres. Por favor, háblame.

—No quería vivir allí más. No podía. —Me miró fijamente, con una mirada profundamente perdida—. William me adoptó cuando tenía unos diez años y siempre he estado recelosa de él. Pasé por el sistema, entrando y saliendo de hogares cuando era niña, después de que mis padres murieron cuando era un bebé. Él fue el primero que quiso darme un hogar, y yo sabía que tener un hogar y una familia era bueno. Pero siempre estaba nerviosa cuando estaba cerca de él.

—¿Te hizo daño alguna vez? —pregunté. La rabia amenazaba con consumirme con solo pensar en ese cabrón tocándola y abusando de ella.

—No. No lo hizo. Pero siempre tenía amigos y socios por allí. Y me daban mucha inquietud.

—¿Hombres como los que te secuestraron?

Ella asintió. —Por eso quería huir. Por eso quería una vida nueva y un nombre nuevo. Para escapar de él.

—Amber, ya no eres una niña. Eres una adulta y él no podía obligarte a quedarte allí.

—Era muy controlador. No me dejaba salir de la propiedad y… y… tuve que huir. Por eso estaba tan feliz de empezar a trabajar para ti de inmediato. Aquí, donde tienes tanta seguridad. Pero fui estúpida al pensar que él alguna vez me dejaría ir y estar fuera de su vida. Es obvio que todavía va a buscarme y esperará que regrese a casa. Le pedirá a sus amigos que me busquen y… —Se sonó la nariz y bajó la mirada.

—Esos hombres no se te acercarán de nuevo. —Coloqué mis dedos bajo su barbilla y la levanté hasta que me miró—. Esos hombres pertenecen a la familia criminal Popov.

Ella hizo una mueca leve. —Siempre supuse que tenían que ser mafiosos. —Luego, con más mueca, preguntó—: ¿Tú también lo eres…?

—Mi tío es el Pakhan de la familia Orlov —expliqué sin dudar.

—¿Así que huí de una mafia a otra?

Negué con la cabeza. —No lo hagas. No distorsiones la connotación de quién soy yo y lo que representa mi familia. No voy a discutir detalles contigo, pero creo que te vendría mejor considerar lo que has experimentado desde que estás aquí. Un trabajo. Un hogar. Todas tus necesidades cubiertas. *Seguridad*.

A mí. Me encontraste, Amber.

—Lo sé. —Suspiró y se apoyó en mí—. Yo… lo sé. Y nadie aquí es como ninguno de los matones y mafiosos que William solía tener por allí.

Menos mal.

Por todas esas veces que parecía tan ajena a que fuéramos una familia criminal, no era tan ingenua y simple. Lo entendía. Y, para mi

gran alivio, podía distinguir las diferencias entre nosotros y los Popov.

—Pero como estás aquí, como parte de mi vida y mi hogar, como parte de las vidas de los gemelos y su felicidad —dije, acariciando su espalda de nuevo—, eso te hace parte de nosotros. Y si los Popov piensan que debes volver con William…

—No lo haré. —Levantó bruscamente la cara—. No volveré a vivir con él. Si estos tipos Popov intentan llevarme de vuelta con William—

La besé para calmarla, para no despertar a los gemelos. —Eso no pasará. No lo hará. Quiero darte el mundo, Amber. Haré lo que sea necesario para que te sientas segura. ¿Me oyes?

Ella asintió, y la besé de nuevo.

—Pero mientras William quiera que vuelva con él… —Hizo una mueca, como si la idea la nauseara.

—¿Por qué lo haría?

Se lamió los labios y frunció el ceño. —Porque me adoptó.

—Lo que significa que eres familia —dije, intentando que soltara lo que aún escondía. Tenía que haber algo más—. Quizás podría tener alguna ilusión de que le debes tu vida o algo así, pero este tipo de control no se sostiene por nada. No puede decidir dónde vives y qué haces.

Ella mantuvo la mirada baja. —Nunca estaré segura mientras él esté vivo y pueda exigir mi regreso.

—Eso no es cierto. Estás segura conmigo. Estás segura con mi familia.

Cuando me miró fijamente por un largo momento, quise creer que la había convencido. Pero luego frunció el ceño de nuevo. —Cuando

dijiste que harías cualquier cosa para mantenerme a salvo, ¿lo decías en serio?

Abrí y cerré la boca, ya adivinando hacia dónde iba con esto.

—William es rico y poderoso y tiene amigos peligrosos. Pero tú también. Tú tienes los medios para hacer lo que quieras, y tienes todo… todo un ejército de guardias.

—Amber… —Negué con la cabeza—. No puedo matarlo por ti. No como maté a esos otros hombres que intentaron secuestrarte a ti y a los gemelos.

Su barbilla bajó de nuevo, pero le tomé la cara y la enmarqué para que me mirara. —No puedo matarlo sin desencadenar una guerra más grande entre nuestras familias. La política de la mafia pondría un gran obstáculo en poner un sicario en alguien como Rossen. Tiene la protección de los Popov, y no es algo menor eliminarlo.

Su garganta se tensó al tragar con dificultad. Odiaba la posibilidad de que estuviera decepcionada con mi respuesta. Esta dulce mujer no era sanguinaria en absoluto, y sabía que había preguntado por el bien de su propia preservación.

Pero eso solo hizo que una pregunta ardiera más intensamente, como un neón parpadeante en mi mente.

¿Por qué?

¿Por qué tenía tanto miedo de que William insistiera en que volviera con él?

¿Por qué se preocuparía por lo que su padre adoptivo quisiera cuando ya no era menor de edad?

Ni siquiera le había dado su nombre cuando la adoptó legalmente.

—Eso no significa que permitiré que controle tu vida así. Prometo aplastarlo de otra manera. Sí, para responder a tu pregunta, lo dije en serio. Haré lo que sea necesario para que estés segura.

Ella se sonó la nariz y me miró fijamente.

—Hablaré de esto con mi tío, con Sergei y Andre. Investigaremos esto y estarás a salvo.

—De acuerdo —respondió suavemente.

—¿Hay algo más que puedas decirme? ¿Algo más sobre por qué William sería tan controlador y esperaría que volvieras a su casa?

Esperé conteniendo la respiración mientras ella miraba su regazo.

—¿Amber? —le pregunté después de un largo momento de silencio.

—No puedo volver allí —dijo, negando con la cabeza.

Maldita sea.

Aún se estaba conteniendo. Todavía guardaba secretos.

—No puedo dejarte a ti ni a los gemelos. O la seguridad que tengo aquí.

—No lo harás. —La abracé con más fuerza y la sostuve cerca—. No lo harás —repetí, preguntándome qué haría falta para que me contara lo que parecía ser el resto de su secreto.

30

ÁMBAR

Roman me abrazó toda la noche.

Me quedé dormida en sus brazos. Fue un sueño profundo, uno que necesitaba después de todo lo ocurrido.

El infierno de adrenalina al darme cuenta de que me estaban secuestrando. El pánico de intentar proteger a Emily y Henry. El TEPT que me golpeó tan fuerte cuando ese hombre se paró detrás de mí.

Aunque eso no fue todo lo que me agotó.

Todo lo que ocurrió aquí, después de que regresé al penthouse y pude desahogarme con Roman. Eso también fue intenso. El miedo me envolvió cuando di el salto de fe al contarle sobre William. Mi estómago se retorció cuando le expliqué cómo esos hombres me estaban buscando.

Durante todo eso, él me abrazó y me consoló. Me dejó llorar sobre él. Me escuchó sin juzgarme.

Me desperté y me estiré ligeramente, intentando no despertarlo ahora.

Lo registré vagamente en medio de la noche cuando me dijo que se ocuparía de los gemelos cuando se despertaran. Y acepté su ayuda. Entre el susto, el trauma y la difícil confesión, estaba demasiado agotada para levantarme y ayudarlo a alimentarlos o conseguir que se volvieran a dormir.

Él seguía durmiendo, y yo lo miraba maravillada en la cama conmigo.

Que estaba declarando que podía quedarme. Que haría todo lo posible para protegerme.

¿Incluso matar a William?

El pensamiento había entrado en mi mente tantas veces. Lo había soñado y deseado en cada estrella que mi padre adoptivo estuviera muerto. En el sentido de querer sobrevivir y no estar encerrada en su casa, sometida a su negligencia y desprecio, quería que desapareciera. Muerto. Que ya no pudiera hacerme daño ni manipular mi mente.

Roman ni siquiera parpadeó cuando insinué que quería que William fuera eliminado así. No se burló ni se rió de mí. No retrocedió con asco o sorpresa. ¿Y por qué lo habría hecho? Admitió lo que yo había estado sospechando. Él era parte de una familia del crimen, así que sí, tenía sentido que la sugerencia de matar a alguien no lo hubiera dejado estupefacto.

Había matado a otros en nombre de protegerme a mí y a los gemelos.

Pero tenía que trazar una línea en matar a William por mí.

Suspiré, deseando que hubiera alguna manera de escapar de mi pasado. Pero eso ni siquiera era todo. Me ahogué y no pude compartir las palabras feas sobre *por qué* William probablemente estaba desesperado por reclamarme.

Simplemente acepta lo que puedas.

Admiré su perfil rudo, esa leve barba que cubría su mandíbula delgada. Todos los ángulos marcados de su rostro. El constante subir y bajar de su pecho cincelado mientras dormía.

Acepta que has tenido todo este tiempo lejos de William, este tiempo para aprender lo bueno que puede ser estar con alguien como él*.*

Y lo hice. Me iba tan bien con Roman, capaz de amar a sus hijos, seguro estar en paz en su penthouse sin preocuparme por cómo pagar lo básico en la vida.

No sé qué habría hecho sin ti.

La gratitud inundó mi corazón, y supe que nunca podría encontrar las palabras adecuadas para hacerle entender que él era mi héroe. Mi protector. Mi asesino.

Sonreí mientras me acercaba más.

Probablemente siempre fracasaría al encontrar las palabras correctas para expresar completamente lo agradecida que estaba por él.

Pero puedo enseñarte…

Deslizándome por la cama con cuidado, me metí más bajo las sábanas. Me arrastré junto a su cuerpo hasta llegar a sus pantalones cortos para quitárselos de las caderas.

Mordiéndome el labio, observé su rostro por cualquier señal de que se estaba despertando. Me esforcé por escuchar si los gemelos estaban a punto de despertarse también. Porque quería darle *a él* un despertar de un tipo particular.

Su polla emergió de la tela. Dura, firme y marcada con venas. Me humedecí los labios mientras continuaba revelando su erección. Mi boca se hizo agua por probarlo de nuevo.

Y solo podía esperar que le gustara esta sorpresa. Este gesto de gratitud.

En el momento en que cerré mis labios alrededor de la punta de su polla, él se movió. Un leve movimiento de sus caderas indicó que ya no estaba completamente dormido, pero no me detuve ahí. Rodear la punta carnosa con mi lengua me valió un gruñido bajo. Cuando abrí más mis labios y me hundí sobre él, él deslizó sus manos en mi cabello. La caricia de sus dedos en mi cuero cabelludo casi me hizo estremecer de placer, pero fue la sensación de él dentro de mi boca lo que me hizo tararear de satisfacción.

Y eso hizo su efecto. Se despertó completamente entonces. Sentándose un poco y mirándome, la somnolencia desapareció de sus ojos. —¿Qué estás haciendo?—

Solo le sonreí, sin apartar mi boca de su polla.

—¿Ámbar?— Parecía sorprendido, pero no alarmado.

Arrastré mi lengua por la parte inferior de su pene antes de soltarlo. —Solo te estoy diciendo buenos días—.

—Mmm—. Mantuvo sus manos en mi cabeza pero no me presionó para continuar. En cambio, me miró con una expresión aturdida pero curiosa en su rostro. Si estaba tan pensativo, estaba pensando demasiado. Y si estaba pensando en absoluto, no estaba haciendo esto bien. Normalmente se convertía en un cavernícola, haciendo todo lo posible por no follar mi boca demasiado fuerte cuando me arrodillaba ante él.

Me volví a inclinar y pasé la punta de mi lengua por la parte superior de su glande. —Y gracias—.

Mientras volvía a hundirme sobre él, frunció el ceño.

¿Qué?

¿Qué pasa?

¿Esto no está bien?

Me dejó balancearme sobre su miembro una vez más antes de hacer un movimiento brusco y sentarse completamente. Con ese movimiento, bajó las manos hasta mi cabeza, luego las deslizó aún más bajo mis axilas.

Un chillido se aguantó en mi garganta al ver lo rápido que me levantó y me colocó de nuevo en el colchón a su lado. No se detuvo allí, sino que continuó hasta que yo quedé boca arriba y él se inclinó sobre mí, sujetando mis manos por encima de mi cabeza.

—¿*Gracias*? —susurró con voz ardiente.

Asentí.

—¿Qué diablos significa eso? —exigió en voz lo suficientemente baja como para no despertar a Emily o a Henry, pero lo bastante firme para que supiera que no estaba contento.

—Yo… —fruncí el ceño, confundida por cómo había metido la pata. —Quería complacerte. —Intenté encogerme de hombros, pero no podía con mis brazos levantados. —Quería recompensarte por rescatarme.

Él entrecerró los ojos y gruñó, moviéndose sobre mí con más fuerza para inmovilizarme por completo. No era fácil ignorar la presión de su miembro contra mí, pero la seriedad en su mirada me preocupó.

—Amber. —Se lamió los labios y exhaló un aliento exasperado. —Aprecio tu gratitud, que no es necesaria. Nunca.

Tragué saliva, aún sin entender cómo podía estar tan irritable.

—Pero preferiría tener tu honestidad —dijo.

—¿Mi… mi honestidad? —¿Acaso lo que le había contado la noche anterior no era suficiente? —¿Me estás llamando mentirosa?

—No. No tendría motivos para llamarte mentirosa, ¿verdad?

Mierda.

Me encogí.

—A menos que todavía estés ocultándome algo y no me hayas contado toda la verdad sobre tu situación. —Me lanzó una mirada firme, y eso me intimidó. No tanto por temor a que se enfadara, sino quizás porque estaba cansado de jugar algún tipo de juego conmigo.

—Lo hice.

—¿No hay *nada* más que no me hayas contado que sea relevante para tu situación con William Rossen?

Lo miré fijamente, demasiado asustada para compartir la última parte. Lo peor. Ese pedazo de mí que siempre contaría la historia de cómo era una chica dañada. No libre de ser suya o de nadie más. Nunca.

—Tal vez como *por qué* Rossen podría estar motivado para llegar tan lejos con tal de llevarte de vuelta a su casa —no como una *hija* adoptiva, sino como una mujer adulta e independiente que debería poder hacer lo que quiera con su vida.

—Mientras él siga vivo, nunca podré hacer lo que quiera con mi vida.

—¿Por qué? —presionó, dándome una mirada suplicante que me partió el corazón.

—Porque…

Solo díselo.

Adelante.

Acaba de una vez.

Si quería aferrarme a la idea de un futuro aquí, él tenía que saberlo tarde o temprano. No podía dejar que este secreto siguiera atrapado dentro de mí, carcomiéndome por siempre.

—Porque cuando tenía unos diez años, uno de los amigos de William se coló en mi habitación y me violó.

Tragué saliva, obligándome a no llorar.

El rostro de Roman permaneció serio e intenso mientras me miraba.

—Su amigo entró en mi habitación y… y me violó. William estaba furioso porque yo era *una mujer dañada*. —Ignoré el escozor de las lágrimas en mis ojos y el temblor de mis labios mientras hablaba. —Me había adoptado para darme a alguien más. Pero su amigo lo arruinó, ayudándose a sí mismo conmigo. William le dijo que ahora tenía que llevarme, ya que yo ya no valía nada para él.

—Joder. —Roman gruñó e invirtió nuestras posiciones. Quedó boca arriba conmigo encima, abrazándome con fuerza, sujetando mi cabeza con su mano.

—Con el tiempo me di cuenta de que William solo me había adoptado para venderme a uno de sus amigos. Y como ya no era virgen, nadie me quería por el precio que él pedía.

—¿Te dijo eso?

—Me dijo que no servía para nada después de aquel incidente. Capté los detalles mientras vivía allí y me escondía cerca de mi habitación.

—Entonces ¿por qué te mantuvo allí? ¿Por qué sigue intentando retenerte? —preguntó, acariciando mi espalda, tranquilizándome.

—Porque hizo que su amigo, el que me violó, accediera a llevarme. —Me aclaré la garganta. —Sin embargo, ese hombre fue arrestado. William no me dijo nada, pero escuché fragmentos. Parecía que me mantenía con él hasta que su amigo saliera en libertad condicional para que pudiera ser pagada y recogida.

Permaneciamos allí en silencio durante tanto tiempo que mi preocupación se triplicó.

—Di algo —supliqué, intentando no llorar. Este era mi secreto más oscuro. Mi mayor vergüenza. Y temía que ya no quisiera saber nada de mí.

—¿Te estaba reteniendo hasta que pudiera entregarte?

Asentí, frotando mi mejilla contra su pecho. —Esa era la única razón. Al principio, cuando le pedía que me dejara ir o que me explicara por qué había sucedido aquello, me repetía que era lo que merecía. Que le debía por haberme adoptado.

—Maldito cabrón. —Negó con la cabeza mientras yo me levantaba para mirarlo.

—Lo siento, Roman. Y siento no habértelo contado antes. Estoy tan avergonzada y odio estar dañada a—

Él gruñó de nuevo, volteándome para que quedara boca arriba e inclinándose sobre mí. —No estás dañada. No lo estás, Amber. Eres la bondad que solo podía soñar con tener en mi vida.

Contenía las lágrimas mientras mi corazón se llenaba de amor.

—Escúchame y créeme cuando te digo que él *nunca* volverá a lastimarte. —Bajó la cabeza por un momento y soltó un suspiro profundo antes de mirarme de nuevo. —No le debes nada. Tampoco me debes nada a mí. ¿Entiendes? Eres… —Apretó los dientes. —Nunca más tendrás que temerle.

Mi corazón se encogió al escuchar sus palabras. ¿No le debía nada? ¿Qué significaba eso? ¿Que él ya no quería comprometerse conmigo? ¿Y nunca a largo plazo?

Me costaba aceptar que todavía me viera como algo prescindible. Pero me aferré a la realidad de lo que también había jurado. —¿Cómo puedes saberlo? Dijiste que no puedes matarlo.

—Encontraré otra forma de hacer justicia, Amber. —Besaró mi frente. —Lo juro.

31

ROMAN

Aquella mañana marcó el inicio de un nuevo capítulo de mi vida. Una nueva fase de lucha, una como nunca antes había experimentado.

En lugar de negociar acuerdos y reestructurar planes con enemigos, funcionarios gubernamentales o proveedores, estaba ideando cómo poner fin al sufrimiento de Amber. Eliminar la posibilidad de que Willian Rossen volviera a hacerla preocuparse.

Después de que se sincerara conmigo, Emily se despertó. Henry no tardó mucho en seguirla. Ambos dejamos el tema de lado mientras les cambiábamos los pañales y les dábamos de comer. Trabajando como compañeros, como de costumbre, les dimos prioridad y les preparamos para la mañana.

Pero una vez que estuvieron en sus sillitas saltarinas y sonriendo, me vestí y me preparé para salir.

—Voy a reunirme con el tío Mikhail —le dije.

—¿Para hablar de…? —Frunció el ceño, incapaz de terminar la pregunta.

—Para hablar del capullo que cree que puede controlar un solo segundo de tu futuro —respondí con gravedad.

Ella asintió y se mordió el labio, pareciendo insegura de que yo llevara la conversación con alguien más.

—Mira, sé que no fue fácil para ti contarme eso, pero me alegro de que lo hicieras. De que pudieras confiar en mí con tu secreto. Pero no puedo manejar esto solo. No quiero hacerlo, porque si dejo que mi ira me controle y actúe por mi cuenta para derribarlo, arriesgo crear más problemas y atraer más peligro para mi familia.

Ella bajó la mirada, pero le cogí la barbilla y la levanté. La triste expresión en su hermoso rostro me partió el corazón en dos.

—No estoy diciendo que tú seas una amenaza para nosotros. Pero necesito abordar esto de manera adecuada para evitar causar una guerra innecesariamente.

—Gracias —respondió tímidamente.

Le besé la frente y me di la vuelta para salir.

El tío Mikhail y Andre ya estaban juntos en la oficina de mi tío. Cuando llegué, le envié un mensaje a Sergei para que también viniera.

El tío Mikhail, Andre y yo aprovechamos el tiempo de espera para Sergei de manera inteligente. Me actualizaron con noticias sobre lo que había sucedido ayer. Maxim, el conductor, estaba bien. Solo lo habían sedado y dejado inconsciente, no lo habían lastimado. Preguntaron cómo Amber y los gemelos estaban llevándolo, y fui vago al respecto. También confirmaron que la limpieza estaba yendo bien.

—He estado esperando para hablar contigo sobre cómo deberíamos responder —dijo el tío Mikhail—. Estabas ocupado con ellos anoche. Pero esta mañana, necesitamos planear un ataque para enseñarle a Niko Popov la lección que no aprendió la última vez. Que nadie se

lleva a uno de los nuestros. Su mirada furiosa no se enfrió cuando mi hermano entró en la habitación.

—Precisamente de eso he venido a hablar —asentí a mi hermano como saludo mientras se sentaba.

—Amber se abrió anoche conmigo sobre su conexión con los Popov. Con Willaim Rossen —dije—. Y esta mañana, explicó aún más.

Con cuidado de no omitir ningún detalle pertinente, les conté todo lo que ella me había dicho. Como él la había adoptado, cómo su amigo o socio la había violado. Luego, cómo William la había estado reteniendo todo este tiempo para cuando su amigo fuera puesto en libertad y pudiera finalizar la transacción por Amber.

No se sorprendieron, no con todas las noticias que habíamos estado escuchando sobre los Popov volviéndose más elaborados con sus esquemas de tráfico.

Al final, sin embargo, no estaba claro qué podíamos hacer sin provocar una guerra.

—Rossen ha estado involucrado con ellos durante décadas —dijo el tío Mikhail—. Si lo tocamos, Niko declarará una guerra total.

Asentí. Con la expansión de la familia, una guerra abierta era lo último que queríamos o necesitábamos. Hacía poco que habíamos atacado duramente a la Familia Giovanni.

—¿Quién es este "amigo" que se supone que va a conseguir a Amber? —preguntó Andre, tocando su móvil.

—Ella no lo sabe —respondí.

—¿No lo sabe o no quiere decirlo? —preguntó Sergei.

—No creo que lo sepa —dije—. Pero puedo preguntarle. Creo que entiende que la ayudaré y resolveré esta situación, pero necesito todos los detalles posibles para hacerlo.

—Investigaremos esto —decidió finalmente el tío Mikhail—. No puede salir del edificio.

Suspiré irónicamente. —Dudo que quiera hacerlo después de lo que pasó ayer.

Asintió. —Mientras intentamos averiguar cómo abordar esto, estará más segura en tu edificio.

Lo discutimos durante horas, y me alegré de que ninguno me pusiera en aprietos preguntándome si estaba seguro de esto. Seguro de ella. Mezclar emociones en esto era lo último con lo que quería lidiar. No hablamos de eso. Simplemente nos pusimos manos a la obra.

Sin embargo, después de salir de allí, sintiéndome confiado de que mi familia estaba de mi lado mientras explorábamos opciones, volví hacia mi edificio. Lorne me acompañó a mi oficina cuando regresé y encontré a Amber durmiendo en el sofá y a los mellizos descansando en sus cunas.

Así fue como continué con la cruzada. Con mi asistente y un especialista en tecnología que revisaría registros y piratearía cualquier cosa a la que necesitáramos acceder. Descubrir quién se suponía que iba a "conseguir" a Amber era un paso imperativo para una solución permanente.

William Rossen sería un desafío porque los Popov lo protegían. Pero Niko Popov también había estado buscando problemas, metiéndose en nuestros asuntos. En resumen, cualquiera que amenazara a mi sangre tendría que responder por ello. Y esta era la segunda vez que sus hombres asustaban a mi hijo y a mi hija.

Pero ocuparse de este supuesto comprador o amigo de William era necesario.

No podía permitir que *ningún* hombre en la faz de la tierra pensara que podía comprar a Amber. Que se esperaba que completara una transacción por ella después de haberla violado.

—Oye, creo que es un plan sólido —dijo Lorne después de proponer algo, levantando las manos mientras se encogía de hombros—. Revisas los registros de la prisión, encuentras al cabrón y organizamos un ataque desde dentro. Quizás después de que alguien le dé una paliza. Ya sabes cómo tratan a los pederastas entre rejas.

Asentí en acuerdo.

—Dale el mismo trato que le dio a… —frunció el ceño, sacudiendo la cabeza y cortándose. Ni siquiera pudo decir las palabras, tan enfurecido por lo que Amber había sufrido hace tanto tiempo—. Mejor aún, quizás yo mismo pueda encargarme del ataque —gruñó.

—De una forma u otra, sus días están contados. —No me importaba con quién estuviera William en negocios. Ningún partido, ningún trabajo, ningún gobierno o país podría proteger al cabrón que había violado a la dulce mujer que quería mantener para siempre.

Sergei entró después de llamar a la puerta, dejándose entrar. —Parece que la noticia se está extendiendo rápido —anunció mientras cerraba la puerta tras él—. Uno de los espías cerca del territorio de los Popov escuchó algo hace un rato.

—¿Ah, sí? —arqué las cejas hacia él. Habría sido raro si no estuvieran hablando después de que hubiera matado a dos de sus idiotas que habían llevado a Amber y a los mellizos con aquel incidente de robo de coche.— ¿Qué se dice por ahí?

El rostro de mi hermano estaba frío cuando se volvió hacia mí. —Dicen que William se está impacientando con los Popov porque intentan devolverle a su "hija". Planea ser más directo. Porque "la compró" y ella le pertenece.

Solté una risa oscura y breve. —Estúpido de mierda… —torcí los labios, tan enfurecido que ni siquiera podía hablar. Las llamas de una furia ardiente corrían por mis venas.

Amber no pertenecía al desgraciado que la había adoptado solo para abusar y aprovecharse de ella, dejándola sin nadie.

Ella me pertenece a mí.

—Eso nunca sucederá. —Dejé que mis labios se curvaran en disgusto mientras imaginaba matarlo con mis propias manos. Haría cualquier cosa. Haría todo lo posible para asegurar su felicidad y bienestar después de todo lo que había pasado y de todo lo que había podido hacer por mí. Como iluminarme con plenitud y amor.

Mi adorada pelirroja volvería con William Rossen sobre mi cadáver.

32

ÁMBAR

Roman llegó a tiempo para cenar conmigo. Aunque sabía que estaba muy ocupado—por mí—me gustó poder verlo y tener la oportunidad de hablar con él de nuevo. Deseaba desesperadamente escuchar lo que pensaba de mí ahora, porque esperaba no haberme adelantado demasiado al asumir que no querría tener nada que ver conmigo después de conocer mis secretos.

Desde que me abrí y compartí mi pasado, he luchado contra la preocupación de que me juzgaría. Si me odiaría por llevar mis problemas a su puerta.

Sofía me dijo que eso era una tontería. Vino a visitarme alrededor de la hora del almuerzo. Cuando entró y me abrazó de inmediato, no solo un abrazo de saludo sino uno profundo de consuelo, supe que ella lo sabía.

—¿Ellos, eh… te lo contaron? —pregunté incómoda.

Me sentí expuesta al darme cuenta de que *todos* lo sabrían. Natalie, Claire, Anya. Incluso los guardias y los conductores que se supone que debían pasar desapercibidos. Que me verían como alguien dañado y usado.

—Andre me lo contó. Y dijo que Roman pensaba que te beneficiaría no estar sola hoy. Para no rumiar y quedar atrapada en tus pensamientos sobre todo esto.

Me reí levemente. —Me conoce bien.

Ella me dio una sonrisa sombría mientras dejaba a Esme en el suelo. La dulce niña dormía plácidamente en su portabebés, que Sofía desabrochó del cochecito. —Y ahora espero tener la oportunidad de conocerte mejor también. —Admitió que había notado lo nerviosa que parecía a veces. Pero antes de que pudiera sentirme más avergonzada por lo bien que todos habían logrado leerme, me distrajo contándome cómo *ella* había formado parte de esta familia.

Parecía que ahora que el gato estaba fuera de la bolsa, se entendía que yo sabía que eran una familia mafiosa. Sofía aprovechó eso, sintiendo que no tenía que medir sus palabras. Porque compartió—con detalle—cómo llegó al edificio de Andre y cómo se convirtió en su esposa.

—Así que no, no tienes ningún motivo para preocuparte por llevar peligro a su puerta. Ni siquiera sabías quiénes eran. No intentabas engañarlos. A diferencia de mí. —Se rió levemente con una mueca sarcástica. —Si yo pude ser perdonada y aceptada, tú también lo serás.

Pasamos horas juntas. Anya también vino por un rato, y en ese momento no me preocupaba tanto que supiera mi secreto.

No hubo juicio por parte de ellas, y estaba tan agradecida por eso.

Pero solo podía preocuparme por lo que Roman diría cuando llegara a casa. Si su tío querría arriesgar a sus hombres o recursos por mí. Si estaría condenada a temer a William para siempre.

Por eso, cuando Roman y yo nos sentamos a cenar con los gemelos balbuceando felices y jugando con su comida mientras estaban atados a sus tronas, no sabía qué decir. Qué podía preguntar.

En cuanto nuestros ojos se encontraron, él suspiró y habló. Realmente me conocía tan bien, capaz de intuir cuando me costaba abrir la boca.

—Mikhail recibió noticias de Niko Popov de que William insiste en tu regreso.

Bueno, eso lo resumía todo hasta ahora. Bajé la cabeza y gemí.

Cuando levanté la vista, la sonrisa satisfecha de Roman me confundió.

—Eso no es bueno —respondí cautelosamente.

Él se encogió de hombros. —Lo que es aún peor es que le hayan avisado al IRS para que lo auditen. Para que lo auditen *a fondo*.

—¿Tú… puedes hacer eso? —pregunté boquiabierta.

—Para empezar. El dinero llega lejos. Rastrearlo es una forma infernal de señalar culpas. Tenemos contactos por toda la ciudad para hacer eso y mucho más. —Puso su mano sobre la mía y la apretó. —Si bien sería mucho más satisfactorio matarlo lentamente, tendré que conformarme con otras formas de derribarlo.

—¿Funcionará que lo auditen? Debe tener tanto dinero de todo lo que hizo con los Popov y esa red de tráfico. Porque ahora puedo ver que eso era lo que siempre hacían con esas mujeres drogadas…

Él asintió. —Es un comienzo. Pronto se dará cuenta de que ningún lugar estará a salvo de nosotros. Y tarde o temprano, aplicaremos presión para que los Popov piensen dos veces antes de protegerlo.

—Guau. —Parpadeé. —Estoy… sin palabras.

—Me alivia que tengamos un comienzo. Y que aún hagamos más progresos. Es solo el principio, Ámbar. El principio de su fin.

Me quedé sentada, mirando mi plato. Me había dejado sin habla. Me había impresionado. Esto era todo lo que había soñado. Todo lo que había querido—ser librada del abuso y control de William.

Casi parecía demasiado bueno para ser verdad, surrealista y solo un sueño.

—¿Ámbar?

Giré la cabeza para mirarlo. —¿Hmm?

Él sonrió y señaló mi plato con el tenedor. —Come.

—No estoy segura de poder. Estoy tan sorprendida, impresionada y abrumada de que esto esté pasando. Y—

—Come —me recordó nuevamente. —Necesitarás fuerzas.

Fruncí el ceño pero tomé el tenedor. —¿Para qué?

—Para que te muestre toda la noche que perteneces a *mí*. A nadie más.

Un escalofrío recorrió mi piel por el tono posesivo y hambriento de su voz. —¿Quieres decir…

—Toda. La. Noche. —Me miró lentamente de arriba abajo, arrastrando su mirada hambrienta por todo lo que podía ver de mí mientras estaba sentado a mi lado en la mesa.

Se me cayó la mandíbula de nuevo. —Espera. ¿Quieres decir que no me ves como alguien dañada? ¿Y realmente… todavía me quieres después de lo que te he contado?

Él respondió inclinándose y besándome profundamente. Saboreé el vino en sus labios, el calor de su deseo. Justo cuando me derrumbé contra él, sin aliento y deseando más, él se apartó.

—No estás dañada. Eres demasiado *buena* para mí—

—¿Demasiado buena para ti? —exclamé incrédula.

Me besó con fuerza de nuevo. —Eres demasiado buena para mí, Amber. Y siempre querré que me elijas como tu futuro. Siempre me

sentiré como el hombre más afortunado del mundo por haberme escogido para estar en tu vida.

Esta vez, fui yo quien lo besó, hambrienta de demostrar que lo elegía cada segundo del día. Montándolo, renuncié a seguir cenando. Su polla presionaba mi centro. Sus manos agarraban mi espalda y mi trasero. Y si hubiera tenido un poco más de sentido común, me habría dado cuenta de que lo estaba frotando en la mesa del comedor donde cenábamos con sus gemelos.

Recuperó el aliento, mirándome con fuego en sus ojos. —Por favor, dime que Emily y Henry se cansarán y se irán a la cama pronto.

Escuchar la necesidad ronca en su voz me excitó aún más.

Los miré. —Creo que podríamos persuadirlos y animarlos a irse a la cama tan pronto como terminemos de recoger la cena.

Y eso fue lo que hicimos. Nos apuramos a limpiar la mesa y bañar a los gemelos. Ambos les leímos un cuento y los mecimos, y juré que eso solo hizo que lo deseara más. Ver a este sexy padre soltero, a este poderoso hombre de la mafia, siendo tan dulce y tierno con sus bebés me abrió el corazón de par en par, llenándolo de amor.

Dejé a Emily primero, ya que se había dormido antes que su hermano. Cuando me disponía a salir de la habitación mientras Roman sostenía y mecía a un Henry con los ojos lentamente cerrados y cara de sueño, agarró mi mano y la apretó. —No pienses en dormir —me susurró.

Sonreí tímidamente y salí. Para cuando llegué a su habitación y me quité las zapatillas, él ya estaba allí, rodeando mi cintura con sus brazos desde atrás y besando mi cuello.

—Roman… —suspiré su nombre, cerrando los ojos mientras me guiaba hacia la cama.

—Dilo otra vez —me quitó la camiseta, aún empujándome hacia adelante—. Dilo así.

Me giré, levantando los brazos para enlazarlos alrededor de su cuello, deleitándome en el contacto ardiente de su pecho contra mis pechos desnudos. Me había saltado el sujetador. Parecía que había empezado a desabrocharse la camisa mientras entraba detrás de mí, después de haber acostado a su hijo.

—Roman —susurré contra sus labios antes de besarlo firmemente. Separó los labios para dejar entrar mi lengua, y gemí mientras la chupaba, provocándome hasta volverme loca por él. Mis pezones ansiaban su toque, ya tan sensibles por la fricción de su pecho duro rozándolos. El líquido entre mis piernas goteaba, mi excitación tan pegajosa y resbaladiza en mis muslos.

Gruñó en mi boca mientras me robaba el aliento. Entre su guía constante hacia la cama y la velocidad con la que nos quitaba la ropa, me sentí como si estuviera bajo un hechizo. Transportada fuera de la realidad y de todos los problemas del presente hasta que pudiera simplemente estar con él.

Para sentir todo de él, la dureza de su cuerpo desnudo mientras me llevaba a la cama. La necesidad feroz en su agarre mientras agarraba mi trasero o rodaba mis pezones con sus dedos o frotaba su polla sobre mi entrada.

—Roman… —gemí mientras me bajaba al colchón—. Te necesito…

Sentí su sonrisa contra mi boca mientras nos rodábamos. Así estirado en la cama, su polla sobresalía y apuntaba hacia mí. Me subí sobre él, maravillándome de cómo me deseaba, a pesar de todo lo que le había contado. A pesar de…

—Amber —se sentó, jalándome sobre su polla—. No. No hagas eso.

Arrugué la frente.

—No pienses que lo que te pasó te convierte en alguien que yo no querría —acarició su polla y tomó mi mano para ponerla sobre él—. ¿Esto parece que no te quiero?

Sacudí la cabeza, viendo cómo mis dedos se cerraban alrededor del grueso tamaño.

—¿Esto parece que no te necesito? —preguntó mientras empujaba hacia arriba.

Volví a sacudir la cabeza.

—Entonces cree en esto —me tomó la cara mientras alineaba su polla para tomarlo profundamente dentro de mí.

—Cree en *nosotros* —apretó los dientes mientras lentamente me hundía sobre él. Por completo. Cada centímetro largo y duro de él rozando mis paredes internas. El estiramiento me dio un familiar cosquilleo de incomodidad que rápidamente se transformó en placer líquido.

—Oh, Roman… —cerré los ojos mientras aceptaba su abrazo. Se sentó conmigo encima de él, y simplemente sostenerme cerca sanó las piezas rotas de mi alma.

—Crees en nosotros. Tú y yo. Justo aquí.

Asentí, moviendo la cabeza para besarlo. Mientras lo montaba, levantándome y sentándome lentamente de nuevo, disfruté del círculo seguro de sus brazos alrededor de mí. El empuje profundo de su polla dentro de mi coño. Cada parte de este hombre aceptándome tal y como era, un desastre lleno de defectos.

—Corre por mí, Amber —dijo entre besos codiciosos mientras yo rebotaba sobre él—. Corre por mí.

Su voz fue la señal. Solo escucharlo decirme que me rindiera, que cediera y que me dejara llevar fue el truco que necesitaba. Pero cuando estallé y mi orgasmo me golpeó con toda la intensidad que este hombre podía invocar, cerré los ojos y supe que no era ningún truco. Aquí no había manipulación ni conquista entre nosotros.

Y no era *solo* sexo. No lo había sido. Mientras soportaba ola tras ola de placer, temblando cuando él empujaba hacia arriba con fuerza

una última vez para disparar su semen caliente dentro de mí, me pregunté si alguna vez había sido *solo* sexo. Si lo que habíamos estado haciendo todos estos meses no era más que algo físico.

Porque mientras recuperábamos el aliento y él me abrazaba cerca, sentí en mi corazón que tenía una perspectiva diferente de cómo iba esto.

Te quiero.

La cruda verdad floreció en mi mente, creciendo rápidamente y echando raíces, pero la guardé para mí.

Fomenté la posibilidad de que esto no fuera solo satisfacer una necesidad, sino algo mucho, mucho más.

Como el amor.

Un compromiso real y duradero que ninguno de los dos sería capaz de abandonar, sin importar los obstáculos y peligros que nos esperaran.

Te quiero, Roman…

Y rogué que algún día él también pudiera quererme.

33

ROMAN

Poner presión a William Rossen fue un buen primer paso. Mi tío Mikhail fue directo al plantear cómo podríamos ir tras él, pero tenía que hacerlo con cuidado para evitar una represalia de los Popov.

—Si pudiéramos usar esto como excusa para limpiarlos de la ciudad de una puta vez… —murmuró después de que nos reunimos de nuevo un par de días más tarde.

Sergei gruñó. —Estoy totalmente de acuerdo —dijo con ironía.

Por supuesto que lo estaría. Todos odiábamos a los Popov por principio. Pero cuando secuestraron a Maisie antes de que Sergei la aceptara oficialmente como su hija, incluso antes de que se casara con Natalie, ya había probado lo que era lidiar con Niko Popov metiéndose con nosotros.

—Pero creo que esto está funcionando —dijo Andre—. Por ahora. —Asintió mientras revisaba sus correos electrónicos. —También me pondré en contacto con nuestro informante en la prisión.

Mi tío Mikhail se frotó la barbilla, reclinado en su gran sillón de la oficina. Owen dormía sobre él, el niño todavía era lo suficientemente

pequeño como para caber contra su padre cuando estaba especialmente molesto y Claire necesitaba un descanso. Mantenía una mano sobre la espalda de Owen, asegurándolo en su lugar, y no pude evitar sonreír. Podía verme haciendo lo mismo con Henry o Emily cuando fueran mayores y aún quisieran estar cerca de mí en mi oficina.

O con cualquier otro niño…

Podía imaginarme a una hija pelirroja y traviesa intentando seguir el ritmo de Emily y Henry. O quizás otro niño. O—

—Solo hay un número limitado de prisiones que revisar aquí —dijo Andre, sacándome de mis fantasías. Estas seguían apareciendo con más frecuencia. Desde que Amber se abrió a mí y compartió los secretos que sabía que había estado guardando, me estaba enganchando a la idea de pasar para siempre con ella. A confiar en que ella era la indicada y que establecerme con ella era lo que había estado esperando toda mi vida.

—Las internacionales pueden llevar un poco más de tiempo —añadió —. Factible, pero más tedioso.

Sergei y yo nos levantamos para irnos, ambos solo habíamos pasado por una reunión esa tarde.

—Dondequiera que esté el cabrón, lo acabaremos —dije, más que dispuesto a hacer el trabajo yo mismo. La idea de Lorne de que alguien se encargara del golpe tras las rejas era buena, pero encontrar al tipo que violó a Amber hace una década era complicado. Había muchos años que revisar. Habíamos tenido más suerte escudriñando toda la información financiera de William, cortesía de nuestro buen amigo colocado en un puesto alto en el IRS. Pero todavía eran más de diez años atrás.

Expresé mi frustración a mi hermano mientras salíamos de la oficina de mi tío Mikhail, pero Sergei no perdía la fe.

—Lo encontraremos. Solo es cuestión de ver quién fue condenado por qué y comparar el momento de los crímenes con la sentencia de prisión.

—Además de ver quién está en libertad condicional —añadí.

—Sí. También eso. Correlacionar la línea de tiempo de la prisión con las amistades de William nos dará el objetivo.

—Bien. —Me detuve al ver a Claire cruzando el espacio abierto del vestíbulo antes de donde estaba el ascensor, el que tomaría para bajar a los túneles interconectados que me llevarían de vuelta a mi edificio.

—Nos vemos luego —le dije a mi hermano, apurando el paso para alcanzar a Claire.

Sergei se fue, y Claire se giró al oírme acercarme.

—Hola, Roman. —Sonrió, pero su expresión cambió de inmediato. —Oh, no. Por favor, no me digas que Mikhail ya está esperando que me haga cargo de Owen otra vez. —Se frotó la cabeza y hizo una mueca.

—No, no.

—Oh. —Se animó. —Parecía que me buscabas y pensé… —Suspiró.

—Te buscaba, pero no porque mi tío no pueda manejar a un niño durmiendo la siesta por su cuenta.

Ella puso los ojos en blanco. —Oh, eso es simplemente… —Refunfuñó. —Eso es genial. Nos tiene despiertos toda la noche. No puedo dormir bien, pero cuando *yo* me acuesto para una siesta, estoy tan despierta que no puedo dormir ni un minuto.

Sonreí.

Ella frunció el ceño. —Cómo has estado aguantando a *dos* al mismo tiempo…

—Tengo a Amber.

—La tienes. —Su expresión se suavizó con una sonrisa. —Y yo tengo a Mikhail, pero es abrumador pensar en dos bebés a la vez.

—Técnicamente, Owen ya no es un bebé.

Ella cruzó los brazos. —Siempre será mi bebé.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —pregunté. Sabía demasiado bien lo agotador que es estar tan privado de sueño.

—¿Cómo si no tuvieras suficiente con lo tuyo? —bromeó ella suavemente. Me dio una palmada en el brazo. —Bromas aparte —dijo antes de que un bostezo la interrumpiera—, ¿necesitabas algo?

Asentí. —Estaba pensando si podrías ayudarme, cuando no estés perdiendo el sueño y tan frustrada.

—Oh, para ya. Saldré adelante. ¿Qué pasa?

—Estaba pensando en cómo Amber ha estado luchando tanto tiempo por lo que le pasó y todos esos años que estuvo atrapada en esa casa. Mantenida allí como un producto en una estantería o algo así. —Hice una mueca, odiando pensar en ella tan atrapada e indefensa, desde sus años más jóvenes y desde que se convirtió en adulta. —Como una rehén.

—Es terrible.

—Cuando vino aquí, me di cuenta de lo asustada y nerviosa que estaba. Esas respuestas al trauma que no podía ocultar del todo.

—Nadie puede ocultarlas por completo. Es instintivo.

—Y sé que a veces se sentirá desencadenada por lo que *nosotros* hacemos. O en lo que nos metemos. La observé atentamente buscando una señal de que estaba siguiendo el hilo.

—Estoy segura de que lo hará. Soltó un largo suspiro. Yo también estaba nerviosa al principio, cuando conocí a Mikhail. Es un cambio

drástico pasar de ser una civil a formar parte de esta familia.

—Pero te has adaptado.

—Ella movió la cabeza de un lado a otro. —Todos lo hacemos. Somos animales y los animales se adaptan. El cuerpo y la mente humanos se adaptan. Pero si estás tratando de comparar o contrastar lo que Amber y yo vivimos, eso es como comparar peras con manzanas. A mí nunca me violaron. Nunca me tuvieron secuestrada en ningún lugar. Simplemente luché por dejar atrás mi vida anterior tal como la conocía para aceptar esta nueva vida llena de amor y protección.

—¿Hay alguna posibilidad de que tú pudieras darle algún consejo? ¿Sobre cómo adaptarse?

—Su sonrisa fue lenta y paciente. —¿Es esta tu forma de admitir que ya no eres el seductor de siempre y que finalmente vas a echar raíces? ¿Amber te ha domesticado al fin?

—Sonreí con ironía. —Hace tiempo que dejé de ser el playboy que solía ser, incluso antes de contratarla como niñera.

—Levantó una mano. —Justo.

—Y es un poco tarde para preocuparse por planear echar raíces. Ya lo he hecho. Descubrir a Emily y a Henry fue lo que lo inició. Pero *he estado* estableciéndome. Simplemente no me había dado cuenta oficialmente mientras ocurría. Empezó como el deseo de estar en casa y presente para los gemelos, pero también es por Amber.

—Esta es una noticia maravillosa, Roman.

—Lo era. Cada vez que me dejaba llevar imaginando un futuro duradero con Amber, me sentía más liviano. Más feliz. Más contento con la idea de que estuviera conmigo en casa, lista para ser mi compañera con mi hijo y mi hija.

—Sin embargo, todavía tenía que ser consciente de las dudas de Amber.

—Odio dudar de si alguna vez podría aceptar por completo este sangriento mundo en el que crecí.

—Detesto pensar en si se sentiría más desencadenada y molesta por cualquier acto de violencia. O por volver a ver a algún Popov.

—El pasado de Amber no era algo que se pudiera barrer bajo la alfombra y olvidar. Teníamos que trabajar con ello. Y mi esperanza era que Claire ayudara.

—Así que, ¿lo considerarás? —pregunté. —Me doy cuenta de que tienes las manos llenas.

—Se rió y movió la cabeza mientras eso se convertía en un bostezo también. —¿Quién de nosotros *no* tiene las manos llenas por aquí? Por supuesto que la ayudaré. Como pueda.

—Gracias. Quería preguntártelo ya que pasaste por el mismo proceso de adaptación, al venir del mundo exterior a estos muros y comprometerte a quedarte.

—Inclinó la barbilla. —Sí. Es un cambio que hay que asumir. Pero si su padre adoptivo estaba relacionado con los Popov, no puede ser completamente inmune a cómo funciona una familia criminal.

—Me encogí de hombros. —William nunca estuvo *dentro* de la familia, sin embargo.

—Cerca, ¿no? —Me dio una palmada en el hombro. —Si puedo ayudarla, lo haré. A veces, solo se trata de tener a alguien con quien hablar.

—Tiene *a mí* —respondí rápidamente.

—Sí, pero desde la perspectiva de una mujer, esa teoría de 'ponerse en el lugar del otro'. Me encantaría ayudarla.

—No solo en cómo adaptarse a quedarse aquí para siempre.

—Sus cejas se alzaron mientras sonreía. —¿*Para siempre*? ¿Vamos a tener otra boda tan pronto?

—Descarté el entusiasmo en su voz. —No habrá celebraciones hasta que Rossen y su 'amigo' sean tratados.

—Hizo una mueca. —Sin detalles, por favor.

—Bien. Me aclaré la garganta. —También esperaba que pudieras tener ideas o recursos sobre cómo puede manejar y lidiar con su TEPT.

—La terapia sería un buen comienzo. Realmente estás intentando pensar en todo —dijo con una sonrisa de nuevo.

—No sé si llamaría a eso *todo*. Fruncí el ceño. —¿Hay algo que se me esté pasando por alto?

—¿Algo que se te pase por alto en qué sentido? —preguntó simplemente.

—No quiero ser ajeno o pasar por algo en cuanto a su estancia aquí, a ser un miembro permanente de la familia.

—Proveerla en todo lo que pudiera para que continuara eligiéndome. Para consentir y hacerme creer que la había conquistado. No para un capricho pasajero, sino que había ganado su corazón.

—Bueno… —dijo en un tono burlón y cantarín. —Para convertirte en miembro de *esta* familia, necesitas la aprobación de Mikhail.

—Asentí. —Y la tiene. Él prácticamente dijo que deseaba que esta situación fuera la razón para acabar con la amenaza de los Popov de una vez por todas.

—Y, generalmente, en un sentido tradicional, haces que alguien forme parte de una familia casándose con ellos.

—Sí. *Obviamente.*

—Sus ojos se abrieron de par en par mientras sonreía. —¿En serio? ¿Estás *tan* serio con ella?

—Sonreí con ironía, divertido de que alguien dudara de mí todo este tiempo. Amber había estado convirtiéndose lentamente en mi mujer desde hacía meses. Solo habíamos estado dejando que la etiqueta de niñera diluyera todo como un filtro.

—Sí. ¿No es obvio? —Había matado por ella. Arrasaría este mundo completo para asegurar los medios para mantenerla feliz y segura.

—Sonriendo suavemente, asintió. —Supongo que es obvio, Roman. Obvio que, por mucho tiempo que hayas detestado la idea de echar raíces, la amas.

Y siempre la amaré.

—Sonreí mientras reanudaba mi camino de regreso al edificio, ignorando mi teléfono sonando, descartando todos los pensamientos en mi mente y procrastinando en la lista mental de tareas que nunca callaba.

La amo.

—Porque confía en mí. Porque me eligió.

—Y porque pasaré el resto de mi vida demostrándole que puede y debe confiar en mí por el resto de nuestras vidas.

34

ÁMBAR

Mis miedos sobre que Roman me juzgara o me viera de otra manera se disiparon durante las primeras semanas después de que le contara sobre William y lo que su amigo me había hecho.

Fue estresante compartir eso con él. Fue difícil enfrentarme a todos los Orlov y saber que ellos lo sabían.

Pero con cada día que pasaba, la normalidad seguía su curso. El tipo de *normalidad* a la que me había acostumbrado aquí. La *normalidad* que deseaba tanto ver como mi futuro. Fantasear con estar siempre aquí con Roman y los gemelos era mi vicio, y me ayudaba a aliviar el dolor de sacar a relucir mi pasado.

El encanto de que esto fuera siempre mi *normalidad* era lo que me hacía alimentar mis esperanzas.

Cada mañana, me levantaba según el horario de los gemelos. Seguíamos la rutina de los biberones, el tiempo de juego y ponerlos a dormir la siesta. Todo parecía igual, pero nunca lo era. Este viaje de ver crecer y cambiar a los gemelos era demasiado aventurero como para sentir que era siempre lo mismo una y otra vez.

Cada tarde o noche, Roman volvía al penthouse para trabajar en su oficina o estar con nosotros. Sabía que estaba ocupado manejando mi situación y también todos los otros "asuntos" que tenía que encargarse para Mikhail. No pregunté detalles, y Claire fue especialmente útil en ese aspecto.

Casi como lo había hecho Sofia, Claire vino a sentarse conmigo un rato y compartió cómo había conocido a Mikhail y luego había luchado con cómo podía encajar en su vida. En este mundo de violencia y peligro. En este sistema de políticas mafiosas. Sonaba como si ella también hubiera sido objetivo, por enemigos de los Orlov, pero había perseverado para quedarse con Mikhail al final.

—Elegí el amor —afirmó simplemente.

Yo también lo había hecho. Elegí a Roman. Elegí amarlo, aunque no estaba segura de cómo o cuándo decírselo. No quería transmitir ese sentimiento de una manera que le hiciera pensar que solo se lo decía por agradecimiento. Que me había enamorado de él por cómo me había protegido cuando más lo necesitaba.

Estaba agradecida.

Pero era más que eso. Empecé a enamorarme de verdad cuando vislumbré lo tierno y dulce que era con Emily y Henry. Empecé a abrirle mi corazón cuando demostró lo paciente que podía ser cuando yo estaba nerviosa a su alrededor.

Anya también me había contado sobre su introducción aquí como la hija distanciada de Mikhail al principio. Durante un par de días, me compartió cómo su mente había sido moldeada para odiarlo, para despreciar tener que estar cerca de cualquiera de los hombres Orlov. Explicó cómo su padre la había apoyado y protegido independientemente de su actitud, demostrando que podía superar cualquier antagonismo y ser capaz de bondad y amor.

Natalie también contribuyó, casi como si estuvieran haciendo campaña, cuando vino a hablarme de lo que pasó con ella y Maisie

después de que Sergei la encontrara sirviendo tragos en un bar cutre.

Con todo su apoyo, me sentí más incluida. Después de escuchar sus historias sobre cómo superaron sus reservas, me di cuenta de que *era* posible ajustarme tan drásticamente y tratar de verme como una de ellos. No como una extraña o la niñera contratada, sino como alguien que pertenecía al círculo interno.

Y cada noche, cuando Roman venía a la cama conmigo después de acostar a los gemelos en sus cunas, me mostraba que cumplía cada palabra de sus promesas. Me amaba. Me daba placer. Me daba espacio para explorar lo que quería con él. Todos esos orgasmos se fusionaron, no como un maratón de sexo, sino como un montaje de pruebas de que yo le pertenecía. Con él. En el presente. Fue el catalizador que no sabía que necesitaba para dejar mi pasado atrás, para disuadirme de la idea de que William podría ordenar mi regreso y entregarme a algún depredador despreciable que se había apropiado de lo que nunca fue suyo.

Eso también fue una experiencia liberadora. Roman me hizo sentar con un especialista en una sala de control una tarde para que pudiera tener una discusión detallada sobre qué—si es que algo—recordaba de esa experiencia. Ocurrió hace tanto tiempo, como una pesadilla lejana. No fui muy útil.

Claire sugirió hipnosis, lo cual me aterrorizó. Pero con la presencia de Roman y Claire allí para asistir al psicólogo, me arriesgué a revivir ese horrible evento.

Me "sacaron" antes de que ocurriera algo. Y ese enfoque tímido hacia aquella noche fatídica me dejó asustada y destrozada. Roman me abrazó fuerte después de que terminara la sesión, y me alivió haberles dado un par de pistas.

Una, que mi violador tenía acento irlandés. Un acento marcado.

Y dos, que cuando William se dio cuenta demasiado tarde de que el hombre había entrado en mi habitación durante una fiesta, se había referido a él como un embajador, burlándose de su título.

Con esas pistas, parecía que los Orlov podrían rastrear al hombre al que se supone que me entregarían en algún momento ambiguo en el futuro. Saber que ya no sería una amenaza era algo bueno. Una meta esperanzadora. Y por esa razón, me convencí de que valía la pena el dolor y el ataque de pánico soportar esa hipnosis, atravesarla por un bien mayor. Esa noche, Roman me convenció de sanar de nuevo. Después de la dificultad de revivir mi pasado, se ofreció como un ancla en el presente. Toda la noche hicimos el amor. Lentamente, perezosamente y profundamente.

El concepto de normalidad se vio comprometido demasiado pronto.

Me sentía como si estuviera en un limbo, esperando que Roman me dijera que mi violador estaba muerto. Que William había sido arrestado o asesinado también.

Pero la mañana en que me desperté sintiéndome *rara*, y el momento en que hice los cálculos mentales para darme cuenta de que estaba retrasada, nada se sintió normal.

No puedo estar…

Estaba tomando la píldora. Claire se había encargado de que tuviera varios paquetes a la vez. Había sido una bendición no tener que preocuparme por lidiar con el seguro médico o usar mi identificación falsa o cualquiera de esos detalles técnicos cuando dejé la mansión de William.

Había estado tomándolas como se suponía todos estos meses en que Roman y yo nos habíamos acercado y vuelto más íntimos.

Simplemente no hay manera…

En lugar de dejar que nadie se hiciera ideas sobre la posibilidad de que *pudiera* estar embarazada, cogí una prueba de embarazo

cuando estuve en el edificio de Mikhail y Claire. Ella tenía un pediatra en su clínica, y llevé a Emily y Henry para lo que sería su chequeo oficial de los seis meses. Mientras Anya y Daria estaban allí, me excusé para ir al baño y tomé un kit del área de almacenamiento.

De vuelta en el ático, mantuve a Emily ocupada con algunos mordedores mientras estaba sentada en su sillita de rebotes. Henry estaba más feliz en el suelo, probando su estabilidad al sentarse y mecerse como si estuviera impaciente por gatear. Como si tuviera gente que ver y cosas que hacer.

—Serás tú quien me hará parecer un pollo sin cabeza, ¿eh? —Podía imaginarlo, Emily más paciente y tranquila mientras él estaría corriendo por todas partes sobre sus manos y rodillas, gateando como si fuera un deporte olímpico.

Entré al baño para hacer la prueba, tratando de imaginar algo más allá de Henry corriendo por todas partes y Emily curiosa por gatear.

¿Y si hay otro bebé?

¿Y si estoy persiguiendo a los gemelos con un bebé en mi vientre, haciéndome caminar como un pato, torpe y desequilibrada como Natalie y Claire en esa etapa embarazosa del embarazo?

¿Y si—

Exhalé profundamente y dejé el palito de la prueba en el lavabo antes de lavarme las manos.

—No tiene sentido preguntarse qué pasaría —me reprendí en un susurro.

En unos minutos, tendría la respuesta, y solo me pondría más nerviosa si me obsesionaba ahora.

Pero al girar para salir del baño y ver a los gemelos, no pude resistirme. Mi mirada cayó, clavándose en el palito de plástico. Se

recomendaban cuatro minutos más antes de leer los resultados, pero ya había una línea oscura donde importaba.

Positivo.

—Oh, Dios mío… —Me tapé la boca con la mano, sorprendida, mientras levantaba el palito por la cubierta.

Embarazada.

—¿Cómo? —susurré.

Estaba tomando la píldora. Roman nunca se había molestado en usar condón, y yo nunca lo había sugerido porque no quería perder la sensación exquisita de su polla desnuda dentro de mí cuando me la estiraba.

¡No debería haber importado porque estaba tomando la píldora!

Mi pulso se aceleró mientras la noticia se asimilaba.

Estaba embarazada. Del bebé de mi jefe. Del hijo de un hombre de la mafia.

—Oh, Dios…

La euforia giraba dentro de mí, pero una sensación tozuda de nerviosismo también echó raíces. Mientras caminaba de regreso a la sala, donde Emily balbuceaba y Henry intentaba alcanzar un juguete que estaba fuera de su alcance, me sentía como si estuviera flotando en una nube. En un estado de trance. Suspendida en algo que no era la realidad *normal* a la que me estaba acostumbrando ahora que mis secretos ya no me pesaban.

¿Y ahora tengo otro secreto?

Porque lo era. Este era un gran secreto. Un descubrimiento gigantesco. Yo era la única que lo sabía, por lo que eso lo definía como un secreto, pero cuando intentaba adivinar cuál sería la reacción de Roman, estaba en conflicto.

Estará feliz, ¿verdad?

Era un padre tan maravilloso, tan involucrado como podía ser. Veía la pura alegría y el amor desenfrenado que brillaban en sus ojos cuando Emily le sonreía y cuando Henry apoyaba su mejilla contra él. Roman amaba a su hijo y a su hija, y eso me daba la esperanza de que también amaría a otro hijo.

Nuestro hijo.

Pero también tenía que contenerme. No había planeado tener a Emily o a Henry. Por la forma en que Lorne y los demás lo decían, Roman no había tenido la intención de establecerse como un hombre de familia con su estilo de playboy. Era un fiestero, lleno de aventuras y disfrutando la vida al máximo. No cambiando pañales y levantándose para un horario de alimentación en medio de la noche.

Pero lo ha hecho. Claramente ha estado dispuesto a ello.

No había duda de que Roman se tomaba en serio su papel de padre.

Solo tenía que preguntarme si estaría tan receptivo a un futuro más grande conmigo. Que no solo actuaría como una madre para sus hijos, sino que pronto sería realmente la madre de su hijo.

Oh, Dios… ¿Cómo pasó esto?

¿Por qué está pasando esto ahora*?*

Emily levantó los brazos, señalando que quería que la cogiera y la sostuviera, así que lo hice.

—¿Por qué está pasando esto ahora? —le pregunté.

Ella intentó agarrar mi pelo y esquivé su pequeña mano.

Una cosa era pensar en decirle a Roman que estaba embarazada de su hijo como un desafío básico. ¿Pero decirle ahora, cuando todos estaban ocupados y concentrados en acabar con mis demonios, literalmente?

Se sentía como un sentido retorcido del destino, arrojándonos esta bomba ahora.

—Nada que pueda hacer con el momento ahora —murmuré a la dulce niña. Besé la parte superior de su cabeza, abrazándola más fuerte también para mi propio consuelo.— Lo único que puedo hacer es esperar lo mejor. Esperar que Roman esté feliz, no molesto, por tener otro hijo tan pronto y conmigo.

Y en eso era buena. En esforzarme por ser positiva y esperar lo mejor, incluso aquí, entre estos hombres peligrosos y la posibilidad de que Roman pudiera estar arriesgando una guerra con un rival por mi seguridad.

35

ROMAN

Otra semana pasó y mi frustración empeoró.

Teníamos hombres dentro del sistema penitenciario buscando al violador de Amber.

Teníamos al IRS y otras agencias gubernamentales investigando todos los registros y negocios de William.

Ya habían congelado varias de sus cuentas por comportamientos fraudulentos.

Si había una manera de atacarlo sin que nadie rastreara la investigación hasta nosotros, la utilizábamos.

A través de sus finanzas, su lugar de trabajo y sus antiguos socios. Tan pronto como se corrió la voz de que estaba bajo fuego por prácticas ilícitas, sus llamados amigos y conocidos se alejaron y no quisieron tener nada que ver con él. Las redes eran una fuerza poderosa de la naturaleza, pero funcionaban en ambos sentidos. Él podía adular y comprar el favor de muchas personas, pero cuando las cosas se ponían feas, lo dejaban caer como un peso muerto, temiendo contaminarse con cualquier referencia a él.

—Niko puede quejarse todo lo que quiera —dijo mi tío mientras terminábamos de discutir cómo iban las cosas—, pero no puede culparnos de una mierda.

Me metí las manos en los bolsillos y solté un aliento entrecortado. Estábamos avanzando en proteger a Amber, pero todo iba tan jodidamente lento. —Podríamos golpearlos, sin embargo.

Él arqueó una ceja. —¿Y que nos ataquen con todo lo que tienen?

Sacudí la cabeza. Tampoco quería eso. Los Popov eran nuestros rivales más laterales en estructura —casi iguales en tamaño, número y riqueza. Pero no diversificaban sus ingresos. Podían caer más rápido que nosotros.

—Ya hemos estado contraatacando a los Popov —nos recordó André —. Después de que nos robaron el coche y drogaban al conductor, les dimos una lección.

Pero no es suficiente.

Claro, habíamos enviado a algunos hombres a golpear a unos cuantos de los suyos. Habíamos causado varios accidentes cuando estaban por la ciudad. Habíamos atacado el club donde Ivan Popov estaba de fiesta. Todo eso se sentía como un juego de niños.

Lorne entró corriendo en el estudio con Sergei. Me volví hacia ellos, sorprendido de que ya hubieran vuelto. Habían ido a hablar con nuestro intermediario para el informante en la prisión, pero eso debería haberles llevado más tiempo.

—Lo tenemos —dijo Lorne, asintiendo.

—¿Lo tienen? —pregunté, dudando en creerlo.

—Lo *teníamos* —corrigió Sergei con un ceño fruncido—. Cian O'Sullivan. Lo encontramos y organizamos una discusión con su abogado.

—¿Y? —apreté los dientes y contuve la respiración ante lo que mi hermano y su asistente podrían haber aprendido sobre el hombre que sospechábamos que era el violador de Amber.

—Y lo confesó todo. Cantó como un canario —dijo Lorne, asintiendo —. El chico lo admitió todo. Amber. La transacción. El precio que iba a darle a Rossen—

Levanté la mano. Ni siquiera quería saberlo. Ningún precio sería lo suficientemente alto por ella.

—También nos contó más cosas. Sobre otras mierdas en las que estaba metido Rossen. Qué otros planes tenía. Estamos hablando de espionaje a nivel federal. Cosas de alto secreto por las que pagaba para saber.

—¿Para qué? —preguntó el tío Mikhail.

—Para empezar, esta red de tráfico —dijo Sergei—. Ya era una operación global que Rossen había organizado. Los Popov parecían retirarse de invertir demasiado en ello y eran cautelosos al aportar las sumas que Rossen quería.

—¿También se sinceró sobre la implicación de los Popov? —pregunté. Intercambié una mirada con mi tío. Esto era oro puro. Podíamos usar esto como palanca contra Niko Popov tanto como quisiéramos.

—Lo hizo. Popov solo estaba interesado en el tráfico aquí, no tanto internacionalmente —dijo Sergei—. Pero con todo lo que nos contó, sus abogados se agitaron, queriendo llevar esto a apelar sus cargos y usar esta cooperación como parte de conseguir que lo liberaran antes.

—¡Joder! —apreté los puños, nada contento con la posibilidad de que este cabrón escapara o incluso viviera fuera de la celda donde podría pensar que podía tener a Amber como William había planeado.

—Ofreció que tú le superaras la oferta por Amber —añadió mi hermano—. Pero—

—Pero eso no está en la mesa. Ella no está a la venta. Nunca lo estuvo. Que se joda Rossen y su plan de usarla así. Y que se joda este cabrón por pensar que tiene algo que decir sobre su vida. —Apreté los dedos con tanta fuerza que mis uñas se clavaron en la palma de mi mano, casi haciéndome sangrar.

No podía soportar pensar en que la vieran como un peón, como algo para negociar o intercambiar.

Sergei levantó la mano, indicándome que me calmara. No podía. Pero lo escuché, ya que parecía ser la voz de la razón que necesitaba para superar esto.

—Solo mencioné la agitación de sus abogados porque parecían tener la intención de trasladarlo. Por seguridad. Al confesar todo, les preocupaba que alguien en la prisión lo señalara como un soplón y lo matara entre rejas.

Asentí. —Bueno, ¿qué estamos esperando? —No necesitaba explicar que no podíamos perder a este cabrón.

—El cambio de turno de los guardias —respondió Lorne.

—Mientras estábamos allí —dijo Sergei—, finalizamos las instrucciones con alguien que se encargará de ello antes de que O'Sullivan pueda ser trasladado. Lo simularán como una pelea interna en el corredor cuando los guardias cambien de turno, y eso será todo.

Solté un profundo suspiro. —Bien. —Eso resolvería parte de esta venganza, pero estaría tenso hasta que tuviera la confirmación del asesinato. Ordenar un ataque dentro del sistema penitenciario no era tan simple como hacerlo en el exterior, en la sociedad. —Eso será todo para *él*, pero todavía tenemos que encargarnos de Rossen.

Mi tío Mikhail y yo seguimos hablando sobre lo que podíamos y no podíamos hacer. En realidad, eso era mentira. Podíamos hacer lo que nos diera la gana. Así de grande era el poder que teníamos en esta ciudad. Aunque ahora era un delicado equilibrio decidir hasta dónde queríamos llegar.

La paz nunca fue una opción. Una paz total y completa era un mito. Siempre habría cierto grado de lucha en nuestras vidas, pero la cuestión era cuánta y de qué tipo estábamos dispuestos a aceptar; esa era la decisión que había que tomar.

—Entiendo la urgencia que sientes —me dijo horas más tarde, cuando seguíamos analizando las opciones.

—No es urgencia —repliqué—. Es una cuestión de cumplir la promesa que le hice. De demostrarle que puede verme como quien la mantendrá a salvo.

Asintió, sabio y paciente. —Y lo hará. Solo sigue con el plan hasta ahora —me indicó—. Mantenla aquí, donde podemos ofrecer la máxima seguridad, y dejaremos que las cosas caigan por su propio peso.

Me fui poco después, de mal humor. Nunca desafiaría a mi tío, pero su manera de expresarse me molestó. ¿Dejar que las cosas caigan por su propio peso? Eso sonaba demasiado pasivo para mí. Parecía inactivo, y estaba harto de esperar y de ser paciente.

Cuando volví al ático, más tarde de lo que hubiera querido, encontré a Amber esperándome en el salón. Las gemelas no estaban con ella, probablemente ya en sus cunas y durmiendo a esa hora.

Amber, sin embargo, estaba despierta, y dejó su libro a un lado para mirarme cuando salí del ascensor.

—Me preguntaba cuándo llegarías a casa —dijo.

No era una queja. No estaba regañando. Solo un comentario, tal vez porque no estaba segura de qué más decirme.

Y no la culpo.

Había sido un workaholic durante las últimas semanas. Las consecuencias de que ella me compartiera sus secretos aquella noche y la mañana siguiente a su secuestro habían sido un período tenso de largas horas. En el teléfono. En reuniones. Salir y hablar con espías. Luego, aún más horas en la oficina, revisando toda la investigación que conllevaba la investigación mientras buscábamos a su violador y también cómo llegar a William Rossen.

Había estado ausente y no tan presente como hubiera querido, pero esto no sería así para siempre.

Una vez que pudiera ver la prueba de que Rossen y ese violador estaban muertos y ya no eran un problema, finalmente tendría la libertad de empezar el resto de mi vida.

Con ella. Con mis hijos. Con el hecho de que no necesitaba pagar una niñera, sino el amor de esta mujer.

Si es que lo hace.

Gran parte de la conexión entre Amber y yo giraba en torno a su gratitud y mi disposición a proveer y proteger. Todavía no me había dicho que me amaba, y me preguntaba si ese era el último requisito que necesitaba cumplir. La última casilla que tenía que marcar como completada.

No quería que ella pensara jamás que lo nuestro no era algo real. Que lo que habíamos forjado juntos y por lo que habíamos luchado no era un vínculo permanente.

Matrimonio. Más hijos. El resto de nuestras vidas juntos.

Pero mientras me acercaba al sofá y la miraba, preguntándome cómo podía explicarle que esto era a veces lo que implicaba estar con alguien en mi posición, sentí una molesta sensación de distancia entre nosotros.

Tenía esa mirada de nuevo.

Esa expresión preocupada que intentaba ocultar.

Lo notaba en cómo evitaba mantener contacto visual directo durante mucho tiempo. Bajaba la mirada hacia la derecha, esa era su señal. Sus dientes presionaban la plenitud de su labio inferior, como si tuviera que morderse las palabras que podían escaparse. Y estaba sentada, no relajada como si hubiera estado descansando y pasando el rato en silencio mientras me esperaba. En cambio, estaba posada y erguida. Rígida.

Mierda.

No soportaba la posibilidad de que me estuviera ocultando algo más.

Que pudiera estar poniendo distancia entre nosotros porque no estaba totalmente comprometida conmigo.

—¿Sí? —dije como respuesta tardía a su comentario sobre cuándo llegaría a casa.

Casi se encogió, mirando hacia abajo.

Maldita sea. ¿Qué está pasando?

—Siento haber estado tanto tiempo en la oficina —respondí. No quería que sonara tan cortante y brusco. No quería bajar mi mal genio con ella. No estaba enfadado *con* ella, sino con lo lento que se estaban resolviendo las cosas mientras luchaba por mantenerla a salvo.

Pero ahora, con esta creciente sospecha de que me estaba ocultando algo otra vez, solo basándome en las señales que me daba con su postura y sus gestos no verbales, eso me enfurecía aún más.

Al carajo.

Tal vez estoy interpretando esto demasiado.

Habíamos estado separados, yo tan ocupado en la oficina y con mis hombres. Ella estaba igual de ocupada aquí, cuidando de las

gemelas sola mientras yo invertía todas esas horas.

Odio que pueda estar estallando solo porque estoy tenso e impaciente. Cansado y exasperado. Pero demonios, tal vez eso era todo. Fatiga y estar de mal humor porque las cosas no iban como yo quería.

Contrólate. Cálmate y respira.

Amber podría parecer nerviosa ahora porque tal vez está preocupada de que me esté alejando de ella.

No podía permitir que esta frustración se interpusiera entre nosotros.

—Estoy agotado —le dije con un suspiro pesado—. Me voy a la cama.

No estaba de humor para ser encantador en ese momento. No estaba mentalmente preparado para ser reconfortante cuando empezaba a albergar dudas sobre ella y si tenía más secretos que guardarme.

Duérmelo.

Y si seguía actuando raro por la mañana, tendría que averiguar cómo abordar este nuevo abismo que se estaba instalando entre nosotros.

Como si no tuviéramos suficientes problemas.

Efectivamente, cuando me duché y estaba listo para meterme en la cama, Emily se quejó e insistió en que todas las preocupaciones en mi cabeza tenían que ser menos prioritarias que las suyas.

Suspiro y solté las sábanas para acercarme y consolar a mi hija, odiándome un poco más por haber estado luchando por equilibrar mis deberes con mi tío, averiguar cómo empezar esta vida con Amber, *y* cómo ser un buen padre.

36

ÁMBAR

Vi a Roman salir de la habitación. Me dejó allí en el sofá apenas con un hola. Ni siquiera una pequeña conversación. No lo había visto durante la mayor parte del día. Ni la mayor parte de la semana.

Y en los pocos minutos que estuvimos juntos…

¿Esto es lo que me toca?

Fue tan frío conmigo. No parecía feliz de verme.

Como si fuera solo la empleada que está aquí mientras él está en la oficina.

Espera. Dale un respiro.

Fruncí el ceño mientras estaba sentada allí abrazando una almohada para consolarme.

Roman estaba tan ocupado y trabajando sin descanso para hacer arreglos por mí. Por *mi* seguridad. Pasaba todas sus horas despierto pensando en mi futuro.

Me sentía mal por estar molesta por su actitud. Que pudiera ser frío y corto conmigo después de hacer tanto para asegurarse de que William y mi violador recibieran su merecido después de tanto tiempo.

¿Cómo puedo ser tan egoísta?

Claro que lo extrañaba. Me encantaba estar cerca de él porque llenaba mi corazón de un amor que quería gritar a los cuatro vientos. Pero no podía ser tan quejumbrosa, pegajosa y necesitada como para estar tan molesta porque estaba exhausto y se iba a dormir.

Pero no lo soy.

Fruncí aún más el ceño, analizando lo que acababa de pasar entre nosotros. Querer decirle más que unas pocas palabras no era ser necesitada. No estaba siendo posesiva ni obligándolo a hacer algo que no quisiera. Él había tomado la iniciativa de ser mi héroe y perseguir a los dos hombres que podían arruinar mi vida. Ni siquiera se lo había pedido. Él *quería* hacerlo. Se ofreció voluntariamente.

No estaba siendo necesitada. Pero necesitaba hablar con él. Mientras pasaban los días y guardaba mi embarazo para mí misma, luchaba con cómo—y cuándo—podría tener un momento para decírselo.

Me quedé despierta esta noche esperando que llegara a casa y poder tantear el terreno. Ver qué pensaría y qué diría.

Claro que estaba nerviosa. Tenía miedo de decírselo porque podía cambiarlo todo.

¿Pero lo hará? ¿Realmente cambiará algo?

Roman me demostró día y noche lo mucho que le importaba. Estaba arriesgándose a una guerra para mantenerme a salvo. Estaba decidido a acabar con las pesadillas de mi pasado en forma de mi padre adoptivo y su amigo, que parecía pensar que podía comprarme.

Sin embargo, en todos estos meses que llevaba aquí, no había pronunciado una palabra de *amor*. De *por qué* llegaría tan lejos para priorizar mi felicidad y seguridad.

Tenía que importarle. Lo hacía. Lo sentía.

Pero…

Apreté los ojos, intentando desentrañar esta inquietud en mi pecho. *¿Pero qué?*

Mientras estaba sentada aquí analizando mi situación, odiaba enfrentar la realidad de que siempre estaría arraigada en este miedo de que podrían despedirme y enviarme lejos. Porque quizás Roman no quisiera a nuestro bebé como quería a los gemelos. Podía pasar—yo no era una mujer prominente que encajara en su círculo de riqueza e influencia.

Luchaba con la idea de que podían rechazarme y decirme que me fuera. Porque ese era el tema recurrente de mi vida durante tantos años. Todas esas veces que me movían de un hogar de acogida a otro. Cada vez que los padres adoptivos querían un niño más pequeño o uno diferente a mí. Una vida de ser rechazada y nunca ser bienvenida en una familia me había pasado factura.

Combatía la posibilidad de que siempre sería indeseada. Porque no había venido aquí para una cita. Había aparecido y conocido a Roman solo porque había solicitado un trabajo. Para trabajar aquí. No fue como si él me encontrara y me pidiera salir.

Y luchaba contra la idea de que siempre sería buena para nada.

No dejes que gane.

Cerré los ojos al escuchar su voz en mi mente. William diciéndome que nunca sería suficiente para nadie, que nunca sería el tipo de chica que una familia querría, así que debería respetarlo por elegirme, que debería estar en deuda con él por eligirme como su "hija".

Más atrás, los flashbacks de otros diciéndome que nunca encontraría mi lugar, que nunca tendría un hogar o una familia. Todos intentaban meterse en mi mente ahora a pesar de los *años* que había pasado aplastándolos.

Emily gritó desde la habitación de los niños, y eso me sacó de mi ensimismamiento. Su llanto me devolvió al presente y me hizo centrarme de nuevo en mi propósito.

Le siguieron los pasos de Roman, junto con un suspiro profundo.

Luego, a través de la puerta abierta, lo escuché hablarle.

—Está bien. Ven aquí, niñita. Papá está aquí.

Tragué saliva para pasar el nudo de emociones en mi garganta.

Papá.

Papá está aquí.

Lo estaba. Estaba aquí para ella. Y con la genuina ternura de su voz grave, me atreví a creer que estaría aquí para cualquier otro niño.

Como el nuestro.

Me atreví a aferrarme a la esperanza de que quizás también tendría un lugar en su corazón para mí. Para querer estar aquí por mí.

Tienes que parar esto.

Abracé la almohada con más fuerza mientras Roman la atendía y la volvía a dormir.

Y a medida que pasaban los minutos, negué con la cabeza y me enfrenté a mis miedos, a mis preocupaciones de nunca ser querida o de pertenecer. Tuve que enfrentar todos mis peores escenarios. Porque no podía huir de mi pasado. No podía esconderme de lo que me había pasado. Tenía que afrontarlo todo. Roman lo estaba haciendo. Él y los miembros de su familia estaban enfrentando el

peligro de que William quisiera recuperarme y el plan de mi violador de comprarme.

Si todos ellos podían unirse detrás de mí, si podían asumir esas partes de la lucha, yo tenía que detener esto. No podía estar tan asustada y dispuesta a huir o asumir lo peor.

Me levanté, dejando caer el cojín de nuevo en el sofá.

No puedo dejar que mi pasado me gobierne más.

A partir de ahora, mientras iba a buscar a Roman en la cama.

Debía de haber acostado a Emily en su cuna porque estaba de pie junto a la cama. Su garganta se movió mientras bebía agua de la mesilla de noche. Pero sobre el borde del vaso, con la tenue luz de la mesilla que iluminaba lo suficiente para que me viera, me miró fijamente.

No puedo dejar que el pasado me gobierne.

No cuando él puede ser mi camino hacia lo que merezco.

Una familia. Con él. Con los gemelos. Con la nueva vida que crece dentro de mí.

—¿Puedo ayudarte con lo que te está frustrando? —pregunté, intentando un enfoque diplomático.

Él puso los ojos en blanco mientras dejaba el vaso de agua de nuevo sobre la mesilla. —No. ¿Recuerdas? Cuantos menos detalles sepas, mejor. —Arqueó una ceja rubia mientras ponía las manos en las caderas.

Asentí, acercándome lentamente.

Vamos. Piensa en otra cosa. Di algo que lo haga hablar de nuevo y no estar tan… lo que sea esto.

—¿Puedo ayudarte a… relajarte de alguna manera? —Puse mi mano sobre su pecho desnudo, lista para masajearlo. Acariciarlo. Algo.

Él atrapó mi mano allí y estrechó los ojos.

—No. Lo que puedes hacer es mirarme a los ojos y decirme ahora mismo si me estás ocultando algo. —Su tono no dejaba lugar a discusión. La exigencia era cristalina. Aguda y expectante.

Me humedecí los labios. *Aquí vamos.*

—Porque detesto la sensación de que podrías estar guardando otro secreto para mí.

Asentí. —Solo… acabo de darme cuenta de este.

Él inclinó las cejas, casi frunciendo el ceño. —¿Qué?

—Acabo de enterarme, eh, de este. Y con lo ocupado que has estado—

—Ocupado intentando protegerte a ti.

Asentí de nuevo. —Cierto. Es solo que con lo ocupado que has estado y pareciendo un poco gruñón y distante—

Él gruñó. —Porque no soporto la idea de que ninguno de esos cabrones siga viviendo y respirando. Soy impaciente, Amber. No distante.

Me mordí el labio y volví a asentir. —Cierto. Bueno, eh, es solo que no estaba segura de cómo tener unos minutos contigo esta semana y tener la oportunidad de decirte que, eh…

—La tienes ahora. ¿Decirme qué? —dijo, colocando su mano en mi otro brazo, como si quisiera sacudirme para que hablara.

—Que estoy embarazada.

Ahí estaba.

La verdad ya no estaba cautiva en mi cabeza o mi pecho, sino suspendida entre nosotros. Imponente. Pesando mucho.

Tragué saliva y observé su rostro, sin saber qué significaba cuando simplemente me miraba. Sin parpadear. Sin reacción. Solo una mirada plana.

Luego soltó mi brazo y se frotó la cara. —Lo siento. Pensé que habías dicho que… ¿qué?

—Estoy embarazada —repetí.

—Estás embarazada.

Asentí. *Oh, Dios. No está contento.*

—¿Estás embarazada? ¿De mi…? —Bajó la mirada hacia mi estómago plano, soltando un resoplido. Era un sonido puramente incrédulo, como si no pudiera empezar a creerlo.

—Yo… no sé cómo ha pasado —dije.

Él se rió una vez mientras una sonrisa parecía levantar sus labios. —Eso ya lo he oído antes. Yo lo dije cuando aparecieron los gemelos. —Envolviéndome con sus brazos, me giró hacia la cama, cayendo primero. Me mantuvo en un abrazo apretado mientras nos acomodaba, mi espalda sobre el colchón, él inclinándose sobre mí a mi lado y colocando su mano en mi bajo vientre.

—Estás… —Ahora sonreía, bajando su rostro para besarme.

Vale. Mi corazón se hinchó de esperanza. Escalofríos recorrieron mi piel ante la perfección de sus labios sobre los míos. *¿Quizás está contento…?*

—Vamos a tener un bebé —susurró contra mis labios.

—¿Estás… enfadado?

Él gruñó suavemente antes de capturar mi boca en otro beso profundo que me robó el aliento. Mientras entrelazaba mis dedos en su cabello y me aferraba firmemente, deslizó su mano por mi costado y me envolvió en él.

—No. No estoy enfadado —dijo cuando nos separamos para respirar. —Estoy sorprendido.

—Yo también —solté de golpe. —He estado tomando la píldora y…

—Y no hemos usado condón en absoluto —terminó por mí. —Supongo que las cosas pasan.

Tenía prueba de que las cosas pasaban en la habitación de al lado, en el cuarto de los niños.

—No puedo estar enfadado por nuestro bebé —prometió. —Estoy emocionado. Lo siento si ha hecho cortocircuito en mi cerebro. No era lo que pensaba que dirías. Pero ahora que lo sé…

Lo besé rápidamente. —No quería ocultarlo. Solo necesitaba asimilarlo y encontrar la mejor manera de decírtelo con todo lo que está pasando y con todas las preguntas que nos rondan ahora mismo.

Él resopló. —No hay preguntas que necesiten respuesta. Vamos a tener un bebé. —De nuevo, bajó la mano para cubrir mi estómago de manera posesiva mientras me besaba. —Y vamos a asegurarnos de que nadie pueda amenazarte nunca más. Esos son hechos.

Deslicé mis manos por su cuello hasta que él bajó para besarme. Abrazándolo cerca, *finalmente* me perdoné por el pasado. Por dejar que me controlara durante tanto tiempo. Porque si no hubiera sido capaz de superar mis miedos, nunca me habría encontrado en esta posición, tumbada con este hombre, el padre de mi bebé, y sabiendo que todo tendría que salir bien al final.

37

ROMAN

Me desperté demasiado pronto.

Era otra de esas mañanas en las que hubiera jurado que *acababa* de acostar a Emily o Henry en la cuna y que *acababa* de volver a la cama.

El agotamiento me tenía los nervios de punta. Me dolían los músculos por falta de descanso.

Joder, ¿cuándo fue *la última vez que pude quemar algo de energía en el gimnasio?*

Era ese tipo de cansancio que me hacía gemir al despertar.

Pero no era ese tipo de ejercicio el que me tenía tan hecho polvo.

Era otra actividad física. Una para la que *siempre* haría tiempo cuando supiera que ella me necesitaba.

Al darme la vuelta en esa mañana tranquila, encontré a Amber a mi lado en la cama, su cuerpo desnudo extendido bajo las sábanas que habíamos desordenado hasta altas horas de la noche.

Su pelo rojo estaba esparcido por toda la almohada. Mechas llameantes caían sobre su dulce rostro, y sonreí mientras extendía la mano para apartarlas.

La madre de mis hijos.

Nada podía ensombrecer mi día ahora. Saber que no solo era la madre "sustituta" de Emily y Henry, sino que también llevaba a mi hijo en su vientre.

En la tranquila calma de esa hora matutina, la observé dormir e imaginé cuánto mejor sería cuando nos despertáramos juntos en la cama después de que todo el peligro hubiera pasado.

¿Pasado? Ja.

El peligro sería una constante en nuestras vidas. Pero respiraría más tranquilo cuando supiera que había acabado con las amenazas específicas contra ella.

Me pregunto si Lorne y Sergei tenían razón.

Recordando la conversación de la que había formado parte antes de llegar a casa, consideré que quizá una parte del infierno ya había terminado. Que habían acertado al colocar el golpe sobre el violador de Amber cuando los guardias de la prisión cambiaron de turno anoche.

Alargué la mano hacia mi teléfono, lo cogí de la mesilla y me di cuenta de que eso era lo que me había despertado tan pronto. No los gemelos, no Amber, sino mi teléfono vibrando con un mensaje.

Moviéndome lentamente y sin sacudir la cama para que Amber pudiera seguir durmiendo, me froté los ojos y leí el mensaje.

Sergei: **Reunión en UM en cinco minutos.**

UM era su abreviatura para Tío Mikhail. Pero incluso si no lo hubiera recibido de él, el mensaje de Lorne debajo me lo habría aclarado.

Lorne: **El jefe quiere hablar.**

Ninguno de ellos compartiría información sensible por mensaje. Pero mientras me apresuraba a levantarme y vestirme, me pregunté si tenían buenas o malas noticias. Para que Amber no se preguntara dónde estaba tan temprano, le envié un mensaje que podría leer cuando se despertara. Con un rápido beso en su frente y un paso hacia la habitación de los niños solo para ver a Emily y Henry durmiendo plácidamente, salí.

De camino a casa de mi tío, esperaba que las cosas pudieran venir de dos en dos. Como quizá podría recibir *más* buenas noticias después de la excelente noticia de que tendría otro hijo.

La realidad dictaría que tendría que recibir lo bueno y lo malo al mismo tiempo, pero mantuve la cabeza bien alta mientras me apresuraba a través de las conexiones para llegar a su edificio.

Todos estaban allí esperándome. Sergei, Andre, Lorne y algunos otros mientras Tío Mikhail estaba sentado en su escritorio.

—Te has tomado tu tiempo —dijo con sequedad.

Me encogí de hombros. —Noche larga.

—También una noche ocupada en otro sitio —respondió—. En concreto, en una fila de celdas específica. —Mencionó el nombre de la prisión donde había estado O'Sullivan.

Arqueé las cejas. —¿Un tipo de ocupación buena? —pregunté.

Por favor, por favor, dime que alguien mató a ese cabrón.

Todavía me irritaba tener que dejar que alguien más lo hiciera. Que no pudiera ser yo quien le arrancara la vida o clavara mi cuchillo en su carne. Por lo que le había hecho a Amber, se merecía cada onza de mi odio y mi ira. Debería recibir toda mi furia mientras la vengaba.

Pero no era tan estúpido como para desafiar a mi tío. No era tan tonto como para ignorar que colarme en una prisión federal y matarlo causaría más problemas para mi familia. Para Amber.

Teníamos un poder inmenso, pero algunas ramas del gobierno eran simplemente demasiado difíciles de cruzar.

Mikhail asintió. —Sí, pero no de la manera que asumimos que ocurriría.

Me senté en la silla más cercana, sintiendo como si la mitad del peso que recaía sobre mis hombros se hubiera desvanecido.

Sergei dio un paso al frente junto con Lorne para explicar. Mi hermano esbozó una sonrisa antes de comenzar. —Parece que no éramos los únicos con alguien dentro. Niko Popov había colocado a alguien en esa prisión, *también* con un golpe sobre O'Sullivan. Había invertido en muchos proyectos, pero con los asuntos y las finanzas de Rossen expuestos últimamente, parece que le había traicionado, usando a O'Sullivan para lograrlo.

Parpadeé, conectando rápidamente los puntos. —Así que… ¿Popov eliminó a O'Sullivan?

—Eso parecía, pero el hombre que tenían dentro no era experimentado. Golpeó al compañero de celda equivocado, se desató el caos y O'Sullivan terminó matándose con el arma de un guardia durante la pelea.

Fruncí el ceño.

¿Qué demonios…?

—Así que está muerto —dijo Lorne.

Asentí, aún frunciendo el ceño.

—Pero no por nuestro hombre —añadió Sergei.

Volví a asentir. —Hijo de puta —refunfuñé. ¿Se había suicidado? Eso no era más que él privándome de la satisfacción de acabar con su vida.

—Lo único que importa en cuanto a la seguridad de Amber —declaró mi tío— es que ya no es un problema.

Lo miré y solté un suspiro profundo. —Sí. Por supuesto. —Las tecnicidades no podían hundirme ahora. Muerto estaba muerto. Incluso si él mismo lo había hecho.

—Ahora, con todo lo que pasó en la prisión y con toda la evidencia financiera de Rossen expuesta —continuó—, parece que Niko Popov está confundido sobre con quién diablos debería estar enfadado.

—¿Con Rossen? —adiviné. Si había enviado a alguien a matar a O'Sullivan por el engaño que hizo con Rossen y que los había jodido, entonces debía estar renunciando a proteger a ese hijoputa banquero.

—Sí —dijo Andre—. Pero *Ivan* Popov se ha vuelto rebelde y está decidido a que *nosotros* paguemos por esto.

Me pasé la mano por la cara y gemí levemente.

—Niko está pidiendo que eliminen a Rossen —dijo mi tío—. Pero Ivan está decidido a que Rossen no es el culpable.

—Niko puso a Ivan a cargo de la protección de Rossen, y si tuviera que aventurar una suposición, Rossen le ha estado diciendo a Ivan que lo están incriminando. Que es inocente.

—Que todos están conspirando para acabar con él —dijo Lorne con un gesto sarcástico y dramático mientras levantaba las manos y rodaba los ojos.

—*Yo* estoy conspirando para acabar con él —dije.

—Sí, pero ahora significará atacar a Rossen *y* a Ivan Popov, ya que se está aliando con él y declarando una nueva facción dentro del imperio de Niko.

—Por el amor de Dios. —Me levanté, irritado por tener más complicaciones. Abrí la boca para hablar, pero el tío Mikhail levantó la mano.

—Sin embargo, esto ahora significa que Niko está más dispuesto a deshacerse del "lastre" dentro de su organización. Ha habido más luchas internas de lo que podríamos haber imaginado. Ivan tiene seguidores que quieren dar un golpe de estado y sacar a Niko del poder. —Alzó las cejas y negó con la cabeza—. Tuve una larga y productiva llamada telefónica con él esta mañana. Una larga llamada en la que le recalqué que debería recordar cómo derribamos el imperio de Giovanni prácticamente solos recientemente.

Me gustaba por dónde iba esto.

—Niko ha accedido a hacer la vista gorda mientras… —El tío Mikhail frunció los labios con una expresión pensativa. —¿Cómo lo dijo él?

—Accedió a hacer la vista gorda mientras la basura se sacaba sola —terminó Andre por él con una sonrisa arrogante.

—No todos los días conseguimos la bendición de nuestro rival así —bromeé.

—Y no es un regalo —dijo el tío Mikhail—. Le dejé claro que esto no era en absoluto una obligación, un favor ni nada por el estilo. Espero que lo entienda, porque le prometí que puede esperar el mismo trato que le dimos a Roberto Giovanni si alguna vez intenta atacar a alguien de nuestra familia de nuevo. —Levantó una mano—. O a cualquiera contratado por nosotros y en nuestra residencia.

—Nadie se mete con mi familia —aseveré—. Y nadie se atreverá a hacer daño a la madre de mis hijos.

—Bueno, sí, si asumes que estaba tratando de secuestrar a los gemelos para llegar a Amber —dijo Andre.

—No. Mi familia. No solo los gemelos —respondí.

Lorne frunció el ceño. —Pero dijiste—

—La madre de mis hijos. —Chasqueé los dedos y señalé a mi tío. —¿Está Claire por aquí? Necesitaré que consiga algunas cosas prenatales para Amber.

Lorne se quedó con la boca abierta. Sergei se rió. Andre sonrió y el tío Mikhail me lanzó una sonrisa indiferente. —¿En serio?

—Sí. Está embarazada. —Ni siquiera intenté ocultar la amplia sonrisa en mi rostro.

Las buenas noticias estaban fluyendo hoy.

—¿Quieres decir que Sofia es la única que *no* está embarazada? —preguntó Andre entre risas.

Sergei le señaló. —No lo embrujes.

Andre se encogió de hombros. —Nah. No es un embrujo. Quiero al menos cinco.

Mihail soltó una risa. —Pasamos todos estos años sin una sola mujer, bebé o algo parecido, y ahora míranos. —Se volvió más serio y dijo —: Felicidades.

—Gracias. Pero preferiría posponer las celebraciones hasta que se lidie con Ivan Popov y Rossen —aconsejé.

—Ya está hecho. —El tío Mikhail asintió una vez.

—*¿Hecho*? —pregunté.

—Ya está en marcha —dijo Andre—. Rossen animó a Ivan a ir a su propiedad fuera de Miami. Su yate está programado para zarpar del muelle en un par de horas, y hemos organizado un ataque estratégico contra él. Es decir, si nadie más se nos adelanta. Todas estas noticias sobre cuánta gente ha jodido Rossen le están ganando muchos enemigos, desde Washington hasta Oriente Medio y más allá.

—Seguiremos —dijo Sergei— para asegurarnos de que no haya supervivientes que puedan ser un problema más adelante.

—La justicia *se* hará, aunque no sea por nuestras manos —dijo el tío Mikhail con triunfo—. Y siempre que todos sepan que mi familia es intocable, eso es lo único que importa. —Se recostó, cruzando las

manos detrás de la cabeza—. Porque te diré algo, es una sensación malditamente buena saber que todos los pesos pesados de la escena aquí están muertos o de alguna manera desaparecidos.

Entre Roberto Giovanni y Niko Popov, el riesgo general de nuestros rivales era drásticamente menor ahora.

—Estoy listo para un poco de paz y prosperidad por un tiempo —añadió—. Demasiados bebés alrededor para la guerra.

Sonreí. —Una nueva generación por la que esperar y en la que concentrarse.

Asintió. —Tienes toda la razón.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba bien en mi mundo.

38

ÁMBAR

Roman: **Estaré en la sala de control con Sergei durante unas horas hoy.**

Mecía a Emily en mi cadera mientras preparaba un biberón para ella. Lo cogió y me reí. —Tranquila, no te impacientes.

Un pitido en mi móvil sobre la encimera indicó que había enviado ese mensaje de voz a texto.

—Oh, no… —dije, riendo.

Efectivamente, el mensaje llegó a Roman. Y luego también el *oh, no*.

Le di el biberón y pulsé el icono para desactivar la función de voz a texto.

Roman: **¿Me estás diciendo que me calme hasta que pueda volver contigo?**

Roman: **¿O estás diciendo que te calmarás hasta que yo esté en casa?**

Sonreí, cogí el móvil y deslicé para responder.

Ámbar: **¿Las dos cosas?**

Ámbar: **Estaré aquí esperándote.**

Roman: **Eso nunca pasará de moda.**

Una alegría emocionante llenó mi pecho al pensar en él pensando en mí. Apuesto a que eso era lo que algunas parejas llamaban la fase de luna de miel. Cuando todo todavía era tan fresco y nuevo, y todo parecía mucho más emocionante.

Pero ya habíamos pasado por tanto. Las largas noches con los gemelos. Mi lenta adaptación a vivir y trabajar aquí. Luego esa lenta acumulación de tensión mientras intentábamos negar la atracción que nos unía.

Y luego los intentos de secuestro. Dos veces. Y el rapto. Y contarle mis secretos. Y entonces darnos cuenta de que nuestra familia estaba creciendo, estuvierais preparados o no…

—Muchas cosas están pasando por aquí —le dije a Emily mientras tomaba felizmente su biberón y la colocaba en su sillita de balanceo. Henry levantó los brazos hacia mí y lo levanté del suelo justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Claire entró en el ático, toda sonrisas. —Juro por Dios que si Sofía dice que está embarazada, ¡esto será un auténtico festival de bebés!

Me reí. —¿Cómo te enteraste?

—Roman. Lo soltó en una reunión esta mañana y Mijaíl me lo contó. —Me abrazó y soltó un pequeño grito de emoción. Henry se unió a su entusiasmo, emitiendo una versión infantil de un sonido emocionado.

—Una reunión donde discutieron cómo van las cosas en cuanto a las personas de tu pasado —añadió mientras se sentaba, claramente instalándose para una visita no anunciada.

Mi ánimo se agrió, como solía hacerlo al mencionar a William o a mi violador. —Oh. —Me senté en la otra silla, y Henry se movió para que lo dejara de nuevo en el suelo. Estaba tan decidido a moverse lo

antes posible, ya intentando levantarse con las manos sobre la mesa de café. Coloqué mis manos detrás de él para agarrarlo si lograba ponerse demasiado alto y luego caer.

—Va, eh, productivamente —dijo con una mueca. —Se ha progresado.

Asentí, observándola de cerca.

—No me gusta conocer los detalles —admitió.

Apreciaba eso de ella. No había nacido en este estilo de vida. Probablemente todavía le costaba pensar en sí misma como la esposa de un mafioso.

—Pero en cuanto a mi tolerancia a la violencia y a matar gente… —Me miró, como comprobando que el tema no fuera demasiado duro para mí. —No me molesta tanto cuando se trata de ciertos pedófilos y de quienes los financian.

—Igual —dije, haciendo una mueca. —¿Eso significa… que él… —Imité pasar un dedo por mi cuello.

—El hombre que te agredió cuando eras una niña lo está.

Me desplomé contra los cojines de la silla. —Oh, gracias a Dios. Es decir, gracias a Roman y a Mijaíl y a todos ellos.

—De hecho, parece que los Popov lo impulsaron.

Alcé las cejas. —¿Eh?

Durante la siguiente hora, me contó lo que había oído de Mijaíl. Todavía parecía una versión diluida de los hechos. Pero al final, con toda la pelea en la prisión, lo único que me importaba era que el hombre que había entrado en mi habitación y robado mi virginidad estaba *muerto*. Terminado. Acabado. Él—y nadie más, por cierto—nunca podría esperar comprarme.

—Estoy segura de que si le preguntas a Roman, te contará más. Si quieres. —Claire se encogió de hombros. —Lo que sea mejor para

que lo proceses y puedas tener cierre.

—Es bueno saberlo.

Puso su mano sobre mi rodilla y sonrió. —Y es bueno saber que estás avanzando mucho con tus problemas postraumáticos.

—Se *siente* bien —admití. No había querido hablar con un terapeuta cuando Roman lo sugirió, pero no me oponía a enviarle mensajes de texto. Lo intenté esta mañana, y no me sentí rara por tener ayuda real de una manera que debería haberla tenido hace más de diez años.

Roman había demostrado desde el primer día que estaría aquí para mí cuando lo necesitara. Vine para ser su niñera, pero él también se había convertido en mi sistema de apoyo. Era inevitable sentir una asociación al ayudar juntos a los gemelos. Todas esas noches duras y los momentos de llanto en que no podíamos consolar a Emily y a Henry nos acercaron.

Pero eso era solo una parte. Nos unimos por los gemelos, pero había mucho más debajo de la superficie que nos vinculaba.

La amistad y la confianza.

La promesa del futuro que estábamos construyendo juntos.

Incluso si necesitaba ayuda con los flashbacks y los recuerdos de los que quería tener un cierre verdadero y adecuado, él estaría allí. No me dejaría pasar por eso sola nunca más.

Claire se quedó conmigo un rato, y por supuesto me dio consejos sobre el embarazo.

—Tenemos algo así como un programa de viajero frecuente con el ginecólogo ahora —bromeó.

Armada con tanta información, sobre qué citas planificar y tantas vitaminas prenatales diferentes para probar—ya que, según ella, no sabían muy bien—, me sentía preparada para abrazar la maternidad.

Ya lo había hecho. Sentía que era la verdadera madre de Emily y Henry, pero ahora estaría pasando por el período previo a cuando recibiríamos al próximo bebé, niño o niña, que llamaría a este penthouse hogar.

Después de que se fue, intenté hacer algunas cosas mientras Emily y Henry dormían la siesta.

—Oh, cielos —me burlé de mí misma en un susurro, cogiendo mi móvil para enviarle un mensaje a Roman.

Amber: **Acabo de darme cuenta de que pronto tendremos que coordinar otro horario de siestas.**

Roman: **Dos horarios de siestas más.**

Roman: **Tú también necesitarás descansar.**

Amber: **Eres demasiado dulce.**

Roman: **Solo contigo. ¿Ya pediste esa ropa?**

Me reí para mis adentros. Me había estado recordando que reemplazara más de mi guardarropa, pero me daba pereza ocuparme de ello. Cuando me quedaba aquí todo el día cuidando a los bebés, no necesitaba verme como una modelo ni nada por el estilo. Solo quería arreglarme para él, pero él decía que mi mejor look era cuando estaba desnuda y en su cama. Así que, en ese sentido, cuantas menos prendas tuviera, mejor.

Sin embargo, ahora tendría que tener en cuenta la ropa de maternidad.

Apuesto a que Claire, Natalie y Sofía también tendrán algo.

Espera.

No pueden darme las suyas.

Ellas también las necesitarán.

Sonreí más ampliamente, maravillada de tener *hermanas* aquí conmigo. Y de que todas estaríamos embarazadas tan cerca unas de otras.

Roman: **Porque Emily ya es demasiado grande para sus bodies. Henry no tardará mucho en necesitar la siguiente talla.**

Habíamos comentado entre nosotros lo rápido que estaban creciendo. Estaba en mi lista hacer un pedido para ellos.

Amber: **Tengo el carrito esperando a que lo revises.**

Roman: **Solo cómpralos.**

La confianza implícita estaba allí. Mientras hacía clic en el botón *Comprar ahora* en mi portátil, suspiré aceptando mi papel.

No era solo la niñera. No estaba aquí para ser la amante de Roman.

Era su compañera.

Roman: **Mientras estás ocupada con eso, tal vez podrías empezar a mirar el sitio que te gustó para los muebles del bebé.**

Sonreí.

Amber: **¿Para otra habitación? ¿No sería mejor mover a Emily y Henry a otra habitación?**

Roman: **Lo que tú quieras. Tenemos suficiente espacio para todos.**

Nunca más necesité dudar de él.

Era tan rápido en decir *nosotros* o *nos*, sin dejarme nunca sentir excluida.

Estaba incluida y tenía un lugar aquí en su vida, y no podía pedir nada más. Sin embargo, mientras me apoyaba en el sofá para

dormir una siesta de unos minutos, me di cuenta de que eso no era cierto.

Pediría que William encontrara el mismo final fatal que su amigo.

Y no me sentiría culpable por pensar así.

Ni por un segundo.

Me dormité mientras los gemelos dormían la siesta. No creía que estuviera tan cansada como para dormir mucho, pero cuando desperté fue al escuchar la voz de Roman hablando con Emily y Henry en la cocina.

Ya había vuelto, y parecía que estaba preparando la cena para nosotros.

Me estiré mientras me levantaba lentamente. Arquear mi espalda me quitó las molestias de haber dormido de manera tan incómoda en el sofá.

—¿Has dormido bien? —me preguntó desde la cocina.

Emily también me saludó mientras me acercaba, balbuceando mientras Henry golpeaba un bol en la bandeja de su trona.

—Sí —respondí, yendo a coger una botella de agua de la nevera. Mientras cogía una, él rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo para un beso.

Sonreí contra sus labios. —¿Has tenido un buen día? —pregunté.

Él respondió levantándome y sentándome sobre la encimera. —*Nosotros* hemos tenido un buen día.

Me senté con él de pie entre mis piernas, sus manos en mis costados. Mientras el significado de lo que decía se asimilaba, parpadeé rápidamente. Él había estado en la sala de control supervisando una situación con Sergei. Claire me dijo que tenía que ver con Ivan Popov y William… y si Roman había tenido un buen día, entonces…

Inhalé profundamente. —¿Está…?

Él asintió.

—Está… —miré por encima de mis hombros a los gemelos, como si los escandalizara si me escuchaban. —¿Está realmente…? —le enmarqué el rostro y admiré su sonrisa.

La confianza en su rostro. La alegría de poder contarme esta noticia.

—Nunca más te hará daño.

Lo besé, hundiéndome contra él y disfrutando de la profunda ola de alivio que me inundó.

Ahora, y solo ahora, podía relajarme.

Roman me besó de vuelta, sus labios posesivos y cálidos sobre los míos mientras colocaba sus manos sobre mis costados. Me acercó más al borde de la encimera, pero no intentó hacer esto más intenso y demasiado íntimo mientras estábamos en familia en la cocina.

Nada podía borrar la sonrisa de mi rostro cuando me separé de él.

Mirando a esos ojos intensos que siempre me hacían sentir mareada de deseo, suspiré profundamente. —Estoy tan feliz.

—Yo también —me besó la frente mientras me abrazaba y me bajaba de la encimera para que pudiera ponerme de pie de nuevo.

—Gracias —le robé otro beso por si intentaba decirme que no necesitaba agradecerle en absoluto. —Porque ahora siento que finalmente puedo empezar a *vivir*.

Él se inclinó para robarme los labios de nuevo, como si fuera una promesa.

Y no puedo esperar a empezar a vivir el resto de mi vida contigo.

39

ROMAN

En la noche de lo que parecía el primer día de mi futuro, Amber y yo pasamos una velada muy doméstica. Para alguien que solía salir de fiesta mucho —y fiestas fuertes— parecía que estaba dando un giro completo. Aunque no fue un cambio de la noche a la mañana. Había perdido el interés en acostarme con cualquiera meses antes de darme cuenta de que era padre.

La *primera* vez que me di cuenta de que era padre.

Después de bañar a los gemelos y prepararlos para dormir, dejé a Emily, que parecía adormilada, en su cuna. Amber le dio un beso más en la frente a Henry antes de dejarlo en su cuna. A veces, querían compartir su espacio, pero era mejor que tuvieran sus propias cunas.

Y pronto, necesitaremos otra.

Me reí suavemente mientras sacaba a Amber de la habitación.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella.

—No es que sea gracioso —admití—. Solo interesante.

—¿Qué? —Me sonrió mientras la tomaba de la mano y la llevaba al baño para ducharnos juntos. Así nos desnudaríamos más rápido y estaríamos en la cama antes si trabajábamos en equipo.

—Podré experimentar todo lo que me perdí con los gemelos —la besé y abrí el agua—. Todas las experiencias de antes de que él o ella esté aquí.

Coloqué mi mano sobre su vientre y ella puso la suya encima.

Todavía no podía creer que realmente estuviera embarazada, ya que tomaba la píldora. Pero no lo cuestionaba. No lo desafiaba. Lo aceptaría.

—¿Y si son dos otra vez? —bromeó—. Gemelos.

Abrí los ojos de par en par. —Joder. Amber. No. Estás bromeando.

Se rió mientras entrábamos en la ducha. —Cuantos más, mejor —dijo.

—Estoy de acuerdo. —La abracé, apreciando cómo encajaba tan perfectamente conmigo. Toda esa piel suave pegada a la mía, sus curvas contra mis ángulos—. Pero cuatro menores de… bueno, dos. ¡Eso es mucho!

—Vale, eso es un poco aterrador —admitió.

—Sugiero que nos tomemos esto con calma.

No discutió, pero después de ducharnos y meternos en la cama, donde hicimos el amor, ese pensamiento se quedó conmigo.

¿Tomárnoslo con calma?

No estaba llevando *eso* muy bien. Mientras me quedaba dormido, lo hacía con el plan de prepararnos para gestionar mejor esta nueva familia que estábamos construyendo.

Mientras ella aún dormía, me escabullí de la cama y encontré a Lorne en mi gimnasio. Estaba allí con un par de soldados. Parecía

que estaban terminando de entrenar, pero Lorne levantó la barbilla hacia mí como si esperara encontrarme.

—Ahí estás, chaval. —Sonrió mientras caminaba hacia su bolsa de gimnasia en el mostrador—. ¿Cómo está Amber? ¿Feliz con la gran noticia?

—Muy feliz —le dije—. Y es comprensible.

Resopló mientras revolvía en su bolsa. —Bueno, sí, habría sido mucho más satisfactorio si hubiéramos podido matarlo nosotros mismos.

Asentí, frunciendo el ceño mientras él buscaba en su bolsa. —Pero vimos el barco explotar en tiempo real. —Luego nos quedamos esperando la confirmación de que no había supervivientes.

—Supongo que estará feliz con la otra gran noticia también. —Todavía no me miraba, buscando y rebuscando algo en su bolsa.

—¿El bebé? —Sonreí, poniendo las manos en las caderas mientras inhalaba profundamente—. Sí. Estaba bromeando con que podrían ser gemelos otra vez.

Se detuvo, levantándose bruscamente para mirarme. —Dios mío. ¿Cuatro? —Se rió con un gruñido.

—¿Te imaginas la reacción de mi tío?

Sonrió ampliamente. —Oh, actuaría desconcertado y todo eso, pero le encanta. No puede tener suficiente de todos estos bebés ahora. Una familia completa, sana y feliz. —Me dio un codazo mientras retomaba la búsqueda en su bolsa—. Entre tú y yo, chaval, probablemente ha querido esto durante mucho tiempo. Desde Olga y todas sus tonterías, escapándose a Rusia. ¿Sabes? Siempre tuvo a los tres, pero sus padres ya no estaban. Sus hermanos tampoco. Apuesto a que ha estado soñando con una familia grande como esta.

—Yo también lo creo.

—Pero me refería a la otra gran noticia. Amber también estará encantada con eso.

—¿Qué otra noticia? —Frunció el ceño—. ¿Y qué estás buscando?

—No busco nada —respondió—. Solo estoy cuidando de ti. Como siempre. —Sacó una cajita de anillo y sonrió.

—Oh, Lorne. Me halaga.

Se rió, dándome un golpe juguetón en el hombro mientras cogía la cajita del anillo.

—Cuidando de ti, como lo hace un buen asistente —dijo.

Había venido aquí para encontrarlo precisamente por esto. Me conocía demasiado bien.

—Imaginé que estarías ansioso por proponerle matrimonio y todo eso. —Se secó la frente con la toalla—. Así que pensé que sería bueno tener eso a mano.

—Bueno. Buen hombre —dije, dándole una palmada en la espalda—. Gracias.

—Es el correcto, ¿verdad? —preguntó—. Sergei, Andre y yo estuvimos debatiendo y revisando los registros.

—Sí, creo que lo es. —Todas las reliquias de los Orlov estaban catalogadas, y a todos nos habían otorgado un anillo de las mujeres que habían estado al lado de los antiguos Pakhans de la familia. Mikhail, Andre y Sergei ya habían usado los suyos para sus esposas. Y ahora era mi turno.

Mi turno.

Joder, eso suena tan bien.

Mi turno de tener una esposa. De casarme y planear una luna de miel.

Mi turno de tener ese vínculo sólido con una pareja que me recordara la bondad para contrarrestar mi oscuridad. Una fuente de amor y consuelo cuando era empujado al límite de lo que se requería para defender el nombre y la familia Orlov.

—Le encantará —pronostiqué, maravillado por los destellos de luz que emanaban de las facetas del diamante. Pequeños rubíes estaban incrustados en el borde exterior, y me encantaba cómo mi anillo, el elegido para ser regalado a mi novia incluso antes de que yo naciera, tenía una gema roja.

Para hacer juego con su pelo.

—Gracias por pensar en el futuro —le dije.

—Solo hago mi trabajo, chaval —me dio unas palmadas en la espalda y me instó a marcharme—. También he pedido un desayuno en la cama que debería estar llegando pronto, así que será mejor que vuelvas arriba para tenerlo listo para ella.

Le di las gracias de nuevo, realmente aliviado de que este viejo cabrón fuera mi asistente. Tenía la fuerte corazonada de que se jubilaría pronto. No porque fuera demasiado mayor para las exigencias del trabajo, sino porque se había convertido más en un abuelo sustituto para todos mis hijos.

Con el anillo en mi bolsillo, me dirigí de nuevo al ático. Entré y esperé algún sonido que indicara que alguien más estaba despierto.

Todo estaba en silencio, y me permití la oportunidad de simplemente ser. De recuperar el aliento tras el subidón de adrenalina por lo que estaba a punto de hacer.

Comprometerme.

Estaba completamente preparado para comprometerme. Con Amber. Para convencerla de que siempre me eligiera a mí.

Más que nada, estaba listo para comprometerme a ser el mejor marido posible y protegerla siempre.

El ascensor sonó suavemente, alertando de que alguien subía. Al no tener una puerta principal, y la entrada estando justo fuera del ascensor, no había lugar para dejar un pedido. Me giré, sonriendo al guardia que me entregó las bolsas de comida.

Los aromas celestiales de pan fresco y pasteles dulces llegaron a mi nariz. Me preocupé por un instante de que los olores despertaran a los tres.

Después de poner los recipientes en el horno para mantenerlos calientes, volví a comprobar si tendría la oportunidad de proponerle matrimonio ahora.

Emily y Henry seguían dormidos.

Amber también.

Pero anticipaba despertarla con mis labios mientras me deslizaba de nuevo en la cama junto a ella.

Besándola tiernamente, sonreí e intenté contener mi emoción por lo que seguiría.

Ella se sobresaltó ligeramente y levantó su rostro. Parpadeó, abriendo esos brillantes ojos verdes, y suspiró al darse cuenta de que estaba a su lado.

—Hmm… —Su sonrisa feliz me calentó el corazón.

Esto era. Ella era la que no me había dado cuenta de que había estado esperando todo este tiempo.

Años de fiestas y relaciones casuales dejaron de importar, ya que todo mi propósito se centraba en ella.

—¿Quieres casarte conmigo?

Sus ojos se abrieron aún más. Mientras sus labios se separaban y me miraba boquiabierta, tenía toda su atención. Esa somnolencia sexy desapareció mientras se incorporaba más—. ¿Acabas de—

—Proponerte matrimonio —asentí.

—¿Así, de repente? ¿De la nada y—

Me reí, enmarcando su rostro—. ¿De la nada? Eso no es cierto —la besé en la mejilla—. Llevas meses viviendo aquí y en mi cama —la besé en la otra mejilla—. Hemos estado actuando como una pareja durante tanto tiempo que no recuerdo la monotonía de cuando no te tenía en mi vida —la besé en la nariz—. Y eres la madre de mis hijos, Amber. Esto *no* es de la nada.

Cerró los ojos y sonrió por un segundo—. Vale. No es de la nada. ¡Pero *acabo* de despertarme!

—Y si aceptas casarte conmigo, haré todo lo posible para asegurarme de que te despiertes cada mañana con una sonrisa como esta —no pude resistirme. Inclinándome, la besé de nuevo. Y otra vez.

Tardíamente, me di cuenta. Estábamos a punto de dejarnos llevar y ni siquiera le había enseñado el anillo todavía. Ella aún no había respondido.

Me aparté, mirando a sus cálidos ojos llenos de deseo y alegría—. ¿Quieres casarte conmigo, Amber? —Acaricié su mejilla con el pulgar mientras le sostenía el rostro. Pero con mi mano libre, me moví, apoyando el codo en la cama mientras me tumbaba a su lado, de costado. Un poco de maña sacó la cajita del anillo de mi bolsillo, y la sostuve entre nosotros.

—Nunca pensé que estaría listo para comprometerme así. Pero tampoco pensé que conocería a una mujer como tú. Un dulce rayo de bondad que puede complementarme justo como lo necesitaba. Una mujer tan ferozmente protectora que quiero protegerte a ti y a nuestros hijos para siempre, sin importar el coste y sin tener en cuenta el riesgo.

Ella miró boquiabierta el anillo, y sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente—. Oh, Roman…

—Lorne traerá unos papeles más tarde. Ayer inicié el proceso para que adoptes oficialmente a Emily y a Henry. Sería más inteligente si ya estuviéramos casados, pero eso no importa en lo que a ellos respecta. Tú *eres* su madre. Ahora mismo, ya eres la madre que conocen y aman, y no pasará un día sin que eso sea reconocido.

Se lamió los labios, sonriéndome.

—¿Qué dices? —pregunté, sosteniendo el anillo para deslizarlo en su dedo—. ¿Quieres casarte—

Ella agarró la parte trasera de mi cuello y me acercó a ella. Ahogándome en el calor de sus labios sellados contra los míos, gruñí y le agarré el trasero para acercarla más a mí.

—Sí —susurró contra mis labios—. Me casaré contigo, Roman. Te quiero demasiado como para pensar siquiera en un futuro sin ti.

Deslicé el anillo en su delicado dedo—. Te quiero. Te quiero muchísimo, Amber —la presioné contra la cama con mi boca de nuevo sobre la suya—. Me encanta que me hayas elegido a mí.

—Siempre lo haré.

—Y me encanta que vas a ser mi *esposa* —gruñí mientras me quitaba la camisa, suspendido sobre ella para celebrar la ocasión de nuestro compromiso.

—Y me encanta que vas a ser mi—

Un sonido distintivo nos interrumpió.

Al unísono, giramos nuestras cabezas hacia la dirección de las cunas. Henry se había levantado. Sus pequeños dedos agarraban los barrotes de la cuna, y la parte superior de su cabeza se asomaba apenas una pulgada por encima del borde.

Una vez más, agitó los barrotes y luego se rió del sonido.

Amber se rio debajo de mí, sonriendo ampliamente—. Creo que necesitaremos posponer la celebración —dijo.

La besé una vez más, haciéndolo durar para que nos aguantara hasta que tuviéramos otra oportunidad de intimidad.

Tenía el resto de mi vida por delante para esperarlo.

40

ÁMBAR

Cinco meses y medio después…

—¿Así que no sospechas nada de este tío? —me preguntó Roman mientras empujábamos el carrito por el parque, con el verano brillando en todo su esplendor. La luz se filtraba entre las copas de los árboles sobre nosotros y la hierba verde se extendía por los jardines.

—¿Sospechar? —respondí hablando del guardia con el que Anya intentaba salir. *Intentar* era la palabra clave. Todos eran sobreprotectores con ella. Mikhail, Andre, Sergei e incluso Roman. Él era al que Anya pensaba tener de su parte, como el "divertido", pero también era padre, y no se andaban con tonterías cuando se trataba de cuidar a las mujeres de la familia. —Por supuesto que sospecho.

—¡Lo ves! —Levantó una mano mientras mantenía la otra en el manillar. Emily parecía adormilada, pero Henry tiraba de la correa para escaparse.

Era el artista del escape. El que corría por el ático cuando no quería bañarse. Y el pequeño demonio que nos mantenía a ambos en vilo. La fase de levantarse fue una aventura. Gatear fue salvaje. Pero en

cuanto ese niño empezó a caminar —lo aprendió la semana pasada —, mis días de no vigilarlo como un halcón habían terminado.

Ese niño tenía algo de velocidad en sus pequeñas piernas.

—Pero solo sospecho porque soy mujer. *Siempre* desconfiaré de cualquier hombre que se interese por una amiga mía. Así funciona la hermandad.

Levanté mi helado hacia la boca y lo lamí, sonriendo.

Hermandad. Era un fenómeno que nunca pensé que tendría. Todos esos días deprimentes en los que asumía que nunca tendría una familia terminaron cuando encontré a Roman y al resto de los Orlov.

En unos meses más, realmente tendría una hermana. Nat sería mi cuñada. Sergei sería oficialmente mi cuñado. Aunque el resto seguía siendo lo mismo.

Cuando Sofia se enteró de que estaba embarazada de nuevo hace un par de meses, todos nos reímos mucho al respecto. Los cuatro estábamos esperando bebés al mismo tiempo. Mikhail y Roman bromeaban con invertir en la industria de los pañales.

—Vale. Pero, por lo demás, ¿no te parece sospechoso que esté tan interesado en ella tan pronto? —preguntó.

—No. —El joven en cuestión era un exsoldado que había sido dado de baja. Como tenía formación médica, había venido a entrenar a la clínica de Claire. Aunque Anya se había interesado rápidamente en él, ganó puntos conmigo por ser educado y decirle que quería esperar antes de volver a salir con alguien, ya que acababa de salir de una relación larga. —Anya es una mujer encantadora.

Él me frunció el ceño.

—Si fuera un hombre sospechoso, nunca habría entrado en el edificio.

—Eso es cierto.

Volví a lamerme el helado. —Es que vosotros sois sobreprotectores.

—Tenemos todo el derecho a serlo —gruñó.

Apoyé la cabeza en su hombro. —Lo sé. —Y lo sabía. Sabía bastante bien lo protector que era mi prometido conmigo. Había matado por mí. Organizó operaciones de alto riesgo, como un golpe en una prisión y en el mar. Roman siempre estaría ahí para mí. —Sabemos que sois sobreprotectores. —Me acerqué para besarlo en la mejilla. —Y nos encanta que lo seáis.

Él sonrió irónicamente. —¡Pero ella lo está haciendo sonar como si fuera algo serio!

Me reí suavemente. —Estoy bastante segura de que somos los únicos que estamos planeando una boda en este momento. Ella no puede estar tan seria con él.

—Me dijo que le va a pedir que sea su acompañante a la boda —respondió.

—Eso es dulce.

Él me lanzó otra mirada.

—Ya le dimos nuestra aprobación. Claire, Nat, Sofia y yo lo interrogamos cuando empezó en la clínica —estaba bastante segura de que Natalie lo asustó, pero ella había estado lidiando con un reflujo horrible y apenas podía dormir por lo grande que estaba su barriga. Nadie podía reprocharle que fuera un poco grosera.

—Mmm —respondió Roman.

Sonreí mientras paseábamos, encantada de que este hombre grande, peligroso y de la mafia pudiera hacer algo así conmigo. Pasear por el parque. Pasar tiempo en familia. Y preocuparse por que su prima joven quisiera salir con un buen chico.

Abrazar esta nueva vida se sentía como una segunda oportunidad en mi existencia.

Ya no me preocupaba de que William me encontrara. Todos sus amigos y socios nunca podrían mirarme con malas intenciones y hacerme sentir incómoda. Ningún criminal repugnante podría contar con completar una transacción para poseerme.

Porque Roman ya lo había hecho. Tenía mi corazón. Y siempre confiaría en él con él.

Durante los últimos meses, empecé a participar en más sesiones de terapia. Aunque pensaba que lo tenía controlado, algunos flashbacks me molestaban.

Ya no me sobresaltaba con cada ruido. Me había vuelto mejor manteniendo el contacto visual y no apartando la mirada de cada persona nueva que veía. Aunque siempre sería una persona de hogar porque era donde podía pasar más tiempo directo con los gemelos y con Roman, había perdido gran parte de la reticencia a salir.

La sanación era posible con la familia que había encontrado. Con el hombre que amaba. Roman estaba a mi lado en cada obstáculo que enfrentaba, y rezaba y esperaba que para cuando nuestro próximo hijo naciera, me sentiría aún más completa para ser la mejor madre posible.

Roman me reprendía a menudo, diciéndome que ya *era* la mejor madre posible. Y cada vez que me lo decía, me sentía más brillante y llena por dentro al saber que era yo a quien Emily y Henry siempre identificarían como su madre.

A pesar de todas las sombras de mi pasado, había encontrado mucha luz en el lugar más improbable—en el hogar de un mafioso.

—¿Estás segura de que quieres hacer la fiesta de cumpleaños de los gemelos este fin de semana? —preguntó Roman un rato después, claramente cambiando de tema después de hablar de Anya saliendo con alguien.

—¡Bueno, es su cumpleaños! Por supuesto que la haremos entonces.

—Pero el baby shower será el próximo fin de semana. Eso es mucho.

Sonreí. —Mucha diversión y unión.

—Realmente no podemos esperar demasiado para el baby shower —dijo él.

No podíamos. Mi fecha de parto se acercaba más rápido de lo que pensaba. Muchas cosas habían pasado desde que supe que estaba embarazada, también. Maisie se había puesto gafas. Anya estaba saliendo con alguien. Daria se fugó con un guardia. Lorne se retiró y ahora era *mi* asistente. Otros altibajos también habían llegado, pero esta familia podía con todo.

Me acaricié la barriga, disfrutando de esta fase de mi embarazo, pero realmente estaba ansiosa por la boda que tendríamos después de que naciera nuestro hijo o hija.

Aunque estaba impaciente por poder llamar a Roman mi marido, habría sido muy estresante planificar una boda con los gemelos acercándose a su primer cumpleaños y con mi embarazo cambiando mi cuerpo mientras los perseguía. Roman también había estado trabajando muchas horas cuando comenzó las negociaciones para un nuevo hotel.

La vida estaba ocupada, pero era buena. Y después de recuperarme del parto, podría centrar mi atención en nuestra boda. Una boda que nunca imaginé que tendría, pero desde que conocí a Roman, mi vida solo había cambiado para mejor.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Roman mirándome.

—Me alegro mucho de que, de entre todas las posiciones de niñera que podía haber encontrado, acabara contigo.

Se detuvo para besarme. —Y yo me alegro mucho de que todas esas niñeras que solicitaron no duraran, para que la vacante estuviera abierta para ti.

Le besé y empujé el carrito con él antes de que uno de los gemelos protestara.

—¿Sabes qué? —me preguntó un momento después.

—¿Qué?

—Me imaginé embarazada desde el momento en que te conocí. Lo sexy que estarías con esta barriga.

—¿Desde el momento en que me conociste? ¿En la entrevista? —le miré asombrada—. No lo hiciste.

—Sí lo hice —sonrió—. Debe haber sido una visión del destino.

Mirándolo con todo el amor que mi corazón podía manejar, me pregunté qué más nos deparaba el destino. Un montaje mental de Roman jugando con Emily y Henry cuando fueran mayores. Fiestas y celebraciones de cumpleaños. Todos los niños con los que podríamos ser bendecidos en el futuro. Porque ahora sabía, desde lo más profundo de mi corazón, que ellos, y yo, estaríamos siempre seguros con este fuerte hombre de la mafia protegiéndonos.

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

El Imperio Orlov Serie

Su Salvación Reluctante || La Viuda del Sicario || Su Promesa a la Enemiga || Sus Herederos Ocultos

Reclamada para Navidad Serie

Navidad con el diablo irlandés || El Bebé Navideño de la Mafia || La Reclamación Navideña del Mafioso

El Sindicato Ivanov Serie

La Cautiva de la Bratva || El Acuerdo Brutal || El Tránsfuga Enemigo || La herencia disputada

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada

Su Bebé Secreto de San Valentín